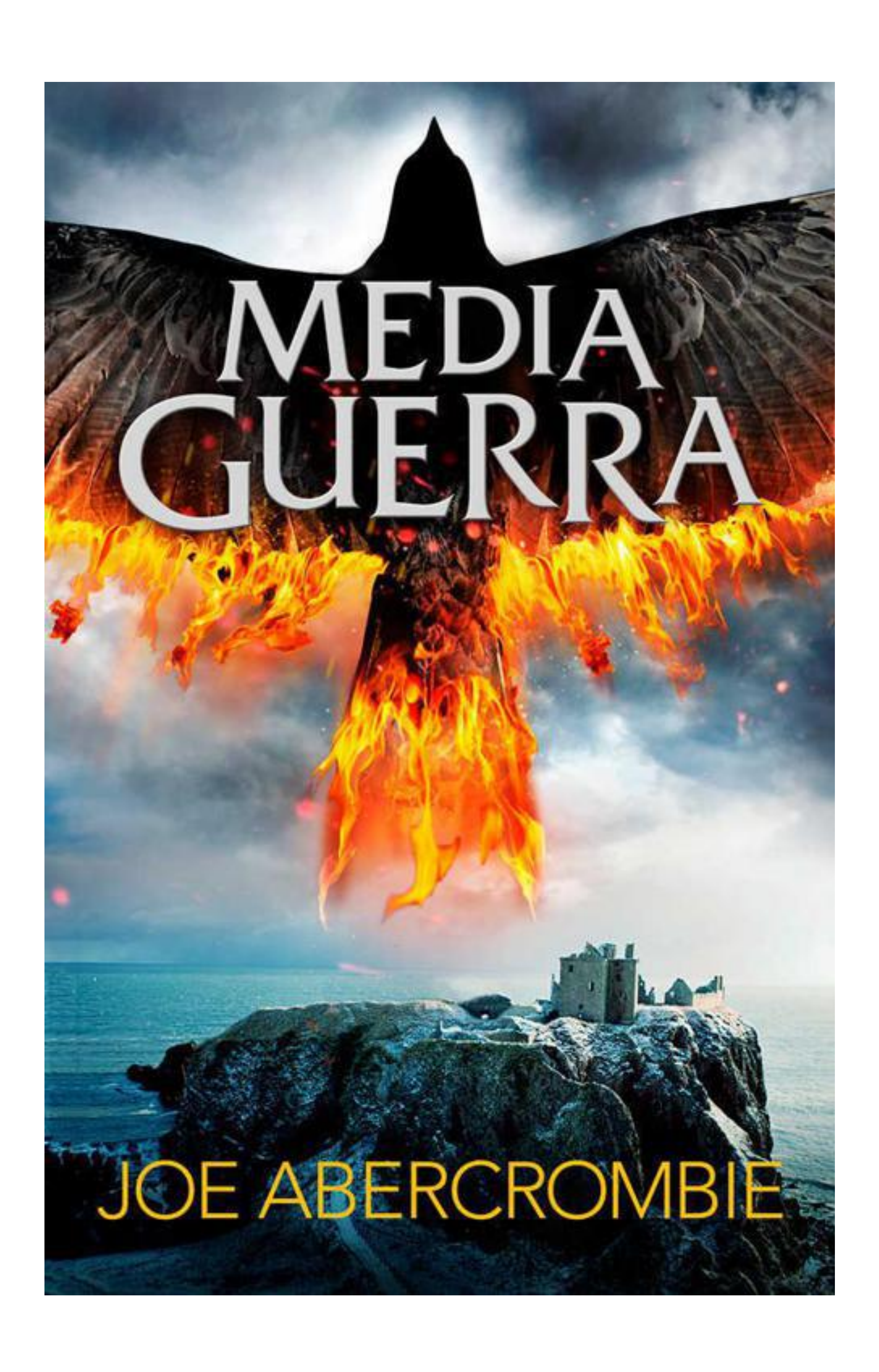

MEDIA
GUERRA
JOE ABERCROMBIE

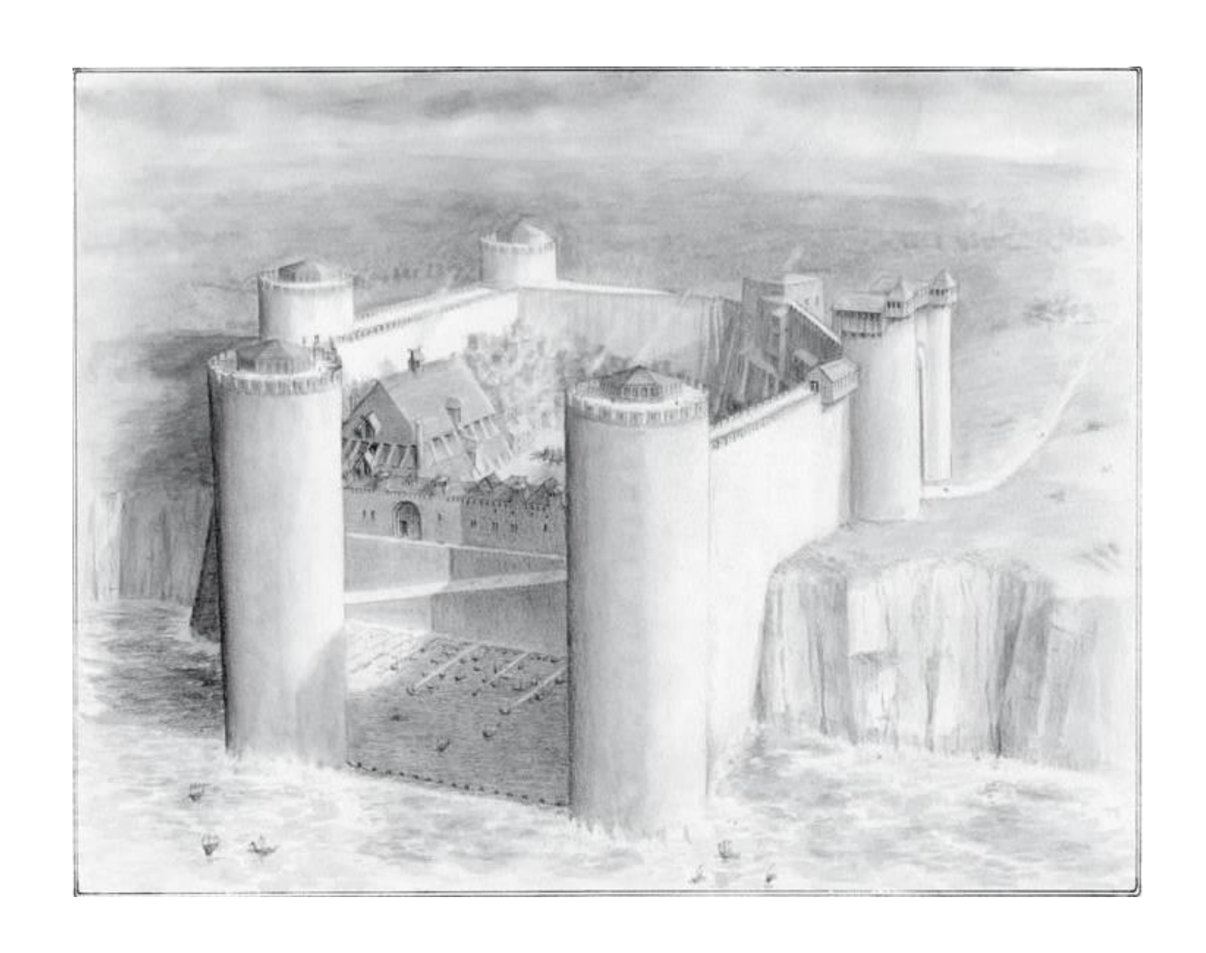
Para Teddy

Todo hombre que llegue a un umbral extraño debe ser cauto antes de cruzarlo.

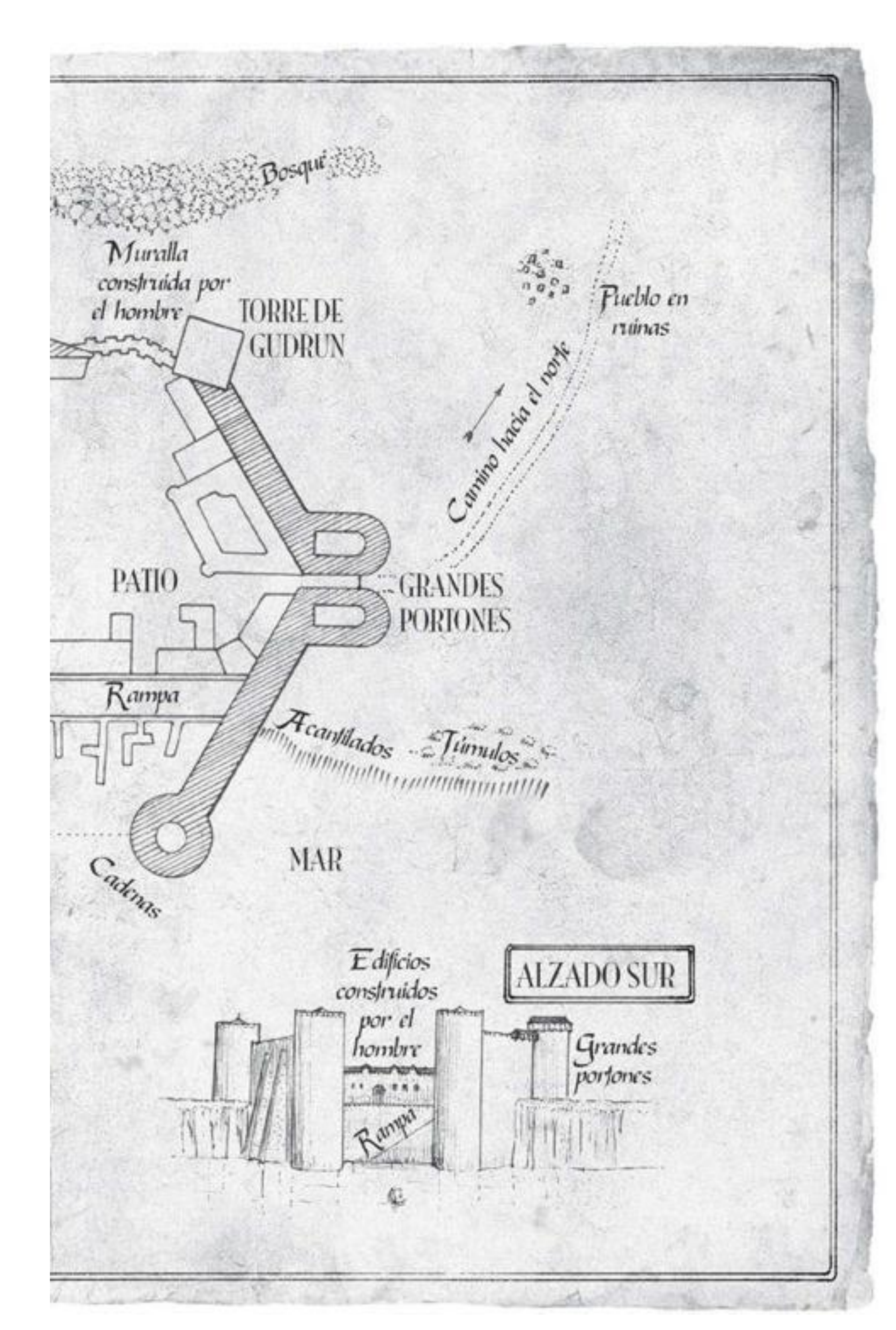
Debe mirar, debe vigilar, pues ¿quién sabe qué enemigos lo aguardan sentados en los bancos del salón?

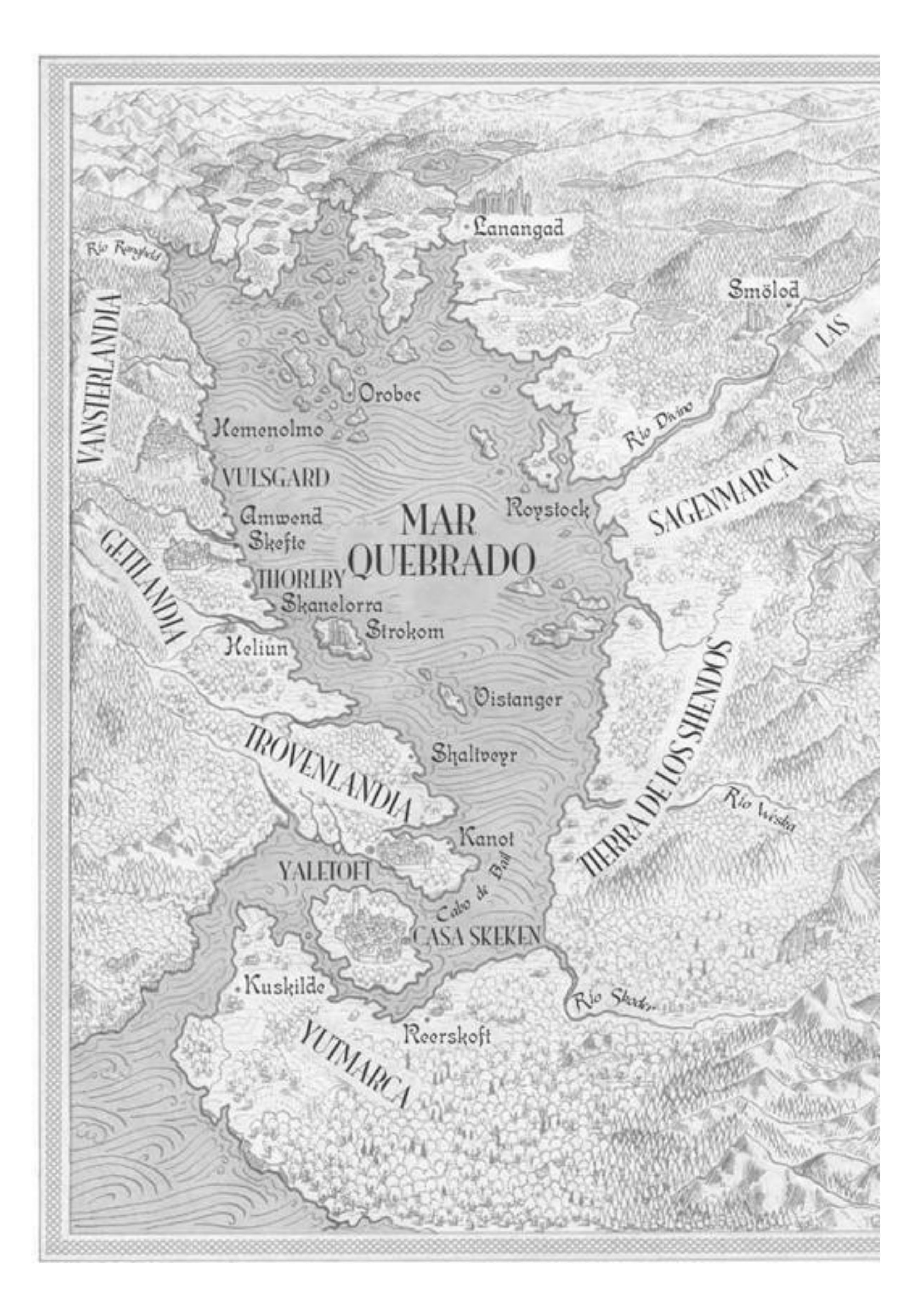
«Hávamál»

(«El discurso del Altísimo»)

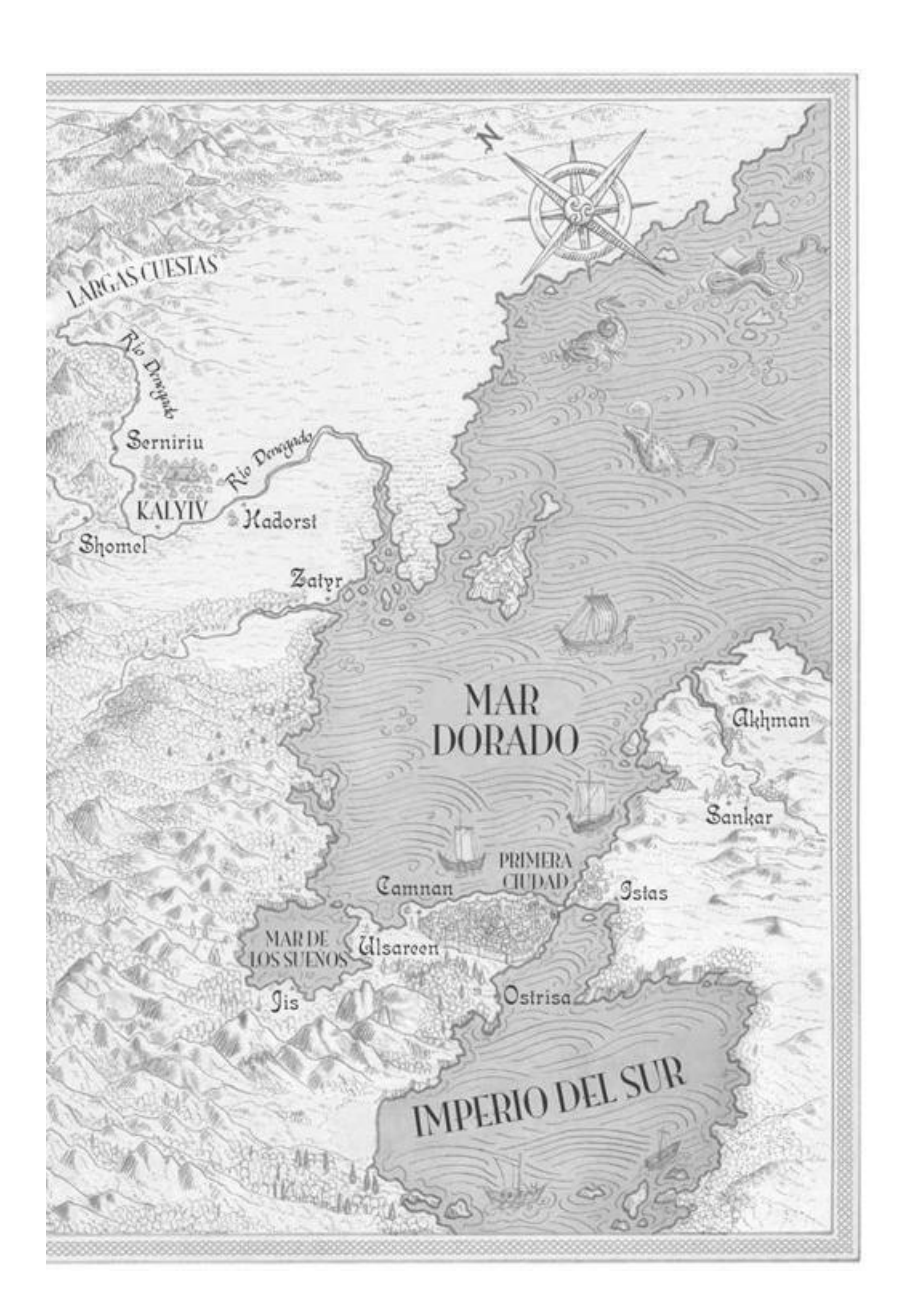



FORTALEZA DEL CABO DE BAIL
N
SALÓN DE BAILE
Tocón del Árbol de Fortaleza
PORTILLO
Acantilados
Contrafuertes construidos por el hombre
PUERTO
MAR
ALZADO NORTE
Torre de Gudrun
Grandes portones


Bosque
Muralla construida por el hombre
TORRE DE GUDRUN
Pueblo en ruinas
Camino hacia el norte
PATIO
GRANDES PORTONES
Rampa
Acantilados
Túmulos
MAR
Cadenas
Edificios construidos por el hombre
ALZADO SUR
Grandes portones
Rampa



Lanangad
Smölod
LAS
VANSTERLANDIA
Orobec
Hemenolmo
VULSGARD
Amwend
Skefte
MAR
QUEBRADO
Roystock
SAGENMARCA
GETLANDIA
THORLBY
Skanelorra
Strokom
Heliun
TIERRA DE LOS SHENDOS
Vistanger
TROVENLANDIA
Shalveyr
Kanot
YALETOFT
CASA SKEKEN
Kuskilde
Reerskoft
YUTMARCA


N
LARGAS CUESTAS
Serniriu
KALYIV
Hadorst
Shomel
Zatyr
MAR
DORADO
Akhman
Sankar
PRIMERA
CIUDAD
Camnan
Istas
MAR DE
LOS SUEÑOS
Ulsareen
Jis
Ostrisa
IMPERIO DEL SUR



PRIMERA PARTE

LAS PALABRAS SON ARMAS

LA CAÍDA

—Estamos derrotados —dijo el rey Fynn sin apartar los ojos de su jarra de cerveza.

Skara dejó vagar su mirada por el salón vacío y comprendió que era innegable. El verano anterior, los héroes reunidos casi habían hecho saltar por los aires las vigas del techo con sus sanguinarias bravatas, sus gloriosas canciones y sus promesas de triunfo sobre la escoria que pudiera enviar contra ellos el Alto Rey.

Como sucede a menudo con los hombres, al final habían demostrado ser más feroces hablando que luchando. Después de unos pocos meses ociosos, improductivos y desprovistos de gloria, los guerreros se habían ido escabullendo de uno en uno, dejando atrás solo a unos pocos desafortunados que merodeaban en torno al gran hogar, que ardía en el centro del salón con una llama tan tenue como las esperanzas de Trovenlandia. El Bosque, que había albergado entre sus columnas a una hueste de guerreros, había quedado poblado únicamente de sombras. Atestado solo de decepciones.

Estaban derrotados. Sin librar siquiera una sola batalla.

Por supuesto, la madre Kyre veía las cosas de otro modo.

—Hemos conseguido alcanzar un acuerdo, mi rey —lo corrigió, y dio a la carne de su plato un mordisquito tan pulcro como el de una yegua vieja a un fardo de heno.

—¿Acuerdo? —Skara apuñaló con rabia su propia comida, que estaba sin tocar—. Mi padre entregó la vida defendiendo el cabo de Bail y tú has regalado su llave a la abuela Wexen sin cruzar un solo golpe. ¡Has prometido paso franco por nuestras tierras a los guerreros del Alto Rey! Si eso es un acuerdo, ¿qué aspecto tendría para ti una derrota?

La madre Kyre dirigió la mirada a Skara con su habitual e irritante calma.

—Vuestro abuelo muerto dentro de su túmulo, las mujeres de Yaletoft derramando lágrimas sobre los cadáveres de sus hijos, este salón convertido en cenizas y vos, princesa, con una argolla de esclava y encadenada a la silla del Alto Rey. Ese es el aspecto que tendría para mí una derrota. Por eso digo que hemos conseguido alcanzar un acuerdo.

Despojado de su orgullo, el rey Fynn flaqueaba como una vela sin su mástil. Skara siempre había creído que su abuelo era tan invencible como el Padre Tierra. No soportaba tener que verlo así. O quizá lo que no soportaba era darse cuenta de lo infantil que había sido al tener tanta fe en él.

Observó cómo el rey daba otro sorbo de oscura cerveza, eructaba y dejaba a un lado la jarra dorada para que se la rellenaran.

—¿Qué dices tú, Jenner el Azul?

—En tan majestuosa compañía como la presente, mi rey, lo mínimo posible.

Jenner el Azul era un viejo insolente y taimado, más saqueador que comerciante, con una cara igual de tallada, curtida y agrietada que la de una vieja bestia de proa. Si Skara hubiera estado al mando, no habría permitido ni que pisara los muelles, mucho menos que se sentara a la mesa del rey.

Por supuesto, la madre Kyre veía las cosas de otro modo.

—Un capitán es como un rey, solo que tiene un barco por país. Jenner, la princesa Skara podría beneficiarse de tu experiencia.

Lo que había que oír.

—Un pirata dando lecciones de política —murmuró Skara entre dientes—. Y para colmo, ni siquiera un buen pirata.

—No farfulléis. ¿Cuántas horas me he pasado enseñándoos la forma en que debe hablar una princesa, la forma en que debe hablar una reina? —La madre Kyre alzó el rostro y proyectó su voz hasta las vigas del techo sin el menor esfuerzo—. Si juzgáis que vuestras ideas merecen oírse, pronunciadlas con orgullo, empujadlas hasta el último rincón de la estancia, ¡llenad el salón con vuestras esperanzas y deseos, y contagiadlos a todo el que os oiga! Si os avergüenzan vuestros pensamientos, es mejor guardar silencio. Y las sonrisas no cuestan nada. Jenner, ¿qué decías?

—Bueno... —Jenner el Azul se rascó las pocas canas que le quedaban aún en la cabeza, que sin duda era territorio ignoto para los peines—. La abuela Wexen ha aplastado la rebelión en las Tierras Bajas.

—Con la ayuda de ese perro suyo, Yilling el Radiante, que no adora a más dios que la Muerte. —El abuelo de Skara levantó de nuevo la jarra mientras el esclavo aún la llenaba y manchó la mesa de cerveza—. Dicen que ha colgado cadáveres a lo largo de todo el camino a Casa Skeken.

—Los ojos del Alto Rey ahora miran hacia el norte —siguió diciendo Jenner—. Arde en deseos de doblegar a Uthil y a Grom-gil-Gorm, y Trovenlandia...

—Se interpone en su camino —concluyó la madre Kyre—. No os encorvéis, Skara, es impropio de una princesa.

Skara frunció el ceño pero enderezó un poco la espalda de todos modos, aproximándose a la postura rígida como un palo, de cuello estirado y espantosamente antinatural que tanto gustaba a la clériga. «Sentaos como si tuvierais un cuchillo contra el cuello —le decía siempre—. El papel de una princesa no consiste en estar cómoda.»

—Yo estoy acostumbrado a vivir en libertad y no tengo ningún aprecio por la abuela Wexen, ni por su Diosa Única, ni por sus impuestos y sus normas. —Jenner el Azul se frotó con gesto triste la mandíbula, que tenía un poco torcida—. Pero cuando la Madre Mar agita la tormenta, un capitán hace lo que sea necesario para salvar cuanto pueda. La libertad no sirve de nada a los muertos. El orgullo sirve de bien poco hasta a los vivos.

—Sabias palabras. —La madre Kyre levantó un dedo hacia Skara—. Los vencidos pueden ganar mañana. Los muertos están derrotados para siempre.

—A veces cuesta distinguir a un sabio de un cobarde —restalló Skara.

La clériga apretó los dientes.

—Estoy segura de haberos enseñado modales de sobra como para que insultéis a un invitado. La nobleza no se demuestra con el respeto que se recibe de los superiores, sino con el que se ofrece a los inferiores. Las palabras son armas. Deben manejarse con el debido cuidado.

Jenner desestimó con un leve ademán cualquier insinuación de ofensa.

—La princesa Skara está en lo cierto, de eso no hay duda. He conocido a muchos hombres más valientes que yo de largo. —Sonrió con tristeza, mostrando unos dientes torcidos entre los que había varios huecos—. Y he visto cómo enterraban a la mayoría, uno tras otro.

—La audacia y la longevidad rara vez están bien avenidas —dijo el rey, y apuró de nuevo su jarra.

—Los reyes y la cerveza no hacen mejores migas —replicó Skara.

—No me queda nada más que la cerveza, nieta mía. Mis guerreros me han abandonado. Mis aliados han desertado. Pronunciaron juramentos de día despejado, firmes como robles mientras brillaba la Madre Sol, pero propensos a marchitarse cuando se nubla el cielo.

Aquello no era ningún secreto. Skara había montado guardia a diario en el puerto, ansiosa por ver cuántos barcos enviaría el rey Uthil de Gettlandia, cuántos guerreros acompañarían al afamado Grom-gil-Gorm de Vansterlandia. Un día tras otro mientras brotaban las hojas de las ramas, y luego mientras moteaban el suelo de sombras, y luego mientras perdían vigor y caían marrones al suelo. No habían llegado barcos ni guerreros.

—La lealtad es habitual en los perros pero escasa en los hombres —comentó la madre Kyre—. Un plan que se base en la lealtad es peor que actuar sin plan alguno.

—Entonces ¿qué nos queda? —preguntó Skara—. ¿Un plan que se base en la cobardía?

Avejentado, ese era el aspecto que tenía su abuelo cuando se volvió hacia ella con los ojos empañados y el aliento cervecero. Avejentado y vencido.

—Tú siempre has sido valiente, Skara. Más valiente que yo. Salta a la vista que la sangre de Bail fluye por tus venas.

—¡Y vuestra sangre también, mi rey! Siempre me habéis dicho que solo media guerra se libra con espadas. La otra media se libra aquí. —Skara se apretó con un dedo la sien, tan fuerte que le dolió.

—Tú siempre has sido lista, Skara. Más lista que yo. Los dioses saben que puedes convencer a los pájaros para que bajen del cielo, cuando te lo propones.

Libra esa mitad de la guerra, pues. Propón las ideas astuciosas que puedan repeler a los ejércitos del Alto Rey y salvar nuestra tierra y a nuestro pueblo de la espada de Yilling el Radiante. Que puedan evitarme la vergüenza de aceptar las condiciones de la abuela Wexen.

Skara bajó la mirada al suelo cubierto de paja, con las mejillas ardiendo.

—Ojalá pudiera. —Pero era una chica de solo diecisiete inviernos y, con sangre de Bail en las venas o sin ella, su mente no albergaba respuestas de héroe—. Lo siento, abuelo.

—Yo también, mi niña. —El rey Fynn volvió a recostarse y pidió más cerveza con un gesto—. Yo también.

—Skara.

Oír su nombre la sacó de un sueño inquieto y la arrojó a la oscuridad, al rostro fantasmagórico de la madre Kyre a la luz inquieta de una vela.

—Skara, arriba.

Apartó las pieles con torpeza somnolienta. Había sonidos extraños fuera. Gritos y risas. Se frotó los ojos.

—¿Qué ocurre?

—Tenéis que marcharos con Jenner el Azul.

Entonces Skara vio al mercader, que esperaba en el umbral de su dormitorio. Era una silueta negra, de escaso pelo revuelto y con la mirada fija en el suelo.

—¿Qué?

La madre Kyre la obligó a levantarse con un tirón en el brazo.

—Tenéis que iros ya.

Skara estuvo a punto de rechistar, como hacía siempre. Pero entonces vio la expresión de la clériga y optó por obedecer sin discusión. Nunca había visto a la madre Kyre asustada.

Los sonidos que llegaban del exterior ya no parecían risas. Eran llantos. Chillidos.

—¿Qué está pasando? —logró preguntar con voz rasposa.

—Cometí un error tremendo. —La madre Kyre lanzó una mirada furtiva a la puerta y volvió la cabeza de nuevo hacia ella—. Confié en la abuela Wexen. —Sacó del brazo de Skara el aro de oro que lo adornaba, el mismo aro que Bail el Constructor llevó una vez a la batalla, con un rubí engarzado que brillaba tenue como la sangre recién derramada a la luz de la vela—. Esto es para ti —dijo, tendiéndoselo a Jenner el Azul—, si juras llevarla sana y salva hasta Thorlby.

El saqueador alzó la mirada con gesto culpable mientras lo cogía.

—Lo juro. Pronuncio un juramento-sol y un juramento-luna.

La madre Kyre asió con dolorosa fuerza las dos manos de Skara.

—Pase lo que pase, vos debéis sobrevivir. Ahora ese es vuestro deber. Debéis vivir y debéis gobernar. Debéis luchar por Trovenlandia. Debéis defender a su pueblo si... si no queda nadie más.

Skara tenía la garganta tan agarrotada por el miedo que apenas podía hablar.

—¿Luchar? Pero...

—Os he enseñado cómo hacerlo. O al menos lo he intentado. Las palabras son armas. —La clériga apartó del rostro de Skara unas lágrimas que ni siquiera era consciente de haber derramado—. Vuestro abuelo tenía razón: sois valiente y sois lista. Pero ahora tenéis que ser fuerte. Ya no sois una niña. Recordad siempre que la sangre de Bail fluye por vuestras venas. Y ahora, marchaos.

Skara siguió a Jenner el Azul a través de la oscuridad, descalza y tiritando en su camisón, con las lecciones de la madre Kyre tan arraigadas que incluso temiendo por su vida se preocupó de no llevar la vestimenta apropiada. Desde el otro lado de las estrechas ventanas, las llamas proyectaban sombras que se movían

como puñales entre las briznas de paja desperdigadas por el suelo. Oyó gritos de pánico. Los ladridos de un perro, interrumpidos de sopetón. Golpes secos y fuertes, como de árboles cayendo.

Como de hachas clavándose en un portón.

Entraron con sigilo en el dormitorio de invitados, donde los guerreros habían dormido apiñados unos meses antes. Ya solo quedaba la manta deshilachada de Jenner el Azul.

—¿Qué está pasando? —susurró, casi sin reconocer el sonido débil y entrecortado de su propia voz.

—Ha llegado Yilling el Radiante con sus Compañeros —respondió Jenner—, para saldar las deudas de la abuela Wexen. Yaletoft ya arde. Lo siento, princesa.

Skara se encogió cuando Jenner llevó las manos a su cuello para ponerle algo. Era una argolla de plata retorcida, de la que pendía tintineando una delicada cadena. Muy similar a la que había llevado la chica inglinga que antes le trenzaba el pelo.

—¿Soy una esclava? —preguntó con un susurro, mientras Jenner cerraba el otro extremo en torno a su muñeca.

—Debéis aparentarlo.

Skara dio un paso atrás al oír un estrépito en el exterior, un tañido de metal, y Jenner la empujó contra la pared. Apagó la vela de un soplido y se quedaron los dos a oscuras. Skara vio cómo desenfundaba un puñal, cuyo filo reflejó la luz del Padre Luna.

Empezaron a llegar aullidos desde el otro lado del portón, agudos y horribles, más parecidos a bramidos de bestias que a voces de hombres. Skara apretó con fuerza los párpados, notó el picor de las lágrimas en las comisuras y rezó. Fueron oraciones murmuradas, tartamudeadas, sin sentido. Plegarias elevadas a todos los dioses y a ninguno.

Era fácil ser valiente cuando la Última Puerta se veía diminuta en la lejanía, cuando solo era algo muy distante de lo que se preocupaban otros. En aquel momento Skara sintió en la nuca el gélido aliento de la Muerte, que le congeló toda la audacia. Con qué ligereza había hablado de cobardía en la mesa del rey. En

aquel dormitorio entendió lo que era de verdad.

Hubo un último alarido prolongado antes del silencio, que resultó casi peor que el estruendo anterior. Skara notó que la empujaban hacia delante y sintió el aliento rancio de Jenner en la mejilla.

—Tenemos que irnos.

—Estoy asustada —dijo ella con un hilo de voz.

—Yo también. Pero si vamos a cara descubierta, a lo mejor conseguimos salir de aquí a base de labia. Como nos encuentren escondidos...

«Solo se puede conquistar los miedos afrontándolos —acostumbraba a decir su abuelo—. Si los rehúyes, te conquistan ellos a ti.» Jenner abrió la puerta con un chirrido de goznes y Skara se obligó a salir detrás de él, con las rodillas tan temblorosas que casi entrechocaban.

Sus pies descalzos resbalaron en algo húmedo. Había un cadáver sentado junto a la puerta y toda la paja de alrededor estaba ennegrecida de sangre.

Borid, se llamaba. Era un guerrero que había servido a su padre. Había llevado a Skara a hombros cuando era pequeña, para que alcanzara a arrancar los melocotones en el huerto que había al pie de las murallas del cabo de Bail.

Desvió los ojos irritados hacia el sonido de voces. Su mirada recorrió armas rotas y escudos hendidos. Recorrió más cadáveres, encorvados, caídos de cualquier manera, despatarrados entre las columnas talladas por las que el salón de su abuelo era conocido como el Bosque.

Había unos hombres reunidos a la poca luz que daba el hogar. Guerreros de renombre, con sus cotas de malla, armas y aros-moneda reflejando los colores del fuego, dejando alargadas sombras que se extendían por el suelo hacia ella.

La madre Kyre estaba de pie entre ellos, como también el abuelo de Skara, con su malla mal ajustada puesta a toda prisa y las canas todavía revueltas de recién levantado. Un guerrero delgado contemplaba a sus dos prisioneros con una leve sonrisa en un rostro suave y atractivo, despreocupado como el de un niño, y a su alrededor había un espacio que ni siquiera los demás asesinos se atrevían a invadir.

Era Yilling el Radiante, que no adoraba a más dios que la Muerte.

Su voz despertó ecos vivaces en la inmensidad del salón.

—Esperaba poder saludar a la princesa Skara.

—Se ha marchado con su prima Laithlin —dijo la madre Kyre. Tenía la misma voz que con tanta calma había enseñado, corregido y sermoneado a Skara durante toda su vida, pero en ella se oía un desacostumbrado gorjeo de pavor—. Donde nunca podrás llegar a ella.

—Ah, llegar, llegaremos —repuso un guerrero de Yilling, un hombre enorme con el cuello de un buey.

—Y pronto, madre Kyre, bien pronto —añadió otro que llevaba una larga lanza y un cuerno en el cinturón.

—El rey Uthil vendrá —replicó ella—. Quemará vuestros barcos y os expulsará a todos al mar.

—¿Cómo va a quemar mis barcos si están a salvo tras las grandes cadenas del cabo de Bail? —preguntó Yilling—. Las cadenas de las que vosotros me disteis la llave.

—Grom-gil-Gorm vendrá —insistió la madre Kyre, pero su voz casi se había reducido a un susurro.

—Confío en ello. —Yilling extendió los dos brazos y, con toda la suavidad del mundo, pasó el cabello de la clériga por detrás de sus hombros—. Pero llegará demasiado tarde para ti. —Desenvainó una espada que tenía un gran diamante en la zarpa dorada que adornaba su pomo y cuyo acero estaba pulido como un espejo, tan brillante en la oscuridad que dejó una mancha blanca en la visión de Skara.

—La muerte nos espera a todos —dijo el rey.

El rey Fynn inspiró hondo por la nariz y se irguió con orgullo. Un fugaz atisbo del hombre que había sido. Miró a su alrededor y, entre las columnas del salón, cruzó la mirada con Skara y pareció dedicarle un ínfimo atisbo de sonrisa. Luego se dejó caer de rodillas.

—Hoy vas a matar a un rey.

Yilling se encogió de hombros.

—Reyes, campesinos... Para la Muerte todos somos muy parecidos.

Clavó la hoja hasta la empuñadura donde el cuello del abuelo de Skara se unía a su hombro y al instante la retiró, rápida y mortífera como un relámpago al caer. El rey Fynn solo tuvo tiempo de proferir un breve y seco gañido antes de morir, y se derrumbó de cara sobre el hogar. Skara se quedó petrificada, incapaz de respirar, incapaz de pensar.

La madre Kyre bajó la mirada hacia el cadáver de su señor.

—La abuela Wexen me lo había prometido —balbuceó.

Plic-plic, plic-plic. La sangre goteó de la punta de la espada de Yilling.

—Las promesas solo atan a los débiles.

Giró con la precisión de un bailarín y su acero cruzó luces y sombras. Hubo un chorro negro y la cabeza de la madre Kyre rebotó contra el suelo, mientras su cuerpo se desplomaba como si no tuviera ni un hueso dentro.

Skara inspiró una bocanada temblorosa. Todo aquello tenía que ser una pesadilla. Una ilusión febril. Quería acostarse. Le palpitaban los párpados y notaba el cuerpo sin fuerza, pero la mano de Jenner el Azul le sostenía el brazo con dolorosa firmeza.

—Sois una esclava —siseó mientras le daba un tenso zarandeo—. No decís nada. No comprendéis nada.

Skara intentó apaciguar los gemidos de su garganta mientras unos pasos ligeros se acercaban a ella. A lo lejos, alguien había empezado a chillar y no paraba.

—Vaya, vaya —dijo la voz sedosa de Yilling el Radiante—. Estos dos no están donde deberían.

—No, mi señor. Me llamo Jenner el Azul. —Skara no pudo entender cómo logró sonar tan amistoso, firme y razonable. Si ella hubiera soltado prenda, solo le habrían salido unos sollozos babeantes—. Soy un mercader con salvoconducto del Alto Rey y acabo de regresar del río Divino. Nos dirigíamos a Casa Skeken, pero un temporal nos ha desviado de nuestro rumbo.

—Debías de ser muy amigo del rey Fynn, si estabas invitado a su salón.

—Un mercader sabio es amigo de todo el mundo, mi señor.

—Estás sudando, Jenner el Azul.

—¿La verdad? Me aterrorizas.

—Sí que eres un mercader sabio.

Skara notó una mano suave bajo la barbilla que la obligó a levantar la cabeza. Miró el rostro del hombre que acababa de asesinar a las dos personas que la habían criado desde niña, con aquella leve sonrisa todavía salpicada de su sangre, tan cerca que hasta podía contar las minúsculas pecas que tenía en la nariz.

Yilling hizo un mohín con sus labios regordetes y dio un silbido limpio y agudo.

—Y transportas una mercancía de primera, ya lo creo que sí.

Acarició el cabello de Skara con una mano, enrolló un mechón en torno a sus largos dedos y se lo apartó del rostro hasta rozarle una mejilla con el pulgar.

«Debéis vivir. Debéis gobernar.» Skara asfixió el miedo. Asfixió el odio. Obligó a sus facciones a seguir inexpresivas. Cara de esclava, sin revelar nada.

—¿Me venderías esto de aquí, mercader? —preguntó Yilling—. ¿A cambio de tu vida, quizá?

—Con mucho gusto, mi señor —dijo Jenner el Azul. Skara sabía que la madre Kyre había sido una necia al confiar en aquel maleante. Cogió aire para maldecirlo, pero los dedos nudosos de Jenner se clavaron aún más en su brazo—. Pero es imposible.

—Según mi experiencia, que es larga y muy sangrienta... —Yilling el Radiante alzó su espada y apoyó el filo ensangrentado en su mejilla, como una niña podría hacer con su muñeca favorita. El diamante del pomo parecía arder con chispas rojas, anaranjadas y amarillas—. Una hoja afilada puede cercenar cualquier soga de imposibles.

La nuez de Jenner se movió entre su barba entrecana cuando tragó saliva.

—La esclava no es de mi propiedad y no puedo venderla. Es un regalo. Del príncipe Varoslaf de Kalyiv al Alto Rey.

—Vaya, hombre. —Yilling permitió que la espada descendiera muy despacio, dejando una mancha roja y alargada en su rostro—. Tengo entendido que Varoslaf es un hombre al que los sabios temen.

—Le gustan muy poco las bromas, es cierto.

—A medida que florece el poder de un hombre, se marchita su buen humor. —Yilling miró ceñudo el rastro de huellas sanguinolentas que sus botas habían dejado entre las columnas. Entre los cadáveres—. Al Alto Rey también le pasa. No sería prudente apropiarse de ningún regalo que se hagan esos dos.

—Justo eso llevo pensando yo desde que zarpé de Kalyiv —dijo Jenner.

Yilling el Radiante hizo chascar los dedos con la fuerza de un latigazo y de pronto sus ojos irradiaron un entusiasmo infantil.

—¡Tengo una idea! Lanzaremos una moneda al aire. Si sale cara, puedes llevarte esta preciosidad a Casa Skeken para que lave los pies al Alto Rey. Si sale cruz, te mato y le saco mejor partido. —Dio una palmada a Jenner en el hombro—. ¿Qué opinas, mi nuevo amigo?

—Opino que la abuela Wexen no lo verá con buenos ojos —respondió Jenner.

—No ve nada con buenos ojos. —Yilling sonrió de oreja a oreja y las comisuras de los párpados se le poblaron de amistosas arrugas—. Pero yo solo me inclino ante la voluntad de una mujer. No es la abuela Wexen, ni la Madre Mar, ni la Madre Sol, ni siquiera la Madre Guerra. —Hizo volar una moneda dorada, que destelló en las venerables alturas del Bosque—. Solo me inclino ante la Muerte. —La atrapó de entre las sombras—. Rey o campesino, grande o insignificante, fuerte o débil, sabio o necio. La Muerte nos espera a todos.

Abrió la mano y la moneda destelló en su palma.

—Anda —dijo Jenner el Azul con cara de sorpresa—. Parece que a mí tendrá que esperarme un poco más.

Se alejaron a toda prisa por entre las ruinas de Yaletoft, a través de un viento cálido que arremolinaba ardientes briznas de paja en la noche, llena de gritos y ruegos y sollozos. Skara mantuvo la mirada fija en el suelo como debía hacer toda buena esclava, sin nadie ya para decirle que no se encorvara, mientras su miedo se derretía poco a poco y se transformaba en culpabilidad.

Subieron de un salto a bordo del barco de Jenner y zarparon arrullados por las oraciones murmuradas de los tripulantes, que daban gracias al Padre Paz por haberlos salvado de la masacre y hacían crujir los remos con un ritmo firme para deslizarse entre las embarcaciones de los asaltantes y salir a mar abierto. Skara se dejó caer entre el cargamento y su culpabilidad se deshizo en charcos de tristeza al contemplar cómo el fuego arrasaba el hermoso salón del rey Fynn y, con él, su vida anterior, cómo la gran viga frontal se destacaba negra contra las llamas antes de caer con un estallido de chispas resplandecientes.

El incendio de todo cuanto había conocido se fue perdiendo en la lejanía y Yaletoft quedó reducida a una motita de llamas en la oscuridad, entre los chasquidos de las velas y las órdenes de Jenner para que el barco virara al norte, rumbo a Gettlandia. Skara se levantó y miró a popa, hacia el pasado, sintiendo que se le secaban las lágrimas en las mejillas y que su tristeza se congelaba en un bloque de cólera fría, dura y férrea.

—Me encargaré de que Trovenlandia sea libre —susurró, apretando los puños—. Y de que se reconstruya el salón de mi abuelo, y de que los cuervos den buena cuenta del cadáver de Yilling el Radiante.

—De momento, encarguémonos de que sigáis con vida, princesa.

Jenner le retiró del cuello la argolla de esclava y le pasó su capa sobre los hombros temblorosos. Skara lo miró a los ojos mientras se frotaba con delicadeza las marcas que le había dejado la fina plata.

—Te había juzgado mal, Jenner el Azul.

—No, vuestro juicio fue certero. He hecho cosas mucho peores que las que pudierais creer.

—¿Por qué arriesgar tu vida por la mía, entonces?

Jenner se rascó el mentón un momento, con aire pensativo. Luego alzó los hombros.

—Porque el ayer no puede cambiarse. Solo el mañana. —Le puso algo en la mano. Era el aro de Bail, con su rubí que resplandecía como la sangre a la luz de la luna—. Creo que esto os pertenece.

NO HABRÁ PAZ

—¿Cuándo llegarán?

El padre Yarvi estaba sentado con la espalda apoyada en un árbol, las piernas cruzadas y un libro de aspecto vetusto encajado entre las rodillas. Cualquiera habría dicho que dormía, si sus ojos no estuvieran recorriendo la escritura bajo unos párpados entornados.

—Soy clérigo, Koll —musitó—, no vidente.

Koll miró con gravedad las ofrendas esparcidas por todo el claro. Aves decapitadas, jarras de cerveza vacías y fardos de huesos meciéndose y haciendo chirriar las cuerdas. Un perro, una vaca y cuatro ovejas, todas colgadas bocabajo de unas ramas con runas talladas mientras las moscas se congregaban atareadas en sus cuellos rebanados.

También había un hombre. Un esclavo, a juzgar por las rozaduras del cuello, con un círculo de runas inscritas de cualquier manera en la espalda y los nudillos tocando el suelo, rojo de sangre. Un magnífico sacrificio para Aquel Que Germina La Simiente, por parte de alguna ricachona con ganas de tener hijos.

A Koll no le hacían demasiada gracia los lugares sagrados. Le daban la sensación de que alguien lo observaba. Le gustaba pensar que era un tipo sincero, pero todo el mundo guardaba sus secretos. Todo el mundo albergaba sus dudas.

—¿Qué libro es? —preguntó.

—Un tratado sobre reliquias élficas escrito hace dos siglos por la hermana Slodd de Reerskoft.

—Más conocimiento prohibido, ¿eh?

—De una época en que la Clerecía se dedicaba a acumular sabiduría y no a reprimirla.

—Solo lo que se conoce puede controlarse —murmuró Koll.

—Y todo conocimiento, igual que todo poder, puede ser peligroso en las manos equivocadas. Lo que cuenta es el uso que se le da.

El padre Yarvi se chupó la punta del único dedo retorcido que había en su deforme mano izquierda y lo usó para pasar la página. Koll frunció el ceño, observando el bosque.

—¿Hacía falta que llegáramos tan pronto?

—La batalla suele ganarla el bando que llega antes.

—¿No habíamos venido a negociar la paz?

—Las negociaciones de paz son el campo de batalla del clérigo.

Koll dio un suspiro que le hizo aletear los labios. Se sentó en un tocón que había al borde del claro, a una distancia cauta de todas las ofrendas, y sacó el cuchillo y el trozo de madera de fresno al que ya había dado una forma tosca. Terminaría representando a Aquella Que Golpea El Yunque, con su martillo en alto. Un regalo para Rin, cuando regresara a Thorlby. Si es que regresaba, en vez de acabar colgado de un árbol en aquel mismo claro. Sus labios aletearon de nuevo.

—Los dioses te han bendecido con muchos dones —dijo en voz baja el padre Yarvi sin levantar la mirada del libro—. Manos diestras y buen juicio. Una bonita mata de pelo del color de la arena. Un sentido del humor algo descontrolado. Pero ¿quieres ser un gran clérigo y estar al hombro de reyes?

Koll tragó saliva.

—Sabes que sí, padre Yarvi. Más que nada en el mundo.

—En ese caso te queda mucho por aprender, empezando por la paciencia. Enfoca esa polilla que tienes por mente y un día podrías cambiar el mundo, como tu madre quería que hicieras.

Koll tiró de la cinta de cuero que llevaba al cuello y notó por debajo de la camisa cómo entrechocaban las pesas sujetas a ella. Las pesas que su madre, Safrit, había llevado en su condición de mercader respetada por no engañar en la pesada. «Sé valiente, Koll. Sé el mejor hombre que puedas ser.»

—Dioses, aún la echo de menos —susurró.

—Yo también. Y ahora, quédate quieto y observa lo que hago.

Koll soltó la tira de cuero.

—Mis ojos no se apartan de ti, padre Yarvi.

—Pues ciérralos. —El clérigo cerró el libro de golpe, se levantó y se sacudió las hojas muertas de detrás de la túnica—. Y escucha.

Pasos, cruzando el bosque en dirección a ellos. Koll guardó la madera tallada pero conservó el cuchillo en la mano, con la punta oculta en la manga. Las palabras adecuadas podían resolver la mayoría de los problemas, pero Koll sabía que el acero afilado era una muy buena herramienta para afrontar los demás.

De los árboles salió una mujer, vestida de negro al modo de los clérigos. Su cabello de color rojo fuego estaba afeitado por los lados, dejando ver las runas que llevaba tatuadas en torno a las orejas, y levantado con grasa por el centro en forma de aleta pinchuda. Tenía las facciones duras, endurecidas más si cabe por los músculos que tensaba al mascar corteza del soñador y por las manchas de color púrpura en las comisuras de sus labios.

—Llegas temprano, madre Adwyn.

—No tan temprano como tú, padre Yarvi.

—La madre Gundring siempre me decía que es de mala educación llegar el segundo a una cita.

—Espero que disculpes mi grosería, entonces.

—Dependerá de las palabras que traigas de la abuela Wexen.

La madre Adwyn levantó la barbilla.

—Tu señor, el rey Uthil, y su aliado, Grom-gil-Gorm, han incumplido sus juramentos al Alto Rey. Han rechazado la mano amistosa que les tendía y han desenfundado las espadas en su contra.

—Su mano amistosa nos resultaba muy opresiva —respondió Yarvi—. En

los dos años que han pasado desde que nos la quitamos de encima hemos descubierto que todos respiramos mejor. Dos años en los que el Alto Rey no ha tomado un solo pueblo, no ha ganado una sola batalla ni...

—¿Y qué batallas han entablado Uthil y Gorm? Sin contar las que emprenden a diario uno contra el otro, quiero decir. —Adwyn escupió jugo por un lado de la boca y Koll, incómodo, jugueteó con un hilo suelto de su manga. El comentario de la clériga había dado muy cerca del blanco—. Habéis tenido suerte, padre Yarvi, porque la mirada del Alto Rey estaba fija en la rebelión de las Tierras Bajas. Rebelión que, según tengo entendido, ayudaste a instigar.

Yarvi parpadeó, todo inocencia.

—¿Puedo hacer que los hombres se alcen en armas a cientos de leguas de distancia? ¿Acaso soy un mago?

—Hay quienes dicen que lo eres, pero de poco te servirán la magia, la suerte o la astucia. La rebelión está sofocada. Yilling el Radiante retó en duelo a los tres hijos de Hokon y los mató uno tras otro. No tiene igual con la espada.

El padre Yarvi se miró la única uña de su mano contrahecha, como para comprobar que siguiera en buenas condiciones.

—El rey Uthil podría no estar de acuerdo. Sin duda habría podido derrotar a esos tres hermanos al mismo tiempo.

La madre Adwyn dejó pasar la fanfarronada.

—Yilling el Radiante pertenece a una nueva clase de hombre, con nuevas formas de actuar. Pasó a espada a los perjuros, y sus Compañeros quemaron sus salones con sus familias dentro.

—Familias quemadas. —Koll tragó saliva—. Ahí está el progreso.

—Quizá no hayáis oído lo que hizo después Yilling el Radiante.

—Dicen que es muy buen bailarín —repuso Koll—. ¿Por casualidad bailó?

—Ya lo creo. Bailó cruzando los estrechos hasta Yaletoft para hacer una visita a ese descreído del rey Fynn.

En el silencio que siguió el viento agitó las hojas, hizo chirriar las ofrendas y provocó a Koll un escalofrío que le subió hasta la nuca. La madre Adwyn sonrió entre los húmedos chasquidos de su boca al masticar.

—Vaya, veo que tu bufón se ha quedado sin réplicas jocosas. Yaletoft yace en ruinas, el salón del rey Fynn en cenizas y sus guerreros se han disgregado a los cuatro vientos.

Yarvi contrajo el gesto de forma casi imperceptible.

—¿Qué hay del propio rey?

—Ha cruzado la Última Puerta, junto a su clériga. Sus muertes estaban anunciadas desde el momento en que los engañaste para unirse a tu pequeña alianza de condenados.

—En el campo de batalla no hay reglas —musitó el padre Yarvi—. Nuevas formas de actuar, sin duda.

—Yilling el Radiante ya cruza Trovenlandia a fuego, preparando el camino para el ejército del Alto Rey. Un ejército más numeroso que los granos de arena en la playa. El mayor ejército reunido desde que los elfos declararon la guerra a la Diosa. Para mediados de verano habrán llegado a las puertas de Thorlby.

—El futuro es un terreno sumido en la bruma, madre Adwyn. Quizá todavía nos sorprenda a todos.

—No es necesario ser profeta para saber lo que ocurrirá. —Sacó un pergamino y lo extendió dejando a la vista las runas que lo llenaban—. La abuela Wexen os nombrará a ti y a la reina Laithlin hechiceros y traidores. La Clerecía proclamará que ese papel moneda suyo es magia élfica y convertirá a quien lo emplee en marginado y proscrito.

Koll se sobresaltó al oír partirse una ramita entre los matorrales.

—Seréis podados del mundo —siguió diciendo la clériga—, como lo serán Uthil, Gorm y cualquiera que los respalde.

Entonces aparecieron los hombres. Eran guerreros de Yutmarca, a juzgar por las hebillas cuadradas de sus capas y los escudos alargados. Koll contó seis y oyó al menos a otros dos a su espalda, y tuvo que hacer acopio de voluntad para no salir

por piernas.

—¿Espadas desenfundadas? —preguntó el padre Yarvi—. ¿En el terreno sagrado del Padre Paz?

—Adoramos a la Diosa Única —masculló su capitán, un guerrero con grabados de oro en el yelmo—. Para nosotros, esto es solo polvo.

Koll observó los rostros afilados y las hojas afiladas extendidas hacia él, y notó que le sudaba la palma de la mano en torno al puño de su cuchillo oculto.

—Esto no pinta nada bien —gimió.

La madre Adwyn dejó caer el pergamino al suelo.

—Pero incluso ahora, incluso después de todas tus intrigas y traiciones, la abuela Wexen está dispuesta a ofrecerte la paz. —Las sombras motearon su cara cuando alzó la mirada al cielo—. La Diosa Única en verdad es misericordiosa.

El padre Yarvi soltó un bufido. A Koll le costaba creer que se mostrara tan intrépido.

—Pero supongo que su misericordia tiene un precio, ¿me equivoco?

—Las estatuas de los altos dioses serán destruidas allí donde se alcen y se adorará a la Diosa Única a lo largo y ancho del mar Quebrado —dijo Adwyn—. Todo vansterlandés y gettlandés pagará un diezmo a la Clerecía. El rey Uthil y el rey Gorm depondrán sus espadas a los pies del Alto Rey en Casa Skeken, suplicarán su perdón y pronunciarán nuevos juramentos.

—Los antiguos no sirvieron de mucho.

—Motivo por el que tú, la madre Scaer y el joven príncipe Druin permaneceréis allí como rehenes.

—Hum. —El padre Yarvi se dio unos golpecitos en el mentón con su dedo retorcido—. Es una oferta tentadora, pero en Casa Skeken el verano puede llegar a ser un poco pegajoso.

Una flecha pasó volando junto a la mejilla de Koll, tan cerca que notó moverse el aire. Alcanzó al líder de los guerreros en un hombro, justo por encima

del brocal de su escudo, sin hacer el menor ruido.

Llegaron más flechas desde el bosque. Un hombre chilló. Otro agarró un asta que tenía clavada en la cara. Koll se abalanzó sobre el padre Yarvi y lo derribó tras el grueso tronco de un árbol sagrado. Entrevió a un guerrero que embestía en su dirección con la espada en alto. Entonces Dosduvoi salió de la espesura, enorme como una casa, lo levantó del suelo con un tajo de su gran hacha y lo envió hacia el centro del claro entre un remolino de hojas muertas.

Las sombras se retorcieron, apuñalaron y tajaron, topando contra las ofrendas y haciendo que se balancearan. A los pocos y sangrientos instantes, los hombres de la madre Adwyn se habían unido al rey Fynn al otro lado de la Última Puerta. Su capitán estaba de rodillas, resollando, con seis flechas clavadas en su cota de mallas. Intentó levantarse apoyándose en la espada, pero la fuerza roja escapaba de él a borbotones.

Fror avanzó por el claro. En una mano llevaba su pesada hacha y, con gestos cuidadosos de la otra, abrió la hebilla del yelmo ribeteado en oro del capitán. Era de buena calidad y podría venderse por un buen precio.

—Esto lo lamentarás —susurró el hombre, con sangre en los labios y el pelo canoso pegado a la frente sudorosa.

Fror asintió muy despacio con la cabeza.

—Ya lo lamento.

Y descargó el hacha en la coronilla del capitán, que cayó con los brazos extendidos.

—Ya puedes dejar que me levante —dijo el padre Yarvi, dando una palmada en el costado de su aprendiz. Koll cayó en la cuenta de que había protegido al clérigo con su cuerpo, como haría una madre con su bebé en una tormenta.

—¿No podías haberme contado el plan? —preguntó mientras se levantaba con torpeza.

—No puedes revelar lo que no sabes.

—¿No confías en mí para que interprete un papel?

—La confianza es como el cristal —dijo Rulf mientras se ponía al hombro su enorme arco y tendía su manaza a Yarvi para ayudarlo a levantarse—. Encantadora, pero solo un necio apoya demasiado peso en ella.

El claro estaba completamente rodeado por curtidos guerreros de Gettlandia y Vansterlandia, y la madre Adwyn se veía muy solitaria entre todos ellos. A Koll casi le dio lástima, pero sabía que no serviría de nada a ninguno de los dos.

—Parece que mis intrigas han dado mejor resultado que las tuyas —dijo Yarvi—. Dos veces ha intentado ya tu maestra podarme del mundo y, sin embargo, aquí me tienes.

—Por las intrigas se te conoce, araña. —La madre Adwyn escupió jugo de corteza morado a los pies del clérigo—. ¿Qué ha sido del terreno sagrado del Padre Paz?

Yarvi se encogió de hombros.

—Ah, es un dios misericordioso. Pero quizá lo más prudente sería colgarte de uno de estos árboles y rajarte la garganta como ofrenda, por si acaso.

—Hazlo, pues —siseó ella.

—La piedad demuestra más poder que el asesinato. Regresa junto a la abuela Wexen. Agradécele la información que me has proporcionado y tan útil nos resultará. —Señaló los cadáveres de los guerreros, ya en camino de pender bocabajo de las ramas de la arboleda sagrada—. Agradécele tan ricas ofrendas para los altos dioses, que sin duda sabrán apreciarlas. —El padre Yarvi se inclinó hacia ella enseñando los dientes, y Koll vio caer la máscara de la madre Adwyn y el miedo que había ocultado—. ¡Pero dile a la Primera Entre Clérigos que me meo en su oferta! Juré vengarme de los asesinos de mi padre. Pronuncié un juramento-sol y un juramento-luna. Dile a la abuela Wexen que, mientras ella y yo vivamos, no habrá paz.

NUNCA BASTANTE SANGUINARIO

—¡Te mataré, zorra de medio pelo! —bramó Raith entre salivazos mientras se lanzaba hacia ella.

Rakki lo aferró por el brazo izquierdo, Soryorn por el derecho y entre los dos lograron contenerlo. Tenían mucha práctica, al fin y al cabo.

Espina Bathu no se movió, si no se contaba la contracción de los músculos en el lado afeitado de su cabeza al apretar la mandíbula.

—Tranquilicémonos todos —dijo su marido, Brand, gesticulando con las manos abiertas como un pastor que intentara apaciguar un rebaño inquieto—. Se supone que somos aliados, ¿verdad? —Era un buey grandote y fuerte, pero sin la menor bravura—. Probemos a... a vivir en la luz un momento.

Raith hizo saber a todos el poco respeto que le merecía la idea forcejeando lo suficiente con su hermano para escupir a Brand en la cara. Por desgracia falló, pero dejó clara su opinión.

Espina torció el labio.

—Me parece que a este perro habría que sacrificarlo.

Todo el mundo tenía sus llagas, y las palabras de la mujer hundieron el dedo en la de Raith. Relajó los músculos, dejó que su cabeza se inclinara a un lado y enseñó los dientes con una sonrisa perezosa mientras posaba la mirada en Brand.

—¿Qué tal si, en vez de eso, mato yo a esta esposa tan cobarde que tienes?

Siempre se le había dado bien empezar las peleas, y tampoco era manco terminándolas, pero nada podría haberlo preparado para la velocidad con que Espina se abalanzó sobre él.

—¡Estás muerto, cabrón de pelo lechoso!

Raith se echó a un lado, arrastró a su hermano y a Soryorn en un revoltijo de

brazos y piernas y estuvo a punto de hacerlos caer contra la madera del muelle. Para contener a Espina hicieron falta tres gettlandeses: el viejo y amargado maestro de armas, Hunnan; el timonel calvo, Rulf, y Brand, sujetando el cuello de la mujer con un antebrazo lleno de cicatrices. Todos hombres vigorosos, y todos al límite de sus fuerzas, pero aun así el puño suelto de Espina logró dar a Raith un buen coscorrón en la coronilla.

—¡Paz! —exclamó Brand mientras hacía retroceder a su esposa entre forcejeos—. ¡Por todos los dioses, paz!

Pero a nadie le apetecía mucho la paz. Ya había otros profiriendo insultos, tanto en las filas gettlandesas como en las vansterlandesas. Raith vio nudillos blanquecinos sobre empuñaduras de espadas, oyó el chirrido de la daga de Soryorn saliendo de su vaina. Olió cómo se aproximaba la violencia, mucho mayor que la que había planeado. Pero así era la violencia. Pocas veces se quedaba contenida en el terreno que se delimitaba para ella. De lo contrario, no sería violencia.

Raith replegó los labios en una mueca a medio camino entre el rugido y la sonrisa, sintió cómo se le llenaba el pecho de fuego, cómo el aliento cálido le raspaba la garganta, cómo se le tensaba hasta el último músculo.

Podría haber sido una batalla digna de canciones, allí mismo, bajo la lluvia en los muelles de Thorlby, si Grom-gil-Gorm no hubiera llegado espantando a la enfurecida multitud como un gigantesco buey abriéndose paso entre un rebaño de cabras ruidosas.

—¡Basta! —bramó el rey de Vansterlandia—. ¿Qué ridículo picoteo de pajaritos es este?

El alboroto remitió. Raith se quitó de encima a su hermano con una sonrisa lupina en los labios, y Espina se liberó de su marido mascullando improperios. Sin duda a Brand le esperaba una noche incómoda, pero a ojos de Raith todo había salido bastante bien. Al fin y al cabo, había ido allí a pelear y no le preocupaba demasiado contra quién.

Los ceñudos gettlandeses se apartaron para dejar paso al rey Uthil, que acunaba en el brazo su espada desnuda. Raith lo odiaba, por supuesto. Todo buen vansterlandés debía odiar al rey de Gettlandia. Pero por lo demás parecía un hombre bastante admirable, duro y gris como un barrote de hierro e igual de reacio

a doblegarse, famoso por sus muchas victorias y sus pocas palabras, con aquel brillo demente en los ojos hundidos que revelaba tan solo un gélido vacío en el lugar donde los dioses acostumbraban a depositar la piedad en los hombres.

—Estoy decepcionado, Espina Bathu —dijo con una voz dura y chirriante como las piedras de molino—. Esperaba más de ti.

—No sabéis cuánto lo lamento, mi rey —gruñó ella, con una mirada torva que pasó de Raith a Brand, quien hizo una mueca como si las miradas asesinas de su esposa no fueran ninguna novedad.

—Yo no esperaba más. —Grom-gil-Gorm enarcó una ceja en dirección a Raith—. Pero al menos confiaba en que pudieras sorprenderme.

—¿Vamos a permitir que nos insulten, mi rey? —casi gritó Raith.

—Los pequeños insultos deben soportarse cuando se quiere mantener una alianza —dijo la madre Scaer con su voz seca.

—Y nuestra alianza es un barco en mar revuelto —añadió el padre Yarvi, con aquella sonrisa melosa que pedía a gritos que la borraran de un cabezazo—. Si lo agujereamos con rencillas, sin duda acabaremos todos ahogados.

Raith respondió con un gruñido. Odiaba a los clérigos y sus discursos embusteros sobre el Padre Paz y el bien mayor. Para él no existía problema cuya mejor solución no fuera destrozarlo a puñetazos.

—Un vansterlandés nunca olvida un insulto. —Gorm metió los pulgares entre los puñales que rodeaban su cinturón—. Pero me ha entrado sed y, ya que somos los invitados... —Se irguió y la cadena hecha con los pomos de sus enemigos derrotados tintineó al inflarse su enorme pecho—. Yo, Grom-gil-Gorm, el Rompeespadas y el Hacehuérfanos, rey de Vansterlandia e hijo predilecto de la Madre Guerra... entraré en la ciudad en segundo lugar.

Sus guerreros protestaron con amargura. Habían malgastado una hora discutiendo quién entraría primero, y acababan de perder la batalla. Su rey ocuparía el puesto menos distinguido, por lo que a ellos les correspondería menos honor y, dioses, qué quisquillosos eran con el asunto del honor.

—Sabia decisión —dijo Uthil, entrecerrando los ojos—. Pero no esperéis palmaditas en la espalda por tomarla.

—El lobo no requiere palmaditas de las ovejas —replicó Gorm, torciendo el gesto a su vez.

Los guerreros de Uthil pasaron pavoneándose, luciendo el brillo dorado en las hebillas de sus capas y en los pomos de sus espadas y en sus aros-moneda, elevados a nuevas cotas de arrogancia inmerecida, y Raith enseñó los dientes y les escupió en los pies.

—Sí que es un perro, sí.

La mofa procedía de Hunnan, y Raith habría saltado al cuello del muy hijo de puta y le habría reventado los dientes contra el embarcadero, si Rakki no lo hubiera agarrado con fuerza y le hubiera dicho al oído:

—Tranquilo, hermano, tranquilo.

—¡Jenner el Azul! ¡Menuda sorpresa!

Raith miró a un lado con el ceño fruncido y vio que el padre Yarvi se apartaba y se acercaba a un viejo marinero de cara avinagrada.

—Espero que sea una sorpresa agradable —dijo Jenner, estrechando la mano de Rulf como si fueran viejos compañeros de remo.

—Depende —respondió el clérigo—. ¿Has venido a llevarte el oro de la reina Laithlin?

—Intento llevarme todo el oro que se me ofrezca. —Jenner miró a su alrededor como si estuviera a punto de revelar algún tesoro secreto—. Pero tengo un motivo mejor para haber venido.

—¿Mejor que el oro? —preguntó Rulf con una sonrisa—. Has cambiado.

—Muchísimo mejor. —Jenner se apartó para dejar hueco a la persona que había a su espalda, y fue como si alguien apuñalara a Raith en el cráneo y le extirpara todas sus ganas de pelear.

Era menuda y delgada, casi invisible bajo una capa sucia y avejentada. Su cabello era un revoltijo salvaje, una nube de rizos negros que se agitaban y ondeaban con la brisa salada. Tenía la piel pálida y marcas rojizas bajo la nariz, y unos pómulos tan finos y marcados que daban la impresión de poder quebrarse

con solo una palabra mal medida.

Clavó en Raith unos ojos grandes y de un color verde tan oscuro como el de la Madre Mar en un día tormentoso. No sonrió. No habló. Tenía un aspecto triste y solemne, lleno de secretos, y a Raith se le erizaron todos los pelos del cuerpo. Ningún hachazo en la cabeza podría haberlo dejado tan aturdido como la mirada de aquella chica.

Al padre Yarvi se le puso cara de lelo, pero al instante cerró la boca de golpe.

—Rulf, lleva a Jenner el Azul y a su invitada con la reina Laithlin. Ahora mismo.

—¿Estabas dispuesto a matar para que entráramos los primeros y ahora no das ni un paso?

Rakki estaba mirándolo, y Raith se dio cuenta de que los hombres de Gorm ya desfilaban detrás de los gettlandeses, todos inflados de orgullo hasta casi el estallido para compensar que pasaban en segundo lugar.

—¿Quién era esa chica? —graznó Raith, tan mareado como tras el brusco despertar de un sueño de cerveza.

—¿Desde cuándo te interesan las chicas?

—Desde que he visto a esa. —Buscó entre el gentío con la esperanza de demostrar a ambos que no la había imaginado, pero la chica ya no estaba.

—Sí que debía de ser una belleza, para hacerte apartar la mirada de tu presa.

—Nunca había visto nada igual.

—Perdona que te lo diga, hermano, pero en lo que respecta a mujeres no has visto gran cosa. Tú eres el guerrero, ¿recuerdas? —Rakki sonrió mientras levantaba del suelo el inmenso escudo negro de Grom-gil-Gorm—. Yo soy el amante.

—Cosa que nunca te cansas de recordarme. —Raith se echó al hombro la pesada espada del rey e hizo ademán de seguir a su hermano hacia el interior de Thorlby, hasta que notó que lo retenía la robusta mano de su señor.

—Me has decepcionado, Raith. —El Rompeespadas tiró de él sin esfuerzo—.

Este lugar rebosa de malos enemigos que ganarse, pero me temo que has ido a escoger la peor de todas en la Escudo Elegido de la reina Laithlin.

Raith respondió con dureza:

—No me da ningún miedo, mi rey.

Gorm le asestó una buena bofetada. Bueno, para Gorm era una bofetada. Para Raith fue como encajar un golpe de remo. Trastabilló, pero el rey lo agarró del pecho y se lo acercó aún más.

—Lo que me duele no es que hayas intentado hacerle daño, sino que hayas fracasado. —Le soltó un revés y la boca de Raith se saló de sangre—. No quiero un perro que dé ladriditos. Quiero un perro que use los dientes. Quiero un asesino. —Y dio un tercer bofetón a Raith que lo dejó mareado—. Temo que todavía pueda quedar una pizca de piedad en ti, Raith. Aplástala antes de que te aplaste ella a ti.

Gorm rascó la cabeza de Raith a modo de despedida. Como haría un padre con su hijo. O quizá como haría un cazador con su perro de presa.

—Para mi gusto no serás nunca bastante sanguinario, muchacho. Ya lo sabes.

A SALVO

El peine de hueso de ballena pulido pasaba y pasaba y pasaba sibilante por el pelo de Skara.

La espada de juguete del príncipe Druin golpeaba y golpeaba y golpeaba un cofre que había en un rincón.

La reina Laithlin parloteaba y parloteaba y parloteaba, como si intuyese que Skara aprovecharía el menor silencio para ponerse a chillar y chillar y chillar.

—Fuera de esa ventana, al sur de la ciudad, acampan los guerreros de mi marido.

«¿Y por qué no nos ayudaron?», quiso replicar Skara a grito pelado mientras contemplaba azorada la extensión de tiendas, pero de su boca manó la frase apropiada, como siempre.

—Deben de ser muchísimos.

—Dos mil quinientos gettlandeses leales, llegados desde todos los confines del país.

Skara notó que los fuertes dedos de la reina Laithlin le giraban la cabeza, con amabilidad pero también con mucha firmeza. El príncipe Druin profirió el agudo grito de batalla de un niño y atacó un tapiz. El peine volvió a bisbisear, como si la solución a todos los problemas estuviera en la correcta disposición del cabello.

—Fuera de esa ventana, al norte, está el campamento de Grom-gil-Gorm. —Los fuegos brillaban cada vez más en el ocaso, extendidos por las colinas oscuras como estrellas sobre el manto del cielo—. Dos mil vansterlandeses a la vista de las murallas de Thorlby. Jamás creí que contemplaría tal cosa.

—O al menos, no con las espadas envainadas —escupió Espina Bathu desde el fondo de la estancia, con la crudeza de un guerrero al arrojar un hacha.

—Ha habido una rencilla en los embarcaderos —musitó Skara.

—Y me temo que no será la última. —Laithlin chasqueó la lengua mientras deshacía un enredo. Skara siempre había tenido el pelo muy revoltoso, pero la reina de Gettlandia no iba a dejarse amedrentar por un par de rizos rebeldes—. Mañana celebraremos un gran cónclave. Serán cinco horas seguidas de gresca, ya lo verás. Si al terminar no hay nadie muerto, lo consideraré una victoria digna de canciones. Ya está.

Laithlin volvió la cabeza de Skara hacia el espejo.

Las silenciosas esclavas de la reina la habían bañado y frotado, y le habían cambiado la ropa mugrienta por seda verde traída en la larga travesía desde la Primera Ciudad, hábilmente entallada para ella. Tenía el dobladillo cosido con hilo de oro y era tan magnífica como la mejor prenda que hubiera llevado puesta en la vida, y eso que Skara había llevado siempre ropa excelente. Tanta, y colocada con tanto esmero por la madre Kyre, que a veces le daba la sensación de que la ropa la llevaba puesta a ella.

Estaba rodeada de fuertes muros, poderosos guerreros, esclavos y lujos. Debería sentirse muy aliviada. Pero al igual que a veces un corredor se paraba a descansar y descubría que no podía levantarse de nuevo, las comodidades hacían que Skara se sintiera débil, mareada y dolorida, apaleada por fuera y por dentro hasta convertirla en un cardenal de cuerpo entero. Casi deseó estar de nuevo a bordo del barco de Jenner el Azul, el *Perro Negro*, tiritando con la mirada fija en la lluvia y gateando cada dos horas sobre sus rodillas peladas para vomitar por la borda.

—Esto perteneció a mi madre, la hermana del rey Fynn.

Laithlin le puso el pendiente en la oreja con gestos precisos y dejó caer de él unas cadenas de oro finas como telarañas, de las cuales colgaban unas pequeñas gemas rojas que casi tocaron el hombro de Skara.

—Es precioso —logró decir Skara con voz ronca y esforzándose en no devolver encima del espejo. Apenas reconocía a la chica de ojos enrojecidos, demacrada y frágil, que veía en él. Parecía su propio fantasma. Quizá nunca llegó a escapar de Yaletoft. Quizá seguía atrapada allí, esclavizada por Yilling el Radiante para siempre jamás.

Al fondo de la habitación vio a Espina Bathu agachada junto al príncipe, recolocando sus manos diminutas en el puño de su espada de madera y dándole

explicaciones en susurros de cómo debía blandirla. Cuando el niño le atizó un golpe en la pierna, Espina sonrió, arrugando la cicatriz con forma de estrella que tenía en la mejilla, y le revolvió el pelo pajizo.

—¡Así me gusta!

Skara solo podía pensar en la espada de Yilling el Radiante, en aquel diamante del pomo refulgiendo en la oscuridad del Bosque, y la chica pálida del espejo empezó a respirar con fuerza y sus manos empezaron a tiritar y...

—Skara. —La reina Laithlin la asió firmemente por los hombros y clavó en ella unos ojos de color gris azulado, duros y penetrantes, que la devolvieron de sopetón al presente—. ¿Puedes decirme lo que ocurrió?

—Mi abuelo esperaba ayuda de sus aliados. —Las palabras brotaron llanas como el zumbido de una abeja—. Esperábamos a los guerreros de Uthil y a los de Gorm, pero no llegaron.

—Continúa.

—Al final se descorazonó. La madre Kyre lo convenció para buscar la paz. Envió una paloma y al poco llegó un águila de la abuela Wexen con su respuesta. Si rendíamos el cabo de Bail, si los guerreros de Trovenlandia regresaban a sus hogares y si concedíamos paso franco por nuestras tierras al ejército del Alto Rey, obtendríamos su perdón.

—Pero la abuela Wexen no perdona —dijo Laithlin.

—Envió a Yilling el Radiante a Yaletoft para saldar las cuentas.

Skara tragó una amarga saliva, y en el espejo se movió el cuello fibroso de la pálida chica. La carita del príncipe Druin tenía la tirantez resuelta del guerrero mientras atacaba con su espada de juguete a Espina, que rechazaba los golpes con los dedos. Los gritos de guerra del pequeño sonaron como aquellos aullidos de dolor y furia en la oscuridad, acercándose, siempre acercándose.

—Yilling el Radiante decapitó a la madre Kyre. Hundió la espada en mi abuelo hasta el puño y lo dejó caer al hogar encendido.

La reina Laithlin levantó las cejas.

—¿Tú... viste cómo ocurría?

Las chispas saltando, el brillo en las sonrisas de los guerreros, la densa sangre goteando de la punta de la espada de Yilling. Skara tomó una trémula bocanada de aire antes de asentir con la cabeza.

—Escapé haciéndome pasar por esclava de Jenner el Azul. Yilling el Radiante tiró una moneda al aire para decidir si lo mataba a él también... pero la moneda...

Aún podía verla girando entre las sombras, reflejando los colores del fuego.

—Los dioses te favorecieron esa noche —susurró Laithlin.

«¿Por qué mataron a mi familia, entonces?», quiso gritar Skara, pero la chica del espejo solo pudo componer una sonrisa enfermiza y murmurar la oración apropiada para dar las gracias a Aquel Que Vuelca Los Dados.

—Te han enviado conmigo, prima. —La reina dio un fuerte apretón a los hombros de Skara—. Aquí estás a salvo.

El Bosque, que había sido el escenario de toda su vida, permanente como una montaña, estaba reducido a cenizas. La alta viga frontal que había visto pasar doscientos años yacía entre las ruinas. Trovenlandia estaba descuartizada como el humo en un vendaval. Nunca más volvería a sentirse a salvo en ningún lugar.

Skara cayó en la cuenta de que se estaba rascando la mejilla. Aún podía sentir el frío contacto de los dedos de Yilling el Radiante.

—Habéis sido todos muy amables —dijo, forzando la voz e intentando reprimir un eructo ácido. Siempre había tenido el estómago débil, pero desde que había desembarcado del *Perro Negro* sus tripas estaban tan revueltas como sus ideas.

—Eres de la familia, y la familia es lo único que importa. —La reina Laithlin la soltó después de un último apretón—. Tengo que hablar con mi marido y con mi hijo... con el padre Yarvi, quiero decir.

—¿Puedo preguntarte... si Jenner el Azul está aquí todavía?

El descontento de la reina fue palpable.

—Ese hombre es poco más que un pirata.

—¿Sería posible que viniera a verme? ¿Por favor?

Tal vez Laithlin pareciese dura como el pedernal, pero debió de percibir la desesperación en la voz de Skara.

—Lo enviaré aquí. Espina, la princesa acaba de pasar por un calvario. No la dejes sola. Vamos, Druin.

El príncipe dedicó una mirada solemne a Skara desde la altura de su cadera.

—Adiós —dijo, y soltó la espada de madera para correr tras su madre.

Skara se quedó mirando a Espina Bathu. Mirando hacia arriba, porque la Escudo Elegido era mucho más alta que ella. Saltaba a la vista que no le interesaban mucho los peines, ya que llevaba un lado de la cabeza rapado casi al cero y el otro era un enredo de nudos, trenzas y mechones enmarañados, ceñidos con lo que parecía una fortuna considerable en aros-moneda de oro y plata.

Se decía que aquella mujer se había enfrentado sola a siete hombres y había vencido, y que como recompensa había recibido el brazalete élfico que brillaba con un feroz tono amarillo en su muñeca. Era una mujer que lucía filos en lugar de sedas y cicatrices en lugar de gemas. Que pisoteaba lo apropiado con el talón de su bota y no se disculpaba por ello, jamás. Una mujer que preferiría echar abajo una puerta a cabezazos que llamar con los nudillos.

—¿Soy una prisionera? —Skara pretendía que la pregunta sonara desafiante, pero salió como el chillido de un ratón.

La expresión de Espina era difícil de interpretar.

—Sois una princesa, princesa.

—Hasta ahora nunca he encontrado mucha diferencia entre ambas cosas.

—Supongo que nunca habéis estado presa.

Lo dijo con desdén, y ¿cómo reprochárselo? Skara notaba la garganta tan cerrada que le costaba hablar.

—Debes de estar pensando que soy una necia blanda, débil y mimada.

Espina tomó aire de golpe.

—En realidad estaba pensando... en cómo me sentí yo cuando vi a mi padre muerto. —Quizá en su semblante no hubiera ternura, pero sí la transmitió con la voz—. Pensaba en lo que podría haber sido ver cómo lo mataban. Que lo mataran delante de mí y no pudiera hacer otra cosa que mirar.

Skara abrió la boca pero no salió ninguna palabra. En Espina no había desdén, sino lástima, que la estranguló incluso con más fuerza.

—Sé lo que es poner una cara de valentía —dijo Espina—. Pocos lo saben mejor.

Skara creyó que le iba a estallar la cabeza.

—Lo que pensaba —concluyó Espina— es que en tu situación... yo estaría llorando a mares.

Y Skara dejó escapar un sollozo enorme y estúpido. Los ojos se le cerraron, le picaron, lloraron. Sus costillas se sacudieron. Su respiración quedó invadida de silbidos y gorgoteos. Sus manos se mecieron a los lados y le dolió toda la cara por la violencia de su llanto. Una pequeña parte de ella la riñó por aquel comportamiento tan impropio, pero el resto no podía parar.

Oyó unos pasos rápidos y notó que la arropaban como a una niña, la sostenían con fuerza y firmeza, igual que su abuelo lo había hecho mientras veían a su padre arder en la pira. Se abrazó a Espina, le llenó la camisa de babas y aulló palabras a medio articular que ni siquiera ella misma comprendía.

Espina no se movió, no hizo el menor sonido: solo sostuvo a Skara durante un buen rato. Hasta que dejó de temblar. Hasta que los sollozos se transformados en gemidos y estos en jadeos irregulares. Después, muy poco a poco, Espina la apartó, sacó un retal de tela blanca y, aun teniendo su propia camisa empapada de saliva, limpió una manchita minúscula en el vestido de Skara y le tendió la tela.

—Es para limpiar mis armas, pero supongo que vuestra cara es mucho más valiosa. Quizá más peligrosa también.

—Lo siento —susurró Skara.

—No hay por qué. —Espina hizo bailar con un dedo la llave dorada que llevaba en una cadena al cuello—. Yo suelto muchos más lagrimones cada mañana, cuando despierto y recuerdo con quién me casé.

Y Skara rió y lloró al mismo tiempo, y de su nariz brotó una colosal burbuja. Por primera vez desde aquella fatídica noche, volvía a sentir que se parecía algo a sí misma. Quizá al final sí que había escapado de Yaletoft. Mientras se limpiaba la cara, oyó unos golpes reticentes en la puerta.

—Soy Jenner el Azul.

Cuando el mercader entró encorvado en la habitación, algo en su desaliño la reconfortó. Jenner era la misma persona al timón de un barco que en los aposentos de una reina, y verlo renovó las fuerzas de Skara. Era el hombre que necesitaba.

—¿Te acuerdas de mí? —le preguntó Espina.

—Eres una mujer difícil de olvidar. —Jenner bajó la mirada hacia la llave que pendía de su cuello—. Enhorabuena por tu matrimonio.

Espina resopló.

—Ni se te ocurra dársela a mi marido. Él todavía no ha abandonado el luto.

—¿Queríais verme, princesa?

—Así es. —Skara se sorbió la nariz y cuadró los hombros—. ¿Qué planes tienes?

—La verdad es que nunca he sido muy de hacer planes. La reina Laithlin me ha ofrecido una buena paga si lucho por Gettlandia, pero... en fin, la guerra es para jóvenes. Puede que me lleve el *Perro Negro* otra vez Divino arriba. —Miró a Skara e hizo una mueca—. Prometí a la madre Kyre que os traería con vuestra prima.

—Y has cumplido la promesa, a pesar de los muchos peligros. No debería pedirte más.

La mueca se acentuó.

—¿Vais a hacerlo, entonces?

—Esperaba que quizá te quedaras conmigo.

—Princesa, soy un viejo saqueador que lleva veinte años en decadencia, y ni en mi mejor momento era bonito verme.

—No lo dudo. Cuando te vi por primera vez, pensé que estabas tan desgastado como una vieja bestia de proa.

Jenner se rascó un lado de la mandíbula entrecana.

—Una opinión certera —dijo.

—Una opinión de necia. —A Skara se le quebró la voz, pero carraspeó, respiró hondo y prosiguió—: Ahora me doy cuenta de ello. La bestia de proa desgastada es la que ha capeado los peores temporales y, aun así, ha llevado el barco a casa sano y salvo. No necesito belleza, sino lealtad.

La mueca de Jenner se crispó todavía más.

—Toda mi vida he sido libre, princesa. No he seguido más que al próximo horizonte, no me he inclinado más que ante el viento...

—¿El horizonte te lo ha agradecido? ¿El viento te lo ha recompensado?

—No demasiado, lo reconozco.

—Yo sí lo haré. —Skara tomó una de sus manos encallecidas entre las dos propias—. Para ser libre, todo hombre necesita un propósito.

El saqueador miró su mano entre las de la princesa y luego a los ojos de Espina, que se encogió de hombros.

—Un guerrero que no lucha más que por sí mismo es solo un matón —dijo la Escudo Elegido.

—Te he visto puesto a prueba y sé que puedo confiar en ti. —Skara atrajo hacia sí la mirada del viejo saqueador y la retuvo—. Quédate conmigo. Por favor.

—Ay, dioses. —Las patas de gallo de Jenner se le arrugaron al sonreír—. ¿Cómo puedo decir que no a eso?

—No puedes. Di que me ayudarás.

—Soy vuestro hombre, princesa. Lo juro. Pronuncio un juramento-sol y un juramento-luna. —Calló un momento—. ¿Ayudaros a hacer qué, por cierto?

Skara dio un suspiro entrecortado.

—Ya te dije que me encargaré de que Trovenlandia sea libre, de que se reconstruya el salón de mi abuelo y de que los cuervos den buena cuenta del cadáver de Yilling el Radiante, ¿recuerdas?

Las cejas de Jenner el Azul salieron despedidas a lo alto de su frente arrugada.

—Yilling el Radiante está respaldado por todo el poderío del Alto Rey. Cincuenta mil espadas, dicen.

—Solo media guerra se libra con espadas. —Se apretó la sien con un dedo, tan fuerte que le dolió—. La otra media se libra aquí.

—Entonces ¿tenéis un plan?

—Algo se me ocurrirá. —Soltó la mano de Jenner el Azul y miró a Espina—. Tú navegaste con el padre Yarvi hasta la Primera Ciudad, ¿verdad?

Espina estudió a Skara desde lo alto de una nariz torcida por haberse roto muchas veces, intentando discernir qué se removía bajo aquella pregunta.

—Sí, navegué con el padre Yarvi.

—Te batiste en duelo con Grom-gil-Gorm.

—Eso también.

—Eres la Escudo Elegido de la reina Laithlin.

—Sabéis que lo soy.

—Y estando a su hombro seguro que también pasas mucho tiempo en presencia del rey Uthil.

—Más que la mayoría.

Skara terminó de secarse las pestañas. No podía permitirse llorar. Tenía que ser valiente, y lista, y fuerte, por débil y aterrorizada que se sintiera. Tenía que luchar por Trovenlandia, ahora que no quedaba nadie más, y las palabras debían ser sus armas.

—Háblame de ellos —dijo.

—¿Qué queréis saber?

«El conocimiento es poder», solía decir la madre Kyre cuando Skara protestaba por las lecciones interminables.

—Quiero saberlo todo.

POR LOS DOS

Raith despertó y dio un salto enloquecido al darse cuenta de que estaba recibiendo manotazos. Agarró al hijo de puta por el cuello y le estampó la cabeza contra la pared, rugiendo mientras desenfundaba su puñal con gesto ensayado.

—¡Dioses, Raith, soy yo! ¡Soy yo!

Hasta ese instante Raith no se dio cuenta, a la cambiante luz de la antorcha que había pasillo abajo, de que tenía a su hermano contra la pared y estaba a punto de rajarle el cuello.

El corazón le aporreaba el pecho. Tardó un momento en recordar que estaba en la ciudadela de Thorlby. En el pasillo que daba al dormitorio de Gorm, envuelto en una manta. Justo en el lugar que le correspondía.

—No me despiertes así —dijo con malos modos, abriendo con esfuerzo los dedos de su mano izquierda. Cuando más le dolían era recién levantado.

—¿Que no te despierte? —susurró Rakki—. Ibas a despertar tú a toda Thorlby, con esos gritos que dabas. ¿Estabas soñando otra vez?

—No —gruñó Raith, sentándose con la espalda apoyada en la pared y rascándose las sienes—. Puede. —Sueños llenos de fuego. Humo ascendiendo en columnas, el hedor de la destrucción. Luz demente en los ojos de los guerreros, en los ojos de los perros. Luz demente en la cara de aquella mujer. Su voz, llamando a sus hijos a gritos.

Rakki le ofreció un odre y Raith se lo quitó de las manos y se enjuagó la boca, irritada y llena de cortes por las bofetadas de Gorm, como era habitual. Vertió agua en la palma de su mano y se frotó la cara. Tenía todo el cuerpo frío de sudor.

—Esto no me gusta nada, Raith. Me tienes preocupado.

—¿Tú, preocupado por mí? —La espada de Gorm debía de haberse movido

en el forcejeo y Raith la recogió y se abrazó a ella. Si el rey veía que la había dejado en el frío suelo, se llevaría otro bofetón y quizá cosas peores—. Eso sí que es una novedad.

—Qué va. Llevo mucho tiempo preocupado por ti. —Rakki miró nervioso hacia la puerta del dormitorio del rey y bajó la voz a un tono suave y anhelante mientras se inclinaba hacia su hermano—. Podríamos irnos sin más. Podríamos buscar un barco que nos llevara por el Divino y el Denegado, como siempre dices. O al menos, como siempre decías.

Raith movió la cabeza hacia la puerta.

—¿Y crees que nos dejaría marchar y punto? ¿Crees que la madre Scaer se despediría de nosotros con una sonrisa? —Dio un soplido—. Se suponía que tú eras el hermano listo. Era un sueño bonito, pero ya no hay vuelta atrás. ¿Es que has olvidado cómo eran las cosas antes? ¿Lo que era tener hambre, frío y miedo a todas horas?

—¿Tú no tienes miedo a todas horas? —La voz de Rakki era tan débil que hizo bullir la ira de Raith y espantó el terror que habían conjurado los sueños. La ira solucionaba la mayoría de los problemas, al fin y al cabo.

—¡Pues no! —exclamó, y el grito sacudió la espada de Gorm e hizo encogerse a su hermano—. Soy un guerrero, y en esta guerra voy a ganarme un nombre, y también suficientes aros-moneda para que nunca volvamos a pasar hambre. Este es mi sitio. Luché para ganármelo, ¿verdad que sí?

—Sí, luchaste para ganártelo.

—¡Servimos a un rey! —Raith trató de invocar el mismo orgullo que sentía antes—. El guerrero más grande de todo el mar Quebrado. Invicto en duelo y batalla. Ya que te gusta rezar, ¡agradece a la Madre Guerra que estemos en el bando ganador!

Rakki lo miró desde la otra pared del pasillo, sosteniendo a su espalda el escudo de Gorm lleno de marcas de guerra, con los ojos abiertos y brillantes a la luz de la antorcha. Era curioso que pudiera tener una cara tan parecida a la de Raith pero una expresión tan distinta. A veces parecían dos bestias de proa con idéntica talla, amarradas de por vida al mismo barco pero siempre mirando en sentidos opuestos.

—Habrá una matanza —murmuró—. Más que nunca.

—Ya lo supongo —dijo Raith, y se tumbó dando la espalda a su hermano y pasándose la manta por encima, abrazado a la espada de Gorm—. Es una guerra, ¿no?

—Es que no me gusta matar.

Raith intentó hablar como si no tuviera importancia, pero no le salió del todo bien.

—Puedo matar yo por los dos.

Un silencio.

—Eso es lo que me da miedo.

MANOS DIESTRAS

Koll terminó la última runa y sonrió mientras soplaba, levantando una nubecilla de serrín. Por fin había terminado la vaina, y estaba más que orgulloso y satisfecho del resultado.

Siempre le había encantado trabajar la madera, que no guardaba secretos ni decía mentiras y, después de tallada, nunca se destallaba. No se parecía en nada al trabajo de un clérigo, que era todo humo y suposiciones. Las palabras eran herramientas más traicioneras que los cinceles, y las personas tan volubles como la Madre Mar.

Notó un cosquilleo cuando Rin le rozó el hombro, al pasar el brazo junto a él para seguir una hilera de runas con la yema del dedo.

—¿Qué significan?

—Son los cinco nombres de la Madre Guerra.

—Dioses, qué buen trabajo. —Deslizó la mano por la madera oscura, deteniéndose en las figuras talladas, los animales y los árboles que fluían entrelazados—. Tienes unas manos diestras, Koll. No las hay más hábiles.

Colocó una punta metálica en el extremo de la vaina de brillante acero que Rin había forjado en forma de cabeza de serpiente y que encajó en la obra de Koll tan a la perfección como una llave en su cerradura.

—Mira qué cosas tan hermosas podemos hacer juntos. —Sus dedos negros de hierro se encajaron en los huecos que dejaban los de él, marrones de madera—. Estaba destinado a ocurrir, ¿verdad? Mi espada, tu vaina. —Koll notó la otra mano desplazándose por su muslo y tuvo un leve escalofrío—. Y también al revés.

—Rin...

—De acuerdo, es más daga que espada.

Koll percibió el humor en su voz, notó cómo le hacía cosquillas en el cuello.

Adoraba oírla reír.

—Rin, no puedo. Brand es como un hermano para mí...

—Pues no te acuestes con Brand. Problema resuelto.

—Soy el aprendiz del padre Yarvi.

—Pues no te acuestes con el padre Yarvi.

Koll sintió que los labios de Rin le rozaban el cuello y un nuevo escalofrío sudoroso descendió por su columna vertebral.

—Salvó la vida de mi madre. Me salvó la vida a mí. Nos liberó.

Sus labios ya le habían llegado a la oreja, y oyó el susurro tan fuerte que al levantar los hombros por instinto hizo traquetear las pesas que llevaba al cuello.

—¿Cómo es que te liberó, si no puedes decidir por ti mismo?

—Estoy en deuda con él, Rin. —Con cada respiración, notaba el contacto de su pecho en la espalda. Los dedos de Rin habían atrapado su mano. Tenía tanta fuerza como él. Era muy posible que más. Tuvo que cerrar los ojos para poder hilar los pensamientos—. Cuando acabe esta guerra, pasaré la Prueba del Clérigo, pronunciaré el Juramento del Clérigo y seré el hermano Koll, y no tendré familia, ni esposa... Hum.

La mano de Rin se había colado entre sus piernas.

—Y hasta entonces ¿qué te lo impide?

—Nada.

Koll se volvió, pasó la mano libre por el pelo corto de Rin y se la acercó. Rieron y se besaron a la vez, hambrientos, desmañados, tropezando con un banco y tirando un puñado de herramientas que rebotaron por el suelo.

Cuando iba a visitarla, siempre terminaban igual. Por eso seguía acudiendo.

Rin se separó de él, escurridiza como un salmón, fue corriendo hacia la abrazadera, cogió la piedra de afilar y estudió la hoja en la que estaba trabajando

como si no hubiera hecho nada más en toda la mañana.

Koll parpadeó.

—Pero ¿qué estás...?

La puerta retumbó al abrirse y Brand entró, dejando a Koll en la herrería sin posibilidad de huida y con una gran tienda de campaña en los pantalones.

—Hola, Koll —dijo Brand—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a terminar la vaina —logró responder, con la cara encendida y ya vuelto hacia su banco de trabajo para limpiarlo de virutas.

—Enséñamela.

Brand rodeó el cuello de Koll con un brazo. Dioses, era un brazo enorme y musculoso, con la cicatriz que le había dejado la soga enroscada hasta la muñeca. Koll recordó ver a Brand sosteniendo el peso de un barco en los hombros, un barco que, por cierto, había estado a punto de aplastarlo a él. Entonces se preguntó cómo sería recibir un puñetazo de ese brazo, si Brand averiguaba lo que se traían entre manos su hermana y él. Tragó saliva con no pocas dificultades.

Pero Brand se limitó a apartarse un mechón de la cara y sonreír.

—Un trabajo bien hermoso. Estás bendecido, Koll, por los mismos dioses que bendijeron a mi hermana.

—Es... una chica muy espiritual. —Koll se removió con torpeza para acomodarse los pantalones mientras Rin le hacía un mohín exagerado desde detrás de su hermano.

Dioses, qué poco perceptivo era Brand. Era grandote, leal y amable como un caballo de tiro, pero debía de ser la persona menos perceptiva del mundo. Seguro que no se podía estar casado con Espina Bathu sin aprender a pasar por alto muchas cosas.

—¿Cómo está Espina? —preguntó Koll intentando cambiar de tema.

Brand se quedó callado, como si le hubieran planteado una adivinanza complicada.

—Espina es Espina. Pero eso ya lo sabía cuando me casé con ella. —Sonrió a Koll con aquella expresión desvalida que ponía a veces—. No querría que fuese de otra forma.

—Seguro que no es la persona más fácil del mundo con la que convivir.

—Ya te avisaré cuando convivamos. Se pasa la mitad del tiempo con la reina y la otra mitad entrenando más que nunca, así que lo normal es que la vea durmiendo o con ganas de discutir. —Se rascó el cogote con aire cansado—. Pero eso también lo sabía cuando me casé con ella.

—Seguro que no es la persona más fácil del mundo con la que no convivir.

—Je. —Brand miró la nada como un veterano de guerra que seguía tratando de entender los horrores que había visto—. Está claro que sabe cocinar una pelea a partir de los ingredientes más pacíficos. Pero nada que valga la pena hacer es fácil. La amo a pesar de ello. La amo por ello. La amo. —Y en su cara volvió a aparecer aquella sonrisa—. Cada día es una nueva aventura, eso desde luego.

Alguien llamó con impaciencia a la puerta y Brand salió de su ensueño y fue a abrir. Rin fingió lanzar un beso a Koll y él fingió atraparlo y llevárselo al corazón, y entonces Rin hizo ver que vomitaba por toda su mesa de trabajo. Koll adoraba que hiciera esas cosas.

—Me alegro de verte, Brand.

Koll alzó la mirada, sorprendido de ver a su maestro en la herrería de Rin.

—Igualmente, padre Yarvi.

Realizar un largo viaje junto a otra persona forja un vínculo especial, y aunque Brand y Yarvi no podían ser más distintos, se abrazaron, y el clérigo dio unas palmadas afectuosas en la ancha espalda del herrero con su mano deforme.

—¿Qué tal va el negocio de los filos? —preguntó Yarvi a Rin.

—Los hombres siempre necesitan buenos filos, padre Yarvi —respondió ella—. ¿Y el negocio de las palabras?

—Los hombres también necesitan siempre buenas palabras. —La sonrisa del clérigo se transformó en su habitual expresión severa cuando miró a Koll—.

Suponía que te encontraría aquí. Ya pasa del mediodía.

—¿Cómo, ya?

Koll intentó quitarse el mandil de un tirón, se hizo un lío con las correas, consiguió arrancárselo, lo dejó en la mesa y se sacudió el polvo de las manos.

—Lo normal es que el aprendiz acuda al maestro. —La punta del báculo de metal élfico del clérigo repicó en el suelo mientras se acercaba—. Aún eres mi alumno, ¿verdad?

—Por supuesto, padre Yarvi —dijo Koll, alejándose de Rin con expresión culpable.

Yarvi entornó los ojos mientras pasaba la mirada de uno a la otra, sin duda comprendiéndolo todo. Había pocos hombres más perceptivos que él.

—Dime que has dado de comer a las palomas.

—Y les he limpiado las jaulas, y he organizado las hierbas nuevas, y he leído veinte páginas más de la *Historia de Gettlandia* de la madre Gundring, y he aprendido cincuenta palabras del idioma de Kalyiv.

Las infinitas preguntas de Koll siempre habían puesto de los nervios a su madre, pero estudiar para la Clerecía proporcionaba tantas respuestas que creía que iba a explotarle la cabeza.

—El combustible del miedo es la ignorancia, Koll. La muerte del miedo es el conocimiento. ¿Qué me dices de la deriva de las estrellas? ¿Has copiado las cartas que te di?

Koll se puso las manos en la cabeza.

—Dioses, lo siento, padre Yarvi. Lo haré después.

—Hoy ya no. El gran cónclave empieza dentro de una hora y antes hay que descargar algo.

Koll miró esperanzado a Brand.

—No se me da muy bien mover cajas...

—Vasijas. Y hay que tratarlas con mucho cuidado. Son un regalo de la emperatriz Vialina, transportado a lo largo del Denegado y el Divino.

—¿Un regalo de Sumael, quieres decir? —matizó Brand.

—Un regalo de Sumael. —El padre Yarvi mostró una sonrisa ausente al pronunciar el nombre—. Un arma que podemos emplear contra el Alto Rey y... —Dejó la frase en el aire mientras pasaba entre Koll y Rin, apoyó su báculo en el interior del codo y levantó la vaina con su mano buena para que la luz le permitiera apreciar las tallas—. Madre Guerra —musitó—. Madre de Cuervos. Aquella Cuyas Plumas Son Espadas. Aquella Que Reúne A Los Muertos. Aquella Que Hace De La Mano Abierta Un Puño. ¿Esto lo has tallado tú?

—¿Quién más es lo bastante bueno? —preguntó Rin—. La vaina es tan importante como la hoja. Una buena espada se desenfunda pocas veces. Esto es lo que verá la gente.

—Cuando por fin pronuncies tu Juramento del Clérigo, Koll, será un día triste para la ebanistería. —Yarvi dio un profundo suspiro—. Pero no se puede cambiar el mundo con un cincel.

—Se puede cambiar un poco —dijo Rin, cruzándose de brazos y mirando al clérigo—. Y a mejor.

—Su madre me pidió que lo convirtiese en el mejor hombre que pudiera ser.

Koll meneó la cabeza a los lados con frenesí desde detrás de su maestro, pero a Rin no había quien la callara.

—A algunos nos gusta bastante el hombre que es —dijo.

—¿Y eso es todo lo que deseas, Koll? ¿Tallar madera? —El padre Yarvi soltó la vaina, que traqueteó en el banco, y apoyó su mano contrahecha en el hombro de Koll—. ¿O quieres estar al hombro de reyes y dirigir el curso de la historia?

Koll parpadeó mirándolos a los dos. Dioses, no quería decepcionar a ninguno, pero ¿qué podía hacer? El padre Yarvi lo había liberado. ¿Y qué hijo de esclavo no ansiaba estar al hombro de reyes y sentirse seguro, respetado y poderoso?

—La historia —farfulló, bajando los ojos avergonzados al suelo—, supongo.

AMIGOS COMO ESTOS

Raith estaba aburrido como nunca en su vida.

Se suponía que las guerras consistían en pelear. Y una guerra contra el Alto Rey sin duda eran la mayor pelea que podía desear un hombre. Pero estaba descubriendo que cuanto mayor era la guerra, más había que hablar. Hablar, y esperar, y hacerse un callo en el culo de tanto estar sentado.

Los parlamentarios estaban sentados a tres largas mesas dispuestas en forma de herradura, con la importancia de cada uno indicada por el valor de sus copas. Los vansterlandeses a un lado, los gettlandeses enfrente y, en el centro, una docena de sillas para los trovenlandeses. Sillas vacías, porque Trovenlandia no se había presentado, y Raith deseó haber podido seguir su ejemplo.

El padre Yarvi continuaba hablando por los codos.

—Hace siete días me reuní con una representante de la abuela Wexen.

—¡Yo debería haber estado presente! —exclamó la madre Scaer.

—Ojalá hubieras estado, pero no había tiempo. —Yarvi mostró la palma de su mano buena como si no existiera hombre más justo que él—. Pero tampoco te perdiste mucho. La madre Adwyn intentó asesinarme.

—Solo por eso ya me cae bien —susurró Raith a su hermano, que dejó escapar una risita.

Raith habría preferido acostarse con un escorpión que cruzar diez palabras con aquel cabrón de un solo puño. Rakki había empezado a llamarlo «la Araña», y desde luego era flaco, sutil y venenoso. Pero si no eras una mosca, las arañas te dejaban en paz. El padre Yarvi tejía sus redes para los hombres, y no había forma de saber quién terminaría atrapado en ellas.

Su aprendiz no era mucho mejor. Un chico desgarbado con pelo de espantajo, una barbita rala y dispersa, sin color particular, y un porte inquieto,

asustadizo y parpadeante. Sonreía, siempre sonreía como si fuese amigo de todo el mundo, pero Raith no pensaba dejarse engañar. En las miradas de furia, de dolor o de odio se podía confiar. Una sonrisa podía esconder cualquier cosa.

Raith echó atrás la cabeza mientras continuaba el parloteo y dejó que su mirada ascendiera al gran techo abovedado del Salón de los Dioses. Era un edificio impresionante, pero, aparte de para incendiarlos, Raith no tenía mucha afición a los edificios. Las estatuas de los altos dioses lo miraban adustos y ceñudos desde las alturas, y Raith les devolvió una mueca despectiva. Aparte de alguna oración mecánica a la Madre Guerra de vez en cuando, tampoco tenía mucha afición a los dioses.

—La abuela Wexen nos ha proclamado hechiceros y traidores, y ha decretado que se nos debe podar a todos del mundo. —El padre Yarvi dejó caer un pergamino en la mesa y Raith gimoteó. Tenía aún menos afición a los pergaminos que a los dioses y a los edificios—. Está decidida a aplastarnos.

—¿No hubo propuestas de paz? —preguntó la reina Laithlin.

El padre Yarvi miró de soslayo a su aprendiz antes de negar con la cabeza.

—Ninguna.

La reina dejó escapar un suspiro contrariado.

—Esperaba que nos diera algo con lo que negociar. El derramamiento de sangre produce parcos beneficios.

—Eso depende de la sangre de quién se derrame y cómo. —Gorm miró las sillas vacías con el semblante adusto—. ¿Cuándo nos prestará su sabiduría el rey Fynn?

—No lo hará ni en mil años —respondió Yarvi—. Fynn ha muerto.

Los ecos de sus palabras se perdieron en las espaciosas alturas del Salón de los Dioses y dejaron paso a un silencio impresionado. Hasta Raith empezó a prestar atención.

—La madre Kyre cedió la llave del cabo de Bail a cambio de la paz —siguió diciendo el clérigo—, pero la abuela Wexen la traicionó. Envió a Yilling el Radiante a Yaletoft para saldar sus deudas, y él mató al rey Fynn y quemó toda la ciudad.

—No podemos esperar ayuda de Trovenlandia, entonces. —El rollizo rostro de la hermana Owd, la aprendiza de la madre Scaer, parecía a punto de estallar en lágrimas por las noticias, pero Raith sonreía de oreja a oreja. Quizá así por fin empezarían a moverse.

—Hubo una superviviente. —La reina Laithlin chasqueó los dedos y las puertas del Salón de los Dioses se abrieron—. La nieta del rey Fynn, la princesa Skara.

Había dos siluetas recortadas contra el brillo del vano, y sus largas sombras se extendieron por el suelo pulido al entrar. Una de ellas era la de Jenner el Azul, con el mismo aspecto dejado y curtido que Raith le había visto en los muelles. La otra se había preocupado bastante más por su apariencia.

Llevaba un vestido de fina tela verde que relucía en la penumbra iluminada por antorchas, tenía los hombros echados hacia atrás y las sombras se acumulaban en sus marcadas clavículas. Un pendiente derramaba joyas por su largo cuello y, en lo alto de su fino brazo, brillaba una gema de color rojo sangre, engarzada en un aro de oro. El cabello oscuro que antes flotaba como una nube fantasmagórica estaba aceitado, trenzado y sujeto en una brillante espiral.

Dioses, qué cambiada estaba, pero, aun así, Raith la reconoció al instante.

—Es ella —susurró—. La chica que vi en el embarcadero.

Rakki se inclinó hacia él y respondió en voz baja:

—Te quiero, hermano, pero puede que estés apuntando un poco demasiado alto.

—Permitidme que empiece dando las gracias. —Skara parecía blanquecina y quebradiza como una cáscara de huevo, pero su voz sonó fuerte y clara mientras elevaba aquellos ojos grandes y verdes a las imponentes estatuas de los altos dioses—. A los dioses por apartarme de las manos de Yilling el Radiante, a mis anfitriones por darme cobijo cuando estaba sola. A mi prima, la reina Laithlin, cuya astucia conocen todos pero cuya profunda compasión solo he descubierto en estos últimos tiempos. Y al Rey de Hierro, Uthil, de cuyas férreas determinación y justicia se habla a lo largo y ancho del mar Quebrado.

Una ceja del rey Uthil se elevó apenas una pizca, lo que para aquella cara de palo era toda una exhibición de placer.

—Sois bienvenida entre nosotros, princesa.

Skara hizo una profunda y elegante reverencia en dirección a los vansterlandeses.

—Grom-gil-Gorm, rey de Vansterlandia, el Rompeespadas, es un honor hallarme en vuestra larga sombra. Os explicaría cómo los relatos de vuestra gran fuerza y tremenda suertedearmas corrían por Yaletoft, pero vuestra cadena habla de ello con más elocuencia de la que yo podría hacer gala jamás.

—Yo también la tenía por elocuente. —Gorm toqueteó la cadena de pomos cortados de las espadas de sus enemigos muertos, que daba cuatro vueltas en torno a su grueso cuello—. Hasta que os he oído hablar a vos, princesa. Ahora empiezo a dudar que lo fuera.

Eran todo palabras. Pero incluso Raith, más incapaz de pronunciar un halago a nadie, vio lo meditado que estaba cada cumplido de Skara para ceñirlo a las vanidades de su objetivo, igual que una llave se ceñía a su cerradura. El ambiente del Salón de los Dioses ya se notaba más animado. Sobre aquella alianza ya se había vertido vinagre más que de sobra. Skara ofrecía miel, y todos ansiaban degustarla.

—Grandes reyes —dijo la princesa—, sabias reinas, guerreros legendarios y astuciosos clérigos se reúnen hoy aquí. —Se apretó la tripa con una mano delgada y a Raith le pareció que temblorosa, pero al instante la tapó con la otra y siguió hablando—. Soy joven y no tengo derecho a sentarme entre vosotros, pero no queda nadie más que pueda hablar por Trovenlandia. No es por mí misma sino en nombre de mi pueblo, indefenso ante los guerreros del Alto Rey, que os suplico que me permitáis ocupar el asiento de mi abuelo.

Tal vez fuese porque no tomaba partido por uno u otro bando. Tal vez fuese porque era joven, humilde y no tenía amigos. Tal vez fuese la musicalidad de su voz, pero al hablar liberaba magia de algún tipo. Donde unos momentos antes no había forma de decir dos palabras seguidas en la conversación ni a lanzazos, la sala repleta de héroes encrespados quedó sumida en un silencio pensativo.

Cuando el rey Uthil habló, su voz sonó brusca como el canto de un cuervo tras haber oído el de un ruiseñor.

—Sería grosero por nuestra parte rechazar una petición formulada con tan buen tino.

Los dos reyes por fin habían encontrado algo en lo que podían estar de acuerdo.

—Deberíamos ser nosotros quienes os suplicáramos vuestro permiso para sentarnos, princesa Skara —dijo Gorm.

Raith observó cómo la princesa se deslizaba hacia la alta silla que debería haber ocupado el rey Fynn, caminando con tanta fluidez que podría haber llevado una jarra de cerveza encima de su cabeza. Jenner el Azul echó a perder un poco el efecto dejándose caer en la silla contigua como si fuese el cofre de mar de un remero.

Gorm miró al viejo comerciante con el entrecejo arrugado.

—No es apropiado que una princesa disponga de un séquito tan escaso.

—No seré yo quien os quite la razón. —Jenner el Azul dejó asomar una sonrisa desdentada—. Creedme si os digo que nada de esto ha sido idea mía.

—Todo dirigente debería tener un clérigo a su lado —dijo la madre Scaer—, para ayudarlo a elegir el mal menor.

Yarvi la miró torciendo el gesto desde el otro lado del salón.

—Y el bien mayor.

—Exacto. Mi aprendiza, la hermana Owd, está muy versada en los idiomas y las leyes del mar Quebrado, además de ser una sanadora astuciosa.

Raith estuvo a punto de estallar en carcajadas. Mirando de reojo a su maestra y parpadeando como una idiota, la hermana Owd parecía tan astuciosa como un nabo.

—Lo apruebo —dijo Gorm—, pero la princesa debe estar bien protegida, además de bien aconsejada.

La voz de Laithlin llegó gélida.

—Mi prima tiene a mis guerreros para defenderla.

—¿Y quién va a defenderla de ellos? Yo os ofrezco a mi propio

portaespadas. —La pesada mano de Gorm se precipitó sobre el hombro de Raith con la fuerza de un relámpago y aplastó su risa—. A mi propio copero. Le confío mi vida cada vez que bebo, y lo hago a menudo. Raith dormirá fuera de vuestra puerta, princesa, y la guardará con la fidelidad de un perro de presa.

—Me quedaría más tranquila si tuviera un nido de víboras a la puerta de su dormitorio —gruñó Espina Bathu, y Raith no estaba más a favor de la propuesta que ella. Podría pasarse el día entero embobado mirando a Skara, pero que lo arrancaran del puesto por el que siempre había luchado para convertirlo en su esclavo era harina de otro costal.

—Mi rey... —susurró mientras se alzaban voces furiosas por toda la estancia.

Raith y su hermano habían servido a su rey durante años. Que pudieran apartarlo con tanta facilidad le sentó como una puñalada. Además, ¿quién cuidaría de Rakki? Raith era el hermano fuerte, los dos lo sabían.

La mano de Gorm incrementó la presión.

—Es la prima de Laithlin —le dijo entre dientes—. Casi una gettlandesa. No te apartes de ella.

—Pero debería luchar a vuestro lado, no hacer de niñera a cualquier....

Los enormes dedos apretaron tan fuerte que Raith ahogó un grito.

—Nunca me hagas pedir las cosas dos veces.

—¡Amigos, por favor! —exclamó Skara—. ¡Tenemos demasiados enemigos como para estar discutiendo entre nosotros! Acepto agradecida tu consejo, hermana Owd. Y tu protección, Raith.

Raith miró a su alrededor y sintió posados en él todos los ojos fríos del salón. Su rey había hablado. En aquel asunto la voz del propio Raith valía tanto como la de un perro en la cacería de su amo.

Las patas de su silla rechinaron cuando se levantó. Aturdido, se descolgó del hombro la enorme espada de Gorm, la espada que había limpiado, afilado, transportado y junto a la que había dormido durante tres años, tanto tiempo que se notó desequilibrado sin su peso. Quiso arrojarla al suelo, pero no encontró el valor para hacerlo. En lugar de ello, la dejó apoyada en la silla con gesto sumiso, dio a su

atónito hermano una palmadita de despedida en el hombro y, en un instante, pasó de ser portaespadas de un rey a perrito faldero de una princesa.

Sus pasos arrastrados resonaron en el silencio reprobador hasta que Raith se dejó caer en una silla junto a su nueva señora, con la mirada perdida, derrotado por completo sin haber tenido ocasión de pelear.

—¿Volvemos al asunto de la guerra? —dijo la voz rasposa del rey Uthil, y el cónclave siguió adelante a trompicones.

Skara no dedicó ni siquiera una mirada a su nueva mascota. ¿Por qué iba a hacerlo? Era como si procedieran de mundos diferentes. A Raith le parecía tan elegante y perfecta como una reliquia creada por manos élficas. Tan calmada, confiada y serena en tan elevada compañía como un lago en las montañas, reflejando las estrellas.

Una chica —o una mujer— que no albergaba ni el más mínimo temor.

LA SANGRE DE BAIL

Skara no había pasado más miedo ni cuando se enfrentó a Yilling el Radiante.

No había podido dormir ni un solo momento, su mente daba vueltas sin cesar a qué diría y cómo lo haría, sopesando las lecciones de la madre Kyre, recordando el ejemplo de su abuelo, musitando oraciones en la oscuridad a Aquella Que Pronunció La Primera Palabra.

No había desayunado ni una sola migaja, sus tripas dando vueltas sin cesar en una inagotable agitación nerviosa. Notaba que tenía el culo a punto de ceder y no paraba de preguntarse qué pasaría si dejaba escapar un enorme y sonoro pedo en tan elevada compañía.

Tenía los nudillos blancos de la fuerza con que agarraba los brazos de su silla, como si estuviera a la deriva en mares tormentosos. En la penumbra del Salón de los Dioses nadaban rostros enfurecidos, y Skara se esforzó en estudiarlos como le había enseñado a hacer la madre Kyre. En leerlos, en descubrir las dudas, las esperanzas y los secretos que ocultaban, en hallar cuanto pudiera utilizarse.

Cerró los ojos, repitiéndose una y otra vez las palabras de su abuelo: «Tú siempre has sido valiente, Skara. Siempre valiente. Siempre valiente».

Aquel joven vansterlandés, Raith, no le ofrecía demasiada confianza. Era arrebatador, eso desde luego. Arrebatador como un hacha apoyada en el cuello, con su cara blanquecina y endurecida como la plata esculpida, su frente arrugada de rabia, el cabello muy corto y las cejas surcadas de cicatrices e incluso las pestañas completamente blancas, como si le hubieran exprimido del cuerpo todo el sentimiento y dejado solo desprecio.

Era como si procedieran de mundos diferentes. Raith parecía duro y salvaje como un perro de pelea, tranquilo y desdeñoso en tan mortífera compañía como un lobo al frente de su propia manada. Aquella sonrisa burlona habría encajado como un guante entre los Compañeros de Yilling el Radiante, y Skara tragó una saliva amarga y trató de fingir que no lo tenía a su lado.

—La muerte nos espera a todos. —La voz chirriante del rey Uthil llegó a Skara resonando como si la pronunciara desde la boca de un pozo y ella estuviera ahogándose al fondo—. El guerrero sabio se inclina por la espada. Ataca al corazón, confunde y sorprende a su enemigo. El acero es la respuesta, siempre. Debemos atacar.

Desde el lado gettlandés del salón se elevó el predecible golpeteo de aprobación y, desde el lado vansterlandés, los predecibles reniegos contrariados.

—El guerrero sabio no se arroja a los brazos de la Muerte. Se inclina por el escudo. —Gorm posó una mano afectuosa en el gran escudo negro que portaba el hermano gemelo de Raith—. Atrae al enemigo a su propio terreno, y entonces lo aplasta en sus propios términos.

El rey Uthil soltó un bufido.

—¿Y de qué te ha servido nunca inclinarte por el escudo? En este mismo salón te desafié a un duelo y de este mismo salón te escabulliste como un perro apaleado.

La hermana Owd apoyó los codos en la mesa. Su semblante recordó a Skara los melocotones que antes crecían fuera de las murallas del cabo de Bail: era suave y redonda, tenía manchitas rosadas y estaba cubierta de pelusilla.

—Mis reyes, esto no lleva a ninguna parte...

Pero Grom-gil-Gorm impuso su voz del mismo modo que el trueno se impone al canto de un pájaro.

—La última vez que se enfrentaron gettlandeses y vansterlandeses, tu famosa espada se echó de menos en el cuadrado, Rey de Hierro. Enviaste a una mujer a luchar en tu lugar y la derroté, pero elegí dejarla vivir...

—Podemos repetirlo cuando te dé la gana, zurullo con patas —masculló Espina Bathu.

Skara observó que Raith había aferrado el brazo de su silla. Tenía la mano grande, pálida y con los gruesos nudillos cubiertos de cicatrices. Una mano cuya forma innata era un puño. Skara le cogió la muñeca y se apresuró a levantarse antes que él.

—¡Debemos encontrar un terreno intermedio! —gritó. Fue más bien un chillido desesperado, en realidad. Tragó saliva de nuevo mientras todas las miradas se volvían hacia ella, hostiles como una hilera de lanzas en ristre—. Sin duda el guerrero sabio emplea juntos el escudo y la espada, cada uno en su momento adecuado.

Parecía un argumento difícil de discutir, pero el cónclave halló la forma.

—La estrategia deben planearla quienes aportan los barcos —dijo el rey Uthil, contundente como un garrote de abedul.

—Vos solo aportáis una tripulación a nuestra alianza —dijo el rey Gorm, acariciando su cadena.

—Es de las buenas —señaló Jenner—, pero no intentaré convenceros de que es más de una.

La hermana Owd volvió a intentarlo.

—Las normas formales de un cónclave, establecidas por Ashenleer en la noche de los tiempos, otorgan la misma voz a todos los miembros de una alianza, sin importar los... sin importar... —Encontró los ojos de su antigua maestra, la madre Scaer, que estaba mirándola con la mayor frialdad imaginable, y su voz fue víctima de una muerte lenta en la inmensidad del Salón de los Dioses.

A Skara le costó trabajo dominar el tono.

—Habría traído más barcos si mi abuelo viviera.

—Pero está muerto —replicó Uthil, sin molestarse en suavizar la frase.

Gorm frunció el ceño a su rival.

—Y nos había vendido a la abuela Wexen.

—¿Qué elección le dejasteis? —ladró Skara, sorprendiendo con su ira a todo el mundo, la primera ella misma—. ¡Los aliados que debían acudir en su ayuda estaban sentados regañando por quién se sentaba dónde mientras él moría solo!

Si las palabras eran armas, aquellas habían dado en el blanco. Se apoderó del silencio que le brindaron, se inclinó hacia delante y plantó los puños en la mesa,

por pequeños que fuesen, como había visto hacer a su abuelo.

—¡Yilling el Radiante está ocupado arrasando Trovenlandia! Destruye toda resistencia que encuentra. Allana el camino para el gran ejército del Alto Rey. ¡Se cree invencible! —Permitió que el desprecio de Yilling escociera en el irritable orgullo congregado en el salón, antes de añadir en voz más baja—: Pero ha dejado atrás sus barcos.

Los ojos grises del rey Uthil se entornaron.

—El barco de un guerrero es su arma más efectiva, su medio de avituallamiento, su ruta de escape.

—Su hogar y su corazón. —Gorm se pasó los dedos con esmero por la barba—. ¿Dónde están esos barcos de Yilling el Radiante?

Skara se lamió los labios.

—En el puerto del cabo de Bail.

—¡Pues vaya! —Los brazaletes élficos repiquetearon en la muñeca tatuada de la madre Scaer cuando gesticuló para dar por zanjado el tema—. A salvo tras las grandes cadenas.

—La fortaleza del cabo de Bail es de construcción élfica —dijo el padre Yarvi—. Inexpugnable.

—¡No! —El eco de la voz de Skara regresó desde la cúpula como una palmada—. Yo nací allí y conozco sus puntos débiles.

Uthil se revolvió, molesto, pero Laithlin le puso una mano con delicadeza en el dorso del puño cerrado.

—Déjala hablar —musitó, inclinándose hacia él.

El ceño del rey se relajó un ápice al mirar a su esposa, y Skara se preguntó si en verdad sería un hombre de hierro o solo de carne como los demás, atrapado en la jaula de hierro de su propio renombre.

—Hablad, princesa —dijo, mientras giraba la mano para coger la de Laithlin y se reclinaba.

Skara irguió el cuello, empujó sus palabras hasta el último rincón de la estancia, llenó el salón con sus esperanzas y deseos para contagiarlos a todo el que la oyera, como le había enseñado la madre Kyre.

—Las murallas élficas no pueden traspasarse, pero algunas partes quedaron destruidas con la Ruptura de la Diosa, y fueron hombres quienes cerraron los huecos. La Madre Mar embate sin descanso sus cimientos. Para apuntalarlos, mi abuelo construyó dos contrafuertes junto a los acantilados del torreón sudoccidental. Tan gigantescos que casi se tocan. Un hombre ágil podría escalar entre ellos y tender una cuerda para que lo sigan otros.

—Un loco ágil —murmuró Gorm.

—Aunque lograran entrar unos pocos —dijo Uthil—, Yilling el Radiante es un caudillo muy curtido. No sería tan idiota de dejar sin guardia los grades portones...

—Existe otro acceso, un portillo escondido por el que solo cabe un hombre a la vez, pero por el que vuestros demás guerreros podrían entrar en la fortaleza. —La voz de Skara se quebró con la aplastante necesidad de convencerlos, pero Jenner el Azul estaba a su lado y resultó ser mejor diplomático que lo que parecía.

—Yo no sabré gran cosa —dijo—, pero el mar Quebrado sí que lo conozco, y el cabo de Bail es su cerradura y la llave que lo abre. La fortaleza domina los estrechos de Casa Skeken. Por eso la abuela Wexen está tan empeñada en tomarla. Mientras siga en manos de Yilling el Radiante, puede atacar donde quiera, pero si pudiéramos arrebatársela... —Y se volvió hacia Skara, guiñándole un ojo.

—Nos cobraríamos una victoria digna de canciones —exclamó ella—, y amenazaríamos la misma silla del Alto Rey.

Se alzó un murmullo mientras los hombres sopesaban las posibilidades. Skara había atraído su interés, pero los dos reyes eran bueyes de gran temperamento, casi imposibles de uncir para un propósito común.

—¿Y si han movido los barcos? —preguntó Uthil—. ¿Y si no recordáis con exactitud los puntos débiles del cabo de Bail? ¿Y si Yilling los conoce y ha apostado guardias en ellos?

—Entonces la muerte nos espera a todos, rey Uthil. —Skara no ganaría batallas mostrándose dócil, al menos no contra adversarios como aquellos—. Antes

os he oído decir que debemos atacar al corazón. El corazón de Yilling es su orgullo. Sus barcos.

—Es arriesgado —dijo Gorm entre dientes—. Hay tantas cosas que podrían salir mal...

—Para derrotar a un enemigo más poderoso debéis arriesgaros. —Skara dio un puñetazo en la mesa—. Antes os he oído decir que debemos enfrentarnos al enemigo en nuestro propio terreno. ¿Qué mejor terreno podríamos desear que la fortaleza más impenetrable de todo el mar Quebrado?

—No es mi terreno —refunfuñó Gorm.

—¡Pero es el mío! —A Skara se le volvió a quebrar la voz, pero se obligó a seguir adelante—. ¿O habéis olvidado que la sangre del mismísimo Bail corre por mis venas?

Skara percibió sus vacilaciones. Su odio mutuo, su miedo al Alto Rey, su necesidad de aparentar valor sin medida, su anhelo de gloria, todo ello equilibrado en el filo de una espada. Casi los tenía en el bolsillo, pero en cualquier momento, como palomas que regresan a las jaulas que conocen, podían recaer en su bien labrada rivalidad y con ello echar a perder la ocasión.

«Donde falla la razón —le había dicho una vez la madre Kyre— puede triunfar la locura.»

—¡Quizá necesitéis verla!

Bajó un brazo y arrancó la daga del cinturón de Raith, que intentó impedirlo a la desesperada pero llegó tarde. Skara apretó la brillante punta contra el pulpejo de su otra mano y se rajó la palma hasta el nacimiento del dedo meñique.

Había esperado que cayeran unas pocas gotas delicadas y carmesíes, pero saltaba a la vista que Raith mantenía bien afilada su arma. La sangre salpicó en la mesa, alcanzó el pecho de Jenner el Azul y manchó la cara redonda de la hermana Owd. El salón entero se quedó sin aliento y la más sorprendida de todos era Skara, pero ya no quedaba retirada posible, solo una carga enloquecida hacia delante.

—¿Y bien? —Levantó el puño hacia los altos dioses, dejando que la sangre trazara franjas rojas en su brazo y le goteara del codo—. Orgullosos guerreros, ¿desenfundaréis vuestras espadas y derramaréis vuestra sangre junto a la mía? ¿Os

entregaréis a la Madre Guerra y os pondréis en manos de vuestra suertedearmas? ¿O preferís merodear aquí, en la sombra, pinchándoos uno al otro con palabras?

Grom-gil-Gorm tiró la silla al suelo cuando se levantó en toda su gran estatura. Hizo una mueca, se le marcaron los músculos de la mandíbula y Skara se encogió, esperando que la aplastara con su ira. Entonces reparó en que se estaba mordiendo la lengua. Lanzó un escupitajo rojo al otro lado de la mesa.

—Los hombres de Vansterlandia zarparán en cinco días —gruñó el Rompeespadas, con la barba empapada en sangre.

El rey Uthil se puso de pie y dejó que la espada que llevaba siempre en brazos resbalara hasta tocar el suelo con la punta. La asió por debajo de la empuñadura y sus nudillos se volvieron blancos al apretar. Se fue acumulando una franja roja que bajó por la acanaladura de la espada y se extendió aceitosa por el suelo en torno al acero.

—Los hombres de Gettlandia zarparán en cuatro —dijo.

Los guerreros de ambos lados aporrearon las mesas, hicieron tintinear sus armas y prorrumpieron en vítores al ver por fin sangre derramada, aunque ni de lejos alcanzara para ganar una batalla y la mayoría perteneciera a una chica de diecisiete años.

Skara volvió a sentarse, mareada de repente, y notó que le quitaban el puñal de las manos. La hermana Owd lo usó para abrir las costuras de su manga y luego rasgó una tira de tela, cogió la muñeca de Skara y empezó a vendarle la mano con destreza.

—Con esto bastará hasta que pueda daros puntos. —Alzó la mirada bajo las cejas—. Por favor, no volváis a hacer eso nunca, princesa.

—No te preocupes... ¡Ah! —Dioses, empezaba a doler mucho—. Creo que he aprendido esa lección.

—¡Es un poco pronto para celebrar nuestra victoria! —dijo el padre Yarvi a viva voz, acallando el estruendo—. Antes tenemos que decidir quién será el que trepe.

—Para las proezas de fuerza y habilidad, mi portaestandarte, Soryorn, no tiene igual. —Gorm pasó la mano por la argolla con granates incrustados del alto

esclavo shendo que tenía al lado—. Corrió los remos adelante y atrás tres veces en nuestra travesía desde Vansterlandia, y eso que había tormenta.

—No encontraréis a nadie más veloz ni sigiloso que mi aprendiz Koll —replicó el padre Yarvi—. Como sin duda confirmará cualquiera que lo haya visto buscar huevos en lo alto de los acantilados.

Todos los gettlandeses asintieron con la cabeza. Todos excepto el propio aprendiz, a quien la idea parecía haber revuelto tanto el estómago como notaba Skara el suyo.

—¿Un desafío amistoso, quizá? —propuso la reina Laithlin—. ¿Para decidir quién es el mejor?

Skara distinguió la astucia en sus palabras. Sería una buena distracción para evitar que aquellos carneros de genio vivo se embistieran uno al otro antes de encararse a su enemigo.

La hermana Owd depositó despacio la mano vendada de Skara en la mesa.

—Como aliada de pleno derecho —declaró—, según dictan la ley antigua e innumerables precedentes, Trovenlandia también debería estar representada en tal desafío. —En esa ocasión evitó la mirada gélida de la madre Scaer y se reclinó contra el respaldo, satisfecha de su contribución.

Skara no estaba tan contenta. No tenía hombres fuertes ni sigilosos, solo a Jenner el Azul.

El saqueador alzó sus pobladas cejas al ver que Skara lo miraba y farfulló:

—Yo ya encuentro complicada una escalera.

—Yo treparé por vos —dijo Raith. Skara no lo había visto sonreír hasta entonces, y fue como si se encendiera una llama en aquel rostro frío, que hizo brillar sus ojos de valentía y picardía y lo volvió más arrebatador que nunca—. Tiene que ser mejor que hablar, ¿verdad?

OPORTUNIDADES

—No hemos tenido oportunidad de hablar —dijo Jenner el Azul.

—No soy muy hablador —gruñó Raith.

—Más bien belicoso, ¿eh?

Raith no respondió a eso. Si tenía que hacerlo, replicaría con los puños.

—Debo asegurarme de que la princesa esté a salvo. —Raith señaló la puerta con la cabeza—. Por eso estoy aquí fuera.

—Sí. —Jenner entrecerró los ojos—. Pero ¿está a salvo de ti?

—¿Y qué pasa si no? —Raith se acercó al viejo saqueador, enseñando los dientes a tan poca distancia de su cara que poco le faltó para darle un cabezazo. Tenía que mostrarse como el hijo de puta más sanguinario que existía. Dejar ver la menor debilidad sería su fin—. ¿Cómo me detendrías, abuelo?

Jenner el Azul no retrocedió, solo levantó las manos arrugadas.

—Diría: «Eh, calma, chico. ¿Un viejo chocho como yo peleando contra un joven héroe como tú? ¡Ni de milagro!». Y agacharía la cabeza y metería el rabo entre las piernas.

—Exacto —dijo Raith con voz ronca.

—Y después buscaría a mi tripulación y juntaría a seis tipos grandotes. Remeros del centro, ya sabes, acostumbrados a halar pero de pies ligeros. Y cuando se hiciera de noche, dos de ellos te arroparían bien calentito en tu manta. —Pasó el dorso de la mano por la manta que Raith llevaba al hombro como para quitarle una mota de polvo—. Entonces los otros cuatro sacarían unos bastones bien recios y zurrarían el bonito fardo hasta que no quedara nada duro en él. Luego enviaría la bazofia que quedara a Grom-gil-Gorm, supongo que todavía envuelta en la manta para que no pusiera perdido el suelo de la princesa Skara, y diría al Rompeespadas que, por desgracia, el muchacho que nos prestó tenía el

genio un poco demasiado vivo y no hemos llegado a congeniar. —Jenner sonrió, plegando la piel de la cara como unas botas viejas—. Pero preferiría no añadirlo a mis remordimientos. Los dioses saben que ya tengo una buena fila de los peores. Antes te ofrecería la oportunidad de demostrar que se puede confiar en ti.

Raith tuvo que reconocer que era una buena respuesta. Ingeniosa, pero con hierro dentro. Le hacía quedar como un matón chapucero, y no le gustaba que lo vieran así. Era mejor parecer un matón sutil. Dio un paso atrás, otorgando a Jenner un poco más de espacio y mucho más respeto.

—¿Y si no se puede confiar en mí?

—Si se da a los hombres la oportunidad de ser mejores, hasta ahora he visto que la mayoría quiere aprovecharla.

Raith no había visto lo mismo en absoluto.

—¿Seguro, abuelo?

—Supongo que podemos averiguarlo juntos, muchacho. ¿Quieres otra manta? Aquí fuera puede hacer bastante frío.

—He pasado más frío que esto.

A Raith le habría encantado taparse con otra manta, pero debía aparentar que nada podía hacerle daño, de modo que se arrebujó en la que tenía, se sentó y oyó alejarse los pasos arrastrados del viejo. Echaba de menos la espada de Gorm. Echaba de menos a su hermano. Pero la fría humedad, las frías piedras y el frío silencio venían a ser los mismos de siempre.

Se preguntó si los sueños también lo serían.

CÓMO GANAR

—Cuando toque la campanilla, empezaréis a trepar.

—Sí, mi reina —dijo Koll, nervioso.

Había pocas personas en el mundo que lo impresionaran tanto como la reina Laithlin, y la mayoría estaban presentes en aquel momento, observando. Daba la sensación de que la mitad de los habitantes del mar Quebrado abarrotaban el patio de la ciudadela a la sombra del enorme cedro, se agolpaban en las ventanas, o miraban desde los tejados y las almenas.

El rey Uthil estaba de pie en los peldaños del Salón de los Dioses, con el padre Yarvi apoyado en su báculo a la derecha y Rulf junto a este, rascándose las cortas canas de encima de las orejas y dedicando a Koll lo que sin duda pretendía que fuese una sonrisa de ánimo. Al otro lado, en un estrado construido minuciosamente para alcanzar la misma altura exacta, estaba Grom-gil-Gorm, con los zigzags forjados en oro de su cota de mallas brillando al sol matutino, su portaescudos de pelo blanco arrodillado junto a él y los ojos azules de la madre Scaer convertidos en feroces rendijas.

Rin había encontrado un sitio para poder mirar, como siempre hacía, subiendo a un tejado alto a la izquierda de Koll. Lo saludó con aspavientos frenéticos al ver que la miraba, dando latigazos al aire con la mano abierta para desearle suerte. Dioses, Koll deseó estar allí arriba con ella. O mejor, en su fragua. O mejor incluso, en su lecho. Apartó a un lado el pensamiento. Brand estaba de pie junto a él, al fin y al cabo, y quizá en algún momento dejara de ser tan poco perceptivo.

La reina Laithlin extendió un brazo largo y blanco para señalar la copa del cedro, en cuya rama más alta destellaba algo dorado.

—El ganador será quien devuelva su brazalete a la princesa Skara.

Koll se estremeció desde los dedos de los pies hasta las raíces del pelo y trató de ahogar el cosquilleo nervioso. Desvió la mirada hacia el mástil plantado en el

patio al lado de Espina, tallado de arriba abajo por sus propias manos en la larga travesía de ida y vuelta a la Primera Ciudad.

Dioses, qué orgulloso estaba de ese mástil. De las tallas con que lo había adornado y de su papel en la historia que narraban. En aquel viaje había habido grandes gestas valerosas, y allí, en el patio de la ciudadela, había llegado su turno de encontrar el valor. Estaba seguro de que podía ganar. De lo que no lo estaba tanto era de querer hacerlo. Para ser un hombre al que se consideraba inteligente, siempre se dejaba arrinconar como un idiota.

Dio uno de aquellos suspiros que le hacían aletear los labios.

—Los dioses tienen un sentido del humor muy absurdo.

—Ya lo creo que sí. —El antiguo copero de Gorm, Raith, miró con mala cara al gentío—. Cuando embarqué en Vulsgard no pensaba que acabaría trepando por árboles. —Se inclinó como para hacerle una confidencia y Koll no pudo evitar acercar también la cabeza—. Ni tampoco haciendo de niñera a una chica flacucha.

La princesa Skara estaba de pie entre la hermana Owd, que tenía los ojos muy abiertos, y un desaliñado Jenner el Azul, tan perfecta y frágil como las estatuas de porcelana que Koll había contemplado mucho tiempo atrás en la Primera Ciudad, preguntándose cómo las habrían hecho.

—La vida es demasiado fácil para quienes son tan hermosos —dijo—. Tienen todo tipo de ventajas.

—Te aseguro que para quienes son tan atractivos como yo es igual de difícil que para cualquiera —respondió Raith.

Koll volvió la cabeza para mirarlo.

—Eres mucho menos cabronazo de lo que creía.

—Bueno, todavía no me conoces tan bien. Ese de ahí se lo está tomando muy en serio, ¿no te parece?

El portaestandarte shendo de Grom-gil-Gorm se había desnudado el torso, exhibiendo las marcas a hierro que tenía en la espalda, quemaduras en forma de árbol con las ramas extendidas. Estaba dando todo un espectáculo, flexionando los esbeltos músculos al hacer estiramientos, girar la cintura a ambos lados y tocarse

los dedos de los pies.

Raith se limitó a quedarse plantado, rascándose una muesca que tenía en la oreja.

—Creía que íbamos a trepar, no a bailar.

—Yo también. —Koll sonrió—. Quizá estemos mal informados.

—Me llamo Raith —dijo, y tendió una mano amistosa.

El chico del clérigo le devolvió la sonrisa.

—Koll —respondió, estrechándola. Justo lo que Raith sabía que haría, porque los débiles siempre ansiaban la amistad de los fuertes. La sonrisa de Koll se desvaneció con bastante rapidez al comprobar que no podía liberar la mano—. ¿Qué estás...?

La reina Laithlin hizo sonar la campanilla.

Raith tiró del chico hacia él y le estrelló la frente en la cara.

Sabía trepar, pero Raith no dudaba ni por un momento que los otros dos eran mejores que él. Si quería ganar, y siempre deseaba hacerlo, tendría que conseguir que la importante fuese otra habilidad. Dando cabezazos en la cara era todo un maestro, como acababa de descubrir Koll.

Raith le dio tres puñetazos en las costillas que hicieron doblar la cintura y gemir a Koll mientras la sangre caía a gotas de sus labios partidos, y entonces lo asió por la camisa y lo volteó sobre una mesa a la que estaban sentados varios gettlandeses.

Oyó a su espalda el barullo y los insultos de la multitud, pero para entonces la sangre bullía en sus oídos y solo pensaba en el árbol. Soryorn ya estaba izando su largo corpachón entre las ramas y, como le dejara mucha ventaja, Raith sabía que nunca podría alcanzarlo.

Echó a correr como un demonio, saltó hacia la rama más baja, subió a ella y se impulsó a una más alta, sacudiendo las ramitas con su peso. Con el siguiente brinco estiró todo el cuerpo, atrapó a Soryorn por el tobillo, tiró de él hacia abajo y vio cómo una rama rota le rascaba hasta el cuello la espalda marcada de quemaduras.

Soryorn lanzó una patada y alcanzó a Raith en la boca, pero el sabor de su propia sangre nunca lo había detenido. Rugió mientras se izaba de nuevo, ajeno a los roces de las ramas, ajeno al dolor de su mano izquierda, para volver a asir el tobillo de Soryorn, y luego su cinturón, y por último su collar de esclavo tachonado de granates.

—¿Qué estás haciendo? —gruñó el portaestandarte, intentando apartarlo a codazos.

—Ganar —susurró Raith, alzándose hasta ponerse a su nivel.

—¡Gorm quiere que gane yo!

—Ahora sirvo a Skara, ¿recuerdas?

Raith dio un puñetazo a Soryorn en toda la entrepierna y lo vio abrir los ojos como platos. El siguiente golpe en la boca echó hacia atrás la cabeza del portaestandarte. Mordió la mano con que Soryorn intentaba agarrarlo y, con un grito ahogado, este se soltó y cayó rebotando entre las ramas: su cabeza topó con una, otra lo dobló por la mitad y una tercera le hizo dar vueltas y más vueltas hasta que sus huesos dieron contra el suelo.

Era una pena, pero alguien tenía que ganar y alguien tenía que caer.

Raith siguió trepando hasta donde empezaban a escasear las ramas. Desde allí podía ver más allá de los muros de la ciudadela. El brillo de la Madre Mar, el bosque de mástiles en las docenas de barcos que atestaban el puerto de Thorlby, la brisa salada que acariciaba su frente sudorosa.

Desenganchó el aro de la rama más alta. Se lo habría puesto en la muñeca, pero estaba ajustado para la ramita que Skara tenía por brazo y no había forma de que entrara, de modo que lo metió en la bolsa de su cinturón y emprendió el descenso.

El viento arreció y sacudió el árbol entero, haciendo crujir las ramas y

azuzando las agujas contra todo el cuerpo de Raith, que se tuvo que agarrar con fuerza. Captó un destello blanco con el rabillo del ojo, pero al mirar abajo solo encontró a Soryorn, que intentaba en vano volver a izarse sobre las ramas más bajas. No había ni rastro del chico del clérigo. Seguro que se había alejado para lloriquear y quejarse de que le habían partido la cara. Treparía de maravilla, pero no tenía agallas, y para colarse sin ayuda en el cabo de Bail le hacían mucha falta.

Raith se soltó y se dejó caer al suelo.

—¡Pequeño malnacido! —refunfuñó Soryorn, apoyado en una rama baja. Debía de haberse hecho daño en una pierna al caer porque la sostenía en alto, rozando el suelo con los dedos del pie.

Raith rió al pasar junto a él. Entonces se abalanzó sobre el esclavo y le clavó un hombro en las costillas, empotrándolo con tanta fuerza contra el árbol que este soltó todo el aire del cuerpo con un sonoro resuello antes de derrumbarse.

—Gigantón malnacido —le dijo por encima del hombro, insolente, mientras dejaba atrás a Soryorn gimoteando en el suelo.

El portaestandarte siempre había sido un buen amigo de Raith. A aquellas alturas tendría que haber aprendido a no dejar expuesto su costado.

—Princesa.

Skara miró a Raith con lo que confiaba en que fuese una expresión descontenta.

—No diría que haya sido una competición justa.

Él se encogió de hombros, mirándola a los ojos.

—¿Creéis que a Yilling el Radiante le quita el sueño la justicia?

Skara notó que empezaba a ruborizarse. Raith tenía los modales de un asno y la trataba sin la menor deferencia. La madre Kyre habría montado en cólera. Quizá por eso a Skara le costaba tanto enfadarse. No estaba acostumbrada a la

aspereza y encontraba algo refrescante en ella. Algo atractivo, incluso.

—¿Debería enviar a un perro para atrapar a un perro, entonces? —preguntó.

Raith soltó una carcajada seca al oírlo.

—Un asesino para matar a un asesino, al menos.

Raith echó mano a su bolsa y su sonrisa se esfumó.

Entonces Koll salió caminando sin prisa por un lado del cedro y se detuvo un momento para ayudar a Soryorn a levantarse. Tenía el labio partido y la nariz hinchada y sanguinolenta, pero sonreía.

—¿Has perdido alguna cosa, amigo? —preguntó mientras Raith se palpaba la ropa. Con una floritura de sus largos dedos sacó, al parecer de la nada, el aro que Bail el Constructor llevó una vez a la batalla. Hizo una reverencia más que correcta—. Creo que esto os pertenece, princesa.

Raith se quedó boquiabierto.

—¡Eso era mío, hijo de puta!

Koll enseñó los dientes rojizos al ensanchar la sonrisa.

—¿Crees que a Yilling el Radiante le quita el sueño la propiedad?

Raith intentó arrebatarle el brazal, pero Koll era demasiado rápido y lanzó la reluciente joya hacia arriba.

—Has perdido el desafío. —Atrapó el aro lejos de los ansiosos dedos levantados de Raith y se lo pasó con destreza de la mano izquierda a la derecha y de vuelta, mientras Raith intentaba agarrar la nada—. ¡No pierdas también el sentido del humor!

Skara vio a Raith cerrar los puños cuando Koll volvió a lanzar el aro por los aires.

—¡Ya basta! —Se interpuso entre los dos antes de que alguien se hiciera más daño y capturó el aro—. ¡La ganadora es Gettlandia! —anunció mientras se lo pasaba por la muñeca y lo ajustaba brazo arriba.

Los gettlandeses estallaron en vítores. Los vansterlandeses estaban mucho más callados, contemplando los saltitos que daba Soryorn para alejarse, apoyando buena parte de su peso en el hombro de la madre Scaer. En cuanto al pequeño séquito de Skara, Raith tenía aspecto de haberse tragado un hacha y Jenner el Azul tenía los ojos anegados en lágrimas, pero solo porque se reía a carcajadas.

Espina Bathu hizo bocina con sus manos para hacerse oír entre el escándalo.

—¡Ya veo que al final sirvió de algo todo el tiempo que pasabas subido al mástil!

—¡Se puede aprender más subido a un mástil que en los aposentos de ningún clérigo! —respondió Koll disfrutando del aplauso y lanzando besos a sus amigos.

Skara se inclinó hacia él.

—¿Te das cuenta de que acabas de ganarte el derecho a trepar en solitario a una fortaleza impenetrable llena de enemigos?

La sonrisa de Koll se marchitó mientras la princesa le cogía la muñeca y alzaba su mano flácida en señal de victoria.

PUNTA DE LANZA

El relámpago ofreció una nueva imagen congelada de las murallas del cabo de Bail, coronadas por merlones que se recortaban como muelas negras contra el cielo refulgente. Dioses, qué altas parecían.

—¿Es demasiado tarde para decir que este plan no me gusta? —gritó Koll para imponerse a los aullidos del viento, el siseo de la lluvia y los martillazos que daba la Madre Mar contra su pequeña embarcación.

—Dilo tantas veces como quieras —vociferó Rulf en respuesta, con su calva coronilla empapada—, ¡siempre que luego escales hasta ahí arriba!

Una ráfaga de viento lanzó espuma de mar a las caras de la esforzada tripulación. Un trueno restalló con tanta fuerza que hizo temblar el mundo, pero Koll no podría haber temblado más ni aunque quisiera, mientras se acercaban cabeceando y escorando a las rocas.

—¡Estos cielos no me parecen muy buen presagio! —exclamó.

—¡Ni a mí estos mares! —gritó Dosduvoi, forcejeando con el remo como si fuese un caballo que domar—. ¡Mala suerte por todas partes!

—¡Todos tenemos suerte, buena y mala! —Espina sopesó el arpeo que tenía en la mano—. Lo que importa es cómo te enfrentas a ella.

—Tiene razón —dijo Fror, y un ojo deformado brilló blanco en su cara ennegrecida con brea—. Aquel Que Habla El Trueno está de nuestra parte. Su lluvia evitará que asomen la cabeza. Su retumbar amortiguará los sonidos de nuestra llegada.

—Suponiendo que su relámpago no te achicharre. —Espina dio una palmada en la espalda a Koll y casi lo tiró por la borda.

La base de la muralla estaba construida con antigua piedra élfica, pero abombada y partida, con barrotes herrumbrosos asomando de las grietas y

cubierta de lapas, algas y percebes. Rulf se agachó y tiró del timón con una mueca esforzada para acercarlos de lado.

—¡Poco a poco! ¡Poco a poco!

Una nueva ola sacudió la embarcación, casi logrando que Koll vomitara los higadillos, y la arrojó contra la roca entre los chirridos y los gemidos de la madera. Koll se aferró a la borda, convencido de que el barco iba a partirse y la Madre Mar entraría a borbotones, siempre hambrienta de nuevos cuerpos que arrastrar a su frío abrazo, pero la vieja madera aguantó y Koll dio las gracias en voz baja al árbol que la había proporcionado.

Espina arrojó el arpeo y lo enganchó al primer intento a aquellos barrotes vetustos. Asentó las piernas en la regala al lado de Koll, apretó los dientes y tiró para acercar el barco. Koll vio los dos contrafuertes que había descrito la princesa Skara, levantados por el hombre a partir de bloques de piedra toscamente labrada y una argamasa desmenuzada por años y años de mordiscos de la Madre Mar. Entre ellos quedaba una hendidura ensombrecida, con paredes de piedra mojada y resbaladiza.

—¡Tú imagínate que es otro mástil! —vociferó Rulf.

—Los mástiles suelen tener mares furiosos debajo —dijo Espina, con los tendones marcados en sus hombros ennegrecidos mientras luchaba contra la cuerda.

—Pero pocas veces tienen enemigos furiosos arriba —murmuró Koll mientras alzaba la mirada hacia las almenas.

—¿Seguro que no quieres brea? —preguntó Fror, ofreciéndole el frasco—. Si te ven trepar...

—No soy un guerrero. Si me descubren, saldré mejor parado hablando que peleando.

—¿Preparado? —gritó Rulf.

—¡No!

—¡Pues más vale que subas de todos modos, porque las olas no tardarán en hacer astillas este barco!

Koll se encaramó a la regala, con una mano agarrada a la proa y la otra aflojando un poco la cuerda que llevaba atada al pecho. Mojada pesaba bastante, y a medida que ascendiera pesaría cada vez más, ya que quedaría menos soga enrollada entre los cofres de mar. El barquito dio un bandazo y raspó la base del contrafuerte. El agua revuelta, emparedada entre roca y madera, saltó hacia arriba y habría empapado del todo a Koll si la lluvia y el mar no se hubieran ocupado ya de hacerlo.

—¡Mantenedlo firme! —gritó Rulf.

—¡Ya me gustaría! —respondió Dosduvoi—. ¡Pero la Madre Mar se opone!

«Los sabios esperan su momento —decía siempre el padre Yarvi—, pero nunca lo dejan pasar.» La siguiente ola izó la embarcación y Koll susurró una última oración al Padre Paz antes de saltar, suplicando que le permitiera volver a ver a Rin.

Estaba seguro de que caería dando alaridos y aspavientos por la Última Puerta, pero el hueco entre los contrafuertes era más profundo que la altura de un hombre y tenía el ancho perfecto. Quedó encajado en él con una facilidad que casi lo decepcionó.

—¡Ja! —gritó por encima del hombro, eufórico por haber sobrevivido de manera inesperada.

—¡No te rías! —gruñó Espina, que seguía forcejeando con el arpeo—. ¡Trepa!

La argamasa medio derruida le proporcionaba incontables asideros para manos y pies, y al principio ascendió deprisa, canturreando sobre sí mismo e imaginando la trova que compondrían los escaldos sobre Koll el Ingenioso, que coronó las impenetrables murallas del cabo de Bail con la rapidez de una gaviota en vuelo. Los aplausos ganados en el patio de la ciudadela de Thorlby solo habían logrado abrirle el apetito. La perspectiva de ser amado, admirado y celebrado no le desagradaba. No le desagradaba en absoluto.

Pero a los dioses les encanta reírse de un hombre contento. Los contrafuertes se iban estrechando al subir, como los buenos mástiles. La cavidad que dejaban entre ellos era cada vez menos profunda, y el viento y la lluvia gélida se colaban para dar a Koll tales zarandeos que ya ni siquiera se oía a sí mismo. Pero lo peor de todo era que el hueco entre contrafuertes se ensanchaba, por lo que cada vez tenía que estirarse más para encontrar asideros, hasta que no le quedó más opción que

renunciar a un contrafuerte y escalar en el ángulo que dejaba el otro con la propia muralla. La piedra estaba fría como el hielo y resbaladiza como el musgo, por lo que tuvo que empezar a hacer paradas en las que tenía que apartarse el pelo mojado de la cara, secarse las manos magulladas y soplarse los dedos entumecidos para devolverles la vida.

Las últimas pocas brazadas de piedra vertical levantada por el hombre le llevaron más tiempo que todo lo anterior junto. Para entonces ya lastraba su hombro una longitud considerable de soga empapada, más pesada que la armadura de un guerrero, dando latigazos y topando con los contrafuertes a merced del viento. Era la prueba más dura a la que se había enfrentado en la vida. Tenía los músculos crispados, temblorosos, doloridos más allá de su resistencia. Le dolían hasta los dientes, pero volver abajo habría sido más peligroso que seguir trepando.

Koll eligió los puntos de apoyo con el cuidado que un armador pone en su quilla, sabiendo que un solo error lo dejaría hecho trizas, convertido en comida para peces contra las rocas del fondo. Forzó la vista a la luz de la luna y los destellos de la tormenta, raspando fango musgoso de entre las piedras, que se deshacían como el queso viejo. Intentó no pensar en la caída que tenía debajo, ni en los hombres iracundos que quizá tuviera esperando arriba, ni en...

Una piedra se desmenuzó entre sus dedos insensibles y perdió el agarre, gimió al separarse de la pared, tensó hasta el último tendón ardiente de su otro brazo, enganchó una vieja hiedra y la arañó hasta que por fin halló un asidero firme.

Se apretó contra el muro y vio caer la grava, rebotando una y otra vez alrededor de su cuerda hasta los escarpados bloques de piedra élfica y el barco zarandeado por la furiosa espuma.

Notó las pesas de su madre contra el esternón y se acordó de ella, frunciéndole el ceño y meneando el dedo hacia la gavia. «Baja de ahí ahora mismo antes de que te partas la crisma.»

—No puedo seguir arropado y protegido toda la vida, ¿verdad que no? —susurró entre el martilleo de su corazón.

Fue con un alivio legendario que asomó la frente por una almena y vislumbró el paseo de ronda empapado por la lluvia, más ancho que un camino y

sin un alma a la vista. Gimió con el último esfuerzo para izarse, tiró de la cuerda tras de sí, rodó boca arriba y se quedó allí, jadeando e intentando que la sangre regresara a sus dedos palpitantes.

—Eso sí que ha sido una aventura —susurró mientras se ponía a cuatro patas y miraba hacia el interior de la muralla del cabo de Bail—. Dioses...

Desde allí arriba no costaba nada creer que fuese el baluarte mejor fortificado del mundo, la llave de todo el mar Quebrado.

Había siete torreones gigantescos unidos por inmensos lienzos de piedra, seis de ellos de construcción élfica y brillante piedra húmeda, el séptimo achaparrado y feo, levantado por el hombre para tapar la brecha abierta por la Ruptura de la Diosa. Cinco de las torres se alzaban del Padre Tierra a la izquierda de Koll, pero a su derecha había otras dos plantadas más allá de los acantilados, en la Madre Mar, con cadenas tendidas entre ellas que rebanaban las olas y encerraban el puerto.

—Dioses —volvió a susurrar.

Estaba atestado de barcos, como la princesa Skara había dicho que lo encontrarían. Había cincuenta como mínimo, algunos pequeños pero otros imponentes. La flota de Yilling el Radiante, acunada como un bebé entre los brazos de poderosa piedra élfica de la fortaleza, con los mástiles desnudos casi inmóviles a pesar de la furia que desataba la Madre Mar al otro lado.

Una larga rampa ascendía por el precipicio desde los embarcaderos hasta el extenso patio. En él se amontonaban las construcciones, de una docena de antigüedades y diseños distintos, con tejados que recordaban a un laberinto de paja musgosa, teja partida, pizarra empapada y canaletas rotas que vertían agua a las baldosas del suelo. Era casi una ciudad adherida al interior de la gran muralla élfica, con la luz del fuego asomando por las rendijas de cien postigos cerrados para proteger sus ventanas de la tormenta.

Koll se retorció para quitarse la soga y maldijo sus torpes dedos fríos mientras la ataba a un merlón y tiraba con fuerza de los nudos mojados para confirmar que no fueran a soltarse. Por último, se permitió una sonrisa agotada.

—Hala, hecho.

Pero a los dioses les encanta reírse de un hombre contento, y la sonrisa de

Koll se esfumó al volver la cabeza.

Había un guerrero dando zancadas trabajosas por el adarve en su dirección, lanza en una mano, lámpara titilante en la otra, capa empapada aleteando bajo sus hombros encorvados.

Todos los instintos de Koll lo urgían a correr, pero se obligó a dar la espalda al guardia, apoyar una pierna en el almenaje como si no pasara nada, mirar hacia el mar como si en todo el mundo no hubiera un lugar donde estuviera más a gusto y elevar una silenciosa plegaria a Aquella Que Teje Las Mentiras. Fuera por lo que fuese, la diosa recibía muchas oraciones de Koll.

Cuando alcanzó a entreoír el raspar de las botas, se volvió con una sonrisa en los labios.

—¡Anda, hola! Qué buena noche hace para estar en la muralla.

—Justo lo contrario. —El hombre escrutó su rostro, levantando la lámpara—. ¿Te conozco?

Tenía acento yutmarkano, así que Koll decidió arriesgarse.

—No, no, soy inglingo.

A veces, cuando se servía a un hombre una buena mentira, era posible que ofreciera la verdad a cambio.

—¿De la gente de Lufta?

—Eso es. Me ha enviado Lufta a comprobar las murallas.

—¿Ah, sí?

Cuando no se podía urdir una buena mentira, había que conformarse con la verdad.

—Sí. Por lo visto hay dos contrafuertes, ¿sabes?, y Lufta piensa que alguien podría escalar entre ellos.

—¿Con el tiempo que hace y de noche?

Koll soltó una risita.

—Ya lo sé, ya, es una tontería como la copa de un pino, pero ya sabes cómo se pone Lufta...

—¿Qué es eso? —preguntó el hombre mirando ceñudo la cuerda.

—¿Qué es el qué? —dijo Koll. Se colocó delante de ella, pero ya se había quedado sin mentiras y acababa de quedarse sin verdades—. ¿El qué?

—Pues eso, zop...

Abrió los parpados de sorpresa cuando una mano negra le tapó la boca y un filo negro le atravesó el cuello. La cara de Espina apareció junto a la del hombre, poco más que una sombra en la lluvia, sus ojos el único blanco que destacaba en una piel cubierta de brea.

Dejó con suavidad el cuerpo inerte del guerrero sobre el antepecho.

—¿Qué hacemos con el cadáver? —preguntó Koll cogiendo la lámpara antes de que cayera al suelo—. No podemos...

Espina lo levantó por las botas y lo arrojó al vacío. Koll se asomó al parapeto, boquiabierto, y contempló cómo el cuerpo se precipitaba al fondo, daba contra la pared cerca de la base y caía destrozado al oleaje.

—Eso es lo que haremos —dijo Espina mientras Fror remontaba la muralla detrás de ella, sacaba el hacha que llevaba a la espalda y le retiraba el trapo con que había envuelto el filo embreado—. Vamos.

Koll tragó saliva y fue tras ellos. Quería a Espina, pero le daba miedo la facilidad con que podía matar a un hombre.

Los escalones que bajaban al patio estaban justo donde Skara les había dicho, encharcados de agua de lluvia en su centro desgastado. Koll apenas empezaba a permitirse soñar de nuevo con la gloria que cosecharía si aquel plan demente resultaba cuando oyó una voz resonar desde abajo. Se apretó contra las sombras del muro.

—Vamos dentro, Lufta. ¡Aquí hace un viento del demonio!

Respondió una voz más grave.

—Dunverk ha dicho que vigilemos la puertecita, así que deja de lloriquear de una vez, joder.

Koll atisbó por el borde de los peldaños. Por debajo de ellos un toldo de lona se agitaba al viento, dejando escapar luz de hoguera por los lados.

—Esa puertecita no es tan secreta como esperábamos —le susurró Espina al oído.

—Al igual que los gusanos de las manzanas —respondió él con otro susurro—, los secretos acostumbran a retorcerse y escapar.

—¿Luchamos? —murmuró Espina. Siempre era la primera solución que se le ocurría.

Koll allanó el camino del Padre Paz, como debía hacer un buen clérigo.

—Podríamos despertar a la fortaleza entera.

—Pues yo no pienso volver a bajar por ese hueco —dijo Fror—, eso te lo aseguro.

—Déjame la capa —susurró Koll—. Tengo una idea.

—¿Seguro que es buen momento para tener ideas? —siseó Espina en respuesta.

Koll levantó los hombros mientras se calaba la capucha e intentó relajar los músculos, que aún le temblaban de la escalada.

—Vienen cuando vienen.

Los dejó en los escalones y bajó trotando a las bravas. Pasó junto a una cuadra casi en ruinas, de cuyo tejado de paja podrida goteaba la lluvia.

Ya alcanzaba a vislumbrar a los hombres, siete guerreros acuclillados en torno a una hoguera azuzada por el viento que se colaba en el toldo. Se fijó en la luz que bañaba la pesada puerta que había en una esquina, detrás de los hombres. Estaba atrancada con una gruesa barra en la que alguien había grabado con

profundas tallas el nombre de Aquella Que Protege Las Cerraduras. Koll dejó escapar un aliento neblinoso, hizo acopio de valor y saludó a los guerreros con un gesto desenvuelto mientras se acercaba.

—¡Qué tiempo más espantoso! —Koll se agachó bajo la lona inundada, se quitó la capucha y se pasó las manos por el pelo mojado—. ¡Si hubiera salido a nadar no estaría tan calado! —Todos los hombres lo miraron con gesto grave, y él respondió sonriendo de oreja a oreja—. Pero en fin, supongo que no será peor que un verano en Inglefold, ¿verdad?

Dio una palmada en el hombro a uno de los guerreros sin dejar de acercarse al portillo, animado por las risitas de un par de los otros.

—¿Te conozco? —preguntó el hombretón que estaba cerca del fuego. Por los aros de plata que llevaba en los brazos y su actitud arisca, Koll supuso que sería el líder.

—No, no, soy yutmarkano. Me envía Dunverk. Traigo un mensaje para ti, Lufta.

El grandullón escupió, y Koll se alegró de haber acertado.

—Pues dímelo antes de que me quede sordo por la edad. En mi familia pasa mucho.

Era el momento de arriesgar.

—Dunverk se ha enterado de un ataque. Vansterlandeses y gettlandeses en comandita, que intentan tomar la fortaleza y quemar nuestros barcos.

—¿Atacar este sitio? —Un guerrero rebufó—. Hay que ser tonto.

Koll asintió, resignado.

—Es justo lo que he pensado al oírlo, y sigo opinando lo mismo.

—¿Lo ha sabido por el espía ese? —preguntó Lufta.

Koll parpadeó. Aquello no se lo esperaba.

—Sí, por el espía ese. ¿Cómo se llamaba, te acuerdas?

—Solo lo sabe Yilling el Radiante. ¿Qué tal si se lo preguntas a él?

—Le tengo un respeto tan inmenso que no me atrevería a molestarle. Avanzan hacia los grandes portones.

—¿Hay que ser tonto, decías? ¡Hay que estar majara! —Lufta se relamió los dientes, un poco molesto—. Vosotros cuatro, conmigo. Vamos a los portones a ver. Vosotros dos, quedaos aquí.

—¡Vigilo yo también, no te preocupes! —gritó Koll a los hombres que ya se alejaban, uno con el escudo levantado para protegerse la cabeza de la lluvia—. ¡Por donde esté yo no pasará ningún gettlandés!

Los dos que se quedaron bajo el toldo eran bastante poco agraciados. Uno era joven pero tenía el cuero cabelludo lleno de calvas, el otro mayor y con una mancha roja en la cara, como si le hubieran derramado vino de un lado al otro. Llevaba una buena daga, con una empuñadura de brillante plata, colocada en el cinturón para lucirla con orgullo aunque sin duda se la debía de haber robado a algún trovenlandés muerto.

Tan pronto como Lufta se alejó un poco, Cararroja empezó a quejarse.

—Casi todos los hombres de Yilling están saqueando botines por toda Trovenlandia, y nosotros aquí con esto.

—Ya lo creo que es injusto. Pero por otra parte... —Koll se quitó la capa de Fror y le dio unos manotazos exagerados para sacudirle el agua—. Supongo que no hay lugar más seguro en todo el mar Quebrado para sentarse.

—¡Ten cuidado con eso! —protestó Cararroja, tan ocupado apartando la capa y quitándose el agua de los ojos que Koll no tuvo el menor problema para arrebatarle la daga de su cinturón con la otra mano. Era increíble lo que podía pasar por alto un hombre si se desviaba bien su atención.

—¡Mil disculpas, mi rey! —dijo Koll, alejándose. Dio un codazo en las costillas al Calvas—. Menudos aires se da tu compañero, ¿eh? —Y por debajo de los aleteos de su capa, deslizó la daga en el cinturón del hombre más joven—. ¡Voy a enseñaros algo maravilloso!

Levantó un brazo sin dejar responder a ninguno de los dos e hizo bailar una moneda de cobre a un lado y al otro sobre los nudillos, atrayendo la mirada de los

hombres hacia el vaivén de sus dedos.

—Cobre —musitó Koll—, cobre, cobre y... ¡plata!

Giró la mano, escamoteando la moneda de cobre y sosteniendo una de plata entre el índice y el pulgar. El rostro acuñado de la reina Laithlin reflejó la luz de las llamas.

El Calvas frunció el ceño y se inclinó hacia delante.

—¿Cómo lo has hecho?

—¡Je! Venga, te enseño el truco. Préstame tu daga un momento.

—¿Qué daga?

—Tu daga. —Koll señaló su cinturón—. Esa de ahí.

Cararroja se levantó de un salto.

—¿Qué cojones haces tú con mi puñal?

—¿Qué? —El Calvas miró boquiabierto su cinturón—. ¿Cómo...?

—La Diosa Única no ve con buenos ojos robar. —Koll levantó las manos en un ademán devoto—. Eso lo sabe todo el mundo.

La mano negra de Espina rodeó la boca de Cararroja, y su cuchillo negro le atravesó el cuello. Casi al mismo tiempo, la cabeza del Calvas se sacudió cuando Fror le clavó el hacha en el cogote. Bizqueó, balbuceó algo entre un río de babas y cayó a un lado.

—Vayámonos de aquí —siseó Espina, bajando su hombre al suelo—. Antes de que los demás descubran la hiena traicionera que eres.

—Cómo no, mi Escudo Elegido —dijo Koll.

Deslizó la tranca con runas talladas fuera de sus abrazaderas y abrió la poterna de un tirón.

EL ASESINO

Un puntito minúsculo de luz brilló en la tormenta y, como un perro ávido de sangre al que sueltan la correa, Raith salió disparado.

Cruzó a la carrera la hierba húmeda, con el escudo en un brazo y empuñando el hacha con tanta fuerza que le dolían los nudillos de la mano.

Sin duda las espadas eran más hermosas, pero las armas hermosas, igual que las personas hermosas, solían ser ariscas. Las espadas requerían sutileza y, cuando a Raith lo invadía el júbilo de batalla, podía ser un poco imprudente. Una vez había aporreado la cabeza de un hombre con su espada plana hasta que tanto la espada como la cabeza quedaron abolladas e inservibles. Las hachas no eran tan delicadas.

Un rayo iluminó de nuevo el cielo, destacando en negro la amenazante fortaleza sobre el mar y congelando un instante las gotas de lluvia que traía el viento, antes de que la noche volviera a reclamarlas. Aquel Que Habla El Trueno voceó su descontento al mundo, tan cerca que el corazón de Raith le saltó a la garganta.

Aún notaba el sabor de la última hogaza, el gusto salado en la lengua del pan horneado con sangre. Los vansterlandeses creían que daba buena suertedearmas, pero Raith siempre había considerado la suerte menos útil que la furia. Mordió con fuerza la vieja cuña de carpintero que llevaba entre los dientes. Una vez casi se había arrancado la punta de la lengua en un arrebato de ira y, desde entonces, siempre se calzaba las mandíbulas con madera antes de luchar.

No había sensación como la de cargar hacia la batalla. Apostarlo todo a la propia astucia, la voluntad, la fuerza. Bailar en el umbral de la Última Puerta. Escupir en la cara de la Muerte.

Con su entusiasmo había dejado atrás a Grom-gil-Gorm, a Soryorn e incluso a su hermano Rakki, y cada vez tenía más cerca las murallas élficas mojadas por la lluvia y la única luz titilante que se veía en su base.

—¡Por aquí!

El chico del padre Yarvi sostenía una lámpara en alto que dejaba sombras en su cara de pánfilo y señalaba una entrada oculta en el ángulo del torreón que tenía a su lado.

Raith se abalanzó al interior, rebotó contra las paredes y subió los peldaños de tres en tres, despertando ecos con sus roncos jadeos en el estrecho túnel, con las piernas en llamas, el pecho en llamas, la mente en llamas, el estrépito del metal, las maldiciones y los chillidos cada vez más fuertes en el interior del cráneo mientras salía como una exhalación al patio que había en lo alto.

Atisbó una mezcolanza frenética de cuerpos esforzados, armas relucientes, saliva y astillas, vio el aullido embreado de Espina Bathu y pasó junto a ella a toda velocidad, hacia el grueso del combate.

Su escudo impactó contra los dientes de un guerrero y lo envió a él por los aires y su espada al suelo. Otro retrocedió trastabillando y bamboleando la lanza que había estado a punto de clavar a Espina.

Raith dio un tajo a alguien y lo dejó chillando, dolorido, roto y sonando a metal. Empujó con el escudo y lo notó raspar contra otro, siseó y babeó en torno a la cuña de sus mandíbulas, salvaje, desatado, haciendo retroceder a un hombre que le salpicó la cara de saliva sanguinolenta desde tan cerca que podrían haberse besado. Raith volvió a empujar, le dio un rodillazo y lo desequilibró. Hubo un golpe hueco cuando la espada de Espina se hincó profunda en su cuello, y un chorro de sangre cuando la desatascó derribando al hombre de una patada.

Alguien cayó, enredado con un toldo de lona. Alguien gritó al oído de Raith. Algo rebotó en su yelmo y volvió blanco el mundo, demasiado brillante para ver, pero Raith siguió descargando golpes por encima del escudo entre gruñidos y toses.

Un hombre lo asió y Raith le estampó el pomo del hacha en la cabeza, le asestó otro golpe mientras caía y le pisó los dedos doblados. Resbaló y estuvo a punto de dar con los huesos en los adoquines resbaladizos de lluvia y sangre.

De pronto no estaba seguro de hacia dónde miraba. El patio se inclinaba y daba bandazos como un barco en plena tormenta. Vio a Rakki con sangre en el cabello blanco, asestando una estocada tras otra, y la furia volvió a arder y Raith se colocó a su lado, solapó el escudo con el de su hermano y empujó y golpeó y rajó.

Algo impactó en su costado y lo envió trastabillando a través de una hoguera, levantando chispas con las botas.

Hubo un destello de metal y Raith se apartó, notó una quemazón en la cara, algo que le arañaba el yelmo y se lo desencajaba. Pasó a un lado de la lanza e intentó aplanar un rostro crispado con el escudo, pero no lo consiguió, vio que había dos listones colgando del brocal deformado y comprendió que se había hecho trizas.

—¡Muere, hijo de puta! —bramó, sus palabras transformadas en saliva sin sentido por la cuña de madera, mientras descargaba hachazos contra un yelmo hasta no dejar nada sin hendir. Cayó en la cuenta de que estaba luchando contra una pared, tallando grises brechas en la piedra con un brazo que zumbaba por los golpes.

Alguien tiró de él. Espina, con la cara negra llena de salpicaduras rojas. Señaló con un cuchillo rojo y emitió palabras con su boca roja, pero Raith no alcanzaba a oírlas.

Un espadón sesgó el aire húmedo, partió un escudo y envió a su dueño contra la muralla dejando una estela de sangre. Raith conocía el arma. Había cargado aquella hoja durante tres años, la había abrazado como a una amante en la oscuridad, la había hecho cantar al afilarla.

Grom-gil-Gorm avanzó, inmenso como una montaña, entre los destellos de las docenas de pomos dorados y enjoyados en su larga cadena, su escudo negro como la noche y su espada resplandeciente como el Padre Luna.

—¡Llega tu muerte! —rugió, tan alto que hasta los huesos enraizados de la fortaleza parecieron temblar.

El valor podía ser algo muy frágil. Cuando el pánico atenazaba a un hombre, se extendía más rápido que la peste, más que el fuego. Los guerreros del Alto Rey habían estado contentos y calentitos tras las resistentes murallas, y lo peor que esperaban de aquella noche era una buena ventolera. En cambio, lo que les había enviado la tormenta era al Rompeespadas en todo su belicoso esplendor, y rompieron filas y huyeron todos al mismo tiempo.

Espina acabó con uno de un hachazo, Gorm agarró a otro por el pescuezo y le estrelló la cara contra el muro. Raith desenfundó su daga, saltó a lomos de un guerrero que corría y apuñaló y apuñaló y apuñaló. Brincó hacia otro hombre, pero

tropezó, dio un par de pasos tambaleantes, rebotó en la muralla y cayó.

Lo veía todo borroso. Intentó levantarse pero a sus rodillas no les daba la gana, así que se quedó sentado. Se le había salido la cuña y su dolorida boca sabía a madera y metal. Pisotones de botas por delante. Había un hombre tumbado riéndose de él, pero al momento alguien lo volteó de una patada. Un hombre muerto, que se reía de nada. Que se reía de todo.

Raith cerró con fuerza los párpados y volvió a abrirlos.

Soryorn estaba rematando a los heridos con una lanza, parsimonioso como quien siembra semillas. Seguían entrando hombres en tropel por la poterna, desenvainando sus armas, pasando por encima de cadáveres.

—Siempre has de llegar el primero a la batalla, ¿eh, hermano? —Era Rakki, que abrió la hebilla del yelmo de Raith, se lo quitó e inclinó la cabeza a un lado al advertir un nuevo corte en la cara—. Veo que insistes en que el hermano guapo siga siendo yo.

Las palabras llegaron con un tacto raro a la lengua de Raith.

—Necesitas todas las ayudas que pueda concederte. —Ignoró a su hermano y se afanó en levantarse, intentando sacudirse el escudo destrozado del brazo, intentando sacudirse el mareo de la cabeza.

La fortaleza del cabo de Bail era extensa, una maraña de construcciones con techos de paja y pizarra que habían brotado por todo el interior de las imponentes murallas élficas. Había golpes y gritos por todas partes, gettlandeses y vansterlandeses que hocicaban por la fortaleza como hurones por una madriguera, sacando a los hombres del Alto Rey de sus escondrijos, descendiendo por la larga rampa que llevaba al puerto, reunidos formando un semicírculo frente a una doble puerta tallada, alrededor de los reyes Gorm y Uthil.

—¡Si hace falta, os haremos salir con humo! —gritó el padre Yarvi a la madera. Como los cuervos, los clérigos siempre llegaban una vez terminada la lucha, ansiosos de hurgar entre los resultados—. ¡Habéis tenido ocasión de pelear!

Del otro lado llegó una voz amortiguada.

—Estaba poniéndome la armadura. Tiene las hebillas complicadas.

—Las pequeñas dan problemas a los dedos de hombres grandes —concedió Gorm.

—¡Pero ya la llevo puesta! —añadió la voz—. ¿Hay guerreros de renombre entre vosotros?

El padre Yarvi suspiró.

—Espina Bathu está aquí, y el Rey de Hierro Uthil, y Grom-gil-Gorm, el Rompeespadas.

Llegó un gruñido satisfecho de detrás de la puerta.

—La derrota es menos amarga contra unos nombres de tal fama. ¿Alguno de ellos se presta a batirse conmigo?

Espina escupió en unos escalones cercanos y torció el gesto cuando la madre Scaer pellizcó un corte que tenía en el hombro para hacer brotar la sangre.

—Ya he luchado bastante para una noche.

—Yo también. —Gorm entregó su escudo a Rakki—. Que el fuego se lleve a este imbécil desprevenido y a su armadura de hebillas pequeñas.

Los pies de Raith se adelantaron. Su dedo se alzó. Su boca dijo:

—Yo combatiré al muy...

Rakki lo cogió del brazo y tiró de él hacia abajo.

—No lo harás, hermano.

—La muerte es la única certeza. —El rey Uthil se encogió de hombros—. ¡Yo me batiré contigo!

El padre Yarvi parecía horrorizado.

—Mi rey...

Uthil lo acalló con una mirada de sus ojos brillantes.

—Los corredores más veloces se han hecho con toda la gloria, y no me

quedaré sin mi parte.

—¡Bien! —exclamó la voz—. ¡Voy a salir!

Raith oyó el traqueteo de una barra al retirarse y las puertas se abrieron de par en par. Sonó un estrépito de escudos cuando el semicírculo de guerreros se dispuso a contener una carga. Pero al patio solo salió un hombre.

Era gigantesco y tenía un tatuaje arremolinado en un lado del musculoso cuello. Llevaba una gruesa cota de mallas con placas grabadas en los hombros, y un gran número de aros de oro en sus brazos abultados, y Raith dio su aprobación con un murmullo a quien parecía un adversario más que digno. El hombre metió los pulgares en su talabarte de hebillas doradas y miró, con la despreocupación y el menosprecio de un héroe, la media luna de escudos encarados hacia él.

—¿Sois el rey Uthil? —El hombre bufó neblina entre la llovizna desde su nariz ancha y plana—. Sois mayor que lo que dicen las canciones.

—Las canciones se compusieron hace ya un tiempo —replicó áspero el Rey de Hierro—. Entonces era más joven.

Algunos guerreros rieron, pero no aquel hombre.

—Soy Dunverk —dijo con voz gutural—, llamado el Buey, fiel de la Diosa Única, guerrero del Alto Rey, Compañero de Yilling el Radiante.

—Eso solo demuestra que eliges igual de mal tus amigos, tus reyes y tus dioses —dijo el padre Yarvi. Aquello provocó más risas, y hasta Raith tuvo que reconocer que había sido una pulla decente.

Pero sin duda la derrota aguaba el sentido del humor, y Dunverk mantuvo el gesto pétreo.

—Ya veremos cuando vuelva Yilling y os traiga la Muerte, perjuros.

—Lo veremos nosotros —replicó Espina, sonriendo burlona aunque la madre Scaer estuviera atravesando la carne de su hombro con una aguja—. Tú estarás muerto y no verás nada.

Dunverk desenvainó despacio su espada, que tenía runas talladas en la acanaladura y un puño labrado en oro con forma de cabeza de ciervo, sus astas por

gavilanes.

—Si salgo vencedor, ¿perdonaréis la vida al resto de mis hombres?

Uthil parecía escuálido como un gallo viejo al lado de la corpulencia de Dunverk, pero no mostró ningún miedo.

—No saldrás vencedor.

—Os confiáis demasiado.

—Si mis más de cien adversarios muertos pudieran hablar, dirían que me confío cuanto merezco.

—Tengo que advertiros, anciano, que he luchado a lo largo y ancho de las Tierras Bajas y no ha habido quien pudiera oponerse a mí.

Por la cara llena de cicatrices del rey se deslizó la sombra de una sonrisa.

—Deberías haberte quedado en las Tierras Bajas.

Dunverk embistió y lanzó un tajo potente y alto, pero Uthil lo esquivó, ligero como el viento, sin haber movido siquiera la espada que acunaba en un brazo. Dunverk lanzó una fuerte estocada y el rey se apartó con un paso despectivo mientras dejaba que su acero desnudo resbalara por el costado.

—Conque el Buey —rió Espina—. Lucha como una vaca enloquecida, eso desde luego.

Dunverk bramó dando tajos a diestro y siniestro, con la frente sudada de blandir aquella hoja tan pesada, mientras los hombres retrocedían tras sus escudos por si un revés perdido los enviaba al otro lado de la Última Puerta. Pero el Rey de Hierro de Gettlandia se apartó a un lado del primer golpe y pasó por debajo del segundo, tan ajustado que la espada de Dunverk azotó su pelo canoso, y hubo un destello acerado cuando volvió a marcar distancia con su enemigo.

—¡Combáteme! —vociferó Dunverk mientras se volvía.

—Eso he hecho —dijo Uthil, y atrapó una punta de su capa, limpió el filo de su espada y volvió a arroparla con cuidado en la curva del brazo.

Dunverk bramó al dar un paso adelante, pero le falló la pierna y bajó una rodilla al suelo. La sangre empezó a rebosar de su bota y a extenderse por los adoquines, y entonces Raith comprendió que Uthil había abierto la gran vena del interior de la pierna de Dunverk.

Hubo un murmullo de asombro entre los guerreros reunidos, al que Raith aportó su voz como el que más.

—La fama del Rey de Hierro es bien merecida —dijo Rakki con voz queda.

—Espero que Yilling el Radiante sea más diestro con la espada que tú, Dunverk el Buey —dijo Uthil—. Apenas has servido de ejercicio a este anciano.

Entonces Dunverk sonrió, con una mirada perdida en sus ojos vidriosos.

—Todos veréis la destreza de Yilling el Radiante —susurró, mientras su cara palidecía a ojos vistas—. Todos la veréis.

Y se derrumbó de lado sobre el creciente charco de su propia sangre.

Todos coincidieron en que había sido una muerte excelente.

MI TIERRA

La Madre Sol era un borrón en el horizonte oriental, que iba escondiendo poco a poco a sus hijas las estrellas detrás de la férrea cortina gris del alba. La fortaleza se alzaba ante Skara y Laithlin, sombría como un túmulo funerario en el descolorido amanecer, sobrevolada en círculos por cuervos esperanzados.

—Por lo menos ha dejado de llover —musitó Skara, quitándose la capucha.

—Aquel Que Habla El Trueno se ha llevado sus berrinches tierra adentro —dijo la reina Laithlin—. Como todos los chicos, arma mucho escándalo pero se cansa pronto. —Y levantó la mano para acariciar la barbilla del príncipe Druin—. ¿Quieres que lo lleve yo?

—No. —Skara lo abrazó más fuerte—. Puedo con él.

Tener los bracitos del niño en torno al cuello le daba fuerzas. Y los dioses sabían que las necesitaba en aquellos momentos.

El cabo de Bail, símbolo resplandeciente de una Trovenlandia unida, no estaba como lo recordaba. El pueblo a la sombra de la fortaleza, donde una vez había bailado en el festival de verano, estaba en ruinas, todas sus casas carbonizadas o abandonadas. El huerto que había contra la parte de la muralla construida por el hombre estaba estrangulado por la hiedra, y la fruta de la temporada anterior se pudría entre malezas. Dos enormes torres de factura élfica flanqueaban los grandes portones, que en tiempos habían estado decorados con vistosos pendones pero ya solo lucían un hombre colgado de las almenas por una soga chirriante, balanceando los pies descalzos.

Le habían quitado los magníficos aros de oro, la malla reluciente y sus armas doradas, pero Skara lo reconoció con solo mirarlo.

—Es un Compañero de Yilling el Radiante. —Sintió un escalofrío a pesar de la cálida piel que llevaba en los hombros—. Uno de los que incendiaron Yaletoft.

—Y aquí se mece —dijo Laithlin—. Por lo visto, rezar a la Muerte no

pospone las citas con ella.

—Esa cita no hay nada que la posponga —susurró Skara.

Quizá debería regocijarse con su muerte, escupir a su cadáver y dar gracias a la Madre Guerra por haber sacado al fin esa astilla de Trovenlandia, pero lo único que sintió fue un eco enfermizo del miedo que había pasado en su anterior encuentro y el temor a no lograr liberarse nunca de él.

Alguien había talado el gran roble que antes se alzaba en el patio de la fortaleza, y los edificios apiñados contra las antiguas murallas élficas tenían un aspecto crudo y afeado sin su sombra. Había guerreros sentados en los rugosos adoquines que rodeaban el tocón, casi todos bebiendo sin parar, comparando heridas y trofeos, limpiando armas, intercambiando historias.

Un aspirante a escaldo estaba componiendo una estrofa y gritaba una y otra vez el mismo verso incompleto, mientras los demás le sugerían formas de terminarlo entre risotadas. Un tejedor de plegarias pronunciaba un elaborado e inacabable agradecimiento a los dioses por la victoria. En algún lugar, alguien aullaba de dolor.

Skara arrugó la nariz.

—¿Qué es ese olor?

—Todo el contenido de los hombres —murmuró la hermana Owd, mirando a un par de esclavos que cargaban un fardo.

Skara se quedó helada al reparar en que era un cadáver, y en que para su horror estaban amontonándolo encima de muchos otros. Un revoltijo blanquecino de extremidades desnudas, manchadas y salpicadas, de bocas entreabiertas y calladas, de ojos que no veían. Una pila de carne que la noche anterior había sido hombres. Hombres a los que había costado años dar a luz, amamantar y enseñar a andar, a hablar, a luchar. Skara se acercó al pecho la cabecita del príncipe Druin, intentando escudar sus ojos.

—¿Debería ver esto? —preguntó en voz baja, deseando no haberlo visto ella.

—Será rey de Gettlandia. Ese es su destino. —Laithlin echó un vistazo impasible a los cuerpos y Skara se preguntó si alguna vez había conocido a una mujer tan magnífica—. Debería aprender a regocijarse con ello. Igual que tú. Al fin

y al cabo, esta victoria es tuya.

Skara tragó saliva.

—¿Mía?

—Los hombres discutirán quién de todos tiene más pelo en el pecho y quién brama con más fuerza. Los bardos cantarán sobre el centelleo del acero y la sangre derramada. Pero tuyo fue el plan. Tuya la voluntad. Tuyas las palabras que empujaron a estos hombres hacia tu objetivo.

«Las palabras son armas», le había dicho la madre Kyre. Skara contempló los cadáveres en el patio del cabo de Bail y recordó los muertos del salón de su padre, y más que un crimen vengado lo que vio fueron dos crímenes, y sintió acumularse el remordimiento de uno sobre el dolor lacerante del otro.

—No da sensación de victoria —susurró.

—También has vivido la derrota. ¿Cuál de las dos prefieres?

Skara recordó estar de pie en la popa del *Perro Negro*, viendo cómo la viga frontal del salón de su abuelo se hundía entre altas lenguas de fuego, y no pudo discutir a la reina cuál de ellas era mejor.

—En el cónclave me impresionaste de verdad —dijo Laithlin.

—¿En serio? Creía... que quizá os enfadaríais conmigo.

—¿Porque hablaste en tu propio nombre y en el de tu país? Ganaría lo mismo enfadándome con la nieve por caer. Tienes dieciocho inviernos, ¿verdad?

—Los tendré este año.

Laithlin negó despacio con la cabeza.

—Diecisiete. Tienes un don.

—La madre Kyre y mi abuelo... intentaron enseñarme a gobernar desde pequeña. Cómo hablar y qué decir. Cómo argumentar, cómo interpretar los rostros, cómo inclinar los corazones... Siempre pensé que era muy mala alumna.

—Lo dudo muchísimo, pero la guerra puede hacer aflorar fuerzas inesperadas. El rey Fynn y su clériga te prepararon bien, pero lo que tú tienes no se enseña. Eres una favorita de Aquella Que Pronunció La Primera Palabra. Tienes esa luz en ti que hace escuchar a los demás. —La reina frunció el ceño mirando a Druin, que contemplaba la masacre en un silencio boquiabierto—. Tengo la sensación de que el futuro de mi hijo podría depender de ese don.

Skara parpadeó.

—Al lado de los vuestros, mis dones son como velas al lado de la Madre Sol. Sois la Reina Dorada...

—De Gettlandia. —Sus ojos pasaron a Skara, brillantes y aguzados—. Los dioses saben que he intentado guiar esta alianza, primero aconsejando la paz y luego urgiendo a la acción, pero para el rey Uthil soy su esposa y para el rey Gorm soy su enemiga. —Apartó un mechón de la mejilla de Skara—. Tú no eres ninguna de las dos cosas. El destino te ha convertido en el equilibrio entre ellos. El fiel del que penden los platillos de esta alianza.

Skara se la quedó mirando.

—No tengo fuerza suficiente para serlo.

—Pues deberás encontrarla. —Laithlin se inclinó y tomó al príncipe Druin de sus brazos—. El poder pesa. Eres joven, prima, pero debes aprender a cargar con él o te aplastará.

La hermana Owd hinchó los mofletes, redondeando más si cabe su redonda cara, mientras veía marcharse a la reina, seguida de sus esclavos, sirvientes y guardias.

—La reina Laithlin siempre ha sido un dechado de buen humor.

—Puedo vivir sin el buen humor, hermana Owd. Lo que necesito son buenos consejos.

La sorprendió lo mucho que se alegró de ver a Raith con vida, pero al fin y al cabo componía la tercera parte de su séquito, y con diferencia la mejor parecida. Estaba sentado con su hermano, riendo junto a un fuego, y Skara sintió una extraña punzada de celos por lo absolutamente cómodos que parecían uno con el otro. Para ser dos hombres salidos a la vez del mismo vientre, era muy sencillo

distinguirlos. Raith era el que tenía el labio curvado y un corte reciente bajando por su mejilla. El que desafiaba con la mirada, incluso al cruzarla con Skara, y parecía retener la de ella. Rakki era el que apenas la miró a los ojos y se apresuró a levantarse con el debido respeto cuando Skara se acercó a ellos.

—Te has ganado el descanso —dijo, invitándolo a sentarse con un gesto—. Soy yo quien no es digna de estar en presencia de quienes tanta sangre han derramado.

—También dejasteis manar la vuestra en ese cónclave —dijo Raith, mirando la mano vendada de Skara.

No pudo evitar taparla con la otra.

—Solo la propia.

—Derramar la propia sangre es lo que exige valor. —Raith hizo una mueca al presionar el largo rasguño que bajaba entre su incipiente barba blanca. La marca no le daba peor aspecto. Más bien al contrario.

—He oído que luchaste bien —dijo.

—Siempre lo hace, princesa. —Rakki sonrió y dio a su hermano un puñetazo en el brazo—. ¡El primero en cruzar el portillo! Si no fuera por él, aún podríamos estar fuera esperando.

Raith levantó los hombros.

—Pelear no es una tarea pesada cuando es lo que amas.

—Aun así, mi abuelo siempre me decía que quienes luchan bien deben recibir una recompensa por parte de aquellos por quienes luchan.

Skara se quitó de la muñeca uno de los aros de plata que le había dado Laithlin y se lo tendió. Rakki y Raith lo miraron en silencio. El brazalete tenía marcas de cuchillo de cuando alguien quiso comprobar su pureza en algún momento, pero a Skara le habían enseñado bien el valor de las cosas. Veía que ninguno de los hermanos llevaba aros-moneda y sabía que para ellos no era asunto baladí. Raith tragó saliva mientras levantaba el brazo para cogerlo, pero Skara no lo soltó.

—Luchas por mí, ¿verdad?

Notó un cosquilleo nervioso cuando cruzaron la mirada, con los dedos a punto de tocarse. Entonces él asintió con la cabeza.

—Lucho por vos.

Era brusco y no tenía modales, y por algún motivo Skara se descubrió preguntándose cómo sería besarlo. Oyó el carraspeo de la hermana Owd, notó que le ardía el rostro y se apresuró a soltar el aro.

Raith tuvo que apretar el brazalete para cerrarlo sobre una muñeca tan gruesa que los extremos apenas se tocaban. Era la recompensa por un buen servicio, pero también un símbolo de su servidumbre y un distintivo de a quién servía.

—Tendría que haber acudido a vos tras la batalla, pero...

—Necesitaba que lucharas. —Skara apartó los besos de sus pensamientos y dejó entrar un poco de hierro en su voz—. Ahora necesito que me acompañes.

Skara observó cómo Raith se despedía de su hermano con un abrazo, se levantó con la plata de Skara reluciendo en la muñeca y la siguió. Quizá no fuera realmente su hombre, pero empezaba a entender por qué las reinas tenían Escudos Elegidos. Nada otorga más confianza que tener al hombro un guerrero curtido en batallas.

Cuando Skara había jugado de niña en el gran salón del cabo de Bail, le había parecido espacioso a más no poder. Al entrar lo encontró estrecho, poco iluminado y con olor a podrido, goteras en el techo y humedad en las paredes, visible solo gracias a las tres franjas de luz polvorienta que caían al suelo frío desde ventanas que se abrían hacia la gris Madre Mar. El gran mural que representaba a la reina guerrera Ashenleer y ocupaba una pared entera estaba descascarillado y lleno de ampollas, la armadura era un criadero de moho y la adoración en los rostros de sus cien guardias había quedado reducida a borrones. Un reflejo adecuado para los infortunios de Trovenlandia.

La Silla de Bail seguía en pie sobre el estrado, sin embargo, tallada en clara madera de roble a partir de la quilla de un barco, con el ondulado grano reluciente por los muchos años de uso. En tiempos la habían ocupado reyes. Hasta que el bisabuelo del abuelo de Skara había decidido que era demasiado estrecha para

contener todo su culo, y el salón demasiado estrecho para contener todas sus fanfarronadas, y se había hecho tallar otra silla en Yaletoft, y había empezado a construir un lujoso salón nuevo alrededor de ella que maravillaría al mundo entero. Costó veintiocho años terminar el Bosque, y para entonces él ya estaba muerto y su hijo era un anciano.

Y luego Yilling el Radiante lo quemó en una noche.

—Se ve que el combate no ha acabado del todo —refunfuñó Raith.

Gorm y Uthil estaban fulminándose uno al otro con la mirada por encima de la Silla de Bail, con sus clérigos y guerreros meneándose con el lomo erizado alrededor. La hermandad de la batalla no había sobrevivido a la muerte de su último enemigo común.

—Podríamos dejarlo al azar —dijo con voz rasposa el rey Uthil.

—Tú ya tuviste la satisfacción de matar a Dunverk —replicó Gorm—. Yo debería ocupar la silla.

El padre Yarvi se frotó una sien con los nudillos de su mano contrahecha.

—Por todos los dioses, solo es una silla. Mi aprendiz puede tallaros otra.

—No es una silla cualquiera. —Skara se tragó los nervios mientras subía al estrado—. En tiempos se sentó en ella Bail el Constructor. —El rey Uthil y su clérigo fruncían el ceño a su izquierda, Gorm y la suya a su derecha. Ella era el punto de equilibrio entre los dos. Tenía que serlo—. ¿De cuántos barcos nos hemos apoderado?

—Sesenta y seis —dijo la madre Scaer—, entre ellos una bestia dorada de treinta remos por banda, que se dice que es la nave del propio Yilling el Radiante.

El padre Yarvi inclinó la cabeza hacia ella en agradecimiento.

—Fue un plan astucioso, princesa.

—Yo solo planté la simiente —dijo Skara, con una profunda reverencia a los dos reyes—. Vuestra valentía cosechó los frutos.

—La Madre Guerra estuvo con vosotros y nuestra suertedearmas no vaciló.

—Gorm hizo girar un pomo de su cadena una y otra vez—. Pero esta fortaleza está lejos de ser segura. La abuela Wexen conoce bien su importancia, estratégica y como símbolo.

—Es una astilla clavada en su carne —dijo Uthil—, y no tardará en intentar arrancársela. Deberíais regresar a Thorlby con mi esposa, princesa. Allí estaréis lejos del peligro.

—Mi respeto por vos no conoce límites, rey Uthil, pero os equivocáis. Mi padre también conocía bien la importancia de esta fortaleza, tanto que murió defendiéndola y está enterrado en los túmulos fuera de la muralla, junto a mi madre. —Skara descendió hasta sentarse en la silla que habían ocupado sus antepasados, con la espalda dolorosamente erguida, como le había enseñado la madre Kyre. Tenía el estómago revuelto, pero debía ser fuerte. Debía gobernar. No quedaba nadie más—. Esto es Trovenlandia. Esta es mi tierra. Este es el lugar exacto en el que debo estar.

El padre Yarvi sonrió con gesto cansado.

—Princesa...

—En realidad soy reina.

Se hizo el silencio. Luego la hermana Owd empezó a subir los peldaños.

—La reina Skara está en lo cierto. Se sienta en la Silla de Bail como única descendiente viva del rey Fynn. Existen precedentes de que una mujer soltera tome la silla por sí misma. —Le tembló la voz bajo la mirada mortífera de la madre Scaer pero continuó, señalando con el mentón la pintura descolorida que se alzaba sobre ellos—. La propia reina Ashenleer, al fin y al cabo, no estaba casada cuando derrotó a los inglingos.

—¿Tenemos a una nueva Ashenleer entre nosotros, pues? —preguntó burlona la madre Scaer.

La hermana Owd ocupó la posición del clérigo a la izquierda de Skara y se cruzó de brazos con determinación.

—Eso aún está por ver.

—Que seáis princesa o reina no tendrá importancia para Yilling el Radiante

—atronó Gorm, y Skara notó crecer el acostumbrado temor al oír ese nombre—. Él no se arrodilla ante más mujer que la Muerte.

—Ya estará de camino —dijo Uthil—, y con ánimo de venganza.

«Solo se puede conquistar los miedos afrontándolos. Si los rehúyes, te conquistan ellos a ti.» Skara dejó a los reyes esperando y se tomó un momento para calmar los latidos de su corazón, antes de responder:

—Ah, contaba con ello.



SEGUNDA PARTE

SOMOS LA ESPADA

AMOR DE JUVENTUD

Ella le pasó la mano por el pelo y tiró de él hasta que no quedó espacio entre sus frentes y los rápidos jadeos le calentaron la mejilla. Se quedaron un buen rato con los cuerpos enredados y los pies bajo las mantas que habían apartado a patadas, en silencio.

No había habido ni una sola palabra desde que Koll se despidiera de Espina en el embarcadero y subiera por la ciudad a oscuras, como un ladrón a la caza de un monedero prometedor. En silencio Rin le había abierto la puerta y le había dejado entrar en su casa, en su abrazo, en su cama.

A Koll siempre le habían encantado las palabras, pero ser aprendiz de clérigo conllevaba ahogarse en ellas. Palabras veraces, palabras falsas, palabras en muchos idiomas. Palabras adecuadas, palabras erróneas, escritas y pronunciadas y calladas. Estaba disfrutando del silencio. De olvidar un momento lo que debía al padre Yarvi, lo que debía a Rin y lo imposible que era saldar ambas deudas. Dijera las palabras que dijese, se sentía como un mentiroso.

Rin le puso una mano áspera en la mejilla, le dio un último beso y salió de debajo de él. Le encantaba mirar cómo se movía, tan fuerte y segura, le encantaba cómo cambiaron las sombras entre sus costillas cuando se agachó para recoger su camisa del suelo y se la puso. A Koll le encantaba que se pusiera ropa suya, sin pedirlo, sin necesidad de pedirlo. De algún modo, así se sentía más unido a ella. Eso y que le encantaba que la camisa solo llegara a taparle medio trasero desnudo.

Rin se acuclilló, haciendo que se balanceara la llave de las cerraduras que llevaba al cuello, echó un leño al fuego y las centellas saltarinas le iluminaron la cara. En todo aquel tiempo no habían cruzado una sola palabra pero, como todo lo bueno, el silencio no podía durar.

—Entonces has vuelto —dijo Rin.

—Solo por esta noche. —Koll se palpó el caballete de la nariz, que aún no había acabado de sanar tras su encuentro con la cabeza de Raith—. El príncipe de Kalyiv ha venido hasta Roystock. La reina Laithlin parte para celebrar una

audiencia con él y necesita un clérigo a su lado. El padre Yarvi está ocupado intentando afianzar nuestras enclenques alianzas, así que...

—¡Así que ha recurrido al poderoso Koll! Cambiando el mundo, como siempre quisiste. —Rin se arrebujó en la camisa prestada y las llamas se reflejaron en el borde de sus ojos—. Clérigo de la Reina Dorada, y eso que ni siquiera has superado la Prueba del Clérigo.

—No, pero... tendré que hacerlo. Y también pronunciar el Juramento del Clérigo.

La perspectiva cayó entre ellos como mierda de gaviota desde las alturas. Pero si había herido a Rin, esta no permitió que se notara. Mostrarlo no habría sido nada propio de ella. A Koll le encantaba que fuese así.

—¿Qué tal el cabo de Bail?

—Me recordó mucho a una enorme fortaleza de piedra élfica junto al mar.

—Eres casi tan gracioso como te crees que eres. Me refería a cómo fue trepar a su interior.

—Los héroes ni se enteran del peligro.

Rin sonrió.

—O sea que te measte encima, ¿no?

—Lo intenté, pero tenía tanto miedo que la vejiga se me comprimió como el puño del rey Uthil. Pasaron días antes de que pudiera echar gota.

—Koll el guerrero, ¿eh?

—Vi más adecuado dejar que pelearan otros. —Koll se dio unos golpecitos en la cabeza—. Media guerra se libra aquí arriba, como dice siempre la reina Skara.

—Anda, reina y todo. —Rin soltó un bufido—. Aún no he conocido a un hombre que no se quede embelesado con la sabiduría de esa chica.

—Supongo que casi todo está en... ya sabes. —Koll hizo unos ademanes vagos—. En las joyas y tal.

Rin enarcó una ceja.

—Ah, conque eso supones, ¿eh?

—No, a ver, está claro que la miras y parece salida de una trova. —Koll estiró los brazos hacia arriba y tembló al desperezarse—. Pero da la impresión de que una brisa fuerte se la podría llevar volando. A mí me gustan las mujeres con los dos pies sobre el Padre Tierra.

—¿Ese es tu concepto de cumplido? ¿Terrenal? —Ahuecó la lengua y arrojó un escupitajo que siseó en el fuego—. Menudo pico acaramelado de clérigo tienes.

Las pesas de su madre tabalearon alrededor de su cuello cuando Koll se giró de lado, apoyándose en un codo.

—Lo que para mí vuelve hermosa a una mujer no es su sangre ni sus ropas, sino lo que sabe hacer. Me gusta una mujer que tenga las manos fuertes y no rehúya el sudor, ni el trabajo duro, ni nada. Me gusta una mujer con orgullo, ambición, ingenio y destreza. —Quizá fuesen solo palabras, pero las decía en serio. O medio en serio, al menos—. Por eso no he visto nunca a una mujer tan hermosa como tú, Rin. Y eso por no hablar de tu culo, que no creo que tenga rival en todo el mar Quebrado.

Ella se volvió hacia el fuego, con el atisbo de una sonrisa en las comisuras.

—Eso está mejor, lo reconozco. Aunque no sea más que viento vacío.

Koll estaba muy orgulloso. Le encantaba hacerla sonreír.

—Al menos será una brisa fragante, espero.

—Mejor que tus pedos de siempre. ¿También piensas encandilar al príncipe Varoslaf con tus zalamerías?

Aquello hizo bastante mella en su vanidad. Sabía de buena tinta que los gustos del príncipe de Kalyiv se decantaban menos por los hombres graciosos que por los desollados.

—Dudo mucho que mencione su culo, por lo menos. Quizá hasta tenga la boca cerrada del todo y deje hablar a la reina Laithlin. Un hombre silencioso rara vez ofende.

—Seguro que tú encuentras la forma. ¿Qué quiere Varoslaf?

—Lo que siempre quieren los poderosos: más poder. O eso dice Espina. Este viaje a Roystock no le hace ninguna gracia. Quería luchar.

Rin se levantó.

—Como de costumbre.

—Está de un humor de perros. No querría estar en la piel de Brand esta noche.

—Se las apañará. —Rin volvió a meterse en la cama con él, apoyada en un codo, con la camisa arrugada por el pecho—. Se quieren.

La mirada de Rin, fija en la suya tan de cerca, estaba incomodando bastante a Koll. Se sintió arrinconado en aquella cama estrecha. Atrapado por el calor de ella.

—Quizá. —Se puso boca arriba y miró el techo con seriedad. Tenía cosas importantes que hacer. Estar al hombro de reyes y todo eso. ¿Cómo iba a cambiar el mundo con Rin agobiándolo?—. Pero el amor tampoco es la respuesta a todo, ¿verdad?

Ella se volvió hacia el otro lado y se subió las pieles hasta la cintura.

—Desde luego no lo parece.

Con tantos hombres lejos, había más mujeres que de costumbre trabajando en los muelles de Thorlby, atareadas con las redes y clasificando las saltarinas capturas de la mañana. También se veían menos guardias: hombres mayores, chicos de la edad de Koll que aún no habían pasado las pruebas del guerrero y algunas chicas de las que Espina había estado entrenando. Pero, aparte de eso, nadie diría que estaban en guerra.

La noche anterior habían amarrado seis barcos procedentes de largas travesías por el Divino, y sus bronceados tripulantes estaban descargando sedas,

vino y todo tipo de curiosidades procedentes del sur. Los hombres de la reina Laithlin estaban cargando los cuatro barcos que zarparían hacia Roystock, y el aire estaba cargado de sus gritos, de los ladridos de un perro callejero apartado a golpes de la pesca, de la risa de niños que corrían entre las carretas y de los graznidos de gaviotas hambrientas volando en perezosos círculos, buscando grano caído.

La Madre Sol brillaba como nunca en el este, y Koll se hizo visera para mirar en dirección a Roystock e inspiró una larga y salada bocanada de aire por la nariz.

—¡Huele a buena suerte!

—A eso y a pescado. —Rin arrugó la nariz—. ¿Cuatro barcos para llevar a una mujer?

—¡Y a su clérigo! —Koll infló el pecho y se clavó el pulgar en él—. Un hombre de tamaña altura debe llevar el séquito adecuado.

—Van a tener que enlazar dos barcos solo para cargar su petulancia, ¿a que sí?

—Eso y el mal genio de la Escudo Elegido —dijo Koll entre dientes mientras las furiosas órdenes de Espina se imponían al ajetreo—. La importancia de una mujer se conoce por los regalos que ofrece y las compañías que frecuenta. La reina Laithlin tiene intención de impresionar a Varoslaf llevando mucho de ambas cosas.

Rin lo miró de reojo.

—¿Qué dice de mí que frecuente tu compañía?

Koll le pasó el brazo por la cintura, sonriendo por lo bien que encajaba.

—Que eres una mujer de gusto exquisito y refinado, por no mencionar que muy afortunada, y... ¡Dioses!

Entre el movimiento del gentío Koll había atisbado a Brand, cargando al hombro una caja enorme como si estuviera vacía. Se agachó detrás de un armazón del que colgaban peces tan grandes como niños, relucientes bajo el sol. Uno al que le quedaba una brizna de vida se retorció y pareció mirar a Koll con desaprobación.

Lo mismo hizo Rin, poniendo los brazos en jarras.

—El conquistador del cabo de Bail. —Y apoyó la lengua entre los labios para dedicarle una larga y sonora pedorreta.

—Hombres con músculos hay muchos, pero los sabios escasean. ¿Nos ha visto?

—Si te metieras dentro de un pescado de esos, te quedarías más tranquilo.

—Eres casi tan graciosa como te crees que eres. —Apartó un pez con la yema de un dedo para mirar al otro lado—. Mejor que nos despidamos ya.

—Siempre hay motivo para adelantar la despedida, ¿verdad? Ay, el amor de juventud. No es tan embriagador como en las canciones.

Lo agarró del cuello de la camisa para levantarlo, le dio un beso fugaz y lo dejó petrificado, con los labios fruncidos y los ojos cerrados. Cuando los abrió, se llevó una decepción al ver que Rin ya se alejaba, y un inesperado arrebato de culpabilidad y añoranza trajo consigo la repentina, estúpida y desesperada necesidad de prolongar la despedida.

—¡Nos vemos en un par de semanas, entonces!

—¡Si tienes más suerte de la que mereces! —respondió ella sin volverse.

Koll se metió los pulgares en el cinturón, bajó paseando entre la muchedumbre y rodeó una carreta cargada de lana con el ruido de fondo de Brinyolf, el anciano tejedor de plegarias, salmodiando una bendición para la travesía.

Se quedó paralizado cuando un brazo pesado le rodeó los hombros.

—Tengo que hablar contigo.

Para lo corpulento que era, Brand sabía moverse en silencio cuando quería.

Koll envió una oración rápida a Aquella Que Juzga para que le concediera una misericordia que sabía que no merecía.

—¿Conmigo? ¿De qué?

—Del príncipe de Kalyiv.

—¡Ah! —Era bastante significativo que Koll prefiriera como tema de conversación a un hombre famoso por despellejar a la gente en vida—. ¡De él!

—Varoslaf es un hombre al que no conviene ofender —dijo Brand—, y Espina tiene la costumbre de ofender a esa clase de personas.

—Cierto, pero ella también es de las que no conviene ofender.

Brand lo miró a los ojos.

—Pues ahí tienes los ingredientes para una carnicería legendaria.

Koll carraspeó.

—Ya veo por dónde vas.

—No dejes que se meta en líos.

—Es difícil impedir que Espina se meta en algo, sobre todo en líos.

—No me estás diciendo nada que no sepa, créeme. Procura alejarla de los líos, entonces.

Alejar un barco de la tormenta que tenía encima parecía una tarea más fácil, pero Koll solo hinchó los mofletes al pensarlo y dijo:

—Haré lo que pueda.

—Y aléjate tú también de los líos.

Koll sonrió.

—Eso se me ha dado bien desde siempre.

Miró esperanzado el brazo musculoso y lleno de marcas, pero Brand no lo retiró.

—No soy el hombre más inteligente de Thorlby, Koll, eso lo sé. Pero ¿por qué clase de atontado me tomas exactamente?

Koll se encogió tanto que cerró un ojo y tuvo que vigilar los movimientos de Brand solo con el otro.

—En la nariz no, por favor. Aún no la tengo bien curada después del cabezazo que me dio ese cabrón de pelo blanco.

—No voy a pegarte, Koll. Rin puede decidir por sí misma. Y creo que contigo escogió bien.

—¿Ah, sí?

Brand lo miró con calma y firmeza.

—Solo que tendrás que pronunciar el Juramento del Clérigo y renunciar a toda familia.

—Ah, el Juramento —dijo Koll, como si apenas se le hubiera pasado por la cabeza hasta entonces, cuando en realidad había dedicado horas a practicar las frases, pensar en cómo pronunciarlas y soñar con lo que haría después, con la gente de alcurnia que iba a asentir ante su sabiduría, las importantes decisiones que iba a tomar, el bien mayor y el mal menor que iba a escoger...

—Sí, el Juramento —dijo Brand—. Me parece a mí que estás atrapado entre Rin y el padre Yarvi.

—No me estás diciendo nada que no sepa, créeme —farfulló Koll—. He estado rezando a Aquel Que Dirige La Flecha para que me apunte en la dirección correcta.

—¿Y tarda en contestar?

—El padre Yarvi dice que los dioses aman a quienes resuelven sus propios problemas. —Koll animó el semblante—. No tendrás tú la respuesta, ¿verdad?

—Solo la que ya conoces.

—Ah.

—Que tienes que elegir.

—Ya. Esa no me gusta mucho.

—No, pero ahora eres un hombre, Koll. No puedes quedarte esperando sin más a que llegue alguien y lo arregle todo.

—Soy un hombre. —Los hombros de Koll se hundieron—. ¿Eso cuándo pasó?

—Pasa y ya está.

—Ojalá supiera qué significa eso de ser un hombre.

—Supongo que significa algo distinto para cada uno. Los dioses saben que no soy ningún sabio, pero si algo he aprendido es que la vida no consiste en hacer algo perfecto. —Brand desvió la mirada hacia Espina, ocupada en agitar el puño ante la cara de un guerrero de la reina—. La muerte nos espera a todos. Nada es para siempre. La vida consiste en aprovechar bien lo que te encuentras en el camino. Si un hombre no está satisfecho con lo que tiene... bueno, muy posiblemente tampoco se quedará satisfecho con lo que no tiene.

Koll parpadeó.

—¿Estás seguro de que no eres un sabio?

—Tú sé sincero con ella. Eso se lo debes.

—Sé que se lo debo —murmuró Koll, bajando la mirada con remordimiento a los tablones del embarcadero.

—Harás lo correcto. Y si no, en fin... —Brand se lo acercó a la cara—. Siempre puedo pegarte entonces.

Koll suspiró.

—Es bueno tener expectativas.

—Nos veremos cuando vuelvas. —Brand lo apartó con una palmada en el hombro—. Hasta entonces, vive en la luz, Koll.

—Tú también, Brand.

Mientras saltaba a bordo del barco de la reina, Koll se dijo, no por primera vez, que no era ni por asomo tan espabilado como creía. Tendría que recordarlo la

próxima vez que se las diera de listo.

Sonrió. Aquello se parecía tanto a algo que podría haber dicho su madre que casi lo había pensado con su voz, y sujetó las viejas pesas que llevaba al cuello y miró mástil arriba, recordando cómo le chillaba cuando se encaramaba a la gavia. Siempre le había molestado que su madre estuviera tan pendiente de él, pero en aquel momento habría renunciado a todo por volver a tenerla pendiente de él.

Dio media vuelta hacia el embarcadero y vio a la reina Laithlin pendiente de su hijo, el heredero de la Silla Negra, que parecía minúsculo rodeado de esclavos y sirvientes, sobre todo por los dos enormes guardaespaldas inglingos con argollas de plata que no se apartaban de él.

La reina le ajustó la pequeña hebilla de la capa, alisó su pelo rubio y le dio un beso en la frente antes de girarse hacia el barco, mientras un esclavo se arrodillaba en el muelle para que usara su espalda de escalón.

—Aquí todo irá bien, mi reina —dijo Brinyolf el tejedor de plegarias, con una mano en el hombro de Druin y la otra levantada con dramatismo, en presagio de una elaborada bendición—. ¡Que Aquella Que Encuentra el Rumbo os encamine por una ruta segura hasta el hogar!

—¡Adiós! —gritó el príncipe y, mientras su madre levantaba la mano para despedirse, el niño se soltó de Brinyolf y escapó hacia la ciudad, obligando a sus cuidadores a correr para alcanzarlo.

Laithlin dejó caer la mano y aferró con fuerza la borda.

—Ojalá pudiera llevármelo, pero confío en Varoslaf un poco menos que en una serpiente. Ya perdí un hijo por la espada y otro por la Clerecía. No puedo perder un tercero.

—El príncipe Druin no podría estar más a salvo, mi reina —dijo Koll, como suponía que habría hecho el padre Yarvi—. Thorlby está alejada del frente y sigue bien protegida, con murallas que no conocen la conquista y una ciudadela impenetrable.

—El cabo de Bail era impenetrable. Tú entraste.

Koll se atrevió a sonreír.

—Por fortuna, los hombres dotados de mis talentos escasean, mi reina.

Laithlin resopló.

—Ya tienes la humildad de un clérigo.

Espina fue la última en subir a bordo.

—¡Cuídate! —le dijo Brand al pasar por delante de ella, dando zancadas por el muelle.

—Hecho —gruñó Espina, pasando una pierna por encima de la regala.

Se quedó muy quieta cuando la sombra de la reina Laithlin cayó sobre ella, paralizada con un pie fuera del barco y otro dentro.

—El amor de juventud es un tesoro que a todas luces se desperdicia en los jóvenes —comentó la reina, mirando cavilosa la ciudad con las manos a la espalda—. Mi cometido es conocer el valor de las cosas, de modo que hazme caso: nunca vas a tener nada tan valioso en la vida. Las hojas verdes no tardarán en marchitarse. —Miró con severidad a su Escudo Elegido—. Creo que puedes hacerlo mejor que eso.

Espina encogió el gesto.

—¿Creéis que puedo, mi reina, o me ordenáis que lo haga?

—Para un Escudo Elegido, hasta el menor antojo de su reina es un decreto.

Espina respiró hondo, bajó la pierna al embarcadero y regresó hacia Brand con paso firme.

—Dado que me lo ordena mi reina... —dijo en voz baja.

Le apartó el pelo de la cara con los dedos, lo asió por la nuca y lo atrajo hacia sí para darle un beso largo y ávido, abrazándolo con tanta fuerza que levantó las puntas de sus botas del muelle, entre los vítores, risas y palmadas en el remo de la tripulación.

—No os tenía por una persona romántica, mi reina —musitó Koll.

—Parece que nos he sorprendido a los dos —dijo Laithlin.

Espina dio un paso atrás y se secó la boca, que reflejó la brillante luz dorada del brazalete élfico que llevaba en la muñeca.

—Te quiero —oyó Koll que decía, a pesar del alboroto de los remeros—. Y lo siento. Por ser como soy.

Brand le devolvió la sonrisa y acarició la cicatriz en forma de estrella que tenía Espina en la mejilla.

—Adoro que seas como eres. Cuídate.

—Hecho. —Espina le dio un puñetazo amistoso en el hombro, volvió muelle abajo y saltó por encima de la borda del barco—. ¿Mejor así? —preguntó.

—Casi se me saltan las lágrimas —murmuró Laithlin, con solo un esbozo de sonrisa. Echó un último vistazo a la ciudadela e hizo un gesto con la cabeza a los remeros—: Zarpemos.

REINA DE NADA

Desfilaron al interior del salón, quizá tres docenas, todos flacos como mendigos, sucios como ladrones. Un par de ellos tenían espadas. Otros, hachas de leñador, arcos de caza, cuchillos de carnicero. Una chica con el pelo enmarañado como un seto llevaba una lanza hecha con el palo de un azadón y una vieja hoja de guadaña.

Raith hinchó las mejillas y le escoció el corte de la cara.

—Aquí llegan los héroes.

—Hay luchadores a los que ponen la espada en la mano en el cuadrado de entrenamiento. —Jenner se inclinó para susurrarle al oído—. Los crían para ello desde pequeños, como a ti. A otros les cae un hacha en las manos cuando despliega sus alas la Madre Guerra. —Miró la desaliñada compañía, que estaba arrodillándose con torpeza en torno al estrado—. Hace falta valor para luchar cuando no lo has elegido, cuando no te entrenaron para ello, cuando no estás preparado.

—A mí no me pusieron ninguna espada en la mano, abuelo —dijo Raith—. Tuve que arrancársela a otros cien como yo por el lado afilado. No es la falta de valor lo que me molesta, sino la falta de habilidad.

—Menos mal que tienes a cien guerreros selectos esperando fuera. Que pasen después de estos.

Raith torció el gesto, pero no tenía nada que responder. El hermano locuaz era Rakki.

—No son a los valientes ni los habilidosos a quienes recompensa la Madre Guerra. —Jenner señaló con la cabeza hacia los pordioseros—. Son los que aprovechan bien lo que tienen.

Skara tenía arte para hacerlo, desde luego. Sonrió a sus harapientos reclutas como si fuesen el príncipe de Kalyiv, la Emperatriz del Sur y una docena de

duques de Catalia jurándole fidelidad.

—Gracias por venir, amigos míos. —Inclinó la espalda hacia delante, atenta, en la Silla de Bail. Por menuda que fuera, de algún modo conseguía llenarla—. Compatriotas míos.

No se habrían mostrado más agradecidos aunque estuvieran de rodillas ante la mismísima Ashenleer. El líder del grupo, un viejo guerrero con la cara más marcada que una tabla de carnicero, carraspeó.

—Princesa Skara...

—Reina Skara —lo corrigió la hermana Owd, con un pequeño mohín melindroso. Saltaba a la vista que le gustaba haber salido de la sombra de la madre Scaer. Raith puso los ojos en blanco, pero tampoco podía reprochárselo. A la sombra de la madre Scaer podía hacer un frío del demonio.

—Lo siento, mi reina... —balbuceó el guerrero.

Pero Skara apenas tapaba la luz.

—Soy yo la que debería sentir que tuvierais que luchar solos. Soy yo quien debería daros las gracias por haber venido a combatir para mí.

—Luché por vuestro padre —dijo el hombre con voz entrecortada—. Luché por vuestro abuelo. Lucharé por vos hasta la muerte.

Todos los demás movieron las cabezas en asentimiento.

Una cosa era ofrecerse a morir y otra muy distinta arrojarse al acero afilado, sobre todo si el único metal que se acostumbraba a blandir era el cubo de ordeñar. Poco tiempo atrás, Raith habría estado burlándose con su hermano de la lealtad de aquel necio. Pero Rakki no estaba y a Raith le costaba verle la gracia.

Antes siempre había estado seguro del mejor camino a seguir, que al final solía tener un hacha. Era como se hacían las cosas en Vansterlandia. Pero Skara tenía su propia forma de actuar, y Raith descubrió que le gustaba mirar cómo lo hacía. Le gustaba mucho mirarla.

—¿De dónde sois? —preguntaba la reina.

—La mayoría venimos de Ockenby, mi reina, o de las granjas de alrededor.

—¡Ah, lo conozco! Allí tenéis unos robles maravillosos.

—Hasta que los quemó Yilling el Radiante —escupió una mujer de rostro tan duro como la hachuela de su cinturón—. Lo quemó todo.

—Sí, pero nosotros también le enseñamos el fuego. —El guerrero puso la mano sucia en el hombro del chico que tenía al lado—. Quemamos parte de sus vituallas. Incendiamos una tienda con algunos hombres suyos dentro.

—Tendríais que haberlos visto bailar —gruñó la mujer.

—¡Yo me cargué a uno cuando salió a mear! —gritó el chico haciendo gallos, y entonces se ruborizó y bajó la mirada al suelo—. Mi reina, quiero decir.

—Todos habéis obrado con valor. —Raith vio cómo a Skara se le marcaban los tendones de las manos delgadas al aferrarse a los brazos de la Silla de Bail—. ¿Dónde está Yilling ahora?

—Se fue —dijo el chico—. Habían acampado en la playa de Harentoft, pero lo levantaron antes de que amaneciera.

—¿Cuándo? —preguntó Jenner.

—Hace doce días.

El viejo saqueador se tiró de la barba enredada, abatido.

—Eso me preocupa.

—Tenemos sus barcos —dijo Raith.

—Pero el Alto Rey tiene más. Yilling podría estar haciendo ya de las suyas en cualquier costa del mar Quebrado.

—Te preocupas por todo, abuelo —refunfuñó Raith—. ¿Estarías más contento si aún siguiera quemando granjas?

—No, también estaría preocupado. Es lo que tiene ser viejo.

Skara impuso el silencio levantando una mano.

—Necesitáis comida y un lugar donde dormir. Si aún queréis luchar, tenemos armas de las tropas del Alto Rey. También barcos.

—Lucharemos, mi reina —dijo el viejo guerrero, y los demás trovenlandeses, por deplorable que fuera su estado, pusieron sus caras más belicosas. Valor no les faltaba pero, mientras la hermana Owd se los llevaba para darles de comer, Raith los visualizó enfrentándose a los incontables guerreros del Alto Rey. La siguiente imagen no era bonita.

Cuando se cerraron las puertas, Skara reclinó la espalda con un gemido y se llevó una mano al estómago. Estaba claro que sonreír tanto se cobraba su precio.

—¿Van seis tripulaciones ya?

—Y todas dispuestas a morir por vos, mi reina —dijo Jenner.

Raith respiró hondo.

—Si viene el ejército del Alto Rey, morir será lo que harán.

Jenner abrió la boca, pero Skara volvió a levantar la mano.

—Tiene razón. Quizá tenga la silla de una reina, pero sin Gorm y Uthil acampados fuera de mis murallas, no soy reina de nada. —Se levantó, despertando destellos en las joyas que pendían de su oreja—. Y Gorm y Uthil, por no mencionar a sus guerreros ociosos, vuelven a lanzarse al cuello del otro. Debería ir a ver si han hecho algún progreso.

Raith no tenía mucha esperanza. Siguiendo el consejo de Jenner, Skara por fin había convencido a los dos reyes para trabajar en las defensas: talar los árboles que hubieran crecido demasiado cerca, apuntalar la parte de la muralla construida por el hombre y excavar el foso. Lograr que aceptaran solo eso había costado un día entero de discusiones dignas de un clérigo. Skara se recogió las faldas e hizo un gesto descuidado a Raith para ordenarle que la siguiera.

Aún lo irritaba tener que aceptar órdenes de una chica, y Jenner debió de percatarse. El viejo saqueador le cogió el brazo.

—Escucha, muchacho. Eres un guerrero y los dioses saben que necesitamos

unos cuantos. Pero el hombre que encuentra peleas por todas partes, en fin... no tarda mucho en descubrir que ha encontrado una de más.

Raith torció el labio.

—Todo lo que tengo se lo robé al mundo a puñetazos.

—Ya. ¿Y qué tienes?

Quizá el abuelo llevara una pizca de razón.

—Tú mantenla a salvo, ¿eh? —continuó Jenner.

Raith se liberó de él.

—Sigue preocupándote, abuelo.

Fuera del salón, a la luz del sol, Skara negaba con la cabeza mirando el gran tocón que había en el patio.

—Recuerdo cuando ahí crecía un gran Árbol de Fortaleza. La hermana Owd cree que es un mal presagio que lo talaran.

—Hay gente que ve presagios por todas partes. —Raith supuso que habría debido añadir «mi reina» al final de todo lo que dijera, pero aquellas palabras no le salían de la boca. No era un cortesano.

—¿Y tú?

—A mí siempre me ha parecido que los dioses envían la suerte al hombre con más saña y menos clemencia. Es lo que vi al crecer.

—¿Dónde creciste, en una manada de lobos?

Raith enarcó las cejas.

—Sí, más o menos.

—¿Cuántos años tienes?

—No estoy seguro. —Skara lo miró sorprendida y él se encogió de hombros—. Los lobos no saben contar muy bien.

Se dirigió al portón, con su esclava siguiéndolos con la mirada fija en el suelo.

—Entonces ¿cómo llegaste a ser portaespadas de un rey?

—La madre Scaer nos eligió. A mi hermano y a mí.

—Por tanto, estás en deuda con ella.

Raith pensó en los duros ojos y las duras lecciones de la clériga y se encorvó al recordar también más de un latigazo.

—Sí, supongo.

—Y admiras al Rompeespadas.

Raith pensó en los sopapos, las órdenes y el sangriento trabajo que había hecho para él en la frontera.

—Es el guerrero más grande de todo el mar Quebrado.

Skara miró a ambos lados antes de hablar.

—Dime, ¿te envió a protegerme o a espiarme?

La pregunta pilló a Raith a contrapié. Para ser sinceros, no había tenido el pie derecho desde que lo habían enviado a servirla.

—Yo diría que un poco de las dos. Pero se me da mucho mejor proteger que espiar.

—Y que mentir, por lo que veo.

—El listo es mi hermano.

—Entonces ¿el Rompeespadas no se fía de mí?

—La madre Scaer dice que los únicos que no pueden traicionarte son tus enemigos.

Skara dejó escapar un resoplido mientras entraban en la penumbra del túnel de entrada tallado por los elfos.

—Clérigos.

—Sí, clérigos. Pero yo lo veo así: por la parte de proteger, moriría por vos.

Skara parpadeó al oírlo, y los músculos de su cuello temblaron al tragar, y a Raith le pareció algo bastante maravilloso.

—Y por la parte de espiar, soy demasiado romo para cortar mucho en vuestros asuntos.

—Ah. —Una mirada fugaz a la cara de Raith—. Eres todo belleza sin cerebro.

Raith no solía sonrojarse, pero en aquel momento notó el calor de la sangre en los pómulos. Podía abalanzarse contra una muralla de escudos erizada de acero, pero una mirada de aquella chica esmirriada le desmoronaba el aplomo.

—Eh... La belleza es cosa vuestra, creo yo. La parte del cerebro no la negaré.

—La madre Kyre decía siempre que solo los estúpidos se proclaman inteligentes.

Esa vez le tocó a Raith resoplar.

—Clérigos.

La risa de Skara resonó en la oscuridad. Para lo poquita cosa que era, tenía una buena risa, descontrolada y sucia como la de un viejo guerrero tras una historia de taberna, y a Raith también le pareció bastante maravillosa.

—Sí —dijo ella—, clérigos. ¿Y por qué te eligió el Rompeespadas?

Se sintió como si estuviera nadando en una laguna y lo hubieran arrastrado a aguas profundas.

—¿Qué?

—¿Por qué enviar a un idiota sincero a hacer el trabajo de un mentiroso taimado?

Raith frunció el ceño mientras salían a la luz del sol. Por suerte, no tuvo que

responder.

Había una multitud reunida fuera de la fortaleza, pero nadie estaba trabajando. A no ser que contara mirarse mal, provocarse con ademanes y gritar insultos, y, siendo sinceros, para Raith siempre había contado. Vansterlandeses enfrentados a gettlandeses, como de costumbre, siguiendo un patrón tan tedioso que hasta él empezaba a cansarse. Rakki y aquel gettlandés viejo con la cara como un culo azotado, Hunnan, estaban encarados en el centro, los dos erizados como gatos. Rakki tenía un pico en las manos, Hunnan, una pala, y por sus ademanes los dos pretendían usarlos bien pronto, y no contra el suelo.

—¡Eh! —gritó Raith corriendo ya hacia ellos, y los dos volvieron las caras de golpe.

Se coló entre ellos y vio cómo se tensaban los músculos en la mandíbula de Hunnan, cómo empezaba a retroceder la pala. Dioses, qué ganas tenía de darle un cabezazo, sacar los puños, agarrarlo y liarse a mordiscos en la cara. Raith se dio cuenta de que había contraído los labios para hacerlo. Contra todos los instintos que había aprendido tan por las malas, extendió un brazo y asió la pala. Antes de que el gettlandés tuviera tiempo de pensar, Raith bajó de un salto al foso.

—Creía que éramos aliados. —Empezó a cavar, arrojando los terrones a Hunnan y Rakki para separarlos—. ¿Soy el único que no tiene miedo al trabajo? —Raith no sería un gran pensador, pero veía lo que tenía delante, y si algo había aprendido de Skara era que se consigue más de un guerrero avergonzándolo que mordiéndolo.

Y resultó ser cierto. Primero Rakki se dejó caer al foso junto a él con el pico en la mano. Entonces lo imitaron algunos otros vansterlandeses. Para no ser menos, Hunnan se escupió en las palmas, arrebató una pala al hombre que tenía al lado, se agachó para bajar y empezó a trabajar con ahínco. Al poco tiempo todo el foso estaba lleno de guerreros compitiendo por propinar al Padre Tierra la mayor paliza de todas.

—¿Cuándo fue la última vez que detuviste una pelea? —preguntó Rakki en voz baja.

Raith sonrió de oreja a oreja.

—He parado unas cuantas con el puño.

—No olvides quién eres, hermano.

—No olvido nada —dijo Raith con sequedad, apartándose para que Rakki pudiera picar un manojo de raíces tozudas. Miró hacia el portón, vio sonreír a Skara y no pudo evitar devolverle la sonrisa—. Pero cada amanecer te vuelve un hombre nuevo, ¿eh?

Rakki negó con la cabeza.

—Esa chica te tiene atado en corto.

—Puede —dijo Raith—. Pero se me ocurren peores correas que llevar.

PODER

La hermana Owd observó el orinal con gravedad.

—Tiene un aspecto propicio.

—¿Cómo puede ser un zurullo más propicio que otro? —preguntó Skara.

—Quienes tienen la suerte de expulsar zurullos propicios siempre lo preguntan, mi reina. ¿Vuestra sangre llega con regularidad?

—Tengo entendido que lo tradicional es una vez al mes.

—¿Y vuestro vientre lleva intención de saltarse lo tradicional?

Skara miró a la hermana Owd con toda la frialdad que pudo reunir.

—Mi vientre siempre se ha comportado con exquisito decoro. Puedes estar tranquila. Ni siquiera he besado a un hombre en la vida. La madre Kyre se aseguró de que fuera así.

Owd carraspeó con delicadeza.

—Lamento fisgonear, pero vuestro bienestar es responsabilidad mía, ahora. Vuestra sangre es más valiosa para Trovenlandia que el oro.

—¡Pues que Trovenlandia se regocije! —gritó Skara, saliendo de la bañera—. ¡Sangro cuando corresponde!

La esclava de la reina Laithlin la secó con suavidad, cogió un manojo de ramitas y la salpicó de agua aromatizada, bendecida en nombre de Aquel Que Germina La Simiente. Sería un dios menor, pero sin duda se alzaba a gran altura sobre las chicas de sangre real.

La clériga arrugó la frente. La clériga de Skara, en teoría. Su sirviente, aunque era complicado no verla como una maestra severa.

—¿Estáis comiendo, mi reina?

—¿Qué otra cosa iba a hacer a la hora de la comida? —Skara no añadió que lo poco que se obligaba a tragar estaba siempre al borde de salir despedido de vuelta—. Siempre he sido delgada. —Chasqueó los dedos a la esclava para que le trajera enseguida la bata—. Y no me gusta que me examinen como a una esclava en el puesto de un tratante de carne.

—¿A quién le gusta, mi reina? —La hermana Owd apartó la mirada—. Pero me temo que la intimidad es un lujo que no pueden permitirse los poderosos. —Por algún motivo, su amabilidad era más enervante que la tozudez de la madre Kyre.

—Estoy segura de que ya comes tú por las dos —le soltó Skara.

La hermana Owd se limitó a sonreír y se formaron hoyuelos en su rostro fofo.

—Siempre he sido robusta, pero de mi salud no depende el futuro de nación alguna. Por suerte para todos los implicados. Tráele algo a la reina. —Hizo un gesto a la esclava, que se pasó la larga trenza a la espalda y cogió la bandeja del desayuno.

—¡No! —rugió Skara, con el estómago contraído solo de oler la comida, y cruzó la mano como si fuera a volcar la bandeja de un revés—. ¡Llévatela!

La esclava se encogió como si su ira fuese un látigo alzado, y al instante Skara notó una punzada de remordimiento. Entonces recordó las palabras de la madre Kyre, después de que su abuelo vendiera a la niñera de Skara y ella se pasara días llorando. «Los sentimientos por un esclavo son sentimientos desperdiciados.» De modo que ordenó a la chica que se apartara con un gesto impaciente, como imaginaba que podría haber hecho la reina Laithlin. Al fin y al cabo, ahora era una reina.

Dioses. Era una reina. El estómago se le volvió a agarrotar, el vómito le rozó el irritado fondo de la garganta y Skara tosió de forma ahogada, a medio camino entre el eructo y el gruñido de frustración. Cerró el puño como si quisiera golpear sus tripas rebeldes. ¿Cómo iba a doblegar la voluntad de unos reyes si no se imponía ni a su propio estómago?

—Bueno, hay mucho que hacer antes del cónclave de hoy —dijo la hermana

Owd, volviéndose hacia la puerta—. ¿Me excusáis por el momento, mi reina?

—No podías pedirlo demasiado pronto.

La clériga se detuvo y Skara vio cómo movía los hombros al inspirar hondo. Luego dio otra media vuelta y se cruzó de brazos con firmeza.

—A mí podéis hablarme como os plazca. —La hermana Owd podía parecer blanda como un melocotón a primera vista, pero Skara empezaba a recordar que los melocotones contienen una piedra tenaz con la que los descuidados pueden partirse los dientes—. Pero este comportamiento es indigno en una reina. Repetidlo delante de Uthil y Gorm y desharéis todo lo que habéis progresado hasta ahora. No estáis en una posición tan fuerte como para mostrar tal debilidad.

Skara estaba contrayendo hasta el último músculo, preparada para explotar de furia, cuando cayó en la cuenta de que Owd tenía razón. Estaba comportándose como solía hacerlo con la madre Kyre. Estaba actuando como una cría resentida. Su abuelo, generoso con todos en riquezas y palabras, no estaría nada impresionado con ella.

Cerró los ojos y notó el picor de las lágrimas acumulándose en las comisuras. Tomó aire y lo soltó con un suspiro intermitente.

—Tienes razón —dijo—. Eso era indigno de un mendigo, no digamos ya de una reina. Lo lamento.

La hermana Owd descruzó los brazos despacio.

—Una reina no tiene por qué lamentar nada, y menos con su clériga.

—Déjame que al menos te lo agradezca, pues. Sé que no pediste estar aquí, pero hasta ahora me has apoyado con lealtad. Siempre imaginé que un día sería reina, y hablaría con los poderosos en grandes salones, y cerraría acuerdos provechosos en nombre de mi pueblo... pero nunca soñé que sería tan pronto, ni con tanto en juego, ni sin mi abuelo para ayudarme. —Se frotó los ojos con el dorso de la mano—. La madre Kyre intentó prepararme para el peso del poder, pero... estoy dándome cuenta de que es una carga para la que nadie está nunca preparado del todo.

La clériga parpadeó.

—Teniendo en cuenta las circunstancias, creo que la lleváis admirablemente.

—Intentaré hacerlo mejor. —Skara forzó una sonrisa—. Si tú prometes seguir corrigiéndome cuando no dé la talla.

La hermana Owd también sonrió.

—Será un honor, mi reina. De verdad.

Se inclinó con rigidez y cerró la puerta con cuidado después de salir. Skara miró a la esclava y reparó en que no sabía ni cómo se llamaba.

—También lo lamento —descubrió que había musitado.

La esclava puso cara de espanto, y Skara no tardó en adivinar por qué. Si una esclava no es más que un objeto útil para su ama, está a salvo. Si una esclava se convierte en persona, puede ganar favor. Puede incluso ganar cariño, como el que Skara había sentido una vez por su niñera. Pero a una persona también se la puede culpar, envidiar, odiar.

Mejor ser un objeto.

Skara chasqueó los dedos.

—Trae el peine.

Hubo unos golpes de nudillo en la puerta, seguidos de la ruda voz de Raith.

—Ha venido el padre Yarvi. Quiere hablar con vos.

—Y es urgente, reina Skara —añadió la voz del clérigo—. De un asunto que nos beneficiará a los dos.

Skara se puso una mano en la tripa en un intento fallido de calmar su estómago revuelto. El padre Yarvi se había mostrado amable con ella, pero tenía algo inquietante en la mirada, como si siempre supiera lo que iba a decir ella y ya tuviera preparada la respuesta.

—La sangre de Bail corre por mis venas —murmuró para sus adentros—. La sangre de Bail, la sangre de Bail. —Y cerró el puño vendado hasta que el corte le hizo daño—. ¡Que pase!

Ni siquiera la madre Kyre habría encontrado defectos en la actitud del padre Yarvi. Entró con la cabeza inclinada en señal de respeto, con su báculo de retorcido y tachonado metal élfico en la mano buena y la deforme a la espalda, por si su visión incomodaba a Skara. Raith pasó detrás de él con la frente arrugada en aquel ceño constante que tenía, el pelo blanco aplastado contra un lado del cráneo por haber dormido a su puerta y la mano llena de cicatrices apoyada en el puño del hacha.

Skara había dejado de preguntarse cómo sería besarlo. Había pasado a descubrirse a menudo pensando en lo que podrían hacer después de los besos... Apartó los ojos de golpe, pero nunca dejaban de deslizarse hacia él. Bueno, al fin y al cabo tampoco había nada malo en preguntarse cosas, ¿verdad?

El clérigo de Gettlandia hizo una inclinación majestuosa.

—Mi reina, es un honor que me admitáis en vuestra presencia.

—Después tenemos cónclave. ¿No podemos hablar cuando esté vestida? —Se arrebujó en la bata.

Entonces el clérigo levantó la mirada. Sus ojos, entre grises y azulados, eran fríos como la lluvia en primavera.

—Por eso no tenéis que preocuparos. He pronunciado el Juramento del Clérigo. No soy un hombre, en ese sentido. —Y miró de soslayo a Raith.

El significado era evidente. Raith era, sin el menor asomo de duda, un hombre en todos los sentidos. Skara sintió sus ojos puestos en ella desde debajo de las pestañas blanquecinas, con absoluta despreocupación de si era lo apropiado o no. Apenas consciente siquiera de lo que significaba la palabra. Lo adecuado habría sido ordenarle que saliera de inmediato.

—Podéis quedaros los dos —dijo. Con Raith y su hacha tras el hombro del padre Yarvi, contaba con más poder. Lo apropiado tenía una importancia capital para una princesa, pero el poder aún tenía más valor para una reina. Y quizá, en el fondo, hubiera una parte de ella que disfrutaba de la forma en que la miraba Raith. Disfrutaba de que fuese cualquier cosa menos apropiado—. Dime qué puede ser tan urgente.

Si el joven clérigo de Gettlandia se sorprendió, su máscara sonriente no dejó traslucir ni un solo tic.

—Las batallas suele ganarlas el bando que llega primero al campo, mi reina —dijo.

Skara hizo un gesto a la esclava para que trajera el peine y el aceite, haciendo notar al padre Yarvi de que no era lo bastante importante como para interrumpir sus quehaceres matutinos.

—¿Acaso soy un campo de batalla?

—Sois una aliada valiosa e imprescindible en él. Una aliada cuyo apoyo necesito con desesperación.

—¿Igual que necesitabas el de mi abuelo asesinado? —restalló. «Demasiado brusca, demasiado brusca, eso muestra debilidad.» Quitó filo a su voz—. La madre Kyre creía que engañaste a mi abuelo para entablar una alianza.

—Yo digo que lo persuadí, mi reina.

Levantó una ceja a Yarvi en el espejo.

—Persuádeme a mí, entonces, si puedes.

El báculo dio unos leves golpes contra el suelo al acercarse el clérigo, tan parsimonioso y sutil que apenas parecía moverse.

—El ejército del Alto Rey tardará poco en presentarse.

—Para eso no hace falta ser astucioso, padre Yarvi.

—Pero yo sé cuándo y dónde.

Skara atrapó la muñeca de la esclava antes de que el peine le tocara la cabeza, la apartó y se volvió con los ojos entornados.

—Dentro de seis noches —prosiguió el clérigo— intentará llevar sus tropas desde Yutmarca al otro lado de los estrechos, por su punto más angosto, justo al oeste de Yaletoft... o más bien de las ruinas de Yaletoft.

Aquello le hizo contener el aliento. Recordó la ciudad presa de las llamas. El fuego iluminando el cielo nocturno. El hedor del humo a medida que ardía su vida anterior. Sin duda el clérigo quería azuzar su miedo, su ira. Lo había conseguido.

Su voz adoptó un filo más letal que nunca.

—¿Cómo lo sabes?

—Es el deber de un clérigo. En tierra firme nuestra alianza se ve muy superada en número, pero tenemos buenas tripulaciones y buenos barcos, y los mejores que tenía el Alto Rey cabecean ahora en vuestro puerto, ahí abajo. En el mar la ventaja es nuestra. Debemos atacar mientras intentan cruzar los estrechos.

—¿Con mis seis barcos? —Skara dio otra media vuelta hacia el espejo e hizo un ademán, y la esclava se pasó la cadena de plata por el hombro y volvió en silencio con el peine.

—Con vuestros seis barcos, mi reina... —Yarvi se acercó un poco más—. Y con vuestro voto.

—Ya veo. —Aunque en realidad Skara lo había visto venir a grandes rasgos desde el momento en que habían anunciado su visita. Su título de reina era humo, sus guerreros eran poco más que bandidos suficientes para llenar seis barcos y sus tierras no se extendían más allá de los muros del cabo de Bail. Todo lo que tenía era prestado: su esclava, su guardia, su clériga, su espejo, hasta la ropa que se ponía. Y, sin embargo, el voto era suyo. El padre Yarvi dejó que su voz menguara a un susurro cálido. La clase de susurro que anima a acercar la cabeza, a entrar en el secreto. Pero Skara se cuidó de permanecer inmóvil, se cuidó de no mudar la expresión, se cuidó de que fuera él quien tuviera que acudir a ella.

—La madre Scaer se opone a todo lo que digo porque proviene de mí. Y temo que Grom-gil-Gorm sea demasiado cauteloso para aprovechar esta oportunidad, que podría no repetirse. Pero si la estrategia la propusierais vos...

—Hum —rumió Skara.

«Nunca decidáis deprisa —le decía siempre la madre Kyre—. Aunque sepáis lo que vas a responder, la demora muestra vuestra fuerza.» Así que se demoró, mientras la esclava prestada por la reina Laithlin subía despacio a una banqueta para recoger el cabello de Skara, trenzarlo y pasarle alfileres con dedos expertos.

—Las circunstancias os han hecho poderosa, mi reina. —El padre Yarvi se aproximó aún más y, con el movimiento, Skara alcanzó a ver unas tenues cicatrices que le rodeaban el cuello—. Y os habéis hecho a ello como un halcón se hace al vuelo. ¿Puedo contar con vuestro apoyo?

Skara se miró en el espejo. Padre Paz, ¿quién era esa mujer de ojos brillantes, tan adusta, y orgullosa, y dura como el pedernal? Un halcón, desde luego. Sin duda no podía ser ella, en cuyo estómago bullían las dudas, ¿verdad?

«Aparentad poder y seréis poderosa», acostumbraba a decir la madre Kyre.

Echó los hombros atrás mientras la esclava le ponía el pendiente, y separó las aletas de la nariz con una profunda inspiración. Hizo un breve asentimiento con la cabeza.

—Esta vez.

Yarvi sonrió y e hizo una inclinación.

—Sois tan sabia como hermosa, mi reina.

Raith regresó hacia ella después de cerrar la puerta.

—No me fío de ese hijo de puta.

Era tan poco apropiado que Skara no pudo reprimir una risotada. Nunca había conocido a nadie que revelara tan poco como el padre Yarvi, ni a nadie que ocultara tan poco como Raith. Todos sus pensamientos se escribían con letra clara en aquella cara tan arisca, cicatrizada y atractiva.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Porque me considera sabia y hermosa?

Raith no le había quitado los ojos de encima.

—Que un hombre diga dos verdades no significa que no guarde mentiras.

Así que Raith también la consideraba sabia y hermosa. La idea la complacía mucho, pero no convenía demostrarlo.

—El padre Yarvi nos ofrece una oportunidad de atacar al Alto Rey —dijo—, y no tengo intención de desaprovecharla.

—¿Confiáis en él, entonces?

—No es necesario confiar en un hombre para sacarle provecho. Mi portero, sin ir más lejos, antes llenaba la jarra de Grom-gil-Gorm.

Raith frunció más el ceño que nunca mientras jugueteaba con aquella muesca de su oreja.

—Quizá lo mejor sería que no confiarais en nadie.

—Buen consejo. —Skara lo miró a los ojos por el espejo—. Puedes retirarte.

Y chasqueó los dedos para que la esclava le trajera la ropa.

LAS OPINIONES DE LOS CERDOS

Habían pasado dos años desde que Koll visitara Roystock, y el lugar se había expandido como un tumor hacia arriba y hacia fuera de su isla pantanosa.

Había extendido tentáculos de madera por el agua sobre endebles pilotes, embarcaderos torcidos con casas adheridas como tenaces percebes, cobertizos levantados sobre chabolas en cualquier ángulo salvo el vertical, un bosque podrido de soportes combados por debajo y un centenar de chimeneas empañando el cielo de humo. Habían surgido grupitos de chozas como salpicaduras de un gargajo, que habían germinado en cualquier montículo lo bastante seco como para sostener una pila de madera en las ciénagas de la amplia desembocadura del Divino.

Koll no había visto tanta carpintería espantosa junta en un solo sitio.

—Ha crecido —dijo, arrugando la nariz—. Supongo que así es el progreso.

Espina se pellizcó la suya para taponarla del todo.

—La peste ha progresado un poco, eso está claro.

La nociva mezcla de mierda rancia y podredumbre salada con el toque ácido del pescado ahumándose, el tinte de ropa y las curtidurías se aferraba al fondo de la garganta de Koll.

Pero la reina Laithlin no era de las que dejaban que el olor se interpusiera en los negocios.

—Los prefectos de Roystock han engordado con el comercio que baja por el Divino —dijo—. La ciudad se ha abotargado con ellos.

—Varoslaf ha venido a por su trozo de carne. —Koll miró con preocupación los muelles mientras se aproximaban—. Y ha traído muchos barcos.

Los ojos de Espina quedaron reducidos a rendijas, escrutando aquellas naves largas y finas.

—Cuento trece.

—Esto es más que una demostración de fuerza —musitó la reina Laithlin—. Creo que el príncipe de Kalyiv pretende quedarse.

La Madre Sol daba su calor fuera, pero en el salón hacía frío.

El príncipe Varoslaf estaba sentado a la cabecera de una mesa alargada, tan pulida que se alcanzaba a ver otro príncipe Varoslaf, borroso, reflejado en su superficie. Y con uno ya había más que suficiente para preocupar a Koll.

No era un hombre fornido, no iba armado y no tenía ni un solo pelo en la cabeza ni en la barbilla, ni siquiera en las cejas. No había rabia ni desprecio ni silencioso desafío en su rostro, solo una pétrea ausencia de expresión que de algún modo inquietaba más que cualquier mueca. Detrás de él había un semicírculo de fieros guerreros y otro de esclavos arrodillados con pesadas cadenas colgando de sus argollas. Al lado de Varoslaf había una sierva flaca como un palo que llevaba un pañuelo de seda en la cabeza con monedas que titilaban.

Los nueve prefectos de Roystock estaban sentados a un lado de la mesa entre Varoslaf y Laithlin, luciendo sus mejores sedas y sus más ricas joyas pero dejando patente el nerviosismo en sus expresiones. Eran como la tripulación de un barco sin timón, a la deriva en el hielo del norte, esperando no acabar aplastados entre dos poderosos icebergs. A Koll le daba en la nariz que la esperanza no los llevaría a ninguna parte en aquella compañía.

—Reina Laithlin, Joya del Norte. —La voz de Varoslaf era tan seca y sibilante como el susurro de las hojas en otoño—. Me siento agraciado por los dioses al poder gozar una vez más de vuestra radiante presencia.

—Gran príncipe —respondió Laithlin, cuyo propio séquito la acompañaba con las cabezas inclinadas a su espalda—, el mar Quebrado entero tiembla por vuestra llegada. Os doy mi enhorabuena por vuestra célebre victoria sobre el Pueblo del Caballo.

—Si se puede llamar victoria sobre las moscas a cada vez que el caballo sacude la cola. Las moscas siempre terminan volviendo.

—Os he traído unos presentes.

Dos esclavas de la reina Laithlin, gemelas con trenzas tan largas que las llevaban rodeando uno de sus brazos, se adelantaron llevando cajas de madera taraceada, importada a un coste prohibitivo de la lejana Catalia. Pero el príncipe levantó una mano y Koll apreció el profundo surco que tenían sus dedos encallecidos, resultado de la práctica constante con el arco.

—Igual que yo tengo presentes para vos. Tiempo habrá después para los regalos. Vayamos primero al grano.

La Reina Dorada enarcó una ceja dorada.

—¿Que es...?

—El gran Divino, el dinero que fluye por su curso y la forma de repartirlo entre nosotros.

Laithlin hizo retroceder a sus esclavas con un movimiento del dedo índice.

—¿No tenemos ya un acuerdo que nos ha beneficiado a ambos?

—Por no andarme con rodeos, querría que me beneficiara más a mí —dijo Varoslaf—. Mi clériga ha ideado varias formas de lograrlo.

Hubo un silencio.

—¿Tenéis una clériga, gran príncipe? —preguntó Koll.

Varoslaf desvió su mirada gélida hacia Koll, que casi notó cómo los huevos se le retraían a la calidez de la barriga.

—Los gobernantes del mar Quebrado parecen considerarlos indispensables. Se me ocurrió comprar una para mí.

Hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza calva y una de sus esclavas se levantó, se retiró la capucha que llevaba puesta y Koll oyó que Espina daba un gruñido grave.

Exceptuando una fina trenza que nacía encima de una oreja, el cabello de la mujer estaba rapado hasta dejar solo una pelusa rubia. Llevaba una estrecha

argolla de plata en torno al cuello largo y delgado y otra en la muñeca, unidas por una fina cadena a la que faltaba longitud para poder resultar cómoda. Llevaba una mejilla tatuada con un caballo puesto de manos, la marca de propiedad del príncipe, pero daba la impresión de que su odio seguía en plena libertad, pues refulgió en sus ojos ribeteados de rosa, hundidos en magulladas cuencas, cuando miró hacia el extremo opuesto del salón.

—Dioses —dijo Koll con un hilo de voz—, qué mala suerte.

Conocía aquella cara. Era Isriun, hija de Odem, el traicionero hermano del rey Uthil, que había sido la prometida del padre Yarvi y después la clériga de Vansterlandia, hasta que se le había ido la mano con el Rompeespadas y había terminado vendida como esclava.

—La mocosa de Odem vuelve a importunarme —siseó la reina Laithlin.

El líder de los prefectos, un viejo mercader de mirada aguda engalanado con cadenas de plata, carraspeó.

—Oh, temido gran príncipe. —Su voz solo vaciló un poco cuando los ojos de Varoslaf se desviaron hacia él—. Y, admirada reina Laithlin, este asunto nos concierne a todos. Si me permitís...

—La tradición dicta que el granjero y el matarife se repartan la carne sin pedir las opiniones de los cerdos —dijo Varoslaf.

El silencio fue absoluto durante un instante y, entonces, la delgada sierva del príncipe de Kalyiv se inclinó poco a poco hacia los prefectos y soltó un sonoro guarrido. Los más cercanos se echaron atrás. Algunos otros se encogieron. Todos se quedaron sin color en el rostro. Debían de haber cerrado un sinfín de acuerdos provechosos en aquella lujosa mesa pulida, pero estaba más claro que el agua que ese día no obtendrían beneficio alguno.

—¿Qué es lo que deseáis, gran príncipe? —preguntó Laithlin.

Isriun se agachó para bisbisear al oído de Varoslaf, rozándole el hombro con la trenza y alternando la mirada entre él y Laithlin. Su amo mantuvo en todo momento la inescrutable máscara de su rostro.

—Solo lo que es justo.

—Siempre hay una manera —dijo la reina con voz seca—. Quizá podríamos ofreceros una décima parte de la décima parte adicional en cada cargamento.

Isriun volvió a agacharse y susurró y susurró, mientras se rascaba el tatuaje de la mejilla con sus uñas mordidas.

—Cuatro décimos de la décima parte —repitió Varoslaf.

—Cuatro partes distan tanto de ser justas como Roystock de Kalyiv.

En esa ocasión Isriun no se molestó en hablar por medio de su amo y dio ella misma la réplica cortante a Laithlin:

—El campo de batalla no es justo.

La reina entrecerró los ojos.

—¿Venís a entablar batalla, entonces?

—Estamos preparados para librarla —dijo Isriun, torciendo el labio con desdén.

Mientras la clériga siguiera susurrando sus palabras envenenadas a la oreja del príncipe, continuarían transitando un camino pedregoso. Koll recordó los hombres desollados que se mecían en los muelles de Kalyiv y tragó saliva. Varoslaf no era hombre que se dejara intimidar, ni enfurecer, ni persuadir mediante halagos, bravatas o chistes. Era un hombre al que nadie osaba desafiar. Un hombre que basaba su poder en el miedo.

Laithlin e Isriun habían trabado duelo con tanta destreza y brutalidad como si estuvieran en un cuadrado de entrenamiento. Se lanzaban crueles tajos con porciones y precios, se apuñalaban con diezmos y bloqueaban los golpes con fracciones mientras Varoslaf seguía reclinado en su silla con el lampiño rostro tan inexpresivo como siempre.

Koll solo veía una posibilidad y llevó los dedos a las pesas de debajo de su camisa. Pensó en su madre, gritándole para que bajara del mástil. Sin duda se estaría más seguro en la cubierta, pero quien quiere cambiar el mundo debe arriesgarse de vez en cuando.

—¡Oh, gran príncipe! —Se sorprendió al oír su propia voz tan animada y

fluida como si estuviera en la fragua de Rin—. Quizá deberíais retiraros al lecho y dejar que vuestra clériga se encargue de los acuerdos.

Quizá los cobardes soportaban el terror mejor que los héroes por afrontarlo a diario. Koll obligó a sus pies a avanzar y a sus labios a sonreír, y meneó las manos con descuidada falta de deferencia.

—Veo que todas vuestras decisiones las toma la sobrina del rey Uthil, una serpiente que se volvió contra su propia familia. Una serpiente que continúa segregando veneno hasta con argolla y cadena. ¿Para qué perder el tiempo fingiendo que no es así? Al fin y al cabo... —Koll se puso una mano en el pecho—, la tradición dicta que el granjero... —extendió la mano hacia Isriun— y el matarife se repartan la carne sin pedir las opiniones... —Y entonces señaló con ambas manos hacia la reina Laithlin y el príncipe Varoslaf—. De los cerdos.

Se produjo un silencio incrédulo. Los guardias de Varoslaf erizaron el lomo. Uno masculló una maldición en el idioma del Pueblo del Caballo y otro dio un paso adelante, llevando el brazo a su espada curva. Entonces hubo un fuerte chasquido cuando Espina propinó a Koll un revés en toda la cara.

Le habría gustado decir que se había tirado al suelo él solo, pero en realidad fue como recibir un martillazo. Apoyó un codo en el suelo para levantarse, con el rostro ardiendo y la cabeza dando vueltas, y vio que la reina Laithlin lo miraba enfurecida.

—Haré que te azoten por esto.

La mano surcada de Varoslaf se levantó perezosa para contener a sus guerreros, y su mirada era tan fría que Koll pareció notar su orina congelándose en su vejiga. Solo unos días antes se había dicho que no era ni por asomo tan espabilado como creía. Algunos nunca aprenden.

Isriun se inclinó hacia el oído de Varoslaf.

—Debéis pedir su piel por esta...

La frase murió con un gañido cuando el príncipe tiró hacia abajo de su cadena.

—Nunca me digas lo que debo hacer.

Arrojó a Isriun entre tropezones hacia la puerta, mientras Espina agarraba a Koll por la axila con una fuerza temible y lo arrastraba tras ella.

—Bien hecho —le susurró—. No te he hecho daño, ¿verdad?

—Pegas como una chica —gimió él, y Espina lo levantó en vilo, lo arrojó a la antesala y cerró las puertas de golpe.

—Estarás satisfecho —gruñó Isriun.

Koll se incorporó despacio, se tocó el labio con las yemas de los dedos y las separó manchadas de rojo.

—Estaría más satisfecho sin la boca ensangrentada.

—¡Ríe, ríe! —Isriun le enseñó los dientes, con una expresión que se parecía más a una mueca agónica que a una sonrisa—. Los dioses saben que, en tu lugar, yo estaría riendo. ¡Yo era hija de rey! ¡Era clériga, al lado de la abuela Wexen! Y ahora... —Movió la muñeca para tensar su cadena y la argolla le pellizcó el cuello, pero por mucho que lo intentara no había forma de estirar del todo el brazo—. ¡Si yo fuera tú, me mearía de la risa!

Koll negó con la cabeza mientras se levantaba con dificultades.

—Yo no. Sé lo que es ser esclavo. —Recordó el sótano donde los habían retenido a él y a su madre. La oscuridad. El hedor. Recordó la sensación de la argolla, la sensación cuando el padre Yarvi había ordenado que se la quitaran. No eran cosas fáciles de olvidar—. Lo siento. No sirve para nada, pero lo siento.

El caballo tatuado en la cara de Isriun se movió cuando la clériga hizo rechinar los dientes.

—Solo hice lo que debía. Apoyé a quienes me apoyaban. Intenté cumplir mi deber. Intenté cumplir mi palabra.

—Lo sé. —Koll hizo una mueca con la cabeza gacha, sintiéndose muy lejos del mejor hombre que podía ser—. Pero yo debo hacer lo mismo.

Un tiempo después, las puertas se abrieron y la reina Laithlin salió con paso firme a la antesala.

—¿Habéis llegado a un acuerdo, mi reina? —preguntó Koll.

—Después de sacar el veneno de la herida. Has estado muy perspicaz ahí dentro. Serás buen clérigo, diría yo.

Koll se enorgulleció tanto que apenas logró reprimir una sonrisa. La alabanza de los poderosos era sin duda una bebida embriagadora. Hizo una gran reverencia.

—Sois demasiado amable.

—Solo ha habido un punto en el que el príncipe y yo no hemos podido ponernos de acuerdo.

Espina miró a Isriun con una sonrisa lupina.

—Tu precio.

—¿El mío? —farfulló ella, con sorpresa en los ojos.

—He ofrecido por ti una buena gema roja y la chica que me aceita el cabello. —Laithlin se encogió de hombros—. Pero Varoslaf quería además cien piezas de plata.

La cara de Isriun se retorció, atrapada entre el miedo y el desafío.

—¿Las has pagado?

—Con ese dinero podría comprar un buen barco, con las velas incluidas. ¿Iba a desprenderme de él solo para ver a una esclava ahogada en el albañal? Tu amo espera, y no está de muy buen humor.

—¡Me vengaré de ti! —ladró Isriun—. ¡De ti y de tu hijo tullido! ¡Lo he jurado!

Entonces Laithlin le dedicó una sonrisa tan fría como el lejano norte, donde la nieve nunca se derrite, y Koll se preguntó quién de los dos sería más despiadado, si ella o Varoslaf.

—Los enemigos son el precio del éxito, esclava. He tenido que escuchar un millar de juramentos vacíos como ese, y sigo durmiendo a pierna suelta. —

Chasqueó los dedos—. Vamos, Koll.

Koll se volvió para mirar por última vez a Isriun, que no apartaba los ojos de la puerta abierta y había enrollado tan fuerte la cadena en torno a su mano que los eslabones se le clavaban en los dedos, que se habían quedado blancos. Pero el padre Yarvi siempre decía que un buen clérigo afrontaba los hechos y salvaba lo que podía.

—¿Qué le habéis concedido, mi reina? —preguntó mientras recorrían un pasillo en curva, con la Madre Mar revuelta al otro lado de las estrechas ventanas.

—Varoslaf no es tonto y esa víbora de Isriun le había aconsejado bien. Conoce nuestras debilidades. Quiere expandir su poder más allá de la desembocadura del Divino, hacia el norte por la costa del mar Quebrado. —Bajó la voz—: He tenido que entregarle Roystock.

Koll tragó saliva. Nada de todo aquello se parecía mucho a la idea que tenía Brand de vivir en la luz.

—Un regalo digno de príncipes. Pero ¿acaso es nuestro para entregarlo?

—Es de Varoslaf para tomarlo —replicó Laithlin—, si ni nosotros ni el Alto Rey se lo impedimos.

—Y nosotros y el Alto Rey estamos un poco ocupados entre nosotros —gruñó Espina.

—El sabio no libra guerra alguna, pero solo un necio libra más de una a la vez.

Espina hizo un gesto con la cabeza a los guerreros que montaban guardia fuera de los aposentos de la reina y abrió la puerta hacia dentro.

—Me parece a mí que Varoslaf no se detendrá en Roystock.

Mientras cruzaba el umbral, Koll recordó la mirada muerta del príncipe y tuvo un escalofrío.

—Me parece a mí que Varoslaf no se detendría ni en el final del mundo.

—¡Atrás! —gritó Espina, empujando a la reina contra la pared y sacando su

hacha tan deprisa que casi se llevó por delante una ceja de Koll.

En las sombras del fondo de la estancia, sentada con las piernas cruzadas en una mesa, había una silueta envuelta en una capa harapienta, con la capucha echada. Koll estuvo a punto de dejar caer la daga a sus pies, de cómo le latía el corazón. Hasta los dedos más ágiles tienden a fallar cuando se siente el frío aliento de la Muerte en la nuca.

Por suerte, Espina no se amilanaba con tanta facilidad.

—Habla ahora mismo —masculló, ya en postura baja de lucha entre la reina y su visitante—. O te mato.

—¿Me atacarías con mi propia hacha, Espina Bathu? —El movimiento de la capucha dejó entrever el brillo de un ojo en su interior—. Has crecido, Koll. Te recuerdo colgado de la gavia del *Viento del Sur*, con tu madre chillándote para que bajaras. Recuerdo que me suplicaste que te mostrara la magia.

El hacha de Espina descendió poco a poco.

—¿Skifr?

—Podrías haber llamado a la puerta —dijo Laithlin, apartando a Espina y alisándose el vestido para devolverle su perfección habitual.

—Llamar no garantiza una audiencia, Reina Dorada. Y he recorrido un largo camino desde la tierra de los alyukos por el Denegado y el Divino, en compañía del príncipe Varoslaf. Sin que él se enterara. —Skifr se quitó la capucha y Koll dio un respingo. Incluso entre las sombras, vio que la parte izquierda de su cara tenía franjas quemadas, le faltaba media ceja y había calvas en su pelo rapado y canoso.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Espina.

Skifr sonrió. O, mejor dicho, media cara de Skifr lo hizo. La otra mitad se frunció y se retorció como el cuero viejo.

—La abuela Wexen envió hombres al sur, querida mía. Para castigarme por robar reliquias de las ruinas prohibidas de Strokom. —Echó un vistazo al brazalete élfico de la muñeca de Espina, que emitía un palpitante brillo blanquiazul—. Incendiaron mi casa. Mataron a mi hijo y su esposa. Mataron a los hijos de mi hijo. Pero descubrieron que yo no soy fácil de matar.

—La abuela Wexen tiene muy buena memoria para las afrentas —murmuró Laithlin.

—Descubrirá que no es la única. —Skifr levantó la cara y las franjas quemadas parecieron brillar—. La abuela Wexen me trajo a la Muerte. Es de buena educación que le devuelva el favor. He interpretado los presagios, he observado el vuelo de las aves, he descifrado las ondulaciones del agua y vais a llevarme con vosotros a Thorlby, al otro lado del mar Quebrado. ¿Todavía quieres ver la magia, Koll?

—¿No? —Pero a menudo a la gente le gustaba hacerle preguntas sin tener mucho interés en sus respuestas.

—Debo hablar con el padre Yarvi. —Skifr retrajo los labios para enseñar los dientes y ladró sus siguientes palabras—: ¡Y luego iré a la guerra!

CENIZAS

La flota de Uthil se disponía a escupir al Alto Rey en la cara.

Sobre una roca se erguía un trovenlandés pelirrojo berreando a los cuatro vientos, con poca afinación pero energía a raudales, las estrofas de la *Trova de Ashenleer* que más gustaban a los guerreros, la parte en que los más allegados de la reina se preparaban para una muerte gloriosa en batalla.

A su alrededor los hombres formaban las muy conocidas palabras con los labios mientras daban las últimas pasadas a sus hojas con la piedra de afilar, tensaban cuerdas de arco y apretaban hebillas de cinturones.

Cualquiera habría dicho que los luchadores habrían preferido canciones sobre guerreros que sobrevivían gloriosos a la batalla para luego morir viejos, gordos y ricos, pero así eran los luchadores: poco de lo que hacían tenía sentido, si te parabas a pensarlo. Era un motivo por el que Raith procuraba no pensar si podía evitarlo.

Habían retirado todo el peso inútil de los barcos y había aparejos amontonados en la costa para hacer sitio a más guerreros. Algunos hombres habían optado por llevar mallas, temiendo los filos y las flechas. Otros habían preferido dejarlas en tierra, por miedo a que la Madre Mar los arrastrara con su frío abrazo. Era una decisión desoladora, la apuesta de un loco jugándose todo lo que tendría jamás. Pero la guerra estaba hecha de decisiones como estas.

Cada hombre hacía acopio de valor a su manera. Forzaban bromas menos que graciosas y risotadas más que dispuestas, o apostaban a quién dejaría más cadáveres, o establecían cómo debían repartirse sus bienes si cruzaban la Última Puerta antes del ocaso. Algunos aferraban símbolos sagrados o favores de mujeres, se abrazaban, se daban palmadas de ánimo, rugían desafiantes y hermanados en las caras de sus compañeros. Otros permanecían callados, contemplando la destellante Madre Mar donde pronto se sellarían sus aciagos destinos.

Raith estaba preparado. Llevaba horas preparado. Días. Desde que se había celebrado el cónclave y Skara había votado con Uthil a favor de luchar.

De modo que dio la espalda al resto de los hombres, miró con gravedad las carbonizadas ruinas del pueblo que había habido playa arriba e inspiró el olor de la sal y el humo. Era curioso lo poco que se disfrutaba de respirar hasta que se sentía próximo el último aliento.

—Se llamaba Valso.

—¿Qué? —dijo Raith, mirando alrededor.

—El pueblo. —Jenner el Azul se peinó la barba con los dedos hacia la izquierda, luego hacia la derecha y luego hacia el cuello—. Había un buen mercado aquí. Corderos en primavera. Esclavos en otoño. Era muy tranquilo casi siempre, pero había alboroto cuando los hombres volvían de las incursiones. Pasé unas cuantas noches de aúpa en un salón de aquí. —Señaló con el mentón un tiro de chimenea que todavía se balanceaba entre un montón de vigas chamuscadas—. Me parece que era eso. Ahí canté canciones con hombres que en su mayoría han muerto.

—¿Tienes buena voz?

Jenner bufó.

—Cuando me emborracho creo que sí.

—Me parece que ahí ya no se cantarán más canciones.

Raith se preguntó cuántas familias habían tenido sus hogares en aquellas casas quemadas. En las que habían visto a lo largo de toda la costa de Trovenlandia navegando hacia el oeste. Granja tras granja, aldea tras aldea, pueblo tras pueblo, transformados en fantasmas y cenizas.

Raith abrió y cerró los dedos de la mano izquierda, notando aquel viejo dolor en los nudillos. Los dioses sabían que él había iniciado algunos incendios. Había mirado con anonadado deleite cómo saltaban las llamas por la noche y se había sentido poderoso como un dios. Se había jactado de ello, se había hinchado de orgullo con la aprobación de Gorm. Las cenizas eran una de las muchas cosas en las que elegía no pensar. Las cenizas, y la gente que lo había perdido todo, y los muertos y quemados. Pero los sueños no podían elegirse. Había oído decir que los dioses enviaban a cada cual los que merecía.

—Desde luego, a Yilling el Radiante le gusta quemar cosas —dijo Jenner.

—¿Y qué esperabas? —mascullló Raith—. Adora a la Muerte, ¿verdad?

—Sería bueno enviarlo a conocerla.

—Estamos en guerra. Mejor deja estar lo que es bueno.

—Como haces tú siempre.

Sonrió al oír la nueva voz, tan parecida a la suya, y al volverse vio a su hermano acercándose con andares arrogantes a la tripulación del *Perro Negro*.

—Pero si es el gran Rakki, portaescudos de Grom-gil-Gorm. ¿A quién tiene el rey ahora cargando su espada?

Rakki tenía aquella sonrisa ladeada que a Raith no le salía del todo, por muy parecidas que fuesen sus caras.

—Por fin ha encontrado a un hombre que no tropieza al cargar.

—¿No eres tú, entonces?

Rakki dio un bufido.

—Deberías dejar las bromas a hombres más graciosos.

—Y tú deberías dejar la pelea a hombres más duros. —Raith lo agarró, a medio camino entre el abrazo y el apretón de brazos, y se lo acercó. Siempre había sido el más fuerte de los dos—. No dejes que Gorm te pisotee, ¿eh, hermano? Todas mis esperanzas te incluyen a ti.

—Y tú no dejes que Uthil te ahogue —dijo Rakki, soltándose—. Te he traído una cosa. —Le tendió una rebanada de pan rojizo—. Ya que estos trovenlandeses descreídos no comen la última hogaza.

—Sabes que no creo demasiado en la suerte —respondió Raith antes de dar un mordisco y saborear la sangre.

—Pero yo sí —dijo Rakki, empezando a alejarse—. ¡Nos vemos al terminar, para que puedas maravillarte de mis pillajes!

—¡Me extrañaría que te llevaras algo, merodeando en la retaguardia! —Y

Raith le lanzó el resto de la rebanada, esparciendo migajas por los aires.

—¡Siempre les va mejor a los que merodean, hermano! —gritó Rakki mientras la esquivaba—. ¡La gente adora cantar sobre los héroes, pero nunca quiere estar a su lado!

Y se perdió entre las tripulaciones, de camino a combatir junto al Rompeespadas. Para combatir junto a Soryorn y los otros allegados de Gorm, hombres a los que Raith había admirado durante media vida, durante la mejor mitad de las dos. Apretó los puños, deseando poder seguir a su hermano. Deseando poder cuidar de él. Siempre había sido el hermano fuerte, a fin de cuentas.

—¿Lo echas de menos?

Lo normal habría sido que con el tiempo estuviera más cómodo en presencia de Skara, pero la visión de aquellos pómulos marcados todavía arrasaba cualquier pensamiento de la mente de Raith. Miró a Rakki regresando a su puesto entre los grupos de guerreros.

—Debéis de haber pasado juntos toda la vida.

—Sí. Estoy harto de verle la cara.

Skara no parecía muy convencida. Se le daba bien adivinar lo que pasaba por su cabeza. Quizá su cabeza no fuese un enigma muy complejo.

—Si hoy salimos victoriosos, quizá llegue el momento del Padre Paz.

—Sí. —Aunque la Madre Guerra solía tener ideas propias al respecto.

—Entonces podrás volver con tu hermano y llenar de nuevo la jarra de Gorm.

—Sí.

Pero la perspectiva animaba menos que antes a Raith. Ser el perrito faldero de la reina Skara quizá no conllevara un gran honor, pero desde luego era mucho más hermosa que el Rompeespadas. Y no tener que mostrarse como el hijo de puta más duro que existía a cada instante también tenía sus atractivos. Igual que no recibir capones cuando no lo conseguía.

Las joyas del pendiente de Skara relucieron al sol de la tarde cuando se volvió hacia Jenner el Azul.

—¿Cuánto más tendremos que esperar?

—No mucho, mi reina. El Alto Rey tiene demasiados hombres y muy pocos barcos. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el promontorio, un contorno negro a cuyo pie se mecía y resplandecía el agua—. Están llevándolos poco a poco a la playa que hay detrás de ese espolón. Cuando Gorm considere que es buen momento, hará sonar su cuerno y aplastará a los que hayan tomado tierra. Para entonces ya habremos zarpado, confiando en atrapar a los barcos bien cargados en los estrechos. Al menos eso es lo que planea Uthil.

—O el padre Yarvi —murmuró Skara, frunciendo el ceño al mar—. Suena bastante sencillo.

—Decirlo siempre es más fácil que hacerlo, por desgracia.

—El padre Yarvi tiene un arma nueva —terció la hermana Owd—, un regalo de la Emperatriz del Sur.

—El padre Yarvi siempre tiene algo... —Skara contrajo el gesto en vez de acabar la frase. Se tocó la mejilla y apartó rojos los dedos.

Un tejedor de plegarias estaba pasando entre los guerreros con la sangre de un sacrificio a la Madre Guerra, entonando bendiciones con voz cascada, mojando los dedos en el cuenco y salpicando suertedearmas a los hombres.

—Da buena suerte para la batalla —dijo Raith.

—Yo no estaré en ella. —Skara contempló las ruinas de Valso con la boca convertida en una fina y furiosa línea—. Ojalá pudiera blandir una espada.

—Yo blandiré vuestra espada.

Y antes de darse cuenta de lo que hacía, Raith se había arrodillado en las piedras y estaba ofreciendo a Skara su hacha tendida sobre ambas palmas, como hacía Hordru el Escudo Elegido en la trova. Skara la miró con una ceja levantada.

—Eso es un hacha.

—Las espadas son para hombres listos y bien parecidos.

—Una de dos no está mal.

Se pasó el pelo, recogido en una trenza gruesa y oscura, por encima del hombro y, como hacía Ashenleer en la canción, se inclinó mirando a Raith a los ojos y besó la hoja. Raith no habría notado un hormigueo más intenso si lo hubiera besado a él en la boca. Eran bobadas, pero a un hombre se le podía perdonar alguna tontería cuando la Última Puerta esperaba abierta de par en par ante él.

—Si ves a la Muerte en el agua —dijo Skara—, procura dejarle espacio.

—El lugar de un guerrero está al lado de la Muerte —replicó Raith, levantándose—. Para poder presentársela a sus enemigos.

Y, después de aquello, playa abajo hacia la Madre Mar, hacia el anochecer que dejaba sus últimos reflejos en las olas. Playa abajo hacia los cien barcos que cabeceaban con el oleaje, hacia su jauría de bestias de proa que rugían, siseaban y chillaban silenciosas. Playa abajo entre una hueste atropellada de hermanos, con solo su destreza, su valentía y su furia entre ellos y la Última Puerta, una marea de hombres enfrentada a la marea de agua que invadía la tierra.

Raith sintió la estimulante mezcla de miedo y emoción al ocupar su lugar cerca de la proa, siempre entre los primeros en lanzarse al combate, con el júbilo de batalla empezando a hacerle cosquillas en la garganta.

—¿Preferirías estar al lado del Rompeespadas? —preguntó Jenner.

—No —dijo Raith, y era cierto—. Un hombre sabio me dijo una vez que en la guerra hay que aprovechar bien lo que se te ofrece. No hay guerrero más temible que el Rompeespadas con los pies sobre el Padre Tierra. —Sonrió a Jenner—. Pero me parece a mí que tú eres un viejo cabrón que sabe manejarse en un barco.

—Sé distinguir una punta de la otra. —Jenner el Azul le dio una palmada en el hombro—. Me alegro de tenerte en la tripulación, chico.

—Intentaré no decepcionarte, abuelo. —Raith había pretendido que la frase rezumara desdén, que sonara como la chanza viril que habría soltado a su hermano, pero las palabras le salieron llanas. Hasta un poco entrecortadas.

Jenner sonrió, arrugando aquella cara correosa.

—No lo harás. El rey va a hablar.

Uthil había subido a la toldilla de su barco, con la espada acunada en un brazo, una bota apoyada en la curva de la regala y la otra mano en la base de la bestia forjada en hierro con la forma de un lobo arrufando. No llevaba armadura, escudo ni yelmo, solo el brillo del Círculo Real en su pelo gris. Confiaba en su habilidad y su suertedearmas, y su desprecio por la Muerte lo convertía en alguien temido por sus enemigos y admirado por sus seguidores, lo que para un caudillo valía más que la armadura.

—¡Amigos míos! —gritó con su voz rasposa, acallando los nerviosos murmullos de los barcos—. ¡Valientes hermanos! ¡Guerreros de Gettlandia y Trovenlandia! Ya habéis esperado suficiente. Hoy honraremos a la Madre Guerra. Hoy será un día rojo, un día de sangre, un día para los cuervos. ¡Hoy lucharemos!

Raith hizo un sonido gutural, como todos los hombres que tenía alrededor.

—Hoy será un día del que los clérigos escribirán en sus grandes libros —exclamó Uthil—, y del que los escaldos cantarán en torno a los hogares. Un día del que hablaréis a los hijos de vuestros nietos y del que os enorgullecerá haber formado parte. Somos la espada que cercenará la sonrisa de Yilling el Radiante, la mano que abofeteará la cara de la abuela Wexen. Grom-gil-Gorm y sus vansterlandeses machacarán a los hombres del Alto Rey contra el firme Padre Tierra. Nosotros los empujaremos a los fríos brazos de la Madre Mar.

El rey se irguió aún más y el cabello canoso azotó su rostro lleno de cicatrices, pasó ante el brillo febril de sus ojos.

—La muerte nos espera a todos, hermanos míos. ¿Pasaréis ante ella cabizbajos por la Última Puerta? ¿O la afrontaréis con la frente bien alta, espada en mano?

—¡Espada en mano! ¡Espada en mano!

Y por toda el agua las espadas sisearon anhelantes al abandonar sus vainas.

Uthil asintió con gesto grave.

—No soy clérigo. No tengo más palabras. —Tomó la espada de su otro brazo y lanzó una estocada al cielo—. ¡Mi hoja hablará por mí! ¡El acero es la respuesta!

Las tripulaciones estallaron en vítores y los hombres aporrearon los remos con los puños, embotaron las armas que con tanto mimo habían afilado al golpear con ellas los brocales de sus escudos, alzaron las espadas al aire en un bosque brillante sobre cada barco, y Raith gritó más fuerte que nadie.

—No me esperaba verte vitoreando al rey de Gettlandia —murmuró Jenner.

Raith se aclaró la garganta irritada.

—Ya, bueno. Los peores enemigos son los mejores aliados.

—Ja. Vas aprendiendo, muchacho.

Se extendió un largo silencio. Los sonidos más leves se volvieron atronadores. El suave crujido de la madera bajo las botas de Raith, las lentas olas bañando la playa. El bisbiseo de la piel cuando Jenner el Azul se frotó las palmas encallecidas y el murmullo de una última plegaria a la Madre Guerra. El traqueteo de los remos contra sus luchaderos y el graznido de una gaviota solitaria que viró baja sobre los barcos y puso rumbo al sur.

—Un buen presagio —dijo el rey Uthil, y segó el aire con su espada.

—¡Halad! —rugió Jenner.

Y los hombres se aplicaron a sus remos, con la sangre ardiendo de miedo y odio, y el hambre del saqueo, la sed de la gloria. Como un sabueso recién soltado, el *Perro Negro* se hizo veloz a la mar, por delante del barco de velas grises de Uthil, con su alta proa levantando espuma y el viento salado revolviendo el pelo de Raith. La madera crujió, el agua rugió contra el casco del barco y, entre el estruendo, Raith oyó los gritos de los otros timoneles azuzando a sus remeros para llegar los primeros a la batalla.

Aquello era para lo que estaba hecho. Raith echó atrás la cabeza y aulló como un lobo, lleno de gozo.

OBSERVANDO

Skara tenía el corazón en la garganta cuando asió una raíz y se izó en dirección a la cima. No era precisamente el comportamiento más regio del mundo, como la hermana Owd se había apresurado a recalcar, pero Skara no pensaba quedarse en la playa mordiéndose las uñas mientras se decidía el futuro de Trovenlandia.

Quizá no pudiera combatir en la batalla, pero como mínimo podía verla.

El terreno empezaba a allanarse y Skara siguió ascendiendo, agachada. La escarpada costa de Yutmarca apareció en su campo de visión hacia el sur. Las suaves colinas, seguidas de las playas grises, el agua centelleante de los estrechos y por último, en el centro, los barcos.

—La flota del Alto Rey —susurró la hermana Owd, con la cara más parecida a un melocotón que de costumbre después del ascenso.

Docenas de barcos, con los remos hundiéndose en el mar. Algunos eran bajos y estrechos, construidos para la batalla, y también había panzudos navíos mercantes, sin duda repletos de guerreros enviados al norte por la abuela Wexen. Soldados empeñados en barrer de un plumazo su alianza y aplastar lo poco de Trovenlandia que le quedaba a Skara como un niño cruel aplastaría un escarabajo.

La sangre le hirvió de ira y apretó los puños, dio los últimos pasos hasta la cima del peñasco y se quedó entre el padre Yarvi y la madre Scaer, mirando al oeste, a una larga playa que se extendía hacia la puesta de la Madre Sol.

—Dioses —susurró.

La gravilla estaba atestada de hombres que se movían como hormigas furiosas saliendo de un hormiguero derruido; sus escudos, meros puntitos pintados entre los destellos del acero, y los estandartes coloridos ondeando al viento para indicar dónde debían congregarse las tripulaciones, los guerreros del Alto Rey que ya habían desembarcado. Dos de aquellos navíos mercantes cargados hasta los topes, quizá tres. Centenares de hombres. Millares. No parecía real.

—Cuántos hay —dijo con un suspiro.

—Cuantos más dejemos que crucen —respondió la madre Scaer—, cuantos más atrape Grom-gil-Gorm en la playa, más mataremos.

La última palabra salió violenta como una puñalada y Skara, nerviosa de repente, juntó las manos.

—¿Crees que...? —Titubeó y tuvo que obligarse a pronunciar el nombre—. ¿Crees que Yilling el Radiante está ahí abajo?

Volvió a ver aquel rostro delicado y tranquilo, volvió a oír aquella voz suave y aguda, volvió a sentir un eco del terror de aquella noche y se enfureció por su cobardía. Era una reina, diantres. Una reina no puede tener miedo.

El padre Yarvi volvió la cabeza hacia ella.

—Un auténtico héroe da las órdenes desde el frente.

—Él no es un héroe.

—Todo héroe es el villano de alguien.

—Héroe o villano —dijo la madre Scaer, con aquellos ojos tan azules fijos en los hombres de abajo—, no ha preparado bien a sus guerreros.

Tenía razón. Habían formado una muralla de escudos en las dunas que dominaban la playa, encarada tierra adentro hacia el bosque sombrío, con un gran mástil coronado por el sol de siete rayos de la Diosa Única en el centro, pero incluso Skara, cuya experiencia bélica se reducía a mirar a los chicos en el cuadrado de entrenamiento detrás del salón de su abuelo, se daba cuenta de que era una línea mal hecha, torcida y llena de huecos.

—La abuela Wexen ha reunido a hombres procedentes de muchos lugares —dijo el padre Yarvi—. No están acostumbrados a luchar juntos. Ni siquiera hablan un mismo idioma.

La flota del rey Uthil había bordeado el cabo y se veía como una masa de barcos con forma de punta de flecha, con gaviotas volando en círculos sobre su estela de blanca espuma, curvada hacia las ruinas calcinadas de Valso. La flota del Alto Rey debía de haberlos avistado y algunos barcos viraban en su dirección,

otros en la contraria y unos terceros se afanaban en alcanzar la playa, sumidos en una confusión de remos enredados y colisiones.

—La sorpresa está de nuestra parte —dijo la hermana Owd, que por fin había recobrado el aliento—. La sorpresa es media batalla.

Skara la miró de reojo, con el ceño fruncido.

—¿En cuántas batallas has combatido?

—Tengo fe en nuestra alianza, mi reina —dijo la clériga cruzándose de brazos—. Tengo fe en el Rompeespadas, y en el rey Uthil, y en Jenner el Azul.

—Y en Raith —descubrió que había añadido Skara. Ni siquiera era consciente de que tenía fe en él, mucho menos que algún día iba a decirlo en voz alta.

La hermana Owd levantó una ceja.

—En él un poco menos.

Llegó el sonido de un cuerno, grave y prolongado, tan profundo que pareció hacer temblar las tripas de Skara.

La madre Scaer enderezó del todo la espalda.

—¡El Rompeespadas acude al banquete!

De entre los árboles salieron hombres que ocuparon las dunas por encima de la playa. Skara supuso que estarían corriendo a toda velocidad, pero parecían moverse lentos como la nieve en inverno.

Descubrió que había agarrado el hombro de la hermana Owd con su mano vendada. No había tenido tanto miedo desde la noche en que ardió el Bosque, pero aquel sentimiento llegaba acompañado de un entusiasmo casi insoportable. Su destino, el destino de Trovenlandia, el destino de la alianza, el destino del propio mar Quebrado, pendían del filo de una espada. Casi no soportaba mirar, pero sería impensable apartar la mirada.

Un hombre había salido de las hileras del Alto Rey y hacía frenéticos aspavientos, intentando preparar la muralla de escudos para absorber la carga. El

viento llevó al peñasco sus bruscos chillidos, tenues, muy tenues en la lejanía, pero era demasiado tarde.

El Rompeespadas cayó sobre ellos. Skara vio ondear su estandarte negro, con el acero reluciendo debajo como la espuma de una ola.

—Llega tu muerte —susurró.

Le dolía la cara de tanto hacer muecas y le dolía el pecho de respirar tan deprisa. Elevó una plegaria a la Madre Guerra, una súplica fría y despiadada para que aquellos invasores fueran expulsados al mar desde sus tierras. De que pudiera escupir al cadáver de Yilling el Radiante antes de que terminara de ponerse la Madre Sol y así recuperar el coraje que le había robado.

Daba la sensación de que sus plegarias obtenían respuesta ante sus ojos.

Como una marea negra, los vansterlandeses descendieron por las dunas cubiertas de hierba, sus gritos de guerra resonando agudos y disonantes en el viento, y como un muro de arena ante una gran ola, el centro de la torcida muralla de escudos del Alto Rey se desmoronó. Skara sintió la mano de la hermana Owd sobre la suya y la asió con fuerza.

Los hombres de Gorm se estrellaron contra la hilera vacilante y la Madre Guerra extendió sus alas sobre la costa de Trovenlandia y sonrió, satisfecha por la masacre. Su voz era una tormenta de metal. Un clamor como el de mil herrerías y cien mataderos. A veces, por pura casualidad, el viento llevaba al oído de Skara alguna palabra suelta, o frase, o grito completo, ya fuese de ira, de dolor o de sollozante pánico, y la hacía saltar como si lo hubieran pronunciado junto a su hombro.

El padre Yarvi se adelantó, con los nudillos blancos en torno a su báculo de metal élfico y la mirada anhelante fija en la playa.

—Sí —susurró—. ¡Sí!

El flanco derecho de las tropas del Alto Rey se fue combando hasta ceder de repente, y los hombres huyeron playa abajo, arrojando sus armas a los guijarros. Pero no había escapatoria salvo hacia los brazos de la Madre Mar, que no ofrecían un abrazo acogedor.

En las dunas más altas aún plantaban cara los últimos reductos de guerreros

del Alto Rey, tratando de ofrecer una resistencia digna de canciones, pero eran meros islotes en una riada. Skara vio lo devastador que puede ser el pánico en un ejército numeroso, aprendió que las batallas pueden decidirse en un solo momento y vio el símbolo bañado en oro de la Diosa Única derribado y pisoteado por las botas de los fieles de la Madre Guerra.

Tras la acometida de Gorm, la playa había quedado salpicada de formas negras, como madera a la deriva después de una tempestad. Escudos rotos, armas rotas. Hombres rotos. Los ojos muy abiertos de Skara recorrieron la desolación, tratando de estimar la cantidad de muertos, y apenas pudo tragar por el nudo repentino que se había formado en su garganta.

—Esto lo he hecho yo —susurró—. Mis palabras. Mi voto.

La hermana Owd intentó infundirle ánimos con un apretón.

—Y habéis hecho bien, mi reina. Las vidas perdonadas aquí habrían costado vidas más adelante. Esto ha sido el bien mayor.

—El mal menor —musitó Skara, recordando las lecciones de la madre Kyre, pero su clériga prestada la había malinterpretado. Lo que sentía no era remordimiento, sino fascinación por su propio poder. Por fin se sentía como una reina.

—Los encargados de las piras tendrán trabajo esta noche —dijo el padre Yarvi.

—Y a su debido tiempo, también los tratantes de esclavos en Vulsgard. —Por una vez, el tono de la madre Scaer revelaba una reticente aprobación—. Hasta ahora, todo transcurre según tus designios.

El padre Yarvi dejó perderse a su mirada en el mar, con la delgada cara tensa al apretar la mandíbula.

—Hasta ahora.

La batalla sobre el Padre Tierra estaba ganada, pero en los estrechos la flecha que era la flota del rey Uthil apenas estaba alcanzando el romo batiburrillo de los barcos del Alto Rey. En la misma punta, Skara divisó una vela azul hinchada por el viento y saboreó la sangre al morderse la yema del pulgar.

EL ASESINO

—No hagas ninguna tontería, ¿eh? —dijo Jenner el Azul.

Raith estaba pensando en el cuadrado de entrenamiento de Vulsgard, recordando cuando derribó a un chico dos veces más grande que él, de tan fuerte y rápido que le pegó. Cómo lo miró acurrucado en el suelo. La sombra de su bota en la cara ensangrentada del chico. Recordando cómo cayó sobre su hombro la enorme mano de Grom-gil-Gorm.

«¿A qué esperas?»

Alzó la mirada hacia la flota del Alto Rey, un revoltijo de sogas tirantes y vaivén de remos, velas hinchadas y forcejeo de hombres.

—La única tontería en una batalla es contenerse —masculló, y se metió la vieja cuña de carpintero en la boca, notando que sus dientes encajaban en las mellas de la madera como las dos mitades de un cuenco roto.

La veloz quilla del *Perro Negro* atravesó una ola y una lluvia de espuma cayó sobre los esforzados remeros y los luchadores que esperaban agachados entre ellos.

Raith miró hacia la costa que se inclinaba con los cabeceos del *Perro Negro* y se preguntó si Skara estaría mirando. Pensó en sus ojos, aquellos ojos verdes y grandes que parecían tragárselo con cada mirada. Luego pensó en Rakki, solo en la contienda sin nadie que le cubriera las espaldas, y agarró la enarma de su escudo con tanta fuerza que le ardieron los maltrechos nudillos.

Las embarcaciones del Alto Rey se acercaban raudas y ya distinguía los escudos pintados: puerta gris, cabeza de jabalí, cuatro espadas formando un cuadrado. Ya veía las caras contraídas de los remeros luchando con sus asidores. Ya atisbaba los arcos tensados mientras una nave se escoraba y luego las flechas volando sobre el agua.

Raith se dejó caer tras su escudo, sintió el chasquido de un asta contra los listones y la vio rodar por encima del hombro. Otra flecha se clavó en la borda a su

lado. El aliento empezaba a quemarle en la garganta y Raith movió la cuña con la lengua y mordió con más fuerza.

Oyó cuerdas de arco a su espalda y vio astas volando en sentido contrario, desviadas por el viento, cayendo entre los barcos del Alto Rey. Oyó a los timoneles de la flota del rey Uthil exigir más velocidad a bramidos. Oyó los golpes de las armas contra escudos, contra bordas, contra remos, con los que los hombres se armaban de valor, se disponían a matar, a morir, y Raith volvió a tomar aire y los imitó haciendo repicar su hacha, tap, tap, tap, contra la regala al ritmo de su corazón.

—¡A babor! —rugió Jenner el Azul, eligiendo su objetivo.

Tenía que ser un barco de las Tierras Bajas porque no llevaba bestia de proa, solo un remolino tallado. Su tripulación remaba a brazo partido para alinear la proa con la del *Perro Negro* y el timonel tiraba desesperado del gobierno, pero tenían el viento en contra.

—¡Corazón férreo! —rugió alguien—. ¡Testa férrea! ¡Mano férrea!

—¡Llega tu muerte! —chilló alguien, y otros se unieron a su voz, y Raith profirió también las palabras aunque la cuña de su boca las transformara en gruñido y saliva. Notó que le ardía el aliento, cada vez más, y la emprendió a hachazos contra la regala, haciendo saltar astillas.

Surcaron el aire más flechas iracundas y hubo un clamor de oraciones y gritos de guerra, mientras el *Perro Negro* se abalanzaba sobre el barco tierrabajeño y sus tripulantes ponían los ojos como platos y se apartaban de la borda, y Raith pudo oler su miedo, oler su sangre, y se irguió y aulló a pleno pulmón.

El tajamar se estrelló contra la madera con un estrépito devastador que sacudió las dos embarcaciones y arrancó remos del barco tierrabajeño, los partió, los hizo astillas que resbalaron como lanzas contra la proa del *Perro Negro*. Tembló la madera, los guerreros trastabillaron y se aferraron a lo que pudieron y el barco tierrabajeño se escoró por el impacto, derribó a los remeros de sus cofres de mar, hizo caer a un arquero mientras disparaba su flecha alta, muy alta, hacia la menguante Madre Sol.

Las cuerdas serpentearon sobre el hueco de mar revuelta y extendieron sus dedos de hierro. Un garfio alcanzó a un tierrabajeño bajo el brazo y lo arrastró ululando al agua.

—¡Tirad! —vociferó Jenner, y los barcos fueron acercándose uno al otro, con una madeja de soga y remos cruzados entre ellos, y Raith enseñó los dientes y plantó una bota en la borda.

Desde el cielo cayó una roca que alcanzó en la cabeza al hombre que había junto a Raith y lo derribó, con la boca abierta, una gran melladura en el yelmo y el borde ensangrentado hundido en el caballete de la nariz.

«¿A qué esperas?»

Saltó, dejó atrás la espuma y cayó entre un grupo de hombres. Una lanza raspó su escudo y estuvo a punto de arrancárselo del brazo.

Raith descargó un tajo de su hacha, rugió, descargó otro, escupió, empujó a un hombre de espaldas, vio a otro con la barba pelirroja alzando su propia hacha. Llevaba un ala de grajilla sujeta al cuello por una correa, un talismán para conferirle velocidad. No la suficiente. Recibió una flecha bajo el ojo y dio torpes manotazos al asta.

Raith le dio un golpe en la cabeza y lo levantó del suelo. Una ola alcanzó el casco del barco y empapó a aliados y enemigos. Espuma de mar, borbotones de sangre, hombres empujando, aplastando, hendiendo, chillando. Un remolino de rostros enloquecidos. La ola hizo cabecear el barco y Raith la acompañó, obligando a retroceder a hombres con su escudo, resoplando y aullando, voz lupina, corazón lupino.

A su alrededor todo era una tormenta de madera astillada, tañidos metálicos y voces quebradas que resonaban en la cabeza de Raith hasta que su cráneo retumbó al unísono, se partió al unísono, estalló al unísono. La cubierta estaba resbaladiza de agua y sangre. Los hombres trastabillaron cuando el barco se escoró y topó contra el casco de otro que tenía tantas flechas clavadas en la bestia de proa que parecía un erizo.

Un hombre atacó a Raith con una lanza, pero el pánico había hecho presa en los tierrabajeños y la acometida llegó sin brío. Raith, demasiado rápido, demasiado impetuoso, rodó en torno al hierro punzante, haciendo girar su hacha en un círculo reluciente hasta clavarla con tanta fuerza en el hombro del tierrabajeño que lo envió por encima de la borda al mar agitado.

«La clemencia es debilidad —solía hacerles recitar la madre Scaer antes de darles el pan—. La clemencia es fracaso.»

Raith lanzó el brazo izquierdo arriba y adelante y el brocal de su escudo atizó a un remero en la boca, lo envió hacia atrás tropezando, tosiendo, atragantándose con sus propios dientes.

Vio a Jenner el Azul aferrado a la proa, con una bota sobre la curva de la regala y señalando con su vieja espada. Estaba gritando algo, pero Raith se había convertido en el gran perro y, si en algún momento había entendido la lengua de los hombres, fue mucho tiempo atrás y en otro lugar.

El barco chocó con otro. Un hombre que había caído al agua soltó un chillido borboteante mientras los cascos lo aplastaban. Hubo un estallido de fuego que relució en las hojas y atrajo de golpe los rostros temerosos.

El arma sureña del padre Yarvi. Un frasco encendido cayó en picado y se estrelló, esparciendo el fuego por todo un carguero panzudo. Los hombres se arrojaron desde la cubierta, ardiendo, gimoteando, dejando atrás aparejos convertidos en líneas de llamas por la Madre Mar, moteada de charcos ardientes.

Raith sintió la mano de Gorm en el hombro. «¿A qué esperas?»

Derribó a un hombre de un tajo y le dio un pisotón al caer, dio un hachazo en la espalda a otro que se volvía para huir. Se había abierto paso barco abajo y ante él se alzaba un guerrero de gran estatura con oro brillando en las solapas de su yelmo y aros-moneda en sus brazos reflejando la luz del ocaso.

Raith se acercó agachado y gruñendo, su saliva goteando en cubierta, los hombres y las sombras de hombres danzando a su alrededor, iluminados por el fulgor de las llamas.

Ambos se lanzaron sobre el otro al mismo tiempo, el hacha rechinó contra la espada, la espada traqueteó contra el escudo, una patada, un tropezón y un tajo clavado en cubierta mientras Raith se apartaba rodando.

Trazó un círculo, con los labios húmedos tiritando, tanteando su equilibrio, sopesando su hacha, hasta que vio su sombra extendida por la cubierta hacia el capitán. Sabía que la Madre Sol estaba baja en el horizonte, sabía que caería sobre los ojos de su enemigo y, cuando lo hizo, se abalanzó hacia él.

Enganchó el escudo del capitán y lo apartó hacia abajo. Su adversario tenía más alcance, pero Raith se acercó a él y le dio un cabezazo en la boca justo por debajo de las solapas doradas del yelmo.

El capitán echó mano a la borda al caer, el hacha de Raith se hincó en la madera y los dedos del capitán salieron volando, su espada rebotó contra el casco y se hundió en el mar. Raith rugió, esparciendo saliva rosada, dio un tajo descendente y alcanzó al capitán por debajo de su cota de mallas mientras intentaba levantarse. Con un chasquido, la rodilla se dobló hacia donde no debía y el capitán cayó gimoteando sobre las dos manos.

Raith sintió el escozor de una bofetada de Gorm. «¡Eres un asesino!»

Royó la cuña mientras descargaba hachazos y hachazos y hachazos, resoplando y babeando hasta que no pudo más y se dobló contra la regala con el rostro ensangrentado, la boca ensangrentada.

El humo que cubría el agua hizo llorar los ojos de Raith y arder su garganta.

Allí por lo menos, la batalla había terminado. Hombres muertos. Hombres dando alaridos. Cuerpos flotando en la superficie del agua, chocando con suavidad contra el casco del barco a la deriva. A Raith le flaquearon las rodillas y dio con el culo contra el suelo a la sombra de la proa y su remolino tallado.

Llegaban más barcos de Uthil surcando las olas. Volaban flechas, caían garfios, saltaban hombres de una embarcación a otra, rugían y luchaban y morían, sombras negras a la última luz del día. Una alfombra de llamas extendida entre los grandes mercantes, rugiendo furiosas al ocaso, remos que eran una maraña ardiente, gigantescas antorchas sobre el agua.

—Has peleado de lo lindo, muchacho. —Alguien dejó el yelmo dorado del capitán en el regazo de Raith y le dio un golpecito con los dedos—. Tú sí que no conoces el miedo.

Con gran esfuerzo, Raith destrabó su dolorida mandíbula y escupió entre babas la cuña con un empujón de su lengua palpitante.

A veces tenía la sensación de no conocer otra cosa que el miedo. A perder su puesto. A estar solo. A las cosas que había hecho. A las cosas que podría hacer.

Luchar era lo único que no le daba miedo.

VICTORIA

La tierra era una negra incógnita cuando los barcos empezaron a atracar; el cielo, una tela de color azul oscuro rasgada por nubes y punzada por estrellas. En el agua oscura seguían ardiendo los restos desperdigados de la flota de la abuela Wexen.

Las tripulaciones empezaron a desembarcar, a vadear el oleaje entre tropezones y risas con los ojos brillantes de triunfo, a la luz de las cien hogueras encendidas en la playa.

Skara los observaba atenta, ansiosa por saber quién vivía, quién estaba herido, quién había muerto, ardiendo en deseos de meterse corriendo en el mar para averiguarlo antes.

—¡Ahí! —dijo la hermana Owd, señalando.

Skara vio la bestia de proa del *Perro Negro* y a su tripulación, que ya remontaba la playa de guijarros. Sintió un alivio arrollador al ver la cara sonriente de Jenner el Azul y, entonces, el guerrero que lo acompañaba se quitó un yelmo dorado y Raith le dedicó una amplia sonrisa. Skara corrió playa abajo para darles la bienvenida, lo hubiera considerado apropiado o no la madre Kyre.

—¡Victoria, mi reina! —exclamó Jenner, y Skara lo abrazó, le agarró las orejas y le hizo bajar la cabeza para poder darle un beso en la rala coronilla.

—¡Sabía que no me decepcionarías!

Un ruborizado Jenner señaló a un lado con la cabeza.

—Dadle las gracias a este de aquí. Ha matado a un capitán en combate singular. Nunca he visto a nadie luchar con tanto valor.

Los ojos de Raith relucían salvajes y, antes de darse cuenta, Skara estaba dándole también un abrazo, llenándose la nariz con su olor agridulce, que de algún modo era todo menos desagradable. Él la levantó en volandas con relajada fuerza y

le dio vueltas como si estuviera hecha de paja mientras los dos reían, ebrios de victoria.

—Os traemos un botín —dijo Raith, y volcó una bolsa de lona llena de tintineantes aros-moneda en la arena.

La hermana Owd se acuclilló para hurgar entre el oro y la plata, formando hoyuelos en sus mejillas redondas al sonreír.

—Esto no vendrá nada mal a la tesorería de Trovenlandia, mi reina.

Skara apoyó una mano en el hombro de su clériga.

—Ahora Trovenlandia tiene tesorería.

Con aquello podía empezar a alimentar a su pueblo, quizá hasta iniciar la reconstrucción de lo que había incendiado Yilling el Radiante, y ser una reina en lugar de una chica con un título hecho de humo. Miró a Raith enarcando una ceja.

—Debo confesar que no esperaba mucho de ti cuando te sentaste por primera vez a mi lado.

—Yo tampoco lo creía —dijo él.

Jenner lo cogió y le revolvió el pelo blanco.

—¿Cómo ibais a creerlo? ¡Este cabrón no tiene pinta de que se pueda esperar algo de él!

—Mira quién habla, abuelo —dijo Raith, sacudiéndose de encima la mano de Jenner el Azul.

—Los dos habéis demostrado ser grandes luchadores. —Skara eligió dos aros de oro y entregó uno a Jenner, pensando en lo orgulloso que habría estado su abuelo si la viera entregando regalos a sus guerreros—. Y amigos leales. —Asió la gruesa muñeca de Raith, le puso el otro y, protegida por la oscuridad, dejó que sus dedos resbalaran por el dorso de su mano. Él giró la palma hacia arriba y el pulgar de Skara la acarició hacia un lado y hacia el otro.

Alzó la mirada y vio sus ojos fijos en ella. Como si no hubiera nada más que mirar en el mundo. Sin duda la madre Kyre no lo habría tildado de apropiado.

Nadie lo habría hecho. Quizá por eso la emoción de hacerlo dejaba a Skara sin aliento.

—¡El acero ha sido nuestra respuesta!

El bramido hizo que Skara retirara la mano de golpe. Se volvió hacia el rey Uthil, que subía por la playa dando grandes zancadas, con el padre Yarvi sonriente a su hombro. Por todas partes los hombres alzaron sus espadas, sus hachas y sus lanzas en saludo, y los filos mellados por la batalla reflejaron la luz de las hogueras y ardieron con todos los colores de la llama, dando la impresión de que el Rey de Hierro y sus acompañantes cruzaban un mar de fuego.

—¡La Madre Guerra ha estado con nosotros!

Grom-gil-Gorm llegó erguido en toda su altura desde la penumbra de las dunas, con una herida reciente que añadir a las cicatrices del rostro y la barba enmarañada con grumos de sangre. Rakki caminaba a un lado del rey con su enorme escudo, que también lucía nuevas marcas, y Soryorn al otro cargando una brazada de espadas que habían pertenecido a sus enemigos. La madre Scaer lo seguía sin dejar de mover los labios, canturreando su agradecimiento a la Madre de Cuervos.

Los dos grandes reyes, los dos afamados guerreros, los dos viejos enemigos, se reunieron y se miraron a los ojos sobre un fuego bajo. Las risas y los vítores se fueron desvaneciendo a lo largo de la bulliciosa playa, y Aquella Que Canta El Viento entonó una melodía fúnebre y arrancó brillantes chispas que bajaron sobre los guijarros hacia el mar.

Entonces el Rompeespadas infló su poderoso pecho, en el que destelló la cadena hecha con los pomos de sus enemigos caídos, y habló con voz de trueno.

—He mirado hacia el mar y he visto un barco que se deslizaba por el agua raudo como una gaviota gris, espantando a los barcos del Alto Rey como estorninos. Hierro en el mástil, en las manos de sus guerreros. Hierro en los ojos de su despiadado capitán. Hierro en la masacre que ha desatado sobre las aguas. Cadáveres para saciar incluso el hambre de la Madre Mar.

Un férreo murmullo se extendió entre los guerreros, orgullosos de su fuerza y de la fuerza de sus líderes. Orgullosos de las canciones que legarían a sus hijos, más valiosos para ellos que el oro. Uthil dejó que se ensancharan sus ojos enloquecidos, dejó que su espada resbalara hasta reposar con la punta entre los

guijarros de la playa. Su voz llegó estridente como el chirrido de la piedra de afilar.

—He mirado hacia la tierra y he visto reunirse una hueste. Negro era el estandarte que el viento azotaba sobre sus cabezas, negra era la furia que ha caído sobre sus enemigos. Hacia el mar empujaba a los hombres del Alto Rey. Un trueno de acero partía sus yelmos y hendía sus escudos, y roja era la marea que ha anegado su derrota. Cadáveres para saciar incluso el hambre de la Madre Guerra.

Los dos reyes se estrecharon la mano sobre la hoguera y estalló un poderoso vítor, un estruendo metálico cuando los hombres golpearon sus armas dentadas contra sus escudos abollados, cuando aporrearon los hombros cubiertos de malla de sus camaradas, y Skara aplaudió y rió con ellos.

Jenner el Azul alzó las cejas.

—Unas estrofas aceptables, para ser improvisadas.

—¡Sin duda los escaldos podrán pulirlas más tarde!

Skara había conocido la sensación de una gran victoria, y era merecedora de canciones. Habían expulsado al Alto Rey de la tierra de sus antepasados y, por primera vez desde que huyera del Bosque en llamas, notó el corazón satisfecho.

Pero entonces recordó aquella sonrisa fofa, salpicada de la sangre de su abuelo, y tuvo un escalofrío.

—¿Yilling el Brillante estaba entre los muertos? —preguntó levantando la voz.

Grom-gil-Gorm volvió sus ojos oscuros hacia ella.

—No he visto ni rastro de ese perro adorador de la Muerte, ni tampoco de sus Compañeros. Lo que hemos masacrado en la playa era una escoria mal armada y mal dirigida.

—Padre Yarvi. —Un niño pasó junto a Skara y tiró del abrigo del clérigo—. Ha llegado una paloma.

Por algún motivo, sintió el peso de la fría preocupación en el estómago mientras el padre Yarvi apoyaba su báculo de metal élfico en el interior del codo y giraba el trocito de papel hacia la luz del fuego.

—¿Procedente de dónde?

—Costa abajo, más allá de Yaletoft.

—Tenía a hombres vigilando el agua y...

Dejó la frase en el aire mientras sus ojos recorrían las letras garabateadas.

—¿Tienes noticias? —preguntó el rey Uthil.

Yarvi tragó saliva mientras una ráfaga repentina agitaba el papel en sus dedos.

—El ejército del Alto Rey ha cruzado los estrechos hacia el oeste —murmuró—. Diez mil de sus guerreros han hollado terreno trovenlandés y ya están marchando.

—¿Qué? —dijo Raith, con la boca todavía sonriente pero la frente arrugada de confusión.

No muy lejos, los hombres todavía danzaban con pasos torpes a la música de una flauta, riendo, bebiendo y celebrando, pero en torno a los dos reyes los rostros se habían vuelto graves de repente.

—¿Estás seguro? —La voz de Skara tenía el tono suplicante de un preso indultado que descubría que iba a morir por algún otro delito.

—Lo estoy. —Y Yarvi arrugó el papel y lo arrojó a las llamas.

La madre Scaer dio una risotada seca y desprovista de alegría.

—¡Todo esto era un señuelo! Una floritura en los dedos de la abuela Wexen para apartar nuestros ojos mientras descargaba el auténtico golpe con la otra mano.

—Un truco —dijo Jenner el Azul casi sin voz.

—¿Ha sacrificado a todos esos hombres? —preguntó Skara—. ¿Como carnada?

—Por el bien mayor, mi reina —susurró la hermana Owd. Playa abajo, algunos fuegos se apagaron chisporroteando cuando una fría ola ascendió por la

grava.

—Se ha librado de sus barcos peor calafateados, de sus guerreros más débiles. Hombres a los que ya no tendrá que armar, alimentar ni preocuparse por ellos. —El rey Uthil asintió con aprobación—. Hay que admirar su crueldad.

—Creía que nos había sonreído la Madre Guerra. —Gorm frunció el ceño al cielo nocturno—. Parece que su favor ha recaído en otros.

A medida que corría la noticia, la música se detuvo y, con ella, las celebraciones. La madre Scaer miraba a Yarvi con furia.

—Creías que sorprenderías a la abuela Wexen, pero ha sido ella quien te ha burlado a ti y a todos nosotros contigo. ¡Necio arrogante!

—¡No he oído que nos iluminaras con tu sabiduría! —replicó brusco el padre Yarvi, con sombras negras en los huecos iracundos de su cara.

—¡Basta! —suplicó Skara, interponiéndose entre ellos—. ¡Debemos estar unidos, ahora más que nunca!

Pero ya había estallado un murmullo que pronto se convirtió en clamor, como el que había oído al otro lado de su puerta la noche en que los guerreros del Alto Rey llegaron a Yaletoft.

—¿Diez mil hombres? ¡Eso bien puede ser el triple de los que hemos combatido aquí!

—¡El doble de los que tenemos nosotros!

—¡Y podrían llegar más por los estrechos!

—No hay duda de que el Alto Rey ha encontrado más barcos.

—Debemos atacar ya —espetó el rey Uthil.

—Debemos retirarnos —gruñó Gorm—, atraerlos a nuestro terreno.

—Basta —croó Skara, pero no se encontraba capaz de llenar los pulmones como debía. El corazón le palpitaba en los oídos.

Algo se agitó en el cielo negro y Skara se sobresaltó. Raith la cogió por el brazo y la colocó a su espalda mientras desenfundaba una daga.

Un ave llegó aleteando en la noche y se posó en el hombro de la madre Scaer. Un cuervo, que plegó las alas y la miró sin parpadear con ojos amarillentos.

—¡Yilling el Radiante ha venido! —chilló.

Y de pronto Skara volvía a hallarse en la oscuridad, con la demente luz de los fuegos al otro lado de las ventanas mientras una mano blanca se acercaba para tocarle la cara. Notó que se le revolvían las tripas y le temblaban las rodillas, y tuvo que aferrar el brazo de Raith para no caerse.

La madre Scaer desenrolló en silencio el papel de la pata de su cuervo. Leyó en silencio la escritura y su rostro pétreo se petrificó aún más. Skara sintió en silencio cómo el miedo se aposentaba más en ella, igual que una nevada, igual que una roca enorme que la dejara sin aliento, solo con el cosquilleo ácido al fondo de la garganta.

Recordó lo que solía decir su abuelo. «La sensación de la victoria es agradable, pero siempre fugaz.»

Su voz salió tenue en la noche.

—¿Qué ocurre?

—Más noticias aciagas —dijo la madre Scaer—. Sé dónde ha estado Yilling el Radiante.

EL PRECIO

Rulf siempre decía que no había ningún otro lugar para olvidar los problemas como la proa de un barco a toda vela, donde el peor enemigo es el viento y la mayor preocupación, la ola que viene tras la próxima. Koll vio la sabiduría en sus palabras mientras se aferraba sonriente a la bestia de proa, disfrutando del agua en la cara y la sal en los labios.

Pero a los dioses les encanta reírse de un hombre contento.

Un brazo le rodeó los hombros, veloz como una serpiente. Quizá no fuese tan grande como el de Brand pero su fuerza era igual de aterradora, con los nudillos llenos de costras y cicatrices y la tenue luz anaranjada del brazalete élfico obtenido como recompensa tras combatir en solitario a siete hombres.

—Ya casi estamos en casa. —Espina hizo una profunda inspiración por la nariz torcida y señaló con la barbilla la línea irregular de las colinas de Gettlandia que empezaban a vislumbrarse en el horizonte—. Volverás a verte con Rin, supongo.

Koll suspiró.

—Puedes enfundar las amenazas. Brand ya me dio la charla y...

—Brand no habla lo bastante alto. Es un trozo de pan. Los dioses saben que buena falta le hace para soportarme. Pero Brand y yo estamos casados. —Espina dio un toque con los dedos a la llave de oro rojo que llevaba al cuello y la hizo balancearse en su cadena—. Así que Rin es mi hermana también. Y yo no soy un trozo de pan. Siempre me has caído bien, y a mí no me cae bien nadie, pero ¿sabes adónde quiero llegar?

—No hace falta ser muy sagaz. —Koll agachó la cabeza—. Me siento como si estuviera atrapado en una sala que se encoge. No veo la forma de portarme bien con Rin y con el padre Yarvi al mismo tiempo.

—¿No sabes cómo obtener lo que buscas de los dos, quieres decir?

Koll la miró con aire culpable.

—Quiero ser amado mientras cambio el mundo. ¿Tan mal está?

—Solo si terminas no haciendo ninguna de las dos cosas y, además, lo destrozas todo a tu paso. —Espina suspiró y dio una palmadita comprensiva en el hombro de Koll—. Si te sirve de consuelo, sé cómo te sientes. Yo hice el juramento de ser Escudo Elegido de la reina Laithlin y le prometí a Brand ser su esposa y... resulta que los dos merecen algo mejor.

Koll levantó las cejas. Era extrañamente reconfortante saber que Espina, que siempre aparentaba tanta seguridad, podía tener sus propias dudas.

—No estoy seguro de que estén de acuerdo.

Espina rebufó.

—No estoy segura de que no lo estén. Siento que no soy suficiente para ninguno de los dos, y que aquello que doy nadie en su sano juicio lo querría. Nunca pretendí convertirme en... bueno... —Cerró la mano derecha e hizo una mueca mirando el puño—. En una malnacida enfadada.

—¿Ah, no?

—No, Koll, no lo pretendía.

—¿Y qué vas a hacer entonces? —preguntó.

Espina infló las mejillas cicatrizadas.

—Seguir intentándolo, supongo. ¿Qué vas a hacer tú?

Koll también hinchó los carrillos mirando hacia el hogar.

—No tengo ni idea, joder. —Entornó los ojos al ver unas manchas grises en el cielo—. ¿Eso es humo?

Se escabulló por debajo del brazo de Espina, saltó a un tonel y de ahí al mástil. La reina estaba de pie junto a la borda, mirando circunspecta al oeste mientras el viento zarandeaba su cabello dorado.

—Presagios oscuros —murmuró Skifr desde debajo de su capucha, observando las aves que volaban en círculos sobre su estela—. Presagios sangrientos.

Koll trepó hasta lo alto del mástil y lo rodeó con las piernas, con una mano en la cabecera del mástil y la otra haciéndose visera para mirar hacia Thorlby. Al principio no distinguió gran cosa por el vaivén del barco, pero al poco la Madre Mar se calmó un instante y Koll pudo echar un buen vistazo. Los muelles, las murallas, la ciudadela...

—Dioses —graznó. Había una cicatriz oscura que bajaba por la colina, cruzando el mismo corazón de la ciudad.

—¿Qué ves? —preguntó con brusquedad la reina Laithlin.

—Fuego —dijo Koll, con el vello de la nuca erizado—. Fuego en Thorlby.

Las llamas habían arrasado el puerto. Allí donde se habían reunido multitudes, trabajado los pescadores y voceado ofertas los comerciantes, se arremolinaban fantasmas de polvo entre las ruinas calcinadas. Los embarcaderos habían caído retorcidos al agua y no quedaba ni uno solo practicable. El mástil chamuscado de un barco hundido asomaba entre las olas, junto a la solitaria bestia de proa de otro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó alguien sin apenas voz entre el hedor de la madera quemada.

—¡Desembarquemos en la playa! —rugió Espina, aferrándose con tanta fuerza a la regala que tenía los nudillos blancos.

Remaron en funesto silencio, sin dejar de mirar hacia la ciudad, de reparar en los huecos arrancados a los edificios de la empinada ladera como si fuesen dientes, dolorosas ausencias en la sonrisa de un amante. Casas que el fuego había convertido en cascarones, ventanas vacías como los ojos de un cadáver, esqueletos carbonizados de vigas, obscenos en su desnudez. Casas que aún tosían volutas de humo oscuro bajo los cuervos que trazaban círculos y círculos en el cielo, graznando agradecidos a su madre de hierro.

—Ay, dioses —dijo Koll con un hilo de voz.

La calle Sexta, donde había estado la fragua de Rin, donde habían trabajado juntos y reído juntos y yacido juntos, era una franja de escombros ennegrecidos a la sombra de la ciudadela. Se quedó helado hasta las mismas puntas de los dedos, con el miedo convertido en una bestia tan salvaje en el pecho que apenas le dejaba respirar por los zarpazos.

Tan pronto como la quilla del barco rozó los guijarros de la playa, Espina saltó de la proa seguida de Koll, que apenas notó el frío y estuvo a punto de tropezar con ella cuando se detuvo de golpe.

—No —la oyó susurrar, y vio cómo el dorso de la mano que se había llevado a los labios temblaba.

Miró playa arriba hacia los túmulos de los reyes fallecidos tiempo atrás. En las dunas había gente reunida, entre la fina hierba que azotaba la brisa, docenas de personas con los hombros caídos y las cabezas gachas.

Un funeral, y Koll sintió que el miedo redoblaba su presa en él.

Trató de poner una mano en el hombro de Espina, no sabía si para consolarla o para consolarse él, pero ella se zafó y echó a correr, levantando arena con los talones, y Koll la siguió. Le llegó el sonido de una voz que salmodiaba. Brinyolf el tejedor de plegarias, entonando canciones al Padre Paz, a Aquella Que Escribe y Aquella Que Juzga, a la Muerte que vigilaba la Última Puerta.

—No —oyó que musitaba Espina mientras remontaba con esfuerzo las dunas hacia ellos.

Las palabras de Brinyolf se embarrancaron y cesaron. El silencio quedó alterado solo por los torpes avances del viento entre las hojas y el lejano grito alegre de un cuervo en las alturas. Los rostros demudados se volvieron hacia ellos, sombríos de pasmo, brillantes de lágrimas, tensos de rabia.

Koll vio que Rin ahogaba un grito de alivio, pero su pequeña plegaria de agradecimiento murió al ver la tristeza en sus labios, el dolor en su cara y las lágrimas en sus mejillas. Siguió a Espina hacia ella, con las rodillas tambaleantes, al mismo tiempo anhelando ver y anhelando no ver.

Vio la gran pira, la madera amontonada hasta la altura de la cintura.

Vio los cuerpos tendidos sobre ella. Dioses, ¿cuántos eran? ¿Dos docenas, tres?

—No, no, no —susurró Espina, acercándose muy poco a poco al más cercano.

Koll vio el pelo oscuro agitado por el viento, vio las manos blanquecinas plegadas sobre el ancho pecho, las viejas cicatrices que serpenteaban por las muñecas. Marcas de héroe. Marcas de una gran hazaña. Una hazaña que había salvado la vida de Koll. Llegó hasta el lado de Rin y bajó la mirada hacia el rostro. El rostro de Brand, pálido y frío, con una hendidura negra y sin sangre bajo un ojo.

—Dioses —gorjeó, incapaz de creerlo.

Brand siempre había sido tranquilo y fuerte, sólido como la roca sobre la que se alzaba Thorlby. No podía estar muerto. No podía.

Koll cerró con fuerza los ojos escocidos, volvió a abrirlos y allí seguía tendido.

Brand había cruzado la Última Puerta y ahí terminaba su historia. Ya nunca habría nada más.

Y Koll dejó escapar un ridículo resoplido y sintió una punzada en la nariz y lágrimas resbalando por las mejillas.

Espina se inclinó sobre Brand, extendió un brazo en el que el brazalete élfico había quedado oscuro y muerto y, con suavidad, con toda la suavidad del mundo, le apartó los mechones de pelo de la cara. Luego se quitó la cadena del cuello, acunó la cabeza de Brand para poder pasarla y metió la llave de oro por dentro de su camisa. La mejor camisa que tenía, la que no se había puesto nunca porque no encontraba el momento adecuado. Espina la acarició, alisándola con gestos tiernos de sus dedos temblorosos, una y otra vez.

Rin se agarró a él y Koll le pasó el brazo por los hombros, flojo, débil, inútil. Notó que se estremecía con callados sollozos y abrió la boca para hablar, pero no salió nada. Se suponía que era aprendiz de un clérigo. Se suponía que debía tener las palabras. Pero ¿qué podían hacer las palabras en un momento como aquel?

Se había sentido igual de impotente el día en que murió su madre, con ella tumbada en la pira y el padre Yarvi hablando porque Koll no era capaz. Solo pudo

quedarse plantado mirando al suelo y pensar en lo que había perdido.

La multitud silenciosa abrió paso a la reina Laithlin, con el cabello batiendo su cara y arrastrando el vestido empapado de salmuera tras ella.

—¿Dónde está el príncipe Druin? —gruñó—. ¿Dónde está mi hijo?

—A salvo en vuestros aposentos, mi reina —dijo Brinyolf el tejedor de plegarias, mientras hacía desaparecer su barbilla en la papada al bajar su mirada triste hacia la pira—. Gracias a Brand, que tocó una campana para advertirnos a todos. Los guardias de Druin no corrieron riesgos. Dejaron caer la Puerta de los Alaridos y sellaron la ciudadela.

Los ojos entrecerrados de Laithlin recorrieron los cadáveres.

—¿Quién ha hecho esto?

Una de las chicas a las que estaba entrenando Espina, Edni, escupió en el suelo. Llevaba un vendaje manchado en torno a la cabeza.

—Yilling el Radiante y sus Compañeros.

—Yilling el Radiante —murmuró Laithlin—. Últimamente oigo ese nombre demasiado a menudo.

Espina se irguió muy despacio. No había lágrimas en su rostro, pero Koll oía el gimoteo ahogado que acompañaba cada uno de sus alientos. Rin le puso una mano en el hombro pero Espina no se volvió, no se movió, como si estuviera soñando despierta.

—Llegó con dos barcos —estaba diciendo Edni—, quizá tres. En plena noche. No eran suficientes para tomar la ciudad, pero sí para incendiarla. Habían venido unos trovenlandeses el día anterior, diciendo que eran mercaderes. Creemos que son los que le abrieron paso. Entonces él y sus Compañeros se separaron y empezaron a iniciar incendios.

—Brand los oyó —musitó Rin—. Salió para tocar las campanas. Dijo que había que avisar a la gente. Dijo que tenía que hacer el bien.

—Habría sido peor si no fuera por él —dijo un viejo guerrero con el brazo en cabestrillo y, al parpadear, liberó una larga franja de lágrimas de sus ojos

inundados—. Yo me enteré por la campana. Había incendios por todas partes. Todo era caos, y Yilling el Radiante reía en el centro.

—Reía y mataba —dijo Edni—. Hombres, mujeres, niños.

Brinyolf negó con la cabeza, asqueado.

—¿Qué puede esperarse de un hombre que no reza a más dios que la Muerte?

—Sabían los lugares exactos en que habría guardias. —Edni cerró los puños—. Qué calles coger. Qué edificios quemar. Sabían dónde éramos fuertes y dónde éramos débiles. ¡Lo sabían todo!

—Pero aun así plantamos cara, mi reina. —El tejedor de plegarias apoyó la gruesa mano en el fino hombro de Edni—. ¡Habríais estado orgullosa de cómo luchó vuestro pueblo! Gracias al favor de los dioses pudimos rechazarlos, pero... la Madre de Cuervos siempre se cobra un duro tributo.

—Esta deuda corresponde a la abuela Wexen —murmuró Koll, secándose la nariz—. Y a nadie más que ella.

—Espina. —La reina Laithlin fue hacia ella—. Espina. —La cogió de los hombros y apretó con fuerza—. ¡Espina!

Espina parpadeó como si despertara de un sueño.

—Yo tengo que quedarme aquí —dijo la reina— e intentar sanar las heridas de Thorlby, atender a los supervivientes.

El aliento quejumbroso de Espina se había convertido en un gruñido entrecortado, y tenía contraídos los músculos de la mandíbula en su rostro surcado de cicatrices.

—Yo tengo que luchar.

—Sí. Y no te lo impediría ni aunque pudiera. —La reina levantó la frente—. Te libero de tu juramento, Espina Bathu. Ya no eres mi Escudo Elegido. —Se acercó hacia ella e infundió filo su voz—. Ahora debes ser nuestra espada. ¡La espada que se cobre venganza de Yilling el Radiante!

Espina asintió despacio con la cabeza, sus manos cerradas en tensos puños temblorosos.

—Lo juro.

—Mi reina —dijo Edni—, pudimos atrapar a uno de ellos.

Laithlin entornó los ojos.

—¿Dónde está?

—Encadenado y bajo guardia en la ciudadela. No ha dicho ni una palabra. Pero por la armadura y sus aros-moneda, creemos que es uno de los Compañeros de Yilling el Radiante.

Espina enseñó los dientes. El brazalete élfico había empezado a brillar de nuevo, pero ahora incandescente como un ascua que teñía de rojo los marcados contornos de su cara, que encendía chispas sangrientas en las comisuras de sus ojos.

—Conmigo sí que hablará —susurró.



TERCERA PARTE

SOMOS EL ESCUDO

MONSTRUOS

—Aliados míos, amigos míos —empezó a decir Skara, como si llamarlos amigos pudiera hacer que los sintiera menos como enemigos—, me ha parecido sensato convocar solo a nosotros seis para valorar nuestra situación sin demasiadas... interrupciones. —Es decir, sin la avalancha de riñas mezquinas, insultos y amenazas que estrangulaba sus cónclaves más concurridos.

El rey Uthil y el rey Gorm se miraban con mala cara. El padre Yarvi y la madre Scaer se miraban con mala cara. La hermana Owd se reclinaba contra el respaldo cruzada de brazos y con el semblante serio. Del mar llegaba un suspiro de brisa que mecía la larga hierba de los túmulos y le producía escalofríos a Skara aunque hiciera calor.

Una reunión íntima al aire libre, con las mariposas revoloteando entre las flores que crecían en las tumbas de los padres que Skara apenas había conocido. Una reunión íntima de dos reyes, tres clérigos y ella. Y con la cólera de la abuela Wexen cerniéndose sobre todos ellos.

—Nuestra situación, pues. —La madre Scaer daba vueltas sin parar a uno de los brazaletes élficos que llevaba en la fina muñeca—. Yo diría que es bastante apurada.

—Van a caer sobre nosotros diez mil guerreros del Alto Rey —dijo Uthil—, y con los estandartes de muchos héroes ilustres entre ellos.

—Y cada día cruzan más desde Yutmarca por los estrechos —dijo Gorm—. Debemos retirarnos. Debemos abandonar Trovenlandia.

Skara se encogió. ¿Abandonar el cabo de Bail? ¿Abandonar su tierra y a su pueblo? ¿Abandonar el recuerdo de su abuelo? La idea le daba arcadas. O más arcadas, al menos.

Uthil dejó resbalar el filo desnudo de su espada por la mano hasta que la punta reposó en la hierba.

—No vislumbro la victoria de ese modo.

—¿Y dónde la vislumbráis? —suplicó Skara, esforzándose en sentarse recta y cubrir su expresión con la dignidad de una reina, aunque habría querido acurrucarse bajo su silla y llorar.

Pero Uthil solo hizo girar la espada con gestos suaves, bajo un rostro tan duro como el acantilado sobre el que se hallaban.

—Siempre estoy dispuesto a probar mi suertedearmas, pero no estoy solo. Debo pensar en mi esposa y mi hijo. Debo pensar en el legado que podría dejarles.

Skara sintió una náusea y luchó contra ella. Si ni siquiera el Rey de Hierro podía decir que el acero era la respuesta, de verdad estaban en un atolladero.

La madre Scaer giró la cabeza afeitada y escupió por encima del hombro.

—Quizá ha llegado el momento de enviar un ave a la abuela Wexen.

El padre Yarvi dio un bufido.

—La madre Adwyn dejó muy claro que nunca hará las paces conmigo.

—Eso dices tú.

Yarvi entornó los párpados.

—¿Crees que miento?

Scaer le devolvió la mirada.

—Por lo general.

—El rey Fynn hizo las paces con la abuela Wexen —dijo Skara con la voz entrecortada—. ¡Y mirad de qué le sirvió!

Pero los dos reyes seguían sentados en un taciturno silencio mientras la madre Scaer se inclinaba y apoyaba los antebrazos tatuados en las rodillas.

—Toda guerra es solo un preludio de la paz, una negociación con espadas en vez de palabras. Acudamos a la abuela Wexen mientras aún tengamos algo con

lo que negociar.

—¡No habrá negociación! —ladró una voz—. No habrá paz.

Espina Bathu salió de detrás del túmulo más cercano. Al principio Skara se alegró de verla. Era justo la mujer necesaria si había que afrontar lo imposible. Pero entonces Espina tiró de una cadena y obligó a un prisionero a seguirla trastabillando, con las manos atadas a la espalda y la cabeza cubierta por un saco ensangrentado. Skara vio una tercera figura que los seguía, encapuchada y cubierta por una capa hecha de harapos. Y al cruzar la mirada con Espina, Skara vio unos ojos que ardían en sus cuencas ennegrecidas con una furia que casi dolía contemplar.

—Yilling el Radiante ha atacado Thorlby —rugió, con una patada que hizo caer de rodillas al prisionero ante los tres gobernantes y sus tres clérigos—. Ha incendiado media ciudad. La reina Laithlin se ha quedado allí con su hijo, para cuidar de los heridos. Ha matado a hombres, mujeres y niños. Ha matado... —Tosió de manera ahogada, y enseñó los dientes, y logró dominarse y levantó la barbilla, con los ojos brillantes—. Ha matado a Brand.

Gorm frunció el ceño mirando a su clériga. Uthil apretó la empuñadura de su espada. El padre Yarvi abrió mucho los ojos y pareció hundirse en su banqueta.

—Dioses —susurró, palideciendo.

—Lo... lo siento mucho —farfulló Skara. Recordaba cómo la había abrazado Espina cuando la llevaron a Thorlby. Deseó poder devolverle el favor, pero tenía el semblante tan deformado por la rabia que Skara apenas se atrevía ni a mirarla, no digamos ya tocarla.

La recién llegada se quitó la capucha andrajosa. Era una sureña de piel oscura, delgada como un látigo y con quemaduras por la mitad izquierda de su cara. En otro tiempo habrían hecho encoger el gesto a Skara, pero ya iba acostumbrándose a las cicatrices.

—Saludos, grandes reyes, grandes reinas, grandes clérigos. —La mujer hizo una inclinación y enseñó calvas quemadas en su pelo canoso y rapado—. En la tierra de los alyukos me llaman Sun-nara-Skun. En Kalyiv me llaman Scarayoi, la Caminante de las Ruinas.

—¿Cómo te llaman aquí? —restalló la madre Scaer.

—Es Skifr —musitó Yarvi.

—¿La bruja Skifr? —El labio de Scaer se torció de asco—. ¿La ladrona de reliquias élficas? ¿La condenada por la abuela Wexen?

—En carne y hueso, querida. —Skifr sonrió—. La abuela Wexen quemó mi casa y mató a los míos, de modo que soy enemiga acérrima de vuestro enemigo acérrimo.

—Los mejores aliados que existen. —El Rompeespadas miró interrogativo al hombre encadenado—. ¿Pretendéis que intentemos adivinar quién es nuestro visitante?

Espina bufó y le quitó el saco de la cabeza.

Al principio a Skara le dio asco su cara. Estaba deformada a golpes, hinchada de moratones, con un ojo imposible de abrir y manchas rojas en el blanco del otro. Entonces cayó en la cuenta de que lo conocía. Era uno de los que estaban en el Bosque la noche en que ardió. Uno de los que rieron cuando el rey Fynn cayó al hogar. Sabía que debía odiarlo, pero lo único que sintió al ver su cara destrozada fue pena. Pena y repulsión por lo que le habían hecho.

«Sé tan generosa con tus enemigos como con tus amigos —le había dicho siempre su abuelo—. No por su bien, sino por el tuyo.»

Pero Espina no tenía el ánimo nada generoso.

—Este es Asborn el Intrépido, Compañero de Yilling el Radiante. —Le hundió los dedos en la sangre reseca del pelo y tiró de su cara hacia ella—. Lo capturaron en la incursión de Thorlby y, mira por dónde, resulta que puede tener miedo. ¡Diles lo que me dijiste a mí, gusano!

La boca de Asborn se abrió mustia y desdentada para graznar palabras rotas.

—Llegó un... mensaje a Yilling el Radiante. Para que atacara Thorlby. Cuándo... y dónde... y cómo atacar. —Skara hizo una mueca al oír chasquidos en su respiración gorgoteante—. Tenéis... un traidor entre vosotros.

El padre Yarvi se inclinó hacia delante e hizo un amago de puño con su mano contrahecha.

—¿Quién es?

—Solo Yilling lo sabe. —Su ojo inyectado en sangre estaba fijo en los de Skara—. Quizá esté aquí sentado... entre vosotros. —Su boca rota se retorció en una sonrisa roja—. Quizá...

Espina le dio un mamporro en la cara hinchada que lo tumbó de lado y levantó el brazo para seguir golpeando.

—¡Espina! —gritó Skara, con una mano en el pecho—. ¡No! —Espina la miró con el rostro retorcido de dolor y furia a la vez—. Por favor, si le haces más daño te lo haces a ti misma. Nos lo haces a todos. ¡Te lo ruego, ten un poco de piedad!

—¿Piedad? —Espina escupió, con lágrimas cayendo sobre las cicatrices de sus mejillas—. ¿Acaso ellos tuvieron piedad con Brand?

—No más que la que mostraron con mi abuelo. —Skara notó que se le anegaban los ojos mientras se inclinaba hacia delante, desesperada—. ¡Pero tenemos que ser mejores que ellos!

—No. Tenemos que ser peores. —Espina levantó a Asborn con un tirón salvaje de la cadena y alzó el puño cerrado, pero solo consiguió que la sonrisa del hombre se ensanchara.

—¡Yilling el Radiante se aproxima! —gorgoteó—. ¡Yilling el Radiante se acerca y trae la Muerte con él!

—Ah, no, la Muerte ya está presente.

Skifr se volvió y levantó el brazo, con un objeto de metal oscuro aferrado. Hubo un chasquido ensordecedor que hizo saltar a Skara en su silla y una bruma roja surgió del cogote de Asborn, que cayó retorcido hacia un lado con el pelo en llamas.

Skara lo miró horrorizada, con los ojos desorbitados, petrificada de frío terror.

—Que la Madre Guerra nos proteja —susurró Gorm.

—¿Qué has hecho? —chilló la madre Scaer, levantándose de un salto y derribando su banqueta en la hierba.

—Regocijaos, queridos míos, pues os traigo las herramientas de vuestra victoria. —Skifr alzó en el aire aquel objeto mortífero, de cuya punta salía una voluta de humo—. Sé dónde hay más. Reliquias de tanto poder que el de esta resulta insignificante en comparación. ¡Armas élficas forjadas antes de la Ruptura de la Diosa!

—¿Dónde? —preguntó Yarvi, y Skara se sorprendió al ver brillar el ansia en sus ojos.

Skifr dejó caer su cabeza de lado.

—En Strokom.

—¡Locura! —chilló la madre Scaer—. ¡La clerecía prohíbe adentrarse en Strokom! ¡Todo el que va allí enferma y muere!

—Yo he estado allí. —Skifr levantó un largo brazo para señalar el brazalete élfico que ardía naranja en la muñeca de Espina—. Traje esa baratija de su interior, y sigo proyectando sombra. No hay terreno prohibido para mí. Soy la Caminante de las Ruinas y conozco todos los caminos. Incluso aquellos que pueden protegernos de la enfermedad en Strokom. Decid que sí y pondré en vuestras manos unas armas contra las que no puede defenderse ningún hombre, ningún héroe, ningún ejército.

—¿Y maldecirnos a todos? —masculló la madre Scaer—. ¿Habéis perdido todos la chaveta?

—Yo aún la conservo. —El rey Uthil se había levantado con tranquilidad, había caminado con parsimonia hasta el cuerpo de Asborn y se había agachado con calma junto a él—. El gran guerrero es aquel que sigue respirando cuando los cuervos se dan el atracón. El gran rey es aquel que contempla cómo arden los cadáveres de sus enemigos. —Metió el dedo meñique en el pulcro agujero de la frente de Asborn y el fuego demente que había parecido extinguirse brilló de nuevo en sus ojos—. El acero debe ser la respuesta—. Sacó el dedo, rojo, y enarcó una ceja—. Esto no es más que acero de otra clase.

Skara cerró los ojos, agarrada con fuerza a los brazos de su butaca. Intentó calmar su aliento jadeante y su estómago revuelto, intentó ahogar el terror que sentía. Terror a haber visto la magia. Terror a haber visto a un prisionero asesinado ante sus ojos. Terror a ser la única a quien parecía importarle. Tenía que ser valiente. Tenía que ser lista. Tenía que ser fuerte.

—Opino que debería permanecer enfundado, no vaya a cortarnos a todos —estaba diciendo Gorm.

—¡Enfundado en el corazón de Yilling el Radiante! —bramó Espina.

—Salta a la vista que te ofusca el duelo —replicó la madre Scaer—. ¿Magia élfica? ¡Piensa en lo que dices! ¡Nos arriesgamos a otra Ruptura de la Diosa! ¡Y con un traidor en nuestro seno!

—Un traidor que hizo arder Thorlby —escupió Espina—, ¡como llevas soñando hacer tú desde hace años! ¡Un traidor que actúa en favor del Alto Rey, con quien tú querías la paz!

—Piénsatelo bien antes de acusarme, engendro del...

Skara se obligó a abrir los ojos.

—¡Todos hemos hecho sacrificios! —gritó—. Todos hemos perdido amigos, hogares, familias. ¡Debemos estar unidos o la abuela Wexen nos aplastará de uno en uno!

—Hemos desafiado la autoridad del Alto Rey —dijo el padre Yarvi—, y es todo lo que tiene. Todo lo que es. No puede echarse atrás y tampoco podemos nosotros. Hemos escogido nuestro camino.

—Tú lo has elegido por nosotros —replicó la madre Scaer con acritud—, ¡un paso sangriento tras otro! Y va directo a nuestra destrucción.

Skifr soltó una seca carcajada.

—Ya os dirigíais hacia allí dando bandazos sin mi ayuda, queridos míos. Siempre hay riesgos. Siempre hay costes. Pero os he mostrado magia prohibida y la Madre Sol sigue en el cielo.

—Gobernamos porque los hombres confían en nosotros —dijo Gorm—. ¿Qué hará esto a su confianza?

—Gobernáis porque los hombres os temen —respondió el padre Yarvi—. Con armas como estas, su miedo solo crecerá.

Scaer siseó.

—Esto es el mal, padre Yarvi.

—Me temo que es el mal menor, madre Scaer. Las victorias gloriosas inspiran grandes canciones, pero las victorias sin gloria son igual de buenas una vez que los bardos han terminado con ellas. Las derrotas gloriosas, por su parte, son solo derrotas.

—Necesitamos tiempo para decidir —dijo Skara, extendiendo las manos abiertas como para tranquilizar a una jauría de perros violentos.

—Que no sea demasiado. —Skifr movió el brazo como una exhalación y atrapó una hojita seca del aire—. Las arenas caen por el cristal y Yilling el Radiante marcha sin descanso hacia nosotros. ¿Haréis lo que es necesario para derrotarlo o permitiréis que él os venza? —Aplastó la hoja mientras daba media vuelta y, levantando el brazo, dejó que la brisa se llevara el polvo—. Si me preguntáis a mí, queridos míos, ¡eso no hay ni que decidirlo!

—No habrá paz —gruñó Espina Bathu, pasándose la cadena por encima del hombro—. No mientras Yilling el Radiante y yo sigamos con vida. ¡Eso os lo prometo!

Y se volvió para seguir a Skifr arrastrando el cadáver asesinado de Asborn, cuyos talones labraban sendos surcos en la hierba.

Gorm se levantó despacio, con el ceño fruncido en su rostro curtido por la batalla.

—Celebremos un gran cónclave mañana al amanecer, entonces, y decidamos en él qué futuro tendrá nuestra alianza. Qué futuro tendrá todo el mar Quebrado, tal vez.

El rey Uthil fue el siguiente en levantarse.

—Tenemos mucho de qué hablar, padre Yarvi.

—Así es, mi rey, pero antes debo hablar con la reina Skara.

—Muy bien. —Uthil devolvió su espada sin vaina al interior de su brazo—. Mientras tanto, yo procuraré impedir que Espina Bathu mate a todos los vansterlandeses buscando traidores. Envía un ave a la reina Laithlin. Dile que dé un beso a mi hijo de mi parte. —Se volvió hacia la fortaleza—. Dile que me temo

que llegaré tarde a cenar.

Skara esperó hasta que el rey Uthil se hubo marchado y la madre Scaer se hubo alejado, meneando la cabeza afeitada con amargura, antes de hablar.

—Sabías que llegaría este momento. —Fue colocando las piezas con esmero hasta que encajaron en su mente—. Por eso querías que nos reuniera aquí solo a nosotros seis. Para que este asunto de las reliquias élficas no pudiera llegar a más oídos.

—No todo el mundo es tan... precavido como vos, mi reina. —Halagos, eran solo halagos. Intentó evitar que influyeran en ella—. Lo sensato es no ampliar mucho el círculo, sobre todo si en verdad hay un traidor entre nosotros.

Tenía todo el sentido del mundo, pero aun así Skara frunció el ceño.

—Podría acabar cansándome de bailar al son que marcas, padre Yarvi.

—Es la música de la abuela Wexen la que nos hace bailar a todos, y he jurado detener al flautista. Tenéis una gran decisión que tomar, mi reina.

—Una detrás de la otra.

—Es el precio del poder. —Yarvi miró la hierba manchada de sangre y, por un instante, pareció lidiar con una náusea propia—. Disculpadme. Acabo de enterarme de que el hombre más bueno que conocía ha muerto. A veces es difícil... escoger lo correcto.

—A veces no existe lo correcto. —Skara intentó imaginar qué habría hecho su abuelo en su lugar. Qué consejo le habría dado la madre Kyre. Pero sobre aquello no le habían dado lecciones. Estaba lejos de la costa, en mares inexplorados, con una tormenta avecinándose y sin estrellas que la orientaran—. ¿Qué debo hacer, padre Yarvi?

—Un hombre sabio me dijo una vez que un rey debe ganar, todo lo demás es polvo. Lo mismo es cierto para una reina. Aceptad la oferta de Skifr. Sin algo que equilibre la balanza, el Alto Rey nos barrerá a todos del mundo. La abuela Wexen no se apiadará de vos. No dejará vivir al pueblo de Trovenlandia. Yilling el Radiante no os agradecerá vuestra moderación. Preguntaos qué haría él en vuestro lugar.

Skara no pudo evitar un escalofrío al pensarlo.

—¿Debo convertirme en Yilling el Radiante, entonces?

—Que el Padre Paz derrame lágrimas por los métodos; la Madre Guerra sonríe a los resultados.

—¿Y cuando termine la guerra? —susurró—. ¿Qué clase de paz habremos logrado?

—Queréis ser misericordiosa, vivir en la luz. Lo entiendo. Lo admiro. Pero mi reina... —El padre Yarvi se acercó, retuvo su mirada y bajó la voz—: Solo los vencedores pueden tener misericordia.

No había elección, en el fondo. Lo había sabido desde que Skifr les mostró su magia. Estudiando el rostro del padre Yarvi, comprendió que él también era consciente de ello. Lo había visto venir muy de lejos y había virado el curso de todos hacia allí con tal suavidad que Skara había creído estar al timón. Pero también sabía que a medida que avanzaban las tropas del Alto Rey, su poder prestado se le escurría entre los dedos. El de la mañana siguiente podía ser su último voto. Tenía que hacer que contara para su abuelo, para su pueblo, para Trovenlandia. Para sí misma.

—Quiero algo a cambio. —Miró las almenas del cabo de Bail, negras contra el cielo blanco—. Debéis convencer al rey Uthil de que se enfrente a Yilling el Radiante aquí.

El padre Yarvi escrutó la expresión de Skara, como si pudiera desenterrar sus intenciones excavando con la mirada. Quizá pudiera.

—Se resistirá a combatir tan lejos de casa. Y Gorm más que él.

—En ese caso, hablaré con la madre Scaer, a ver qué me ofrece por votar en tu contra. —Skara recorrió con un brazo las murallas élficas que se alzaban sobre el túmulo de su madre—. No existe fortaleza más resistente que esta. Si la ocupamos, Yilling el Radiante estará obligado a acudir a nosotros. Por su orgullo. Y porque no puede marchar hacia el norte y dejarnos libres en su retaguardia. Concentraremos aquí a los hombres del Alto Rey, todos en un solo lugar. Seremos el escudo que rompa la fuerza de la abuela Wexen. Serás libre de ir a buscar tus armas... —Procuró que no se le notara la repugnancia al mirar la hierba ensangrentada donde había caído Asborn—. Y a tu regreso, podremos aplastar el ejército de Yilling el

Radiante con un solo golpe.

Yarvi la estudió.

—Hay sabiduría en vuestras palabras, pero a los guerreros rara vez les interesa la sabiduría.

—A los guerreros les gustan el metal pulido, los relatos gloriosos y las canciones en que el acero es la respuesta. Seguro que podrás cantar una canción como esa a los dos reyes. ¿Tienes una voz melodiosa, padre Yarvi?

Él enarcó una ceja.

—Pues resulta que sí.

—No abandonaré la fortaleza por la que murió mi padre. No abandonaré la tierra por la que murió mi abuelo.

—Entonces yo lucharé junto a vos por ella, mi reina. —Yarvi miró de soslayo a la hermana Owd—. ¿Tienes algo que añadir?

—Yo hablo cuando la reina Skara necesita mi consejo. —Compuso la más apacible de las sonrisas—. Y creo que te ha manejado a la perfección sin mi ayuda.

El padre Yarvi se despidió con un bufido y se marchó a zancadas entre los túmulos hacia el campamento del rey Uthil.

—He ahí un hombre astucioso —murmuró la hermana Owd, poniéndose al lado de Skara—. Un hombre capaz de hacer que cualquier rumbo parezca sensato.

Skara la miró de reojo.

—No me hace falta interpretar los presagios para saber que viene un pero.

—Su plan es desesperado. Está dispuesto a hollar terreno prohibido con la guía de esa bruja, Skifr. —La hermana Owd bajó la voz—. Sería capaz de hollar el infierno con un demonio dirigiendo sus pasos, y capaz de hacer que lo sigamos. ¿Y si no encuentran esas reliquias élficas? Quedaremos atrapados en el cabo de Bail, rodeados por diez mil guerreros. ¿Y si las encuentran? —Siguió un susurro, un susurro temeroso—. ¿Nos arriesgaremos a otra Ruptura del Mundo?

Skara pensó en las granjas quemadas, los pueblos quemados, el salón de su abuelo en ruinas.

—El mundo ya está roto. Sin esas armas, el Alto Rey vencerá. La abuela Wexen vencerá. —Notó el vómito al fondo de la garganta y se lo tragó—. Yilling el Radiante vencerá.

Los hombros de la hermana Owd se desplomaron.

—No os envidio la decisión que debéis tomar, mi reina. —Frunció el ceño hacia el camino que había seguido el padre Yarvi—. Pero temo que para destruir un monstruo podáis crear otro.

Skara miró una última vez el túmulo de su padre.

—Antes creía que había héroes en el mundo. Pero el mundo está lleno de monstruos, hermana Owd. —Dio la espalda a los muertos y emprendió el regreso a la fortaleza—. Quizá lo máximo que podamos esperar sea contar con el más terrible de ellos en nuestro bando.

MENTIRAS

Rin nunca hacía las cosas a medias. A Koll siempre le había encantado eso de ella.

Tan pronto como llegaron al cabo de Bail había buscado la fragua, había encontrado un espacio en el laberinto de sótanos, había extendido sus herramientas en hileras ordenadas y se había puesto a trabajar. No escaseaba el trabajo para los herreros en tiempos como aquellos, le había dicho.

Desde entonces no había salido de la tórrida oscuridad y el olor a carbón, martilleando, afilando y remachando espadas. Koll empezaba a preocuparse por ella. Más de lo que lo hacía por sí mismo, lo que no era muy habitual.

Posó la mano suavemente sobre la de Rin para detenerla.

—Nadie te lo tendrá en cuenta si paras.

Rin se sacudió la mano y siguió puliendo espadas.

—Si paro, tendré que pensar. Y no quiero pensar.

Koll volvió a extender el brazo.

—Lo sé, pero Rin...

Ella volvió a sacudírselo.

—Quita de en medio.

—Lo siento.

—Para de decir que lo sientes.

—Bien, pues no lo siento.

Se detuvo para torcer el gesto.

—Y de verdad, para de bromear.

Koll arriesgó una sonrisa.

—Lo siento.

A Rin se le escapó una minúscula fracción de sonrisa, que desapareció al instante. A Koll le encantaba hacerla sonreír, pero dudaba mucho que pudiera sacarle otra más aquel día. Rin apoyó los puños en el banco de trabajo, con los hombros a la altura de las orejas, mirando las muescas de la madera.

—No paro de pensar en las cosas que quiero decirle. Abro la boca para hablar. Me giro para llamarlo. —Replegó los labios como si estuviera a punto de llorar, pero no lo hizo—. Ya no está. Ha muerto y no va a volver nunca. Cada vez que lo recuerdo, no puedo creerlo. —Meneó la cabeza con amargura—. Siempre tenía una palabra amable y una buena acción para todo el mundo. ¿De qué le sirvió?

—Sirvió a los demás —dijo Koll—. No lo olvidarán. Yo no lo olvidaré. —Brand le había salvado la vida y solo había pedido una cosa a cambio: que se portara bien con Rin—. He estado donde estás tú ahora... —La voz le falló hasta casi perderse del todo—. Habiendo perdido a alguien.

—Y yo he estado donde estás tú ahora. Intentando consolar a alguien. Cuando murió tu madre.

Era como habían empezado las cosas entre ellos. No había sido un gran fogonazo como de relámpago, sino que había crecido despacio como un árbol de raíces profundas. El brazo de Rin sobre sus hombros cuando el padre Yarvi hablaba en el funeral de su madre. La mano de Rin encima de la suya cuando levantaron el túmulo sobre ella. La risa de Rin cuando Koll iba a sentarse en la fragua, solo para estar cerca de alguien. Rin había estado allí. Lo menos que podía hacer era imitarla. Aunque se sintiera asfixiado.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó.

Rin recompuso sus rasgos y volvió a coger la piedra. Dioses, qué dura era. Tendría solo un año más que él, pero a veces parecía que fuese una docena.

—Estar aquí. —Se puso a afilar espadas de nuevo, con el rostro brillante de sudor—. Solo dime que estarás aquí.

—Estaré aquí. —Se obligó a pronunciar las palabras, aunque ansiaba poder marcharse y respirar aire fresco y se daba asco a sí mismo por ello—. Te prometo que...

Oyó pasos firmes en la escalera y sintió una alegría culpable por la distracción. Hasta que vio quién se agachaba para pasar bajo el dintel. Nada menos que el copero peliblanco de Grom-gil-Gorm, Raith, cuya frente había saludado a la nariz de Koll con tan malos modos bajo el cedro de Thorlby.

—Tú —dijo, apretando los puños.

Raith hizo una mueca.

—Sí. Yo. Lo siento. ¿Cómo tienes la nariz?

Quizá lo preguntó a modo de disculpa, pero lo único que vio en ella Koll fue su propio dolor.

—Un poco magullada —dijo con brusquedad—, pero menos que tu orgullo, supongo.

Raith se encogió de hombros.

—Eso ya estaba hecho trizas. Sabía que escalabas el doble de bien que yo, o no habría tenido que darte un cabezazo. Trepaste hasta aquí dentro, ¿no es así? Fue toda una proeza.

El cumplido no daba margen a Koll para enfadarse, y eso lo enojó aún más.

—¿Qué diantres quieres de mí? —La frase acabó con un gallo que le hizo parecer más si cabe un cachorrito buscando pelea con un lobo adulto.

—Nada. —Raith desvió la mirada hacia Rin y la demoró en el sudor que perlaba sus hombros desnudos, y a Koll no le hizo ninguna gracia cómo la miraba—. ¿Eres la espadera de la calle Sexta?

Rin se secó la frente en el mandil y le dedicó también una larga mirada, que por cierto tampoco hizo ninguna gracia a Koll.

—Yilling el Radiante incendió mi fragua junto con casi toda la calle Sexta. Supongo que ahora soy la espadera del sótano del cabo de Bail.

—Por suerte para el cabo de Bail.

Unos pasos mucho más leves bajaron los peldaños y la reina Skara entró en la herrería. Parecía incluso más delgada que la última vez que Koll la había visto, con las clavículas muy marcadas y tan fuera de lugar entre la mugre y el sudor de la forja como un cisne en una pocilga.

Koll levantó las cejas, igual que Rin.

—Mi reina —murmuró él.

Los grandes ojos verdes de Skara estaban fijos en Rin.

—Lamento muchísimo la muerte de tu hermano. No oigo decir otra cosa que lo buen hombre que era.

—Ya, bueno. —Rin miró ceñuda el banco—. Esos son los que reclama primero la Madre Guerra.

—Recemos todos para que llegue pronto el turno del Padre Paz —dijo Koll.

La reina Skara lo miró de soslayo, con tanto desdén por su intento de devoción como podría haber mostrado Espina Bathu.

—Siempre que Yilling el Radiante esté muerto y pudriéndose antes.

—No soy muy de rezar, pero por eso haré una excepción encantada —dijo Rin.

—Tengo entendido que forjas espadas. Las mejores del mar Quebrado.

—Forjé la del rey Uthil. Forjé la de Espina Bathu. —Rin desenvolvió el fardo que había en su banco para enseñarle la última en la que había trabajado. En la que habían trabajado juntos ella y Koll—. Forjé esta para un hombre que murió en Thorlby la semana pasada.

—¿También tallaste la vaina? —Raith pasó sus gruesas yemas por la madera—. Es preciosa.

—Yo trabajo el metal —dijo Rin—. Koll trabaja la madera.

Raith se volvió para mirarlo.

—Tienes un don del que enorgullecerte, pues. Ojalá yo pudiera crear cosas. —Hizo una mueca al cerrar el puño, como si le doliera—. Siempre se me ha dado mejor romperlas.

—Exige menos esfuerzo —masculló Koll.

—Necesito una espada —dijo Skara—. Y una malla que me encaje.

Rin miró a la joven reina de arriba abajo, con expresión dudosa. A duras penas daba la impresión de poder mantenerse en pie con una armadura puesta, mucho menos de combatir en ella.

—¿Vais a la batalla?

Skara sonrió.

—Dioses, no. Pero quiero aparentar que podría.

TANTOS CLÉRIGOS

—Madre Scaer, es todo un placer.

Una sola mirada a la clériga de Gorm bastó a Skara para darse cuenta de que su visita no iba a suponer un placer para nadie. Siempre había sido una mujer de filos y ángulos, pero traía el rostro afilado como un cincel y predispuesto al mismo sentido del humor que este.

—Lamento el estado de mis aposentos, pero hemos tenido que empezar casi de cero.

Habían recogido muebles de todas partes, los cortinajes eran estandartes de batalla capturados y Jenner el Azul se negaba a revelar de dónde había sacado el colchón de plumas de ganso. Pero eran las habitaciones en las que había nacido Skara, con los tres ventanales abovedados que daban al patio de su propia fortaleza. No pensaba irse a ninguna parte.

—¿Te apetece un poco de vino? —Giró la cabeza para hacer una señal a su esclava, pero la madre Scaer la detuvo.

—No he venido a tomar vino, mi reina. He venido a hablar de vuestro voto a favor del padre Yarvi.

—Mi voto es a favor de los intereses de Trovenlandia.

—¿Y se beneficiará Trovenlandia de una segunda Ruptura de la Diosa? —La voz de Scaer dejaba traslucir su furia—. ¿Y si el padre Yarvi no puede controlar esta magia? O peor, ¿y si puede? ¿Creéis que renunciará a ella?

—¿Beneficiaría más a Trovenlandia dejar suelto al ejército del Alto Rey en sus tierras? —Skara notó que subía el tono, intentó tranquilizarse y fracasó—. ¿Permitir que Yilling el Radiante incendie lo poco que queda sin quemar?

Los ojos de la madre Scaer habían quedado reducidos a mortíferas rendijas.

—No queréis hacer esto, mi reina.

—Parece que todos menos yo saben lo que quiero hacer. —Skara enarcó una ceja—. ¿Alguna reina ha estado jamás bendecida con el consejo de tantos clérigos?

—En eso al menos puedo aligerar vuestra carga —respondió Scaer—. Si pretendéis apoyar los desvaríos del padre Yarvi, deberé vigilarlo de cerca. Mi rey ha de tener un clérigo a su lado mientras tanto. —Estiró un brazo largo y tatuado y señaló con su retorcido dedo índice—: Se acabó el recreo, hermana Owd. Vuelve a tu puesto a cuidar de mis cuervos.

La cara redonda de Owd se descompuso, y a Skara le costó trabajo impedir que la suya hiciera lo mismo. Hasta entonces no se había dado cuenta de lo mucho que había pasado a depender de su clériga. De lo mucho que había pasado a confiar en ella. De lo bien que le caía.

—No tengo intención de renunciar a ella.

—¿No tenéis intención? —repitió burlona Scaer—. Es mi aprendiz, prestada, no regalada, y por si sois demasiado necia para haberos dado cuenta, mi reina, me lo ha estado contando todo. Con quién habláis y qué decís. Todas vuestras peticiones y deseos. Hasta el tamaño de cada cagarruta matutina, ya puestos. Tengo entendido que, al igual que quien las produce, son un poco... escuálidas.

Owd se miraba los pies, afligida y con la cara más sonrojada que nunca. Skara debería haber sido consciente de ello. Quizá lo era, pero de todos modos le hizo daño oírlo. Se quedó un momento sin habla. Pero solo un momento. Entonces pensó en cómo habría respondido su abuelo de haber recibido un trato tan despectivo en su propia tierra, en su propia fortaleza, en sus propios aposentos.

Mientras la hermana Owd daba el primer paso reacio hacia la puerta, Skara sacó un brazo para detenerla.

—¡Me has entendido mal! No tengo intención de renunciar a ella porque esta misma mañana me ha prestado juramento como la sucesora de la madre Kyre. La madre Owd es la nueva clériga de Trovenlandia y su único lugar está junto a mí.

Se alegró al ver cómo se abría paso la sorpresa en la expresión de la madre Scaer al oírlo. La única que parecía más sorprendida era la propia Owd.

Pasó la mirada de su antigua ama a la nueva y de vuelta, con los ojos como platos. Pero era demasiado lista como para seguir desequilibrada mucho tiempo.

—Es cierto. —Owd echó hacia atrás los hombros y extendió el cuello, en una postura que la madre Kyre habría aprobado sin reparos—. He jurado servir a la reina Skara como su clériga. Iba a decírtelo...

—Pero nos has estropeado la sorpresa —terminó Skara, con una sonrisa dulce. Las sonrisas no costaban nada, al fin y al cabo.

—Ah, pero esto tendrá un precio —dijo la madre Scaer, asintiendo despacio con la cabeza—. Eso os lo aseguro.

A Skara se le acabó la paciencia.

—Despiértame cuando sea hora de pagarlo. Y ahora, ¿te vas de mis aposentos o tendré que ordenar a Raith que te tire por la ventana?

La clériga de Gorm soltó un último siseo contrariado y abandonó la estancia, dando un portazo al salir.

—En fin. —Skara tomó una bocanada entrecortada de aire y se puso una mano en el pecho, intentando calmar el martilleo de su corazón—. Ha sido tonificante.

—Mi reina —susurró la hermana Owd, mirando avergonzada el suelo—, sé que no merezco vuestro perdón...

—Ni lo tendrás. —Skara le apoyó una mano tranquilizadora en el hombro—. Porque no has hecho nada malo. Siempre he sabido que eras leal, pero también que tus lealtades estaban divididas. La madre Scaer era tu maestra. Ahora me has elegido a mí, y te estoy agradecida por ello. Muy agradecida. —Y Skara le dio un apretón en el hombro y se acercó a ella—. Pero tus lealtades no pueden seguir divididas.

La hermana Owd la miró a los ojos y se secó un poco de humedad de las pestañas.

—Pronuncio un juramento-sol y un juramento-luna, mi reina. Seré una clériga leal a vos y a Trovenlandia. Cuidaré más de vuestro cuerpo que del mío. Cuidaré más de vuestros intereses que de los míos. No revelaré a nadie vuestros secretos y no tendré ningún secreto para vos. Soy vuestra. Lo juro.

—Gracias, madre Owd. —Skara la soltó con una última palmadita—. Los

dioses saben que nunca he estado tan necesitada de buen consejo.

LEALTAD

Raith serpenteó por las hogueras del campamento, bordeó las tiendas y anduvo entre los guerreros de Vansterlandia. Lo había hecho un centenar de veces antes de los duelos, antes de las incursiones, antes de las batallas. Allí era donde más feliz se sentía. Aquel era su hogar. O debería haberlo sido. Las cosas ya no eran del todo como antes.

Los hombres estaban cansados y muy lejos de sus campos y sus familias, además de saber a qué se enfrentaban. Raith distinguía la duda en sus rostros iluminados por las llamas. La oía en sus voces, en su risa, en sus canciones. Olía su miedo.

No era el único que vagaba por el campamento. La Muerte también lo recorría, señalando a los condenados, y hasta el último hombre sentía su helado tránsito.

Se apartó hacia una colina baja con una sola hoguera en la cima, ascendió dando zancadas y las conversaciones fueron desvaneciéndose a su espalda. Rakki estaba arrodillado en una manta junto al fuego, con el escudo de Gorm entre las rodillas, poniendo cara de esfuerzo mientras pulía el brillante brocal con un trapo. Dioses, cómo se alegraba de verlo. Era como una visión del hogar para un hombre que regresaba después de mucho tiempo.

—Buenas, hermano —dijo Raith.

—Buenas.

Cuando Rakki levantó la cabeza fue como mirarse en un espejo. En el espejo mágico que Horald había traído de sus viajes, el que mostraba a cada hombre la mejor parte de sí mismo.

Sentarse a su lado resultaba tan cómodo como ponerse sus botas favoritas. Raith miró trabajar a su hermano un momento sin hablar, y entonces reparó en sus propias manos vacías.

—Falta algo.

—Si es tu cerebro, tu belleza o tu sentido del humor, los tengo yo todos.

Raith resopló.

—Me refería a una espada en la que trabajar.

—¿La vaina de la reina Skara no necesita que le saquen brillo?

Raith miró de soslayo y vio aquella sonrisita torcida en los labios de Rakki. Volvió a resoplar.

—Yo estoy dispuesto, pero aún no ha habido invitaciones reales.

—En tu lugar no contendría el aliento, hermano. Mientras esperas, bien puedes comer. —Rakki señaló con la cabeza la vieja cacerola ennegrecida por la grasa que había al fuego.

—¿Conejo? —Raith cerró los ojos y olisqueó profundamente. Volvió a tiempos mejores, en los que compartía con su hermano la comida, las esperanzas y el amo—. Me encanta el conejo.

—Pues claro. Nos conocemos mejor que nadie, ¿verdad?

—Así es. —Raith miró de reojo a Rakki—. Dime, ¿qué quieres?

—¿No puedo cocinar para mi hermano porque sí?

—Claro que puedes, pero no lo haces nunca. ¿Qué quieres?

Rakki apartó el enorme escudo de Gorm y clavó la mirada en su hermano.

—Te veo con la joven reina de Trovenlandia, con ese pirata hecho polvo que tiene y con esa gorda clériga de pacotilla y pareces contento. Tú nunca pareces contento.

—No son tan mala gente —dijo Raith, frunciendo el ceño—. Y estamos todos en el mismo bando, ¿verdad?

—¿Lo estamos? La gente empieza a preguntarse si quieres volver.

Rakki siempre había sabido cómo pincharlo.

—¡Yo no elegí nada de todo esto! Solo lo he hecho lo mejor que he podido con lo que me cayó encima. ¡Haría cualquier cosa por volver!

La respuesta le llegó desde detrás.

—Bueno es saberlo.

Ya no era un niño indefenso, pero aquella voz todavía hacía que se encogiera como un cachorrito que espera un azote. Se obligó a volver la cabeza, se obligó a mirar a los ojos azules, tan azules, de la madre Scaer.

—Te he echado de menos, Raith. —Se sentó con las piernas cruzadas delante de él, con sus largas manos colgando de las rodillas huesudas—. Creo que ya va siendo hora de que vuelvas al lugar que te corresponde.

Raith tragó saliva, con la boca seca de repente. ¿Llenar la copa de su rey, llevar su espada y luchar al lado de su hermano? ¿Volver a ser el más feroz, el más duro, el más sanguinario? ¿Regresar a los incendios, a las matanzas y un día sentir el peso de su propia cadena de pomos?

—Es lo único que quiero —dijo casi sin voz—. Lo único que siempre he querido.

—Lo sé —repuso la clériga, en aquel tono reconfortante que lo asustaba incluso más que el áspero—. Lo sé. —Y extendió el brazo para alborotarle el pelo como quien rasca a un cachorro entre las orejas—. Solo hay un servicio que tu rey necesita que le prestes.

Raith sintió un escalofrío en los hombros por el contacto.

—El que sea.

—Me temo que el padre Yarvi tiene anillada la hermosa naricita de la joven reina Skara. Me temo que la lleva por donde quiere. Me temo que la llevará a su perdición, y nos arrastrará a todos detrás en torpe procesión.

Raith miró hacia su hermano, pero no encontró ayuda allí. Pocas veces la había.

—Yo creo que decide por sí misma —balbuceó.

La madre Scaer bufó, despectiva.

—El padre Yarvi pretende desafiar las leyes más sagradas de la Clerecía y sacar armas élficas de Strokom.

—¿Armas élficas?

Scaer se inclinó hacia él siseando y Raith se apartó de golpe.

—¡Lo he visto! Cegado por su arrogancia, pretende liberar la magia que rompió a la Diosa. Sé que no eres el hermano listo, Raith, pero ¿no entiendes lo que está en juego?

—Creía que nadie podía entrar en Strokom y salir con vida.

—La bruja Skifr está aquí y ella puede, y lo hará. Si esa putilla vota a favor de Yarvi.

Raith se lamió los labios.

—Podría hablar con ella...

Scaer extendió el brazo de sopetón y Raith no pudo evitar encogerse, pero la clériga solo le puso su fría palma con delicadeza en la mejilla.

—¿Me crees tan cruel como para enfrentarte en un duelo verbal con el padre Yarvi? No, Raith, me parece que no. No eres buen hablador.

—Entonces...

—Eres un asesino. —Arrugó el ceño, como decepcionada porque no lo hubiera entendido a la primera—. Quiero que la mates.

Raith se la quedó mirando. ¿Qué más podía hacer? Miró los ojos de la madre Scaer y sintió que se le helaba el cuerpo.

—No —susurró, pero jamás se había pronunciado una palabra con tan poca fuerza—. Por favor...

Las súplicas nunca habían servido de nada con la madre Scaer. Solo le mostraban su debilidad.

—¿No? —Su mano se ciñó dolorosa a la cara de Raith—. ¿Por favor? —Intentó apartarse, pero no le quedaban fuerzas y la clériga se lo acercó tanto que sus narices casi se tocaron—. Esto no es ninguna petición, chico —bisbiseó—. Esto es una orden de tu rey.

—Sabrán que fui yo —rezongó, hurgando en busca de excusas como un perro en busca de un hueso enterrado.

—Ya lo he pensado yo todo por ti. —La madre Scaer sacó entre dos largos dedos una ampolla minúscula con lo que parecía agua en el fondo—. Eras copero de un rey. Verter esto en la copa de una reina no debería ser más complicado. Solo hará falta una gota. Ella no sufrirá. Caerá dormida y no volverá a despertar. Así podremos poner fin a esta demencia élfica. Quizá incluso firmar la paz con el Alto Rey.

—El rey Fynn creía que podía firmar la paz...

—El rey Fynn no sabía qué ofrecer.

Raith tragó saliva.

—¿Y tú sí?

—Empezaría por el padre Yarvi, metido en una caja. —La madre Scaer inclinó la cabeza a un lado—. Junto con... ¿quizá la mitad meridional de Gettlandia? Todo lo que hay al norte de Thorlby debería ser nuestro, sin embargo, ¿no crees? Estoy segura de que podría convencer a la abuela Wexen de que escuchara ese argumento...

La madre Scaer asió la muñeca flácida de Raith, dio la vuelta a su mano y dejó caer la ampolla en ella. Qué pequeña era. Entonces recordó las palabras de Skara: «¿Por qué enviar a un idiota sincero a hacer el trabajo de un mentiroso taimado?».

—Me enviasteis con ella porque soy un asesino —murmuró.

—No, Raith. —La madre Scaer volvió a agarrar su cara y la giró hacia ella—. Te envié porque eres leal. Ahora reclama tu recompensa. —Se levantó y a Raith le

pareció mucho más alta de lo que realmente era—. Mañana a estas horas habrás vuelto al lugar que te pertenece. Al lado del rey. —Dio media vuelta—. Al lado de tu hermano. —Y desapareció en la noche.

Raith sintió la mano de Rakki en el hombro.

—¿A cuántas personas has matado, hermano?

—Sabes que no se me da muy bien contar.

—¿Qué es una más o una menos, entonces?

—Es distinto matar a un hombre que quiere matarte a ti primero que matar a alguien... —A alguien que no te ha hecho daño. A alguien que ha sido amable contigo. A alguien a quien...

Rakki lo acercó a él agarrándole por la camisa.

—¡La única diferencia es que ahora tienes mucho más que ganar, y todavía más que perder! Si no lo haces... estarás solo. Los dos estaremos solos.

—¿Qué ha sido de lo de navegar juntos por el ancho Divino?

—¡Me dijiste que agradeciera a la Madre Guerra que estuviéramos en el bando ganador, y tenías razón! No finjamos que solo has matado a guerreros. ¿Cuántas cosas te he pasado por alto por tu bien? ¿Qué me dices de aquella mujer de la granja, eh? ¿Y de sus hijos, los que...?

—¡Ya sé lo que he hecho! —La ira lo inundó y Raith apretó el vial en su puño dolorido y lo agitó en la cara de su hermano—. Lo hice por los dos, ¿o no? —Agarró a Rakki por el cuello de la camisa, estuvo a punto de derribarlo y volcó la cacerola del fuego, derramando el estofado en la hierba.

—Por favor, hermano. —Rakki lo cogió por los hombros, más abrazándolo que haciendo presa. Cuanto más se endurecía Raith, más se suavizaba él. Lo conocía mejor que nadie, al fin y al cabo—. Si no cuidamos uno del otro, ¿quién va a hacerlo? Haz esto. Por mí. Por nosotros.

Raith miró a su hermano a los ojos. En aquel momento no le pareció que fuesen tan idénticos. Inspiró y dejó escapar el aire despacio, y todas las ganas de discutir salieron con él.

—Lo haré. —Agachó la cabeza y miró la minúscula ampolla que tenía en la mano. ¿Cuánta gente había matado, a fin de cuentas?—. Estaba buscando un buen motivo para evitarlo, pero... el listo eres tú. —Apretó el puño con fuerza—. Yo soy el asesino.

Rin no hablaba mucho. Sostenía trozos de alambre en la boca y estaba concentrada en su trabajo. Quizá fuese por tener cerca a una chica de su edad, o por la emoción del próximo cónclave, pero Skara estaba hablando por las dos. De su infancia en el cabo de Bail y lo que recordaba de sus padres. Del Bosque de Yaletoft y de cómo ardió, y de cómo confiaba en reconstruirlo aún más grandioso. De Trovenlandia y su pueblo, y de cómo con la ayuda de los dioses los liberaría del yugo del Alto Rey, se cobraría su venganza de Yilling el Radiante y protegería el legado de su abuelo asesinado. La hermana Owd, ahora madre Owd y luciendo un ceño acorde con su nueva categoría, asentía con aprobación.

Raith no. Le habría encantado formar parte de aquel futuro brillante, pero había visto cómo era la vida. No se había criado en una fortaleza ni en el salón de un rey, con esclavos atentos a su menor capricho. Había ascendido con uñas y dientes, sin nadie más que su hermano junto a él.

Se palpó la camisa y notó el bulto de la pequeña ampolla bajo la tela. Sabía lo que era. Sabía lo que tenía que hacer.

Entonces Skara le lanzó una sonrisa, aquella sonrisa que era como si la Madre Sol brillara solo para él.

—¿Cómo puedes luchar metido en esto? —preguntó, moviéndose deprisa y haciendo traquetear la malla—. ¡Cómo pesa!

La determinación de Raith se fundió como mantequilla en el fogón.

—Al final uno se acostumbra, mi reina —croó.

Ella arrugó la frente.

—¿Estás enfermo?

—¿Yo? —balbuceó—. ¿Por qué?

—¿Cuándo has aprendido modales? Dioses, qué calor. —Tiró del cuello de la camisa de mallas y de la chaqueta acolchada de debajo. Raith nunca la había visto tan viva como entonces, sonrojada, con los ojos brillantes y una fina pátina de sudor en la cara. Chasqueó los dedos a su esclava—. Tráeme un poco de vino, ¿quieres?

—Yo me encargo —dijo Raith, y se apresuró en dirección a la jarra.

—Ya puestos, que me lo sirva el mejor. —Skara lo señaló con la cabeza, sonriendo a Rin—. Era el copero de un rey.

—Era —musitó Raith. Y volvería a serlo. Si era capaz de hacer una única cosa.

Apenas distinguía las palabras de Skara entre los latidos de su corazón. Despacio, con mucha cautela, intentando asegurarse de que las manos temblorosas no lo delataban, sirvió el vino. Parecía sangre en la copa.

Había querido ser un guerrero. Un hombre que se mantenía firme junto a su rey y alcanzaba la gloria en el campo de batalla. ¿Y en qué se había convertido? En un hombre que quemaba granjas. Que traicionaba confianzas. Que envenenaba a mujeres.

Se dijo que había que hacerlo. Por su rey. Por su hermano.

Casi podía sentir los ojos de la madre Owd en la nuca mientras daba el sorbo que toma el copero para asegurar que el caldo no dañará unos labios mejores que los suyos. Oyó que la clériga daba un paso hacia él, y entonces Skara dijo:

—¡Madre Owd! Tú conocías al padre Yarvi antes de que fuera clérigo, ¿verdad?

—Así es mi reina, aunque por poco tiempo. Ya por entonces podía ser despiadado...

Raith oyó que la clériga se alejaba y, sin atreverse siquiera a respirar, sacó la ampolla de la madre Scaer de la camisa, quitó el corcho y vertió una gota en la copa. Una gota era todo lo que haría falta. Observó cómo las ondas se extendían hasta desaparecer y guardó la ampolla. De repente sentía flojas las rodillas. Apoyó

los nudillos en la mesita.

Se dijo que no había otra manera.

Cogió la copa con las dos manos y se volvió.

Skara estaba negando con la cabeza mientras Rin le ponía la malla por la cintura, doblándola con dedos rápidos para ajustarla, sujetándola con alambre retorcido.

—Te juro que eres tan diestra con el acero como mi viejo sastre con la seda.

—Soy una favorita de Aquella Que Golpea El Yunque, mi reina —dijo Rin en voz baja, alejándose para examinar el resultado de su trabajo—. Pero últimamente no me siento muy favorecida.

—Las cosas cambiarán. Sé que lo harán.

—Sonáis como mi hermano. —Rin sonrió con tristeza mientras pasaba detrás de Skara—. Creo que ya está. La desataré para hacerle los ajustes.

Mientras Raith se acercaba con el vino, Skara enderezó la espalda y apoyó una mano en la daga que llevaba al cinto. La malla resplandeció a la luz de la lámpara.

—¿Y bien? ¿Pasaría por una guerrera?

Dioses, Raith no podía ni hablar. Le temblaron las piernas mientras se arrodillaba ante ella como solía hacer con Gorm, después de cada duelo y batalla. Como volvería a hacer.

—Si todas las murallas de escudos tuvieran ese aspecto —logró decir con gran esfuerzo—, no tendríais ningún problema para que los hombres cargaran contra las condenadas.

Levantó la copa con las dos manos hacia ella.

Se dijo que no tenía elección.

—Podría acostumbrarme a tener a hombres guapos arrodillados a mis pies.

Soltó aquella risotada. Aquella risotada escandalosa y salvaje que tenía. Y echó mano a la copa.

ACUERDOS

—¿Dónde se ha metido? —murmuró el padre Yarvi, mirando una vez más hacia la puerta.

Koll no estaba acostumbrado a ver nervioso a su maestro y empezaba a alterarse él también. Como si no lo estuviera ya bastante, con el destino del mundo a punto de decidirse y todo eso.

—Se estará vistiendo —susurró en respuesta—. Parece de las que dedicarían mucho tiempo a vestirse para una cosa como esta.

El padre Yarvi le lanzó una mirada furibunda y Koll se descubrió hundiéndose en su silla.

—A mí me parece de las que anticiparían el tiempo necesario para vestirse para una cosa como esta. —Se acercó a Koll—. ¿No crees?

Koll carraspeó y echó otra mirada a las puertas.

—¿Dónde está?

En el otro lado del Salón de Bail, al hombro de Grom-gil-Gorm, la madre Scaer empezaba a parecer muy satisfecha. Era como si ella y Yarvi estuvieran sentados en los platillos de una balanza y ninguno de los dos pudiera caer sin elevar al otro.

—¡Hay una guerra que librar! —exclamó la clériga y, a su alrededor, los guerreros de Vansterlandia renegaron, molestos—. Yilling el Radiante no esperará a la joven reina, de eso podemos estar seguros. Debemos elegir pronto nuestro rumbo o la corriente nos llevará al desastre.

—Todos lo tenemos muy presente, madre Scaer —dijo el rey Uthil con su voz rechinante, antes de inclinarse hacia el padre Yarvi—. ¿Dónde se ha metido?

Una de las dos puertas se entreabrió con un crujido y la madre Owd entró en el salón, petrificada al ver todas las miradas puestas en ella, aturullada como una

madre pata que hubiera perdido a sus patitos.

—¿Y bien? —casi gritó Yarvi.

—La reina Skara...

Gorm estrechó los ojos.

—¿Sí?

—La reina Skara... —La madre Owd se giró hacia la puerta para mirar por la rendija y dio un paso atrás con evidente alivio—. Ha llegado.

Las puertas se abrieron de par en par y la Madre Sol invadió la penumbra, dejando a todos los hombres parpadeando como idiotas mientras los trovenlandeses entraban desfilando en el salón.

La reina Skara los encabezaba con paso firme, con la cabeza alta y el pelo suelto como una nube oscura. La luz del alba incendió la piedra roja de su brazal, las joyas de su pendiente y su reluciente cota de mallas, pues había acudido vestida para la batalla, con una daga al cinto y un yelmo dorado bajo el brazo. Raith caminaba tras ella, con la blanca cabeza agachada y sosteniendo la espada que había forjado Rin en la vaina que había tallado Koll, que sin duda era un trabajo soberbio, todo había que decirlo.

Rin se había superado a sí misma. Skara tenía todo el aspecto de una reina guerrera, aunque tuviera una complexión absurdamente ligera para ello y todo aquel pelo fuera un impedimento letal en una batalla. Pasó dando zancadas entre las delegaciones de Vansterlandia y Gettlandia, con su armadura tintineando, sin dignarse a mirar a derecha ni a izquierda y seguida de sus ruidosos guerreros.

La sonrisa de la madre Scaer se había esfumado. Debía de habérsela afanado el padre Yarvi. Grom-gil-Gorm miraba boquiabierto a la joven reina. El rey Uthil levantó sus cejas de hierro un ápice, y Koll jamás lo había visto tan anonadado.

La hermana Owd y Jenner el Azul se sentaron a ambos lados de la reina Skara, pero ella se desentendió de la Silla de Bail, dejó caer el yelmo dorado en la mesa y plantó los puños cubiertos de hierro junto a él, mientras sus guerreros formaban un semicírculo a su espalda. Raith hincó una rodilla en el suelo y le tendió su espada con la empuñadura por delante.

Todos sabían que Skara jamás desenvainaría aquella espada. Era todo puro teatro, que rozaba el ridículo. Lo rozaba, pero sin alcanzarlo, pues en la pared se alzaba el mural de la victoriosa Ashenleer, en cota de malla, con el pelo suelto y su portaespadas arrodillado junto a ella, y Koll miró primero a la reina de leyenda y luego a la que tenía delante y las encontró tan parecidas que parecía algo imposible.

La sonrisa del padre Yarvi se ensanchó.

—Ah, muy adecuado.

La madre Scaer estaba menos impresionada.

—Sin duda os gustan las entradas triunfales —dijo con desdén.

—Disculpadme —dijo Skara—. ¡Estaba preparándome para luchar!

Quizá fuese una mujer menuda, pero tenía voz de heroína. Pronunció la última palabra con la violencia que podría haberle imprimido Espina, y hasta la madre Scaer encogió el gesto al oírla.

Koll se inclinó hacia el padre Yarvi.

—Creo que ya ha llegado.

—¡Aliados míos! —La voz de Skara resonó en el silencio, con la sonoridad y la confianza de quien había nacido para estar donde estaba—. ¡Huéspedes míos, reyes, clérigos y guerreros de Gettlandia y Vansterlandia!

Raith aventuró una mirada a los que siempre había tenido por amigos. El Rompeespadas solo tenía ojos para Skara, pero la madre Scaer observaba a Raith con la mirada más asesina que le hubiera visto nunca, y le había visto algunas bastante letales. Soryorn tenía los labios torcidos por el odio. Pero fue la mirada de Rakki la que apenas soportaba mantener. No había furia en ella, solo decepción. Era la mirada de un hombre traicionado por aquel en quien más confiaba. Raith dejó caer la suya al suelo, con un nudo en la garganta.

—¡Tenemos una gran decisión que tomar! —estaba diciendo Skara—. Debemos decidir si emplearemos armas prohibidas contra el ejército del Alto Rey o tocaremos retirada ante su avance.

Raith apenas escuchaba. Estaba pensando en la noche anterior. Se había arrodillado ante ella, dispuesto a hacerlo. Entonces la había oído reír y sus dedos lo habían traicionado. La copa había caído y el vino envenenado se había esparcido por el suelo, y Skara había quitado importancia al asunto con una broma sobre la calidad de los coperos reales, y él se había quedado tumbado a su puerta mirando la oscuridad toda la noche, como el perro fiel que era.

Despierto, pensando en cómo se había condenado.

—¡Soy la reina de Trovenlandia! —exclamó Skara—. ¡La sangre de Bail fluye por mis venas! Quizá otros prefieran huir del Alto Rey, pero yo jamás volveré a hacerlo. He jurado venganza sobre Yilling el Radiante y pretendo cobrármela de su cadáver. ¡Pretendo resistir hasta mi último aliento! Pretendo luchar con cualquier arma. —Miró con ira a la madre Scaer—. Con cualquier arma. Y pretendo luchar aquí. No abandonaré Trovenlandia. No abandonaré el cabo de Bail.

Lo único que Raith había querido en la vida era servir a su rey, luchar junto a su hermano, pero lo había echado todo a perder y jamás podría recuperarlo. Estaba solo, como había dicho Rakki. Era el portaespadas de una chica que no tenía ni la fuerza necesaria para desnudar un filo.

—¿Qué decís, rey Uthil? —preguntó Skara.

—Digo que no puede haber aquí un solo guerrero al que no conmueva vuestra determinación, reina Skara. —El Rey de Hierro sonrió, acto que Raith jamás habría esperado presenciar—. La muerte nos espera a todos. Será un honor afrontarla a vuestro lado.

Raith vio que Skara tragaba saliva antes de dirigirse a los vansterlandeses.

—¿Qué decís, rey Gorm?

El peso de la armadura estaba aplastándola. Su calor estaba achicharrándola.

Skara necesitó de toda su fuerza de voluntad para permanecer erguida, para alzarse orgullosa, para mantener su aire de altivo desafío. Era una reina, maldita sea. Era una reina, era una reina, era una reina...

—¿Al que no conmueva vuestra determinación? —repitió burlona la madre Scaer—. No puede haber aquí un solo guerrero al que no asquee vuestra farsa. ¡Como si hubierais desenfundado una espada en la vida, no digamos ya blandirla en combate! Y ahora pretendéis que demos la vida por vuestro reino vacío, por vuestro orgullo hueco, por vuestro...

—Basta —dijo Gorm sin levantar la voz. Su mirada no parecía haberse apartado de Skara desde su entrada en el salón.

—Pero mi rey...

—Siéntate —ordenó el Rompeespadas. La madre Scaer hizo rechinar los dientes con furia, pero se dejó caer en su banqueta—. Deseáis que luche por vuestra fortaleza —dijo Gorm en tono amable, con aquella voz cantarina que tenía—. Que arriesgue mi vida y las vidas de mis guerreros lejos de nuestro hogar. Que me enfrente a las innumerables tropas del Alto Rey contando solo con las promesas de magia élfica que hacen una bruja calva y un mentiroso manco. —Compuso una sonrisa grande y amistosa—. Muy bien.

—Mi rey... —siseó la madre Scaer, pero Gorm la silenció alzando una mano, con su mirada todavía en Skara.

—Lucharé por vos. Hasta el último hombre de Vansterlandia matará por vos y morirá por vos. Seré vuestro escudo, hoy, mañana y todos los días de mi vida. Pero quiero algo a cambio.

En el salón se hizo un silencio sepulcral.

—Decid vuestro precio, gran rey.

—Vos.

Notó el cosquilleo del sudor por debajo de su malla prestada. Sintió el principio de una arcada y una necesidad terrible de salpicar la mesa entera de vómito, pero dudaba mucho que la madre Kyre hubiera aprobado el gesto como respuesta adecuada a la petición de matrimonio de un rey.

—He buscado una reina durante largo tiempo —dijo el Rompeespadas—, una mujer que me igualara en astucia y valor. Una mujer que pudiera hacer criar a las monedas de mi tesorería. Una mujer que pudiera darme muchos hijos de los que enorgullecerme.

Skara miró casi sin querer a Raith y vio que él también lo hacía, con la boca abierta pero sin nada que ofrecer aparte de una espada que ella podría levantar a duras penas.

El padre Yarvi había perdido todo el color del rostro. Saltaba a la vista que era un giro de los acontecimientos que no había previsto.

—Una mujer que pueda entregaros Trovenlandia —dijo en tono brusco.

La cadena de pomos de muertos traqueteó levemente en el pecho de Gorm cuando levantó sus enormes hombros.

—Una mujer que pueda unificar Trovenlandia y Vansterlandia y me ayude a llevar ambas a la gloria. Quiero vuestra mano, vuestra sangre y vuestro ingenio, reina Skara, y a cambio os ofrezco los míos. Me parece un intercambio justo.

—Mi reina... —susurró la madre Owd.

—No podéis... —dijo Jenner el Azul.

Pero era el turno de Skara de acallar a sus consejeros con un ademán.

Había sido una conmoción, pero una reina no podía permitirse que esta durase mucho. Ya no era una niña.

Con el Rompeespadas junto a ella, quizá pudiera defender el cabo de Bail. Quizá pudiera cobrarse venganza por su abuelo. Quizá pudiera ver muerto a Yilling el Radiante. Con la llave de Vansterlandia en su pecho, quizá pudiera proporcionar seguridad a su pueblo, reconstruir Yaletoft, forjar un futuro para Trovenlandia.

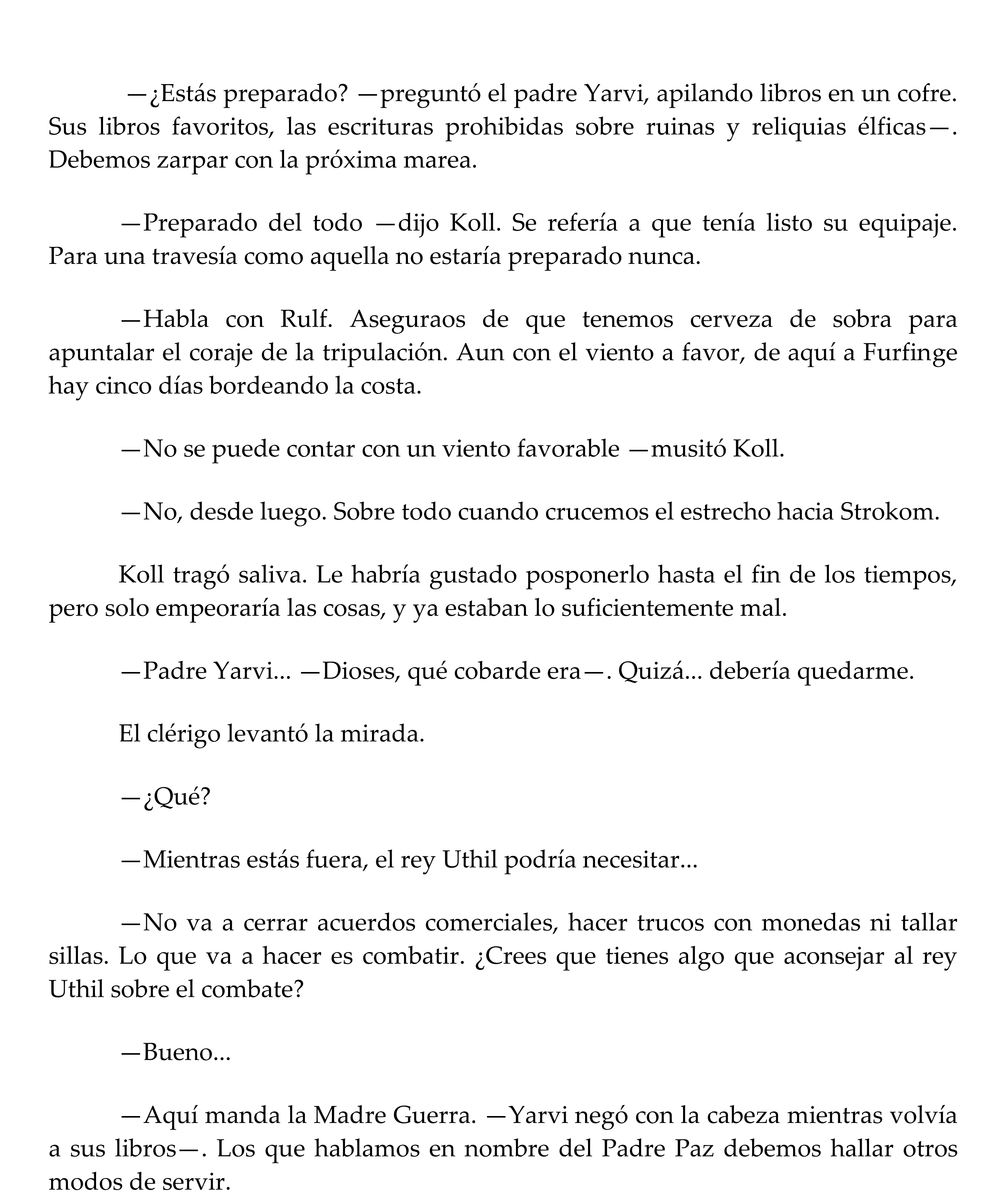
Estaba harta de convencer, suplicar y poner a un rival en contra del otro. Estaba harta de que su título pendiera de un hilo. Skara no anhelaba ni por asomo compartir el lecho de Grom-gil-Gorm, pero compartir su poder era algo muy distinto.

Sí, era el doble de corpulento que ella. Sí, le doblaba la edad. Sí, tenía cicatrices y era temible, despiadado, justo lo contrario del marido que había soñado tener de niña. Pero los soñadores debían despertar. Supuso que la madre Kyre habría aplaudido un compromiso como aquel. El mundo estaba lleno de monstruos, al fin y al cabo. Quizá lo máximo que pudiera esperar fuese contar con el más terrible de ellos en su bando.

Y tampoco era que tuviera otra opción. Forzó una sonrisa.

—Acepto.

DECISIONES



—¿Estás preparado? —preguntó el padre Yarvi, apilando libros en un cofre. Sus libros favoritos, las escrituras prohibidas sobre ruinas y reliquias élficas—. Debemos zarpar con la próxima marea.

—Preparado del todo —dijo Koll. Se refería a que tenía listo su equipaje. Para una travesía como aquella no estaría preparado nunca.

—Habla con Rulf. Aseguraos de que tenemos cerveza de sobra para apuntalar el coraje de la tripulación. Aun con el viento a favor, de aquí a Furfinge hay cinco días bordeando la costa.

—No se puede contar con un viento favorable —musitó Koll.

—No, desde luego. Sobre todo cuando crucemos el estrecho hacia Strokom.

Koll tragó saliva. Le habría gustado posponerlo hasta el fin de los tiempos, pero solo empeoraría las cosas, y ya estaban lo suficientemente mal.

—Padre Yarvi... —Dioses, qué cobarde era—. Quizá... debería quedarme.

El clérigo levantó la mirada.

—¿Qué?

—Mientras estás fuera, el rey Uthil podría necesitar...

—No va a cerrar acuerdos comerciales, hacer trucos con monedas ni tallar sillas. Lo que va a hacer es combatir. ¿Crees que tienes algo que aconsejar al rey Uthil sobre el combate?

—Bueno...

—Aquí manda la Madre Guerra. —Yarvi negó con la cabeza mientras volvía a sus libros—. Los que hablamos en nombre del Padre Paz debemos hallar otros modos de servir.

Koll volvió a intentarlo.

—La verdad es que tengo miedo. —Un buen mentiroso entretejía tanta verdad como podía, al fin y al cabo, y nunca se había hecho una afirmación más veraz que aquella.

El padre Yarvi lo miró muy serio.

—Al igual que un guerrero, el clérigo debe dominar su miedo. Debe utilizarlo para afilar el juicio, en lugar de permitir que se vuelva cegadora neblina. ¿Crees que yo no tengo miedo? Estoy aterrorizado. Siempre. Pero hago lo que debe hacerse.

—Pero ¿quién decide lo que debe hacerse?

—Yo. —El padre Yarvi cerró de golpe el cofre y fue hacia él—. ¡Esta es una gran oportunidad! Un clérigo busca el conocimiento, y tú más que nadie. Nunca he conocido a una mente tan curiosa. ¡Tenemos la oportunidad de aprender del pasado!

—¿Y de repetir los errores del pasado? —protestó Koll, y se arrepintió al instante mientras el padre Yarvi le cogía los hombros.

—¿Tú no querías cambiar el mundo? ¿Estar al hombro de reyes y guiar el curso de la historia? ¡Te estoy ofreciendo esa oportunidad!

Dioses, claro que quería. Quería ser el padre Koll, temido y admirado, a quien nunca se hablaba con altanería, nunca se tomaba a la ligera y sobre todo a quien nunca daba cabezazos en la cara ningún matón peliblanco. Apartó el pensamiento de su mente.

—Y te lo agradezco, padre Yarvi, pero...

—Pero has hecho una promesa a Rin.

Koll parpadeó.

—Yo...

—No eres un libro muy difícil de leer, Koll.

—¡Hice una promesa a Brand! —exclamó—. ¡Ella me necesita!

—¡Yo te necesito! —estalló el padre Yarvi, apretándole los hombros. Quizá tuviera una mano lisiada, pero aun así podía hacer la suficiente presión para que Koll se retorciera—. ¡Gettlandia te necesita! —Se controló y dejó caer los brazos—. Lo entiendo, Koll, créeme. Nadie lo comprende mejor que yo. Quieres hacer el bien y vivir en la luz. Pero ahora eres un hombre, y sabes que no existen las soluciones fáciles. —Yarvi hizo una mueca y bajó la mirada, como si le doliera—. Cuando os saqué a tu madre y a ti de la esclavitud no esperaba nada a cambio...

—¿Por qué lo dejas caer tan a menudo, entonces? —exclamó Koll.

El padre Yarvi alzó la vista. Sorprendido. Incluso un poco dolido. Lo bastante para que Koll sintiera la acostumbrada punzada de remordimiento.

—Porque le hice una promesa a Safrit. Le dije que me ocuparía de que seas el mejor hombre que puedes ser. Un hombre del que estaría orgullosa.

Un hombre que hiciera el bien. Un hombre que viviera en la luz. Koll agachó la cabeza.

—No paro de pensar en todo lo que podría haber hecho de otra forma. No paro de pensar... en la oferta que nos hizo la madre Adwyn.

Yarvi abrió mucho los ojos.

—¡Dime que no se lo has contado a mi madre!

—No se lo he contado a nadie. Pero... si le hubiéramos dicho la verdad, quizá ella habría encontrado un camino hacia la paz.

Los hombros del padre Yarvi parecieron hundirse.

—El precio era demasiado alto —murmuró—. Lo sabes.

—Lo sé.

—No podía arriesgarme a fracturar nuestra alianza. Necesitábamos la unidad. Lo sabes.

—Lo sé.

—La abuela Wexen no es de fiar. Lo sabes.

—Lo sé, pero...

—Pero Brand podría estar vivo. —De pronto el padre Yarvi pareció mayor de lo que era. Mayor y enfermo, y combado bajo el peso de la culpa—. ¿Crees que no pienso cosas parecidas mil veces cada día? Un clérigo está obligado a dudar en todo momento, pero a fingir siempre certeza. No puedes dejar que te lastre lo que podría ser. Y mucho menos lo que pudo haber sido—. Hizo un puño de su mano deforme y torció el semblante como si pretendiese estamparlo en él. Entonces lo bajó—. Debes tratar de escoger el bien mayor. Debes tratar de hallar el mal menor. Y luego debes echarte los remordimientos al hombro y mirar hacia delante.

—Lo sé. —Koll sabía cuándo estaba derrotado. Se había sabido vencido desde antes abrir la boca. En el fondo, había querido ser derrotado—. Iré —dijo.

No hacía falta que se lo dijera, y menos mal, porque dudaba que hubiera reunido el valor.

Bastó con que ella lo mirara. Rin volvió a concentrarse en el trabajo, con la mandíbula apretada.

—Has tomado tu decisión, entonces.

—Ojalá no tuviera que elegir —murmuró él, con cargo de conciencia.

—Pero tienes que hacerlo y lo has hecho.

Habría preferido que Rin estallara en lágrimas, o que montara en cólera, o que le suplicara pensarlo mejor. Había preparado un pequeño plan cobarde para volver cualquiera de esas reacciones contra ella. Pero no tenía respuesta para la gélida indiferencia.

Balbucir un triste «lo siento» fue lo mejor que se le ocurrió. Se preguntó si su madre habría estado orgullosa de aquello y no le gustó nada la respuesta.

—No lo sientas. Ya hemos perdido bastante tiempo el uno con el otro. Y solo

puedo culparme a mí misma. Brand me avisó de que pasaría esto. Siempre decía que estabas demasiado lleno de tus propias esperanzas para admitir las de nadie más.

Dioses, le dolió como un puñetazo en los huevos. Abrió la boca para quejarse de que no era justo, pero ¿cómo iba a defenderse del juicio de un hombre muerto? Sobre todo mientras se afanaba en demostrar que estaba en lo cierto.

—Pero yo siempre quería tener razón. —Rin siseó entre los dientes apretados—. Supongo que Brand ríe el último, ¿eh?

Koll dio un paso tímido hacia ella. Quizá no podía darle lo que quería, no podía ser lo que necesitaba, pero al menos sí podía procurar que estuviera a salvo. Eso sí se lo debía. Eso sí se lo debía a Brand.

—Yilling el Radiante podría llegar en unos pocos días —murmuró—, con miles de guerreros del Alto Rey.

Rin resopló.

—Siempre te ha gustado disfrazar lo que sabe todo el mundo de astucioso. Antes me parecía encantador, pero reconozco que empieza a cansarme.

—Tendrías que volver a Thorlby.

—¿Para qué? Mi hermano está muerto y mi casa es una ruina calcinada.

—Este lugar no es seguro.

—Si perdemos aquí, ¿qué seguridad crees que habrá en Thorlby? Prefiero quedarme y hacer lo que pueda para ayudar. Es lo que habría hecho Brand. Es lo que hizo.

Dioses, qué valiente era. Mucho más que Koll. Le encantaba eso de ella.

Le acercó la mano al hombro casi sin darse cuenta.

—Rin...

Ella la apartó de un manotazo, con el otro puño cerrado como si se dispusiera a atizarle. Koll sabía que lo merecía, pero Rin no estaba de humor para

ponerle las cosas fáciles. Le dio la espalda, asqueada.

—Vete. Has tomado tu decisión, hermano Koll. Ya puedes empezar a vivir con ella.

¿Qué podía responder a eso? No tenía que haberse preocupado de hacerla llorar. Era él quien se sorbía las lágrimas al salir de la forja con paso abatido, sintiéndose más lejos del mejor hombre que podía ser que nunca en la vida.

Lloviznaba sobre el embarcadero élfico del cabo de Bail. Eran cuatro gotas, pero bastaban para extender sobre el mundo una cortina plomiza que reflejaba el ánimo de Koll, se fijaban como el rocío a la piel que cubría los hombros a un Rulf de gesto grave en la toldilla y pegaban el pelo de los remeros a sus caras endurecidas mientras cargaban el barco. Koll deseó que los acompañara Fror, o Dosduvoi, pero la tripulación con la que había remontado el Divino estaba esparcida a los cuatro vientos. Apenas conocía a casi ninguno de aquellos hombres.

—¿A qué viene esa cara tan larga, querido mío? —preguntó Skifr, sacando un largo dedo de debajo de la capa para hurgarse la nariz con meticulosidad—. Una vez me pediste que te enseñara la magia, ¿verdad?

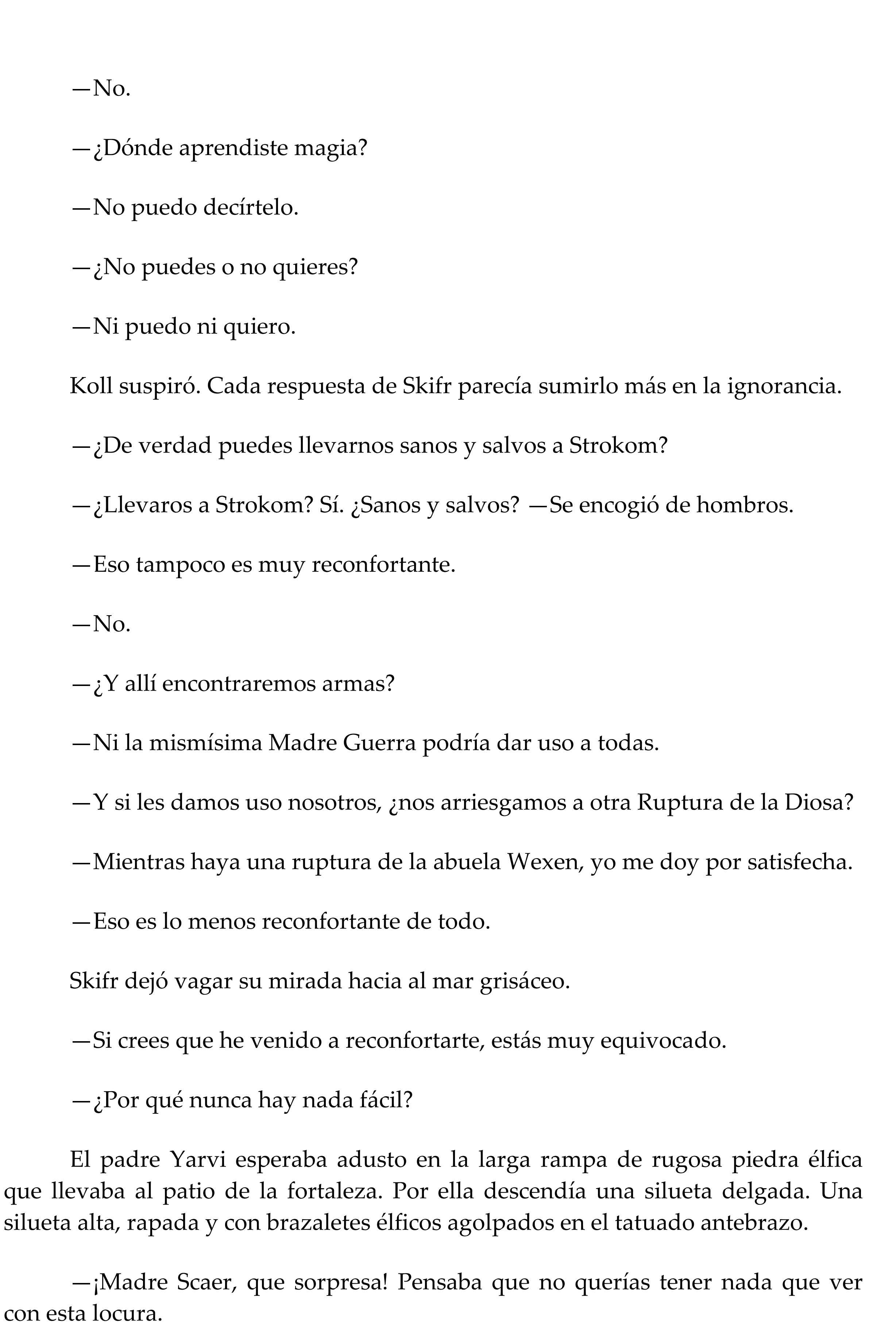
—Te lo pedí, y me dijiste que era joven e imprudente, y que la magia tiene riesgos y costes terribles, y que rezara a todos los dioses que conociera para no verla nunca.

—Vaya. —Contempló con interés el resultado de tanto rebuscar y lo lanzó hacia los barcos de Gorm, y de Uthil, y las naves capturadas de Yilling el Radiante que se mecían con la marea—. Sí que estuve arisca. ¿Y rezaste?

—No lo suficiente, parece ser. —La miró de soslayo—. Me dijiste que sabías suficiente magia para provocar grandes daños, pero no la bastante para hacer mucho bien.

—Estamos en guerra. He venido a hacer daño.

—No es muy reconfortante.



—No.

—¿Dónde aprendiste magia?

—No puedo decírtelo.

—¿No puedes o no quieres?

—Ni puedo ni quiero.

Koll suspiró. Cada respuesta de Skifr parecía sumirlo más en la ignorancia.

—¿De verdad puedes llevarnos sanos y salvos a Strokom?

—¿Llevaros a Strokom? Sí. ¿Sanos y salvos? —Se encogió de hombros.

—Eso tampoco es muy reconfortante.

—No.

—¿Y allí encontraremos armas?

—Ni la mismísima Madre Guerra podría dar uso a todas.

—Y si les damos uso nosotros, ¿nos arriesgamos a otra Ruptura de la Diosa?

—Mientras haya una ruptura de la abuela Wexen, yo me doy por satisfecha.

—Eso es lo menos reconfortante de todo.

Skifr dejó vagar su mirada hacia al mar grisáceo.

—Si crees que he venido a reconfortarte, estás muy equivocado.

—¿Por qué nunca hay nada fácil?

El padre Yarvi esperaba adusto en la larga rampa de rugosa piedra élfica que llevaba al patio de la fortaleza. Por ella descendía una silueta delgada. Una silueta alta, rapada y con brazaletes élficos agolpados en el tatuado antebrazo.

—¡Madre Scaer, que sorpresa! Pensaba que no querías tener nada que ver con esta locura.

La clériga de Vansterlandia giró la cabeza y escupió.

—No quería que nadie tuviera nada que ver con esta locura, pero es el camino que ha elegido mi rey. Ahora debo asegurarme de que lo recorra hasta la victoria. Por eso voy con vosotros.

—Tu compañía será una delicia. —Yarvi se aproximó a ella—. Siempre que tengas intención de ayudarme. Como me pongas la zancadilla, lo lamentarás.

—Nos entendemos el uno al otro, entonces —dijo la madre Scaer con una sonrisa torcida.

—Siempre lo hemos hecho.

Koll suspiró para sus adentros. ¿Qué mejor cimiento para una alianza que la sospecha y el odio mutuos?

—¡A los remos, venga! —llamó Rulf—. ¡Que es para hoy!

EL EJEMPLO DE GUDRUN

Era una hermosa mañana de finales de verano, y la Madre Sol hacía brillar la lluvia de la noche anterior como joyas en la hierba.

—Este es nuestro punto más débil —dijo Raith.

No hacía falta ser un gran guerrero para darse cuenta. La Ruptura de la Diosa había cercenado la esquina nororiental de la fortaleza como un cuchillo gigante, y los reyes de un pasado remoto habían levantado una torre para taponar el hueco. Era una construcción basta y desatendida, ya sin techo y con las vigas atestadas de pájaros y cubiertas de cagarrutas, junto a una porción de muralla construida por el hombre que se combaba hacia fuera, apuntalada con baluartes casi derruidos.

—La Torre de Gudrun —musitó Skara.

—¿Por qué se llama así? —preguntó la madre Owd.

Skara se había irritado mucho cuando la madre Kyre se empeñó en explicarle la historia pero, como pasaba con la mayoría de las lecciones de la clériga, había terminado recordándola bien.

—La princesa Gudrun era nieta de un rey de Trovenlandia.

—Mal empezamos —refunfuñó la madre Owd. Solía estar de mal humor por las mañanas—. Pero conozco a alguna de esas que luego resultó bien.

—Esta no. Se enamoró de un mozo de cuadra.

—Qué imprudente.

—Supongo que el amor cae donde cae.

La madre Owd levantó una ceja.

—Por lo general se ve caer de lejos y da tiempo a apartarse.

—Pues Gudrun no lo hizo. En aquellos tiempos Trovenlandia tenía tres reyes, y su abuelo la había prometido a uno de los otros dos. La princesa intentó fugarse, así que el rey ahorcó a su amante de esa torre y la encerró a ella en lo alto hasta que aprendiera cuál era su deber.

La madre Owd se rascó el moño suelto en que tenía enrollado el pelo.

—Me está costando adivinar de dónde vendrá el final feliz.

—No vendrá. Gudrun se arrojó desde las almenas y murió en el foso.

—Esperemos no acabar todos siguiendo su ejemplo —dijo Raith.

—¿Suicidándonos por amor?

—Muriendo en el foso.

Raith llevaba varios días de un talante lúgubre hasta para él, y aunque bastaba con la perspectiva de diez mil enemigos armados para explicar la acritud de cualquiera, Skara se preguntó si su acuerdo con Gorm tendría algo que ver. Tampoco era que a ella le hiciera mucha ilusión, pero ya no tenía remedio. Soltó un suspiro de cansancio. Había cosas más importantes de las que preocuparse que los sentimientos de nadie, incluidos los propios.

El sonido de cascos atrajo su mirada y vio a unos jinetes saliendo de la fortaleza. Una columna de doscientos caballos o más al galope, levantando la tierra al rebasar veloces a los hombres que seguían ahondando el foso y cruzar el terreno enfangado de los campamentos de Gorm y Uthil.

Jenner el Azul subía por la suave pendiente hacia ellos y Skara lo llamó.

—¿Quién quiere perderse lo que viene?

—Espina Bathu —dijo Jenner, volviéndose hacia los jinetes—. Pero solo porque Yilling el Radiante tarda demasiado en llegar para su gusto. Se lleva a doscientos de los hombres más sanguinarios de Gettlandia para hacerle todo el daño que sea capaz.

—Eso puede ser mucho daño —dijo Skara en voz baja, observando cómo los últimos jinetes abandonaban la larga sombra del cabo de Bail, cruzaban el pueblo desierto y se alejaban hacia el norte.

—En todo caso, no tenemos forraje para los caballos, mi reina. —Jenner se detuvo junto a ellos, con los brazos en jarras—. Ni demasiado para los hombres. Yilling el Radiante quemó la mayoría de nuestras granjas en treinta leguas a la redonda y saqueó casi todas las que no incendió. Uthil y Gorm calculan que solo podemos mantener a un millar de hombres. Los que tienen familias que cuidar y cosechas que recoger zarparán en barcos hacia Thorlby y más al norte.

Skara parpadeó, sorprendida.

—Nos superarán en diez contra uno.

—Cuantos más sean, mayor nuestra gloria —murmuró Raith—, o eso dicen...

—Los que se queden serán guerreros escogidos. —Como de costumbre, Jenner intentaba trazar un rumbo optimista—. Y sobran para defender las murallas hasta que regrese el padre Yarvi. Cuatrocientos vansterlandeses, cuatrocientos gettlandeses, cien herreros, cocineros y sirvientes y cien de los nuestros.

—¿Tantos hombres tenemos dispuestos a quedarse?

—Hay cinco veces esa cantidad dispuestos a morir por vos, mi reina, y entre ellos puedo elegir a cien que matarán a unos cuantos guerreros del Alto Rey mientras tanto.

—Estoy conmovida —dijo Skara—, de verdad. Pero tú no deberías estar entre ellos. Ya has hecho mucho más de lo que...

Jenner el Azul la interrumpió con un resoplido.

—Yo me quedo y no se hable más. He prometido a mi tripulación una recompensa de aúpa cuando derrotéis al Alto Rey. Si no cumplo, quedaré como un idiota. Pero vos sí que deberíais marcharos.

Le tocó resoplar a ella.

—¿Cómo puedo esperar que otros arriesguen sus vidas sin hacerlo yo?

—Mi reina —dijo la madre Owd—, vuestra sangre es más valiosa para Trovenlandia que el...

—Soy una reina en mi propia fortaleza. La única persona que puede darme órdenes es el Alto Rey, y dado que estoy en rebelión abierta contra él, mala suerte. Me quedo y punto.

—Entonces yo me quedo también. —La madre Owd suspiró—. El lugar de una sanadora está entre los heridos. El lugar de una clériga está junto a su reina.

A Skara la inundó una oleada de gratitud que casi le empañó los ojos. Ni por asomo eran los consejeros que habría escogido, pero ahora no los cambiaría por ningunos otros.

—Quizá los dioses se hayan llevado a mi abuelo. —Skara rodeó los hombros de la madre Owd con un brazo y los de Jenner el Azul con el otro, y los atrajo hacia sí—. Pero me han enviado dos columnas en las que apoyarme.

La madre Owd frunció el ceño.

—Soy un poco bajita para ser columna.

—Aun así, me sostienes de maravilla. Venga, va. —Skara los empujó hacia la fortaleza—. Elegidme los cien guerreros que más fuerte patearán a Yilling el Radiante en las pelotas.

—Los escogeremos, mi reina —dijo Jenner con una sonrisa—. Y buscaremos las botas más duras que haya.

Skara se quedó de pie en el césped con Raith. Los pájaros siguieron piando. Las voces de los peones flotaron hacia ellos desde el foso. La brisa jugueteó con la hierba. Skara no miró de reojo. Pero le gustaba saber que lo tenía allí, a su hombro.

—Puedes marcharte —dijo—, si quieres.

—Dije que moriría por vos. No hablaba por hablar.

Al girarse vio que Raith había recuperado algo de su antiguo aire fanfarrón, de aquella actitud atrevida, peligrosa y que no se disculpaba por nada, y sonrió.

—Todavía no hace falta. Sigo necesitando a alguien con quien amenazar a las visitas.

—Eso también puedo hacerlo. —Él también sonrió. Aquella sonrisa dura y

hambrienta con la que enseñaba los dientes. Durante el tiempo suficiente para que no fuera casualidad. Durante el tiempo suficiente para provocarle ese nerviosismo cálido que le cosquilleaba en la piel.

Una parte de ella habría querido imitar el ejemplo de Gudrun, enviar a la mierda lo apropiado y rodar entre el heno con su mozo de cuadra, aunque fuese solo para saber lo que se sentía.

Pero a otra parte mucho más grande de ella le parecía una idea ridícula. Skara no era una mujer romántica. No podía permitirse serlo. Era una reina, y estaba comprometida con Grom-gil-Gorm, el Rompeespadas. Un país entero confiaba en ella. A fin de cuentas, por mucho que hubiera protestado y despotricado, por mucho que se hubiera rebelado contra la madre Kyre, al final siempre había acabado cumpliendo con su deber.

De modo que, en vez de abrazarse a Raith como una náufraga a un madero y besarlo como si guardara el secreto de la vida entre sus labios, tragó saliva y miró ceñuda la Torre de Gudrun.

—Significa mucho —dijo— que quieras luchar por mí.

—Tampoco tanto. —Una nube pasajera había tapado el sol y las joyas de la hierba se convirtieron en agua fría—. Todo buen asesino necesita a alguien por quien matar.

LOS MIL

Soryorn era un arquero excelente, y su figura se recortaba como la de un héroe contra el ocaso sangriento, con un pie sobre las almenas en lo alto de la Torre de Gudrun, la espalda arqueada al tensar su enorme arco y la luz de la flecha en llamas haciendo jugar las sombras en sus rasgos marcados.

—Que arda —dijo Gorm.

Los ojos de los mil guerreros elegidos de Trovenlandia, Vansterlandia y Gettlandia siguieron la estela de fuego mientras la flecha se curvaba en la quietud de la tarde y se clavaba en la cubierta del barco de Yilling el Radiante. Se elevó una llama azul con un suave «fuuum» al encenderse el aceite sureño y, en un instante, la embarcación entera ardía con unas llamaradas que casi llegaban a calentar a Raith, incluso desde su posición, encaramado a la muralla. Miró a un lado y vio la cálida luz resaltando la sonrisa de Skara. Había sido idea de ella. El barco de un guerrero era su corazón y su hogar, a fin de cuentas.

Había costado horrores sacarlo del agua y subirlo con rodillos por la larga rampa hasta el patio. A Raith le dolía la espalda y tenía las manos peladas de ayudar. La reina Skara había entregado la veleta dorada a Jenner el Azul, el rey Gorm había arrancado las incrustaciones de plata para fundirla y hacer copas y el rey Uthil había reclamado la vela teñida de rojo para que las mujeres de Gettlandia no tuvieran que tejer tanto. Habían desmontado el mástil para que cupiera por el pasaje de entrada y habían rascado sus finas tallas cuando se quedó atascado en el hueco, pero al final habían conseguido sacarlo de la fortaleza.

Raith confiaba en que Yilling el Radiante supiera apreciar el esfuerzo que habían dedicado para darle la bienvenida al cabo de Bail, pero en cualquier caso los defensores gozaban viendo cómo su barco era presa de las llamas. Estaban entonando vítores, riendo y escupiendo insultos a los exploradores de Yilling, tranquilos a lomos de sus caballos, muy lejos del alcance de los arcos. Pero el buen ánimo duró poco.

El ejército de la abuela Wexen empezaba a llegar.

Marchaban con paso pesado por el camino del norte formando una columna ordenada, una serpiente férrea de hombres con el gran estandarte del Alto Rey por cabeza, el sol de siete rayos de la Diosa Única oscilando aquí y allá entre la multitud y las insignias de más de cien héroes pendiendo laxas en el calmo anochecer. No dejaban de llegar entre las ruinas del pueblo, hombres y más hombres que se perdían en la brumosa lejanía.

—¿Cuándo pararán de venir? —susurró Skara, dando vueltas nerviosas a su brazalete con una mano cruzada sobre el pecho.

—Esperaba que los exploradores hubieran contado mal —murmuró Jenner el Azul.

—Y parece que así es —gruñó Raith—. Se han quedado cortos.

Las risotadas burlonas de la muralla se habían reducido a sombrías sonrisas y luego a ceños aún más sombríos a medida que aquella poderosa serpiente de hombres se disgregaba, fluía en torno a la fortaleza como el agua inundaba un islote y el cabo de Bail quedaba rodeado por guerreros de las Tierras Bajas, de Inglefold y de Yutmarca desde los acantilados del este hasta los acantilados del oeste.

El bando del Alto Rey no necesitaba gritar desafiante. Su número ya era atronador.

—La Madre Guerra extiende sus alas sobre el cabo de Bail —musitó Owd.

A continuación llegó toda una flota de carretas, rebosantes de vituallas, y tras ellas una inacabable muchedumbre de familias y esclavos, siervos y mercaderes, sacerdotes y usureros, zapadores y boyeros con rebaños de ovejas y vacas que balaban y mugían y sacaban los colores a cualquier mercado que hubiera visto Raith en la vida.

—Una ciudad entera en movimiento —murmuró.

Ya casi no había luz y la retaguardia solo empezaba a llegar en un río de antorchas titilantes. Hombres con aspecto salvaje, estandartes de hueso iluminados por las llamas y pechos desnudos marcados con cicatrices y adornados con pintura de guerra.

—Shendos —dijo Raith.

—¿No eran enemigos acérrimos del Alto Rey? —preguntó Skara, con voz más estridente de lo habitual.

La boca de la madre Owd era una fina línea recta.

—La abuela Wexen debe de haberlos convencido para convertirlos en enemigos nuestros.

—He oído decir que se comen vivos a sus prisioneros —dijo alguien.

Jenner el Azul fulminó con la mirada al hombre.

—Pues mejor que no nos capturen.

Raith pasó la mano sudada por la enarma del escudo y miró hacia el puerto, donde reposaban seguros tras las cadenas barcos más que de sobra para llevarse a los mil defensores...

Se mordió la lengua hasta saborear la sangre y obligó a su mirada a volver sobre la hueste que se concentraba al otro lado de las murallas. Nunca antes le había dado miedo una pelea. Quizá fuese porque siempre las había afrontado con ventaja. O quizá porque había perdido su puesto, su familia y cualquier esperanza de recobrarlos.

Decían que eran los hombres sin nada que perder los más temibles. Pero eran ellos quienes más temían.

—Ahí —dijo Skara señalando las filas del Alto Rey.

Alguien caminaba hacia la fortaleza, con el paso relajado de quien se dirige al salón de un amigo y no a un bastión enemigo. Un guerrero cuya brillante malla reflejó la luz del barco en llamas y pareció arder también. Un guerrero de larga melena ondeante y un rostro que sorprendía por suave, joven y atractivo, que no portaba escudo y apoyaba una flácida mano izquierda en el pomo de su espada.

—Yilling el Radiante —gruñó Jenner, enseñando todos los dientes que conservaba.

Yilling se detuvo muy dentro del alcance de los arcos, sonrió de oreja a oreja hacia las atestadas almenas y gritó con voz alta y clara:

—Digo yo que el rey Uthil estará ahí arriba.

Sirvió de cierto consuelo oír la voz de Uthil igual de brusca y despreocupada enfrentándose a un hombre que a diez mil.

—¿Eres el hombre al que llaman Yilling el Radiante?

Yilling hizo un estrafalario encogimiento de hombros.

—Alguien tiene que serlo.

—¿El que mató a cincuenta guerreros en la batalla de Fornholt? —preguntó Gorm desde la cima de la Torre de Gudrun.

—No sabría decirte. Estaba matando, no contando.

—¿El que segó de un solo tajo la bestia de proa del barco del príncipe Conmer? —preguntó Uthil.

—El truco está en el juego de muñeca —dijo Yilling.

—¿El que asesinó al rey Fynn y a su clériga indefensa? —ladró Skara.

Yilling no perdió la sonrisa.

—Sí, el mismo. Y tendrías que haber visto lo que acabo de hacerle a mi cena. —Se dio unas palmadas en la tripa con gesto satisfecho—. ¡Eso sí que ha sido una masacre!

—Eres más pequeño de lo que esperaba —dijo Gorm.

—Y tú eres más grande de lo que me atrevía a soñar. —Yilling enrolló un mechón de su melena con un dedo—. Los grandotes hacen mucho ruido cuando los derribo. Me entristece encontrar al Rey de Hierro y al Rompeespadas encerrados como cerdos en pocilga. Confiaba en que os mostraríais ansiosos de probar vuestra esgrima frente a la mía, acero contra acero.

—Paciencia, paciencia. —Gorm se apoyó en las almenas y dejó pender las manos—. Quizá cuando nos conozcamos mejor me preste a matarte.

Uthil asintió con la cabeza, envarado.

—Una buena enemistad, como una buena amistad, tarda en madurar. No se empiezan las historias por el final.

Yilling ensanchó la sonrisa.

—Entonces seré paciente y anhelaré de todo corazón poder mataros a los dos a su debido tiempo. Sería una lástima negar a los escaldos la canción que resultaría de ello.

Gorm suspiró.

—Los escaldos encontrarán algo de qué cantar pase lo que pase.

—¿Dónde está Espina Bathu? —preguntó Yilling, mirando a su alrededor como si esperara encontrarla escondida en el foso—. He matado a mujeres, pero nunca a una de su renombre.

—Sin duda no tardará en presentarte sus respetos —dijo Uthil.

—Sin duda. Es el destino de todo poderoso guerrero cruzarse un día con otro más poderoso. Tal es nuestra mayor bendición y nuestra mayor maldición.

Uthil asintió de nuevo.

—La muerte nos espera a todos.

—¡Ya lo creo! —Yilling extendió los brazos a los lados y meneó los dedos—. Largo tiempo he deseado abrazar a mi señora, pero todavía no he hallado a un guerrero tan diestro como para presentarnos. —Miró el barco en llamas—. ¿Habéis quemado mi barco?

—Un anfitrión cortés ofrece a su invitado un lugar junto al fuego —exclamó Gorm, y la risa burlona corrió entre las almenas. Raith soltó una risita forzada, aunque le costó un esfuerzo heroico.

Pero Yilling se limitó a encogerse de hombros.

—Pues es una pena. Era un buen barco.

—Tenemos barcos para dar y regalar desde que capturamos todos los tuyos —gruñó Gorm.

—Y muy pocos hombres para tripularlos, a fin de cuentas —dijo Yilling, aguando de nuevo la risa. Suspiró mirando las llamas—. Tallé en persona la bestia de proa. Pero, en fin, lo quemado quemado está, como digo siempre, y no puede desquemarse.

Skara se aferró a las almenas.

—¡Has quemado media Trovenlandia sin motivo!

—¡Ah! Tú debes de ser la joven Skara, reina de las pocas partes sin quemar. —Yilling hizo un mohín con sus gruesos labios y miró hacia arriba—. Convertidme en vuestro villano si así lo deseáis, mi reina, y culpadme de todas vuestras calamidades, pero no he roto juramento alguno y mi fuego alberga un noble propósito: veros arrodillada ante el Alto Rey. Eso... y que el fuego es bonito.

—¡Cuesta un instante quemar lo que requiere toda una vida construir!

—Es lo que lo hace bonito. Os arrodillaréis ante el Alto Rey bien pronto, de todos modos.

—Jamás —escupió ella.

Yilling flexionó un dedo.

—Todos dicen lo mismo hasta que les cortan los tendones de las piernas. Entonces, creedme, hincan la rodilla sin rechistar.

—Son solo palabras, mi reina —dijo Jenner el Azul, apartando con suavidad a Skara del parapeto. Pero si las palabras eran armas, Raith tuvo la sensación de que Yilling había salido victorioso del lance.

—¿Te vas a quedar ahí plantado parloteando? —Gorm se desperezó y dio un teatral bostezo—. ¿O quieres acometer nuestras murallas? Hasta los pequeñines hacen mucho ruido cuando los derribo desde esta altura, y me apetece un poco de ejercicio.

—¡Ah, esa sí es buena pregunta! —Yilling miró el cielo amoratado y luego volvió la cabeza hacia sus hombres, ocupados en rodear el cabo de Bail con un anillo cada vez más grueso de acero afilado—. No acabo de decidirme. Echemos una moneda al aire y que decida ella, ¿eh, reina Skara?

El rostro blanquecino de Skara se tensó mientras se agarraba al brazo de Jenner.

—¡Cara, vamos a por vosotros; cruz, nos quedamos!

Yilling lanzó una moneda hacia el cielo, que parpadeó anaranjada a la luz de su barco ardiente, la dejó caer en la hierba y se agachó con los brazos en jarras.

—¿Qué? —dijo Gorm—. ¿Cara o cruz?

Yilling soltó una aguda carcajada.

—¡Pues no lo sé, ha salido rodando! A veces pasa, ¿verdad, Rompeespadas?

—Sí —gruñó Gorm, algo molesto—. A veces pasa.

—Dejémoslo hasta mañana. ¡Tengo la sensación de que seguiréis aquí!

El campeón del Alto Rey dio media vuelta, sin que la sonrisa abandonara sus facciones suaves y lisas, y regresó con paso tranquilo hacia sus hombres. Habían empezado a clavar estacas en el suelo al doble del alcance de los arcos.

Un círculo de punzones con las puntas hacia dentro.

LA CIUDAD PROHIBIDA

Ninguna visión febril, ningún presagio nocturno, ninguna pesadilla frenética podría haberse acercado a la realidad de Strokom.

El *Viento del Sur* avanzaba lánguido por un inmenso círculo de agua en calma. Un mar secreto que abarcaba leguas, rodeado de islas que eran meros peñascos y otras que se perdían en el horizonte, todas ellas rebosantes de edificios. Cubos desgarrados, torres rotas y dedos retorcidos construidos con desmigajada piedra élfica y cristal élfico que aún brillaba. Entre las aguas oscuras asomaban más construcciones a medio inundar. Millares y millares y millares de ventanas vacías que los miraban furibundas e hicieron que Koll se preguntara cuántos elfos podrían haber vivido y muerto en aquella ruina colosal, pero los números no le alcanzaban ni para empezar.

—Menudo paisaje —murmuró el padre Yarvi, y jamás nadie había pronunciado una frase que se quedara tan corta.

Todo estaba en silencio. No había aves volando en círculos sobre ellos. No había brillo de escamas en su estela. Solo se oía el crujido de los escálamos y las oraciones susurradas de la tripulación, remeros curtidos que dejaban pasar brazadas y trababan los palos entre sí al mirar a su alrededor, atónitos y horrorizados. Koll no dudó ni un momento que el más atónito y horrorizado de todo el barco era él.

Los dioses sabían que nunca se las había dado de valiente. Pero, por lo visto, quizá la cobardía pudiera meterlo en más aprietos que el valor.

—Aquella Que Canta El Viento está furiosa —dijo entre dientes la madre Scaer mientras miraba el cielo torturado, una espiral gigante en violeta cardenal, rojo herida y negro medianoche donde jamás aparecía ninguna estrella. Una nube cuyo peso podría aplastar el mundo.

—Aquí el viento solo es viento. —Skifr se quitó del cuello el batiburrillo de símbolos sagrados, talismanes, medallones bendecidos y dientes de la suerte que llevaba siempre y los dejó a un lado—. Aquí no hay dioses.

Koll era mucho más partidario de la presencia de dioses furiosos que de su ausencia total.

—¿Qué significa eso?

Skifr se irguió en la proa del barco y separó los brazos, dejando que su capa harapienta aleteara y le diera aspecto de ave enorme y antinatural, de bestia de proa colocada por un demente para indicar el camino a la perdición.

—¡Esto es Strokom! —chilló—. ¡La mayor de todas las ruinas élficas! ¡Podéis dejar de orar, pues hasta los dioses temen poner un pie aquí!

—No creo que estés ayudando mucho —gruñó el padre Yarvi.

La tripulación la miró con los ojos muy abiertos, algunos de ellos encorvados como si pudieran desaparecer en sus propios hombros. Eran todos guerreros endurecidos y temerarios, pero no había batalla, adversidad ni pérdida que pudiera preparar a un hombre para aquello.

—No deberíamos estar aquí —protestó un viejo remero bizco.

—Este lugar está maldito —dijo otro—. Quienes lo pisan enferman y mueren.

El padre Yarvi se situó delante de Skifr, con la tranquilidad de quien se está calentando las manos en su propio hogar.

—¡Una brazada cada vez, amigos míos! ¡Entiendo vuestros miedos, pero están vacíos! Las cajas de dinero que os entregará la reina Laithlin cuando volvamos, en cambio, estarán llenas hasta los topes. Los elfos desaparecieron hace miles de años, y tenemos a la Caminante de las Ruinas para elegir los senderos seguros. No hay peligro. Confiad en mí. ¿Alguna vez os he llevado por mal rumbo?

Las voces de alarma se redujeron a refunfuños, pero ni siquiera la promesa de grandes riquezas pudo invocar una sola sonrisa.

—¡Ahí! —exclamó Skifr, señalando hacia unos escalones torcidos que se alzaban desde el agua, tan grandes que podrían haberse construido para los pies de gigantes—. Llévanos a tierra.

Rulf ordenó brazadas lentas, se apoyó en el timón y los acercó suavemente hasta que la grava raspó la quilla.

—¿Cómo pueden estar tan calmadas las aguas? —oyó Koll que musitaba el timonel.

—Porque aquí todo está muerto —dijo Skifr—, hasta las aguas.

Y brincó del barco a los escalones.

Mientras el padre Yarvi apoyaba una mano en la regala, la madre Scaer le atrapó la muñeca tullida.

—No es demasiado tarde para renunciar a esta locura. Con poner un solo pie en este territorio maldecido, quebraremos la ley más sagrada de la Clerecía.

Yarvi se soltó.

—Las leyes que no puedan combarse en la tormenta están destinadas a quebrarse.

Y bajó de un salto.

Koll respiró hondo y contuvo el aliento mientras se dejaba caer de la borda. Sintió un gran alivio al no ser fulminado en el mismo instante en que sus botas tocaron la piedra. En realidad, parecía un terreno como otro cualquiera. Por delante, en los sombríos valles que separaban aquellas montañas de edificios, no se movía nada, salvo quizá algún tablero suelto o soga que bailaba con el incesante viento que soplaba.

—No hay musgo —dijo, agachándose al borde del agua—. Ni algas, ni percebes.

—En este mar no crece nada salvo los sueños —dijo Skifr.

Sacó algo del interior de su capa de harapos. Era un frasco pequeño y extraño, y, al volcarlo, dejó cinco objetos en su palma rosada. Parecían alubias rugosas, pero una mitad era blanca y la otra roja, y, al escudriñarlas de cerca, Koll entrevió una inscripción descolorida en cada una de ellas, escrita en letras diminutas. Letras élficas, sobraba decirlo, y Koll se disponía a trazar un símbolo sagrado en su pecho cuando recordó que los dioses no estaban, y se conformó con

dar un tenue apretón a las pesas por encima de la camisa. Aquello lo consoló, aunque fuese un poco.

—Cada uno debe comer una alubia —dijo Skifr, y se llevó una a la boca, echó atrás la cabeza y tragó.

La madre Scaer las miró con más desprecio del habitual en su rostro malcarado.

—¿Qué pasa si no?

Skifr levantó los hombros.

—Nunca he sido tan necia como para desoír la solemne instrucción de mis maestros, comer siempre una cuando cruce ruinas élficas.

—Podría ser veneno.

Skifr se inclinó hacia ella.

—Si quisiera matarte, te habría rajado la garganta, habría entregado tu cadáver a la Madre Mar y punto. Se me ha pasado por la cabeza bastantes veces, créeme. Quizá haya veneno por todo nuestro alrededor y esto sea la cura.

El padre Yarvi cogió una alubia de la mano abierta de Skifr y se la tragó.

—Deja de lloriquear y cómete la alubia —dijo, mirando ceñudo tierra adentro—. Hemos elegido nuestro camino y se extiende tortuoso a nuestros pies. Que los hombres mantengan la calma hasta que volvamos, Rulf.

El viejo timonel terminó de amarrar la soga de proa a un gran pedrusco y se tragó su alubia.

—Tal vez la calma sea pedir demasiado.

—Basta con que los mantengas aquí —dijo Skifr, poniendo la mano y su contenido delante de Koll—. Confiamos en estar de vuelta antes de cinco días.

—¿Cinco días ahí fuera? —preguntó Koll, con la alubia parada a medio camino de su boca.

—Si hay suerte. Estas ruinas abarcan leguas, y los senderos no son fáciles de encontrar.

—¿Cómo es que tú los conoces? —preguntó Scaer.

Skifr dejó caer la cabeza a un lado.

—¿Cómo se conocen las cosas? Escuchando a quienes fueron antes. Siguiendo sus pasos. Y luego, con el tiempo, trazando tu propio camino.

Scaer apretó los labios.

—¿Hay algo más en ti que humo y acertijos, bruja?

—Quizá a su debido momento te enseñe más. No hay nada que temer. Nada salvo la Muerte, al menos. —Se acercó a la madre Scaer y susurró—: ¿Y acaso no la tienes siempre al hombro?

La alubia molestó a Koll en la garganta al bajar, pero no sabía a nada y no le produjo ninguna sensación particular. Desde luego, no curaba el dolor, el remordimiento ni la aplastante desesperación.

—¿Y el resto de la tripulación? —bisbiseó, mirando preocupado hacia el barco.

Skifr se encogió de hombros.

—Solo tengo cinco alubias.

Y se encaminó hacia las ruinas seguida por los clérigos de Gettlandia y Vansterlandia.

Dioses, cómo deseaba Koll haberse quedado con Rin. Todas las cosas que le encantaban de ella fluyeron en su mente como una oleada de necesidad. Preferiría enfrentarse a diez ejércitos como el del Alto Rey antes de tener que adentrarse en el silencio maldito de Strokom.

Pero, como decía siempre Brand, con deseos no se compra nada.

Koll se echó el saco al hombro y siguió a los otros.

HERIDAS

Los hombres estaban tumbados en el suelo, escupiendo y retorciéndose. Suplicaban ayuda y llamaban con voz queda a sus madres. Renegaban entre dientes apretados, y bramaban, y chillaban, y sangraban.

Dioses, cuánta sangre había dentro de un hombre. Skara apenas daba crédito a sus ojos.

Había un tejedor de plegarias en la esquina, salmodiando ruegos a Aquel Que Cose La Herida y esparciendo el humo dulzón de la corteza que ardía en una copa. Aun así, había una peste sofocante a sudor y pis y todos los secretos que guardan los cuerpos, y Skara tuvo que taparse la nariz y la boca con una mano, los ojos casi, y mirar entre los dedos.

La madre Owd no era muy alta, pero en la tienda su presencia destacaba por encima de todas, menos parecida a un melocotón que al árbol de raíces profundas en el que maduraban. Tenía la frente arrugada, pelos sueltos enganchados con sudor a su mandíbula apretada, las mangas subidas sobre músculos fuertes que se contraían en sus antebrazos manchados de rojo. El hombre al que estaba atendiendo arqueó la espalda cuando la clériga palpó la herida de su muslo y empezó a revolverse y gemir.

—¡Que alguien lo sujete! —gruñó ella.

Rin pasó rozando a Skara, atrapó la muñeca del herido y lo contuvo con vigor mientras la hermana Owd sacaba una aguja de hueso de su moño suelto, la sostenía entre los dientes para enhebrarla y empezaba a coser, impasible a los bramidos y la saliva que escupía el hombre.

Skara recordó a madre Kyre enumerando los órganos, describiendo su cometido y mencionando a su dios patrono. «Una princesa debe saber cómo funcionan las personas», le había dicho. Pero se puede saber que un hombre está repleto de entrañas y, aun así, sentir la más profunda aversión al verlas.

—Han llegado con escalas —estaba diciendo Jenner el Azul—. Y con mucho

valor. No me gustaría que me tocara a mí hacerlo. Supongo que Yilling el Radiante habrá prometido sus buenos aros-moneda a cualquier hombre que lograra escalar la muralla.

—No lo han conseguido muchos —dijo Raith.

Skara vio moscas revoloteando alrededor de un montón de vendajes ensangrentados.

—Los suficientes para provocar esto.

—¿Esto? —No comprendió cómo Jenner podía ser capaz de reír—. ¡Tendríais que haber visto lo que les hemos hecho a ellos! Si esto es lo peor que sufrimos hasta que vuelva el padre Yarvi, podemos darnos todos con un canto en los dientes. —Debió de ver la expresión horrorizada de Skara, porque titubeó al mirarla—. Bueno... Puede que estos chicos no...

—Estaba poniéndonos a prueba. —Raith tenía la cara blanquecina y las mejillas surcadas de rasguños. Skara no quería saber cómo se los había hecho—. Tanteándonos para encontrar puntos flacos.

—Pues prueba superada —dijo Jenner—, al menos esta vez. Será mejor que volvamos a la muralla, mi reina. Yilling el Radiante no es de los que se rinden al primer tropezón.

Ya estaban izando a otro paciente a la camilla de la hermana Owd, mientras la clériga se lavaba las manos en un cuenco de agua bendecida tres veces y ya rosada por la sangre. Era un gettlandés corpulento, no mucho mayor que Skara, y la única señal de que estaba herido era una mancha oscura en su malla.

Owd llevaba un tintineante juego de cuchillitos en un cordel atado al cuello, y usó uno de ellos para cortar las correas de cuero de la armadura. Rin subió la camisa de mallas y el acolchado de debajo hasta revelar una pequeña hendidura en la tripa del guerrero. La madre Owd se inclinó sobre ella, la apretó y vio cómo fluía la sangre. El hombre se retorció y abrió la boca, pero solo salió un sonoro respingo de su cara blanda y temblorosa. La hermana Owd olisqueó la herida, masculló un reniego y se enderezó.

—No hay nada que pueda hacer. Que alguien le cante una oración.

Skara se los quedó mirando. Con qué facilidad quedaba condenado a muerte

un hombre. Pero tales eran las elecciones que debía hacer un sanador. Quién se salva, quién es solo carne ya. La madre Owd se había apartado y Skara se obligó a ir hacia el moribundo, aunque le temblaban las piernas y tenía el estómago a punto de salírsele por la boca. Se obligó a cogerle la mano.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

El susurro del hombre fue poco más que un tenue soplo.

—Sordaf.

Skara trató de entonar una oración al Padre Paz para que lo guiara a un descanso cómodo. Una oración que había oído cantar la madre Kyre de pequeña, tras la muerte de su padre, pero su garganta se negó a dejar pasar las palabras. A veces se decía que un hombre moría bien en la batalla. Skara ya no era capaz de imaginar cómo.

Los ojos saltones del herido estaban fijos en ella. O fijos más allá de ella. En su familia, quizá. En cosas sin hacer y sin decir. En la oscuridad que aguardaba tras la Última Puerta.

—¿Qué puedo hacer? —susurró, aferrada a su mano con tanta fuerza como él a la suya.

Sordaf intentó formar palabras, pero llegaron solo como gárgaras y salpicaduras de sangre en sus labios.

—¡Que alguien traiga agua! —chilló.

—No hace falta, mi reina. —Rin separó los dedos cerrados de Skara de los del hombre—. Ha muerto.

Skara se dio cuenta de que la mano se había quedado flácida.

Se levantó.

Estaba mareada. Tenía calor y le picaba todo.

Había alguien chillando. Gritos roncos, extraños, borboteantes, entremezclados con el canturreo del tejedor de plegarias, balbuceos, balbuceos, peticiones de ayuda, súplicas de piedad.

Anduvo tambaleante hacia la entrada, estuvo a punto de caer, salió con ímpetu al patio, vomitó, estuvo a punto de resbalar con su vómito, apartó el vestido de un zarpazo mientras devolvía otra vez, se limpió la larga baba biliosa de la boca y se apoyó en la pared, sin poder dejar de temblar.

—¿Estáis bien, mi reina? —La madre Owd había salido tras ella y estaba frotándose las manos con un trapo.

—Siempre he tenido el estómago débil... —Skara tosió y tuvo otra arcada, pero lo único que expulsó fue saliva amarga.

—Todos tenemos que guardar nuestros miedos en alguna parte. Sobre todo si no podemos permitirnos que se vean. Creo que vos escondéis los vuestros en el estómago, mi reina. —Owd posó una mano amable en el hombro de Skara—. Es tan buen lugar como cualquiera.

Skara miró hacia la entrada, de donde salía tenue el clamor de los heridos.

—¿Yo he hecho que ocurra esto? —susurró.

—Una reina debe tomar decisiones difíciles. Pero también soportar con dignidad el resultado. Cuanto más deprisa huyes del pasado, antes te alcanza. Lo único que podéis hacer es volveros hacia él y afrontarlo. Aceptarlo. Tratar de aprovechar esa sabiduría en el futuro. —La clériga destapó un frasco y se lo ofreció a Skara—. Vuestros guerreros buscan ejemplo en vos. No tenéis que luchar para mostrar vuestro coraje.

—No me siento como una reina —murmuró Skara. Dio un sorbo e hizo una mueca cuando el licor bajó ardiente por su garganta irritada—. Me siento como una cobarde.

—Pues fingid que sois valiente. Nadie cree estar preparado nunca. Nadie se siente adulto. Haced lo que creéis que haría una reina y lo seréis, os sintáis como os sintáis.

Skara se irguió y echó los hombros atrás.

—Eres una mujer sabia y una excelente clériga, madre Owd.

—No soy ninguna de las dos cosas. —La clériga se acercó a ella, arremangándose un poco más—. Pero al final se me ha dado bastante bien

fingirme ambas. ¿Necesitáis vomitar otra vez?

Skara negó con la cabeza, dio otro sorbo al fuego del frasco, lo devolvió y vio cómo Owd echaba también un buen trago.

—Dicen que la sangre de Bail fluye por mis venas...

—Olvidad la sangre de Bail. —Owd asió el brazo de Skara—. Con la vuestra propia basta a todo el mundo.

Skara dio una bocanada entrecortada y siguió a su clériga de vuelta a la oscuridad.

BROTE LA CONCIENCIA

Raith estaba apostado en la parte de la muralla construida por el hombre, cerca de la Torre de Gudrun, mirando el terreno hendido, pisoteado y saeteado que se extendía hacia las estacas que indicaban el frente del Alto Rey.

Apenas había dormido. Solo una cabezada fuera de la puerta de Skara. Había vuelto a soñar con aquella mujer y sus hijos, y había despertado con sudores fríos y la mano en la daga. Pero no había nada más que silencio.

Habían pasado cinco días desde el principio del asedio, y ni uno solo habían dejado de acometer las murallas. Llegaban con escalas y techumbres de mimbre para guarecerse del chaparrón de flechas y la granizada de piedras. Llegaban con valor, con sus semblantes más feroces y sus más fieras plegarias, y con valor eran rechazados. No habían matado a muchos de los mil defensores, pero aun así habían hecho mella. Hasta el último guerrero del cabo de Bail tenía los ojos enrojecidos de no dormir y la cara cenicienta de pasar miedo. Una cosa era enfrentarse a la muerte durante un rato frenético, pero notar su frío aliento en la nuca día tras día era más de lo que los hombres estaban hechos para soportar.

Había grandes montículos de tierra recién levantada poco más allá del alcance de los arcos. Túmulos para los muertos del Alto Rey. Y seguían excavando. Raith oía el sonido de las palas en la lejanía, mezclado con los trinos que daba algún sacerdote en el idioma de los sureños, en alabanza de su Diosa Única. Levantó la barbilla e hizo un gesto de dolor al rascarse el cuello. Un guerrero debería regocijarse con los cadáveres de sus enemigos, pero a Raith ya no le quedaba alegría.

—¿Te molesta la barba? —Jenner el Azul llegó bostezando, intentando alisar los revoltosos mechones de su pelo y dejándolos más revueltos que antes.

—Me pica. Es curioso cómo siguen chinchándote las cosas pequeñas, hasta en medio de todo esto.

—La vida es una sucesión de pequeñas incomodidades con la Última Puerta al final. Podrías afeitarte y punto.

Raith siguió rascándose.

—Siempre me he imaginado muriendo con barba. Como casi todo lo que anticipas mucho tiempo, al final acaba decepcionándote un poco.

—Una barba es solo una barba —dijo Jenner, rascándose la suya—. Te calienta la cara en las ventiscas y atrapa comida de vez en cuando, pero conocí a un hombre que se la dejó muy larga y se le enganchó en la brida del caballo. Lo arrastró a través de un seto y se partió el cuello.

—¿Lo mató su propia barba? Qué vergüenza.

—Los muertos no sienten vergüenza.

—Los muertos no sienten nada —dijo Raith—. No se vuelve del otro lado de la Última Puerta, ¿verdad?

—Quizá no. Pero siempre dejamos parte de nosotros en este lado.

—¿Qué? —musitó Raith, no muy contento con la idea.

—Nuestros fantasmas permanecen en los recuerdos de los que nos conocieron. Los que nos quisieron, los que nos odiaron.

Raith pensó en la cara iluminada por las llamas de aquella mujer, en sus lágrimas brillantes que tan claras veía incluso después de tanto tiempo, y notó el viejo dolor de siempre al cerrar los dedos.

—Los que nos mataron.

—Sí. —Jenner tenía la mirada perdida en la distancia. En su propia cuenta de cadáveres, tal vez—. En esos más que en nadie. ¿Estás bien?

—Hace tiempo me rompí la mano. No llegó a curarse del todo.

—Nada llega a curarse del todo. —Jenner el Azul se sorbió la nariz, carraspeó con fuerza, preparó la boca y envió un gargajo dando vueltas por encima del parapeto—. Parece que Espina Bathu pasó anoche a presentar sus respetos.

—Sí —dijo Raith. Había una franja chamuscada que cruzaba un lado del campamento de Yilling el Radiante, y por el tenue olor a paja ardiendo parecía que

había dado un buen mordisco a su forraje—. Seguro que ha sido una experiencia más dolorosa para ellos que cuando yo la conocí.

—Es una buena amiga que tener a tu lado, esa chica, pero muy, muy mala enemiga. —Jenner soltó una risita—. Me cae bien desde que tropecé con ella por primera vez en el Denegado.

—¿Has recorrido el Denegado? —preguntó Raith.

—Tres veces.

—¿Y cómo es?

—Es como un río muy grande.

Raith estaba mirando más allá de Jenner el Azul, hacia la ruinosa puerta lateral de la Torre de Gudrun. Rakki acababa de salir al adarve por ella y la brisa jugueteó con su pelo blanco mientras miraba preocupado las grandes excavaciones funerarias de Yilling.

Jenner enarcó una ceja encanecida.

—¿Puedo hacer algo?

—Algunas cosas hay que hacerlas solo. —Raith dio una palmadita en el hombro del viejo saqueador al pasar junto a él—. Hermano.

Rakki ni siquiera lo miró, pero sí le tembló un músculo en la sien.

—¿Lo soy?

—Si no, es sorprendente lo mucho que te pareces a mí.

Rakki no sonrió.

—Deberías irte.

—¿Por qué?

Pero incluso antes de acabar de decirlo, Raith notó una presencia descomunal y se volvió reticente para ver cómo el Rompeespadas salía encorvado

de la torre hacia el alba, con Soryorn a su hombro.

—Pero mira quién viene por aquí —casi cantó Gorm.

Soryorn se ajustó con cuidado la argolla de esclavo tachonada de granates.

—Es Raith. —Siempre había sido hombre de pocas palabras, y esas pocas eran obviedades.

Gorm cerró los ojos y escuchó los lejanos cánticos de los sacerdotes de la Diosa Única.

—¿Hay música más relajante por la mañana que los rezos del enemigo por sus muertos?

—¿La de arpa? —dijo Raith—. A mí me gusta el arpa.

Gorm abrió los ojos.

—¿De verdad crees que las bromas repararán lo que rompiste?

—Daño no hacen, mi rey. Quería daros la enhorabuena por vuestro compromiso. —Aunque pocos compromisos podrían atragantársele más—. Skara será la envidia del mundo como reina, y trae consigo toda Trovenlandia por dote...

—Grandes tesoros, cierto es. —Gorm alzó un brazo y abarcó con él los guerreros que los rodeaban por todas partes—. Pero queda pendiente el asuntillo de derrotar al Alto Rey antes de poder reclamarlos. Tu deslealtad me ha obligado a apostarlo todo a la astucia del padre Yarvi, en lugar de regatear la paz con la abuela Wexen, como habíamos planeado la madre Scaer y yo.

Raith miró a Rakki, pero su hermano tenía los ojos clavados al suelo.

—No pensaba que...

—No tengo perros para que piensen. Los tengo para que obedezcan. ¿De qué me sirve un chucho que no acude cuando silbo, que no muerde cuando se lo ordeno? Entre mis allegados no hay sitio para miserables como esos. Ya te advertí que veía una pizca de piedad en ti. Te advertí que podía aplastarte. Y lo ha hecho. —Gorm negó con la cabeza mientras se volvía—. Con la de chicos ansiosos que habrían matado cien veces por ocupar tu lugar, y yo voy y te escojo a ti.

—Decepcionante —dijo Soryorn, antes de despedirse con una mueca de desprecio y seguir a su amo por el adarve.

Raith se quedó callado. Hubo un tiempo en el que admiraba a Grom-gil-Gorm más que a nadie en el mundo. Su fuerza. Su crueldad. Antes soñaba con ser como él.

—Cuesta creer que tuviera respeto a ese hijo de puta.

—Ahí tienes una diferencia entre nosotros —dijo Rakki sin levantar la voz—. Yo siempre lo he odiado. Pero aquí viene otra: yo sé que aún lo necesito. ¿Qué planeas hacer ahora?

—No es que haya estado siguiendo un plan. —Raith frunció el ceño a su hermano—. No es fácil matar a alguien que no te ha hecho daño.

—Nadie dijo que fuera fácil.

—Bueno, pero no cuesta tanto a quien no ha de hacerlo. No sé por qué, siempre eres tú el que quiere que se hagan las cosas difíciles —añadió con brusquedad pero intentando mantener baja la voz—, ¡pero yo el que ha de hacerlas!

—Bueno, ahora ya no puedes ayudarme, ¿verdad? —El dedo índice de Rakki apuñaló el aire hacia el Salón de Bail—. ¡Porque elegiste a esa putilla antes que a tu propia...!

—¡No la llames así! —ladró Raith, apretando los puños—. ¡Lo único que elegí es no matarla!

—Y míranos ahora. Menudo momento para que te brote la conciencia. —Rakki miró de nuevo hacia las tumbas—. Rezaré por ti, hermano.

Raith bufó.

—Seguro que aquella gente de la frontera rezó cuando llegamos en plena noche. Seguro que rezaron a más no poder.

—¿Y?

—Sus rezos no los salvaron de mí, ¿a que no? ¿Por qué iban los tuyos a

salvarme de algún otro cabronazo?

Dicho eso, Raith volvió con Jenner el Azul.

—¿Problemas? —preguntó el viejo saqueador.

—Un buen puñado.

—Bueno, así es la familia. Digo yo que a tu hermano se le pasará.

—A él puede que sí, pero dudo que el Rompeespadas sea tan generoso.

—No parece que lo sea, no.

—He terminado con él. —Raith escupió hacia el exterior de la muralla—. Y he terminado conmigo también, con mi forma de ser anterior.

—¿Te gustaba lo que eras?

—¿Entonces? Muchísimo. Ahora me parece que era un hijo de puta de mucho cuidado. —El rostro de aquella mujer se negaba a desvanecerse de su mente, y tragó saliva con la mirada fija en las viejas piedras bajo sus pies—. ¿Cómo sabe un hombre lo que debería hacer?

Jenner infló las mejillas.

—Yo me he pasado media vida haciendo lo que no debía. Y casi toda la otra mitad intentando descubrir qué era lo menos malo. Las pocas ocasiones en que he hecho lo correcto fueron casi todas por casualidad.

—Y vienes a ser el mejor hombre que conozco.

Las cejas de Jenner el Azul salieron despedidas hacia arriba.

—Te agradezco el cumplido. Y te compadezco.

—Yo también, abuelo. Yo también. —Raith contempló las figuritas que se movían en el campamento de Yilling el Radiante. Hombres que se levantaban de sus catres, se reunían en torno a sus fuegos, mordisqueaban el desayuno, quizá entre ellos un hombre viejo y otro joven que miraban en su dirección y hablaban de menudencias—. ¿Crees que hoy volverán a venir?

—Sí, y me preocupa un poco.

—Nunca podrán superar estas murallas con escalas. En la vida.

—No, y por fuerza Yilling tiene que saberlo. Pero entonces ¿por qué desperdicia tropas intentándolo?

—Para mantenernos nerviosos. Preocupados. Es un asedio, ¿no? Quiere entrar de algún modo.

—De algún modo que dé más lustre a su fama. —Jenner señaló las tumbas con la cabeza—. Después de una batalla, ¿los vansterlandeses excaváis grandes túmulos para cada hombre?

—A la mayoría los amontonamos y los quemamos, pero estos adoradores de la Diosa Única tienen costumbres raras con sus muertos.

—¿Y por qué tan cerca de nuestro muro? No se enseña al enemigo el daño que te ha hecho. No les plantas tus bajas delante de las narices, aunque te las puedas permitir.

Raith levantó la mano y se rascó la vieja muesca de la oreja.

—Supongo que tendrás alguna explicación ingeniosa.

—Veo que ya empiezas a conocerme y admirarme. —Jenner adelantó el mentón para rascarse el cuello—. Se me ha ocurrido que Yilling podría estar ordenando estos ataques tan insensatos solo para tener cuerpos que enterrar.

—¿Cómo dices?

—Venera a la Muerte, ¿no? Y tiene hombres más que de sobra.

—¿Y por qué matar a sus tropas solo para enterrarlas?

—Para que creamos que no hace nada más. Pero no me parece a mí que Yilling el Radiante vaya a dedicarse a excavar tumbas toda la noche, justo al borde del alcance de nuestras flechas y en el punto más débil que tenemos.

Raith miró un momento a Jenner, luego hacia aquellos montículos marrones y le subió un helado escalofrío por la espalda.

—Están minando la muralla.

POLVO

Para ser un chico que a regañadientes empezaba a considerarse un hombre, Koll había visto unas cuantas ciudades. La adusta Vulsgard en primavera y la expansiva Kalyiv en verano, la majestuosa Casa Skeken rodeada por sus murallas élficas y la hermosa Yaletoft antes de que la arrasaran. Había completado la larga travesía por el serpenteante Divino, las largas cuestas y la estepa abierta, para por fin contemplar boquiabierto y maravillado la Primera Ciudad, el mayor asentamiento de los hombres.

Al lado de las ruinas élficas de Strokom, todas eran como cagarrutas de mosca.

Siguió a Skifr y a los dos clérigos por caminos negros tan anchos como la plaza del mercado en Thorlby, que se internaban bajo el suelo en cavernosos túneles y se amontonaban unos encima de otros sostenidos por poderosas columnas de piedra, enredados en el ovillo de un gigante loco, mientras los ojos de cristal roto vigilaban tristes las ruinas. Caminaron en silencio, cada uno a solas con sus propias preocupaciones. Por el mundo, por sus conocidos, por sí mismos. Allí no vivía nada. No había plantas, ni aves, ni insectos que reptaran. Solo había silencio y una parsimoniosa decadencia. Por todo su alrededor, legua tras legua, los imposibles logros del pasado se iban desmoronando y dejando solo polvo.

—¿Cómo era este lugar cuando vivían los elfos? —preguntó Koll con un susurro.

—Inimaginable en su magnitud, su luz y su ruido —dijo Skifr, que encabezaba la marcha con la cabeza bien alta—, en su confusión planeada y su competición frenética. Pero todo enmudeció hace miles de años.

Dejó surcos con las yemas de los dedos en un torcido pasamanos y los levantó, escrutó la capa de polvo gris que habían recogido, probó su sabor con la lengua, la frotó contra el pulgar y frunció el ceño al fondo del camino, lleno de grietas y socavones.

—¿Qué ves? —preguntó Koll.

Skifr levantó una ceja quemada.

—Solo polvo. No hay más presagios aquí, pues no hay más futuro a escudriñar que el polvo.

Una inmensa serpiente de metal había caído de entre dos edificios y yacía quebrada y torcida, cruzada en el camino.

—Los elfos se creían todopoderosos —dijo Skifr mientras la remontaban—. Se creían más importantes que la Diosa. Pensaban que podían rehacer todas las cosas siguiendo su propio gran designio. ¡Mira ahora su necedad! No importan la grandeza ni la gloria de lo que se haga, pues el tiempo lo destruirá. No importa la fuerza de la palabra, ni del pensamiento, ni de la ley, pues todo debe volver al caos. —Skifr echó atrás la cabeza y envió un escupitajo que voló hacia las alturas, trazó un suave arco y salpicó el metal herrumbroso—. El rey Uthil dice que el acero es la respuesta. Yo digo que no mira lo bastante lejos. El polvo es la última respuesta a toda pregunta, ahora y siempre.

Koll suspiró.

—Estás de lo más jovial, ¿eh?

La repentina risotada de Skifr partió el silencio, resonó en las fachadas muertas de los edificios y sobresaltó a Koll. Allí era un sonido extraño. Albergó la absurda preocupación de que pudiera ofender a alguien de algún modo, aunque no hubiera habido nadie a quien ofender en centenares de centenares de años.

La anciana le dio una palmada en el hombro y aumentó el paso hacia el padre Yarvi y la madre Scaer, que se habían adelantado.

—Todo depende de lo que encuentres gracioso, chico.

La luz empezaba a menguar cuando pasaron entre unas construcciones tan altas que la calle parecía un desfiladero sumido en las sombras, agujas que perforaban los cielos incluso en su decadencia, inacabables láminas de cristal élfico que seguían titilando en rosa, naranja y violeta con el oscuro reflejo del ocaso, torcidas vigas de metal que brotaban de las cimas devastadas como espinas de un

cardo.

Al pensarlo, Koll se acordó de Espina y musitó una oración por ella, aunque los dioses no estuvieran presentes para escucharla. Cuando murió Brand, pareció que algo moría también en ella. Quizá nadie llegaba al final de una guerra tan vivo como al principio.

Descendieron por el camino lleno de baches, obstruido por objetos de metal retorcido y pintura descascarillada. Había mástiles con la altura de diez hombres, engalanados con madejas de cuerdas que pendían entre los edificios como las telas de unas arañas colosales. Había letras élficas por todas partes, símbolos que hasta embadurnaban en los caminos y rodeando los postes, y estandartes que se desplegaban orgullosos en cada umbral y ventana rota.

Koll se quedó mirando los signos que blasonaban toda la anchura de una construcción, cuya última letra, del tamaño de un hombre, se había soltado y colgaba triste en su esquina.

—Cuánta escritura —murmuró, con el cuello agarrotado de tanto mirar hacia arriba.

—Los elfos no reservaban la palabra a unos pocos —dijo Skifr—. Dejaban que el conocimiento se extendiera a todos, como el fuego. Aventaban las llamas con entusiasmo.

—Y todos ardieron con ellas —dijo entre dientes la madre Scaer—, hasta dejar solo cenizas.

Koll volvió a mirar el gran blasón.

—¿Tú lo entiendes?

—Quizá conozca las letras —dijo Skifr—, y quizá hasta conozca las palabras. Pero el mundo del que hablan ha desaparecido por completo. ¿Quién podría desentrañar hoy su significado?

Pasaron frente a una ventana rota que aún conservaba esquirlas de cristal en el marco, y Koll vio a una mujer que le sonreía desde el interior.

Se quedó tan estupefacto que no pudo ni chillar, y solo retrocedió tropezando hasta los brazos de Skifr, señalando con aspavientos aquella figura

fantasmagórica. Pero la anciana se limitó a soltar una risita.

—Ya no puede hacerte daño, chico.

Entonces Koll reparó en que era un retrato, pintado con increíble detalle pero ya manchado y descolorido. Una mujer levantaba la muñeca para lucir un brazalete élfico dorado, sonriendo de oreja a oreja como si llevarlo puesto le proporcionara un placer indescriptible. Una mujer alta, delgada y ataviada con extraños ropajes, pero una mujer sin duda alguna.

—Los elfos... —tartamudeó—. ¿Eran... como nosotros?

—Terriblemente parecidos y terriblemente distintos —dijo Skifr, mientras Yarvi y Scaer llegaban junto a ella y miraban también aquel desdibujado rostro salido de la larga niebla del pasado—. Eran mucho más sabios, más numerosos, más poderosos que nosotros. Pero al igual que nosotros, cuanto más poderosos se hacían, más poder anhelaban. Al igual que los hombres, los elfos tenían unos vacíos que nunca podían llenarse. Todo esto... —Skifr extendió los brazos para abarcar las imponentes ruinas y su capa de harapos se hinchó con la inquieta brisa—. Todo esto no los satisfacía. Eran igual de envidiosos, despiadados y ambiciosos que nosotros. Igual de codiciosos. —Alzó un largo brazo, una larga mano, un largo dedo para señalar la sonrisa radiante de la mujer—. Es su codicia lo que los destruyó. ¿Me has oído, padre Yarvi?

—Te he oído —dijo echándose el saco al hombro y, como siempre, siguiendo adelante—. Y me vendrían bien menos lecciones élficas y más armas élficas.

La madre Scaer frunció el ceño a su espalda, jugueteando con su propia colección de brazaletes antiguos.

—Yo digo que le vendría mejor al revés.

—¿Qué pasará luego? —preguntó Koll levantando la voz.

Hubo un breve silencio antes de que el padre Yarvi se volviera.

—Que utilizaremos las armas élficas contra Yilling el Radiante. Las llevaremos por los estrechos hasta Casa Skeken. Buscaremos a la abuela Wexen y al Alto Rey. —Su voz adoptó un matiz mortífero—. Y cumpliré mi juramento-sol y mi juramento-luna de vengarme de los asesinos de mi padre.

Koll tragó saliva.

—Quería decir después de eso.

El maestro miró pensativo al aprendiz.

—Ya vadearemos ese río cuando lo alcancemos.

Y dio media vuelta y siguió caminando, como si apenas hubiera pensado en el asunto hasta aquel momento. Pero Koll sabía que el padre Yarvi no era de los que dejan el terreno del futuro sin sembrar de planes.

Dioses, ¿tenía razón Skifr? ¿Eran iguales que los elfos? ¿Pisaban con pies diminutos sobre sus poderosas huellas, pero siguiendo la misma senda? Imaginó Thorlby convertida en una ruina deshabitada, una tumba gigante, el pueblo de Gettlandia arrasado por las llamas para dejar solo silencio y polvo, y quizá también algún fragmento de su mástil tallado a modo de eco espectral para desconcierto de quienes llegaran mucho después.

Koll dio un último vistazo a aquella cara exultante que había muerto miles de años atrás y vio algo relucir entre el vidrio hecho añicos: un dorado brazalete élfico, idéntico al del retrato. Koll le echó mano sin pensarlo y se lo guardó en el bolsillo.

Dudaba mucho que la elfa fuese a echarlo de menos.

LAS ENTRAÑAS DEL PADRE TIERRA

—Será peligroso —dijo Skara con gravedad.

Era el momento perfecto para que Raith inflara el pecho y soltara alguna fanfarronada heroica. Hubo tiempos en los que era una fuente inagotable de ellas, al fin y al cabo. «Cuento con eso», o «Me desayuno el peligro», o «¡Para nuestros enemigos, tal vez!». Sin embargo, lo único que logró responder fue un ahogado:

—Sí. Pero tenemos que detener esa mina antes de que llegue bajo la muralla.

No había más que decir. Hasta el último de ellos sabía lo que estaba en juego.

Todo.

Raith paseó la mirada por los voluntarios. Sus caras, los broqueles de sus escudos y sus armas estaban ennegrecidos con ceniza para no destacar de noche. Eran dos docenas de los gettlandeses más rápidos, otras dos de los vansterlandeses más fieros y él.

El Rompeespadas había echado a suertes con el rey Uthil el honor de encabezarlos y había ganado. Allí estaba, sonriente mientras esperaban el momento, saboreando cada aliento como si la noche oliera a flores. Ese hombre nunca mostraba ningún miedo, jamás, eso había que concedérselo. Pero lo que antes había parecido a Raith valentía ahora se le antojaba demencia.

—Nadie te hará de menos si te quedas —dijo Skara.

—Yo me haré de menos. —Si es que era posible siquiera. Raith cruzó una fugaz mirada con su hermano antes de que él la apartara, con los rasgos tensos cubiertos de ceniza. Ansioso por demostrar que podía ser el hermano duro, aunque los dos sabían que no—. Tengo que cuidar de mi hermano.

—¿Aunque no quiera tu ayuda?

—Sobre todo en ese caso.

Rakki llevaba al hombro una de las grandes vasijas de barro que contenían el fuego sureño del padre Yarvi, y Soryorn otra. Raith recordó cómo había estallado en llamas aquella cosa sobre las cubiertas de los barcos enemigos y arrojado hombres ardiendo al mar, se preguntó cómo sería embadurnarlo en la madera que había en las profundidades bajo el suelo y aplicarle la antorcha y su coraje recibió otro duro golpe. No sabía cuántos más resistiría. Hubo una época en la que nada lo asustaba. ¿O quizá siempre había fingido?

Dioses, qué ganas tenía de empezar.

—La espera es lo que más duele —protestó.

—¿Más que una puñalada, o arder, o quedarte enterrado en esa mina?

Raith tragó saliva.

—No. No más que esas cosas.

—No temáis por mí, mi reina. —Gorm se había acercado con los pulgares metidos en su gran cinturón, queriendo acaparar toda la atención. Así eran los reyes. Su elevado concepto de sí mismos era a la vez lo que los encumbraba y lo que los derribaba—. La Madre Guerra me insufló su aliento en la cuna —dijo, dando inicio al estribillo más tedioso del mundo—. Dicen los presagios que ningún hombre puede matarme.

Skara enarcó una ceja.

—¿Y qué hay de una inmensa cantidad de tierra cayendo sobre vuestra cabeza?

—Ah, el Padre Tierra me hizo demasiado robusto para apretujarme en la mina de Yilling. Serán otros quienes se internen mientras yo defiendo la entrada. Pero debéis aprender a regocijaros por el riesgo.

Skara tenía más aspecto de que fuera a provocarle una arcada.

—¿Por qué?

—Sin la Muerte, la guerra sería un asunto aburrido. —Gorm se quitó su gran cadena por encima de la cabeza y se la ofreció a Skara—. ¿Me honrarías guardando esto hasta que hayamos terminado? No querría que su tintineo me delatara al oído

de la Muerte.

Mientras su propietario se iba con andares arrogantes, Skara miró los pomos que le recubrían las manos, la plata, el oro y las piedras preciosas que centelleaban a la luz de antorcha.

—Cada una de estas es un hombre muerto, entonces —murmuró, pálida como si estuviera viendo sus rostros—. Hay docenas.

—Y eso sin contar a los que mató y no portaban espadas. O a los que iban desarmados del todo.

Hubo un tiempo en que Raith había mirado esa cadena henchido de orgullo por seguir a tan gran guerrero. Hubo un tiempo en que había soñado con forjarse una propia. Se preguntó qué longitud podría haber tenido ya, y la respuesta lo dejó tan descompuesto como aparentaba estar Skara cuando levantó la mirada.

—No elegí esto.

Dioses, qué bonita era. Parecía que tuviese una luz en ella y que cuanto más oscuras fueran las cosas, más brillara. Pensó, no por primera vez, en lo que podría haber pasado si fuesen personas distintas, en un lugar distinto y un tiempo distinto. Si ella no fuera una reina y él no fuera un asesino. Pero nadie podía elegir quién era.

—¿Quién elegiría esto? —graznó.

—Es la hora. —Gorm dio un mordisquito a la última hogaza, la pasó y se agachó para embutir su inmenso corpachón en el estrecho pasadizo.

Cada hombre tomó un mordisco antes de seguirlo, sin duda preguntándose si de verdad sería el último. Cuando Raith llegó, dio su bocado y desmenuzó el resto de la hogaza cerrando el puño, para soltarlo como regalo a los hijos de la Madre Guerra, los cuervos. Quizá no creyera demasiado en la suerte, pero sabía que necesitarían toda la posible.

El pasadizo que atravesaba las murallas élficas resonó con sus veloces jadeos. Era el mismo por el que Raith había llegado a la carga unas semanas antes, sin dudas y sin miedos, encendido con el júbilo de la batalla. Jenner el Azul estaba junto a la puerta, que tenía un grosor de un palmo, preparado para echarle sus tres pasadores cuando hubieran salido y dando una palmada en la espalda a cada

hombre que pasaba.

—Vuelve con vida —siseó el viejo saqueador—. Es lo único que importa.

Y empujó a Raith fuera de la muralla, hacia la fría noche.

Había una mortaja de niebla procedente de la Madre Mar, y Raith le dio las gracias en voz baja. Lo consideró un presente que triplicaba sus posibilidades de sobrevivir a la noche. Las hogueras de los hombres de Yilling eran manchas apagadas en la tiniebla, a su izquierda. Los muros del cabo de Bail una masa negra a su derecha.

No llevaban cotas de malla para correr más deprisa, todos encorvados y negros como el carbón, espíritus en la oscuridad, raudos y silenciosos. Todos los sentidos de Raith se aguzaron el doble por la piedra de afilar que era el peligro, cada gruñido y cada paso ensordecedores como redobles de tambor, su olfato inundado por la noche húmeda y las lejanas hogueras.

Uno tras otro se dejaron caer a la zanja y empezaron a sortear el fondo cenagoso. La bota de Raith topó con algo duro y se dio cuenta de que era un cadáver. Estaban por todas partes, sin enterrar, mezclados entre los restos de escalas partidas, las rocas arrojadas desde arriba, los escudos caídos de los muertos.

Vio la sonrisa dentada de Gorm en la oscuridad, volviéndose hacia Soryorn y susurrándole:

—Aquí se ha hecho el buen trabajo de la Madre Guerra.

La última hogaza había dejado amarga la boca de Raith, que escupió mientras trepaban al otro lado de la zanja, ayudándose en silencio unos a otros, mascullando reniegos cuando resbalaban y transformando la tierra en fango pegajoso con sus botas.

Siguieron avanzando por un terreno erizado de flechas, la cosecha de los fallidos ataques de Yilling, densa como los brezales que azotaba el viento en las alturas de Vansterlandia. Raith empezó a oír gritos lejanos cuando empezaron a dejar atrás la fortaleza, y el entrechocar de aceros. El rey Uthil había salido en espolonada por los grandes portones, confiando en distraer la atención de Yilling el Radiante de su mina.

Siluetas que se formaban en la niebla, sombras engañosas que azotaban los hombres a la carrera. Serpientes, enroscándose y separándose. Caras de lobo. Caras de hombre. Las caras de quienes había matado, clamando venganza con chillidos silenciosos. Raith los espantó a todos con el escudo, pero volvieron a cobrar forma. Intentó convencerse de que los muertos estaban muertos, pero sabía que Jenner estaba en lo cierto. Sus fantasmas permanecían en los recuerdos de quienes los conocieron, amaron, odiaron. Sobre todo de quienes los mataron.

Los postes aguzados emergieron de entre la niebla y Raith pasó entre ellos de lado y continuó agachado por la oscuridad, irrumpiendo en la noche.

Vio los montículos de túmulos recientes, o al menos la zafra de las minas de Yilling, con los bordes iluminados por el fuego. Gorm señaló con la espada y los hombres se separaron para bordear en silencio la loma más cercana. No se pronunció ni una palabra. No eran necesarias. Todos conocían su tarea.

Había dos hombres sentados junto a un fuego de campamento, como Raith y Rakki hacían antes. Uno remendaba un cinturón con una aguja y el otro tenía una manta echada a la espalda y miraba preocupado hacia el ruido del señuelo de Uthil. Volvió la cabeza cuando oyó correr a Raith.

—¿Qué estás...?

La flecha de Soryorn entró silenciosa por su boca. El otro hombre empezó a levantarse, enredado con su cinturón. La hoja ennegrecida de Gorm siseó y la cabeza del guerrero salió dando vueltas hacia la penumbra.

Raith saltó su cadáver, se dejó caer resbalando a una zanja entre dos montículos de escombros y se acuclilló junto a una oscura boca de mina flanqueada por antorchas.

—¡Seguidle! —susurró Gorm mientras sus guerreros se desplegaban a ambos lados.

Rakki balbuceó una plegaria rápida a Aquella Que Ilumina El Camino y se adentró en las entrañas del Padre Tierra con la vasija de fuego sureño al hombro, seguido de cerca por Soryorn y Raith.

Tinieblas, y las sombras cambiantes de los troncos torcidos que sostenían la tierra por encima, y raíces que revolvían el pelo de Raith. No era zapador, pero se notaba que aquello estaba excavado a toda prisa y avanzó entre hilillos de tierra

que se desprendía, con la mirada fija en la espalda encorvada de Soryorn.

—Dioses —susurró—. Esto podría muy bien desmoronarse sin nuestra ayuda.

Calor, cada vez más calor, sudor que goteaba de las cejas de Raith, que le pegaba la ropa al cuerpo con el esfuerzo. Pasó el hacha por el aro del cinturón y desenfundó la daga. Si tenían que pelear allí abajo, no habría espacio para tajos amplios. Lo resolverían de cerca, con el aliento del enemigo en la nariz.

Llegaron a una cámara iluminada por un solo cabo de vela en un candil. Por el suelo de tierra había desperdigadas palas y carretillas, además de pilas de maderos como los que sostenían el techo en un basto revoltijo. Otros dos túneles sombríos se extendían hacia las profundidades, sin duda en dirección a las raíces de la Torre de Gudrun, y Raith se internó deprisa por uno, escrutando la oscuridad.

¿Podía ser que se oyera a alguien escarbando? ¿Cavando? Rakki ya había destaponado su vasija y empezaba a derramar su contenido sobre cualquier cosa hecha de madera.

—¡Ojo con esa llama! —susurró a Soryorn, que había rozado el candil y lo había hecho oscilar en su gancho—. Un solo error y estamos todos sepultados.

—Bien dicho —croó el portaestandarte, vertiendo su propia vasija sujeta en el hueco de un largo brazo y tapándose la cara con la otra mano.

Dioses, cómo apestaba aquel mejunje cuando no corría aire. El ardiente hedor los hizo toser a todos. Raith se internó en el otro túnel, limpiándose con el antebrazo las lágrimas de los ojos irritados, y al apartarlo reparó en los dos hombres que lo miraban. Uno sostenía un pico y el otro una pala, ambos con el torso desnudo y mugroso.

—¿Sois el reemplazo? —preguntó uno, y le cambió la expresión al ver el escudo de Raith.

Los mejores luchadores eran los que no pensaban demasiado. Ni demasiado antes del combate, ni demasiado después, ni nada durante. El que descargaba el primer golpe a menudo era quien quedaba en pie al final. De modo que Raith le arrancó el pico de la mano con un golpe de escudo y le asestó una puñalada en el cuello que salpicó de sangre la otra pared de la galería.

El segundo zapador levantó la pala, pero Raith ya llevaba impulso y embistió contra él, encajó el golpe con el escudo y empujó al hombre hacia la pared hasta que quedaron rugiendo en la cara del otro, tan cerca que Raith podría haber sacado la lengua y darle un lametón. Lo acuchilló por debajo de su escudo, salvaje, feroz, propinando una sarta de puñetazos con punta de acero, y el zapador gorgoteó y gruñó con cada uno hasta que Raith dio un paso atrás y lo dejó caer sentado, sosteniéndose el abdomen desgarrado con las dos manos, su sangre negra en el escudo de Raith, en su puño, en su daga.

Rakki lo estaba mirando boquiabierto, como siempre hacía cuando Raith emprendía la matanza, pero ya habría tiempo para amontonar los remordimientos más tarde.

—¡Acaba! —Raith volvió corriendo a la galería por donde había bajado, para tomar una bocanada de aire fresco. Aquella peste hacía que le diera vueltas la cabeza. Se oían tenues ruidos de combate en el exterior—. ¡Ya!

Rakki volcó la vasija entre toses, empapando los puntales, las paredes, el suelo. Soryorn lanzó la suya, aún vertiendo aceite, que se extendió a borbotones por el suelo, y apartó a Raith para remontar el túnel mientras los gritos de arriba ganaban intensidad.

—¡Dioses! —oyó exclamar a Rakki con voz rasposa, y dio media vuelta.

Había un minero cruzando la cámara a trompicones, con ojos saltones y frenéticos, sosteniendo aún sus tripas rajadas con una mano roja. Asió a Rakki con la otra, gruñendo entre sus dientes apretados, esparciendo saliva rojiza.

Era increíble que no hubiera cruzado la Última Puerta. Pero la Muerte era veleidosa y contaba a su manera. Solo ella podía decidir cuándo le apetecía conceder unos momentos más a un hombre.

La vasija de Rakki cayó mientras forcejeaba con el minero herido y se estrelló contra un madero, salpicándolos a los dos de aceite mientras se tambaleaban hacia el fondo.

Raith dio un paso, con la boca abierta, pero estaba demasiado lejos.

Tropezaron con un puntal, Rakki retrasó el brazo para dar un puñetazo y su codo rozó el candil y lo derribó de su gancho.

Cayó despacio, muy despacio, dejando marcada una franja brillante en la visión de Raith sin que pudiera hacer nada en absoluto. Oyó su propia inhalación brusca. Vio la luz de la llamita extenderse fulgurante por el suelo aceitoso. Vio a Rakki volviéndose y alcanzó a captar un atisbo de su rostro, con los ojos muy abiertos.

Raith se dejó caer acurrucado tras su escudo. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Y entonces la angosta cámara brilló más que el día.

VALIENTE HAZAÑA

A buen seguro una mujer debería sollozar de alivio cuan do su prometido regresaba vivo de la batalla, pero Skara descubrió que tenía los ojos secos cuando el Rompeespadas fue el primer guerrero en entrar por el portillo.

Su gran escudo tenía un asta rota de flecha cerca del borde, pero por lo demás estaba ileso. Desclavó la flecha de un manotazo, miró a su alrededor como buscando a quién entregar el escudo y frunció el ceño.

—Vaya. —Y lo dejó apoyado contra la muralla.

Skara compuso una sonrisa forzada.

—Me alegro de que hayáis vuelto, mi rey. —Aunque en realidad preferiría haber saludado a otros.

—En verdad me alegro de haber vuelto, reina Skara. Combatir de noche no es muy divertido. Pero hemos hundido su mina, de todas formas.

—Gracias a los dioses. ¿Qué ocurrirá ahora?

Sonrió y los dientes se destacaron blancos en su cara cubierta de ceniza.

—Ahora excavarán otra.

Los hombres iban llegando poco a poco a la fortaleza. Todos agotados, varios heridos. La madre Owd se acercó a ayudar y Rin se acuclilló a su lado con unas gruesas tenazas y, sin mediar palabra, empezó a cortar el jubón ensangrentado de un hombre alrededor de su herida.

—¿Dónde está Raith?

—Estaba con su hermano en el túnel cuando el aceite se ha incendiado. —Un esclavo había traído agua a Gorm y estaba limpiándose la negra ceniza de la cara.

A Skara se le hizo tal nudo en la garganta que apenas pudo preguntar.

—¿Está muerto?

Gorm asintió con la cabeza, circunspecto.

—Le enseñé a luchar, a matar y a morir, y ahora ha hecho las tres cosas.

—Solo dos —replicó ella, sintiendo una inundación de alivio que la mareó.

Raith salió arrastrando los pies de entre las sombras, con el pelo embarrado, los dientes rojos apretados y un brazo en los hombros de Jenner.

—Anda. —Gorm enarcó las cejas—. Siempre fue el hermano más duro.

Skara corrió hacia Raith y lo cogió por el codo. Tenía la manga desgarrada, quemada, cubierta de extrañas ampollas. Entonces comprendió horrorizada que no era su manga, sino su brazo.

—¡Dioses, el brazo! ¡Madre Owd!

No parecía que Raith se hubiera dado cuenta siquiera.

—Rakki ha muerto —susurró.

Una esclava había traído a Gorm una bandeja de carne recién asada. La similitud que guardaba con el brazo de Raith mientras la madre Owd le mondaba la tela de encima produjo náuseas a Skara. No obstante, si el Rompeespadas albergaba algún miedo, no lo guardaba en el estómago.

—Luchar siempre me abre mucho el apetito —dijo con la boca llena de carne, escupiendo grasa—. Considerándolo todo, esta noche la Madre Guerra nos ha favorecido.

—¿Y qué pasa con Rakki? —bramó Raith, y la hermana Owd sopló enojada cuando apartó el brazo a medio vendar de sus manos.

—Guardaré buen recuerdo de él. Al contrario que otros, él demostró su lealtad.

Skara vio los tendones marcarse en el puño de Raith cuando lo cerró en torno a la empuñadura de su hacha y se apresuró a interponerse entre él y Gorm.

—Vuestra cadena, mi rey.

Sostener en alto aquel peso tintineante de pomos de muertos le costó tanto esfuerzo que le temblaron los brazos. Gorm se agachó para pasar la cabeza y estuvieron más cerca que nunca, con las manos de Skara tras su cuello, casi en un incómodo abrazo. Olía a pelo mojado, igual que los perros que había criado su abuelo.

—Ha crecido con los años —dijo Gorm mientras se enderezaba.

De tan cerca parecía más inmenso que nunca. La coronilla de Skara a duras penas le llegaba a la base del cuello. ¿Tendría que ir a todas partes con banqueta para poder besar a su marido? En otro momento le habría hecho gracia la idea. En aquel preciso instante no tenía muchas ganas de reír.

—Ha sido un honor sostenerla. —Skara se moría de ganas de retroceder pero sabía que no podía, de modo que bajó las manos para disponer aquellos recuerdos chabacanos y repulsivos en el pecho de su prometido.

—Cuando estemos casados, cortaré una parte para que la llevéis vos.

Skara parpadeó, helada de repente. Una cadena de hombres muertos que la retendría de por vida.

—No me he ganado el derecho —logró responder con un hilo de voz.

—¡No me vengáis con falsas modestias, por favor! Solo media guerra se libra con espadas, mi reina, y vos habéis librado la otra media con habilidad y valor. —Sonrió mientras daba media vuelta—. Habrá centenares de muertos gracias a vuestra valiente hazaña.

Skara despertó de sopetón, aferrada a las pieles de su cama, y aguzó el oído en el silencio.

Nada.

En los últimos días apenas había pegado ojo. Los guerreros de Yilling el

Radiante hostigaban la fortaleza dos o tres veces por noche.

Habían intentado llegar nadando al puerto, desafiando el oleaje a oscuras. Pero los centinelas de los torreones habían acribillado a flechazos a aquellos valientes, y sus cuerpos seguían enganchados en las cadenas que cerraban el acceso.

Habían embestido los portones empleando de ariete un tronco con puntera de hierro, sosteniendo los escudos sobre las cabezas y armando un estrépito capaz de levantar a los muertos. Pero aquellos valientes apenas habían logrado arañar la madera.

Habían disparado enjambres de flechas ardientes sobre las murallas, que cayeron al patio como estrellas fugaces en la noche. Habían rebotado inocuas en los adoquines y la pizarra, pero algunas habían incendiado tejados de paja. Skara tenía el pecho irritado de respirar tanto humo, la voz cascada de ordenar a gritos que empaparan los tejados, las manos peladas de cargar cubos desde el pozo. La cuadra donde había ensillado por primera vez a un poni de niña era solo un armazón calcinado, pero habían conseguido impedir que se extendiera el fuego.

Al final habían subido a los adarves, enhollinados pero victoriosos, para chillar «¡Gracias por las flechas!» a los arqueros del Alto Rey que se batían en retirada.

Emplearan fuego o agua, lo intentaran por encima de la muralla o por debajo, nada había funcionado. El cabo del Bail era la fortaleza más resistente de todo el mar Quebrado; sus defensores, los guerreros escogidos de tres naciones guerreras. Yilling el Radiante había perdido veinte hombres por cada uno de los suyos.

Pero, aun así, los refuerzos no dejaban de llegar. Cada mañana la Madre Sol se alzaba sobre más guerreros de Yutmarca, Inglefold y las Tierras Bajas. Más shendos con ojos enloquecidos, huesos atravesados en la carne y franjas de pintura. Más barcos fuera del puerto, impidiendo que llegara ayuda a los defensores. Quizá las pequeñas victorias hubieran contribuido a su moral, pero la terrible aritmética no había hecho más que empeorar. Los sótanos de la madre Owd estaban rebosantes de heridos. En dos ocasiones habían enviado barcos a la deriva con cadáveres por tripulantes para que ardieran en el agua.

Skara se sentía como si estuvieran excavando zanjas para detener la marea.

Quizá contuvieran una ola, quizá contuvieran diez, pero la marea siempre vencía.

Soltó un eructo ácido, tragó el vómito antes de que saliera y bajó las piernas del lecho, apoyó la cabeza en las manos y dio un largo gemido.

Era reina. Su sangre valía más que el oro. Tenía que ocultar su miedo y mostrarse astuciosa. No podía blandir una espada, por lo que tenía que librar la otra media guerra, y hacerlo mejor que Yilling el Radiante. También mejor que el padre Yarvi y la madre Scaer. Había personas que dependían de ella. Personas que habían apostado a ella su futuro. Había construido a su alrededor un cercado con las necesidades y las expectativas de los vivos y los muertos, y se sentía como si recorriera un laberinto de espinos. Una docena de opiniones que tener en cuenta, un centenar de lecciones que recordar y un millar de comportamientos correctos que debía tener y diez millares de incorrectos que jamás podía plantearse siquiera...

Sus ojos resbalaron hacia la puerta. Sabía que al otro lado estaría Raith durmiendo. O quizá despierto.

No sabía lo que sentía por él, pero sí sabía que nunca lo había sentido por nadie más. Recordó la fría sacudida cuando creyó que había muerto. El cálido alivio cuando vio que vivía. La chispa ardiente cuando cruzaron la mirada. La fuerza que sentía cuando lo tenía a su lado. Su cabeza sabía que era la peor pareja concebible, se mirara por donde se mirase.

Pero el resto de ella opinaba otra cosa.

Se levantó y notó que el corazón le aporreaba el pecho mientras sus pies descalzos cruzaban la fría piedra. Echó un vistazo a la pequeña estancia donde dormía su esclava, pero sin duda no se atrevería a inmiscuirse en los asuntos de su ama.

Detuvo la mano a un pelo de la puerta, con un hormigueo en las yemas.

El hermano de Raith había muerto. Skara se dijo que la necesitaba, aunque sabía que era ella quien lo necesitaba a él. Quien necesitaba olvidar su deber. Quien necesitaba olvidar su tierra, su pueblo, y tener algo que fuese suyo. Quien necesitaba saber qué se sentía al ser besada, abrazada y deseada por alguien de su elección, antes de que fuera demasiado tarde.

La madre Kyre se habría arrancado el pelo a mechones solo de pensarlo,

pero la madre Kyre había cruzado la Última Puerta. Allí, en la noche, con la Muerte arañando las murallas, lo apropiado ya no parecía tan importante.

Skara descorrió el cerrojo con dedos temblorosos, mordiéndose el labio para no hacer ningún ruido.

Despacio, muy despacio, entreabrió la puerta.

NINGÚN AMANTE

Al terminar, Raith dejó los párpados cerrados y respiró. Solo quería abrazarse con alguien, así que hizo subir la mano vendada por la espalda desnuda de ella y la atrajo contra su pecho.

Rakki estaba muerto.

Cada vez era como si cayera en la cuenta. Cada vez veía aquel último atisbo de su cara antes del fuego y la tierra cayendo.

Ella le dio un beso. No fue brusco ni apresurado, pero Raith comprendió que era un beso de despedida e intentó hacerlo durar. No había besado lo suficiente en su vida. Quizá no tuviera ocasión de hacerlo muchas más veces. Con la de tiempo que había desperdiciado en idioteces, cada momento que transcurría era como una dolorosa pérdida. Ella le puso una mano en el pecho y lo apartó despacio. Raith tuvo que convencerse de soltarla.

Contuvo un gemido al bajar los pies a la cruda estera, con una mano en las costillas que esparcían el dolor a todo su costado. La vio vestirse, destacada en negro contra la cortina. Captó pequeños detalles a la tenue luz. El movimiento de los músculos en su espalda, las venas en su pie, un resplandor que descendía por su cara cuando se giró hacia el otro lado. No habría sabido decir si sonreía o torcía el gesto.

Rakki estaba muerto.

Raith se miró el brazo vendado. Había olvidado el dolor durante un momento, pero ya regresaba con fuerza redoblada. Hizo una mueca al tocarlo, recordando aquel último vistazo al rostro de su hermano, tan parecido al suyo y tan distinto. Como dos bestias de proa en el mismo barco, siempre mirando en sentidos opuestos. Solo que ahora quedaba una sola, y el barco iba a la deriva sin un rumbo que seguir.

Ella se sentó junto a él.

—¿Te duele?

—Como si aún ardiera. —Movió los dedos y sintió que le ardía el antebrazo entero.

—¿Puedo hacer algo?

—Nadie puede hacer nada.

Se quedaron sentados en silencio, con la mano de ella posada en su brazo. Tenía las manos fuertes pero dulces.

—No puedes quedarte. Lo siento.

—Lo sé.

Recogió la ropa desperdigada, pero mientras se vestía empezó a llorar. En un momento estaba forcejeando con el cinturón, incapaz de ceñirlo con la torpe mano quemada, y al siguiente se le anegó la mirada, se sacudieron sus hombros con los quedos sollozos.

Nunca había llorado como entonces. Nunca en la vida. En todas las palizas recibidas, todas las cosas perdidas, todas las esperanzas fallidas, había tenido a Rakki a su lado.

Pero Rakki estaba muerto.

Una vez arrancado el llanto, Raith descubrió que no lograba detenerlo, no más de lo que se podía reconstruir un dique vencido mientras aún lo surcaba la riada. Era la pega que tenía volverse duro. Una vez agrietado, no había forma de recomponerse.

Ella le rodeó la cabeza con los brazos, le apretó la mejilla contra el hombro y lo meció con suavidad.

—Chist —le dijo al oído—. Chist.

—Mi hermano era la única familia que tenía —susurró él.

—Lo sé —dijo ella—. El mío también.

—¿Se hace más fácil?

—Tal vez. Muy poco a poco.

Ella le ciñó el cinturón, pasó el cuero raído por la hebilla rayada mientras Raith se quedaba quieto con los brazos a los lados. Nunca le había parecido importante tener a una mujer que le abrochara el cinturón, pero cayó en que le gustaba. Nunca había tenido a nadie que cuidara de él. Excepto Rakki, tal vez.

Pero Rakki estaba muerto.

Cuando ella levantó la mirada, tenía el rostro surcado de lágrimas, y Raith alzó el brazo para secarlas, procurando ser tan suave como lo había sido ella. No le pareció que a aquellos dedos doloridos, torcidos y maltratados que tenía les quedara la menor ternura. No le pareció que sus manos sirvieran más que para matar. Su hermano siempre le había dicho que no era ningún amante. Pero lo intentó.

—Ni siquiera sé tu nombre —dijo.

—Me llamo Rin. Será mejor que te vayas. —Y retiró la cortina de la menuda alcoba en la que tenía su catre.

Raith subió cojeando los peldaños de la forja, con una mano apoyada en la pared. Pasó junto a un horno abovedado en el que tres mujeres cocían pan, y junto a una multitud hambrienta de hombres que esperaban con sus cuencos. Renqueó hasta el otro extremo del patio, alumbrado en plata por el alto y grueso Padre Luna, y dejó atrás la cuadra abrasada. Tan abrasada como estaba él.

Oyó que alguien reía y giró la cabeza de sopetón hacia el sonido, empezando a sonreír. Era la voz de Rakki, ¿verdad?

Pero Rakki estaba muerto.

Se rodeó a sí mismo con los brazos mientras pasaba fatigoso junto al tocón muerto del Árbol de Fortaleza. No era una noche rigurosa, pero Raith tuvo frío. Como si su ropa desgarrada fuese demasiado fina. O como si lo fuese su piel desgarrada.

Empezó a subir la larga escalera, raspó los peldaños en la oscuridad y cruzó el largo corredor, con ventanas que daban a la reluciente Madre Mar. Había luces

en movimiento: las lámparas en los barcos de Yilling el Radiante, vigilando para asegurarse de que no llegara ayuda al cabo de Bail.

Gruñó mientras se tendía, lento y dolorido como un viejo, frente a la puerta de Skara. Se pasó la manta sobre las rodillas y dejó que el cráneo cayera contra la fría piedra élfica. Nunca le habían interesado las comodidades. Era Rakki quien había soñado con esclavos y ricos tapices.

Pero Rakki estaba muerto.

—¿Dónde estabas?

Se volvió de sopetón. La puerta estaba entreabierta y Skara lo miraba desde el interior, con el pelo hecho un revoltijo de rizos oscuros, rebelde y enmarañado de estar recién levantada, como había estado el día en que la vio por primera vez.

—Lo siento —tartamudeó, quitándose la manta. Gimió de dolor al levantarse y echó mano a la pared para mantener el equilibrio.

De pronto Skara salió al pasillo y le cogió el codo.

—¿Te encuentras bien?

Era un guerrero probado, el portaespadas de Grom-gil-Gorm. Era un asesino, labrado a partir de dura piedra vansterlandesa. No sentía dolor ni compasión. Pero aquellas palabras se negaban en redondo a salir. Estaba demasiado herido. Herido hasta los huesos.

—No —susurró.

Entonces despegó los ojos del suelo y vio que Skara solo llevaba puesto el camisón, reparó en que a la luz de la antorcha se transparentaba su delgada figura.

Obligó a sus ojos a seguir ascendiendo hasta su cara, pero fue peor. Había algo en cómo lo estaba mirando, fiera e inmutable como un lobo a su presa, que le calentó el cuerpo de repente. Casi no lograba ni ver con sus ojos encima. Casi no podía ni respirar con su aroma cerca. Hizo un leve ademán de soltar el brazo y solo consiguió atraerla hacia él, casi tocarla. Ella salvó la distancia, pasó una mano por sus doloridas costillas que le arrancó un respingo, puso la otra mano en su mejilla y tiró de su cara hacia abajo.

Lo besó, y no con delicadeza sino sorbiendo su boca, rozándole el labio partido con los dientes. Raith abrió los ojos y ella lo miraba, como juzgando el efecto que había tenido, sin dejar de presionar con el pulgar en su mejilla.

—Mierda —susurró él—. Quiero decir, mi reina...

—No me llames así. Ahora no.

Llevó la mano hasta su nuca y la asió con fuerza, frotó su nariz con la de él hacia arriba por un lado, hacia abajo por el otro y volvió a besarlo, dejando su cabeza liviana como la de un borracho.

—Ven conmigo —susurró ella con su aliento quemándole la mejilla, y lo llevó hacia la puerta, casi a rastras, con la manta enredada en los tobillos.

Rakki siempre le había dicho que no era ningún amante. Raith se preguntó qué opinaría cuando le contara aquello...

Pero Rakki estaba muerto.

Se detuvo en seco.

—Tengo que contarte una cosa... —¿Qué, que venía de llorar en la cama de otra mujer? ¿Que ella era la prometida de Grom-gil-Gorm? ¿Que casi la había matado hacía pocas noches y aún llevaba el veneno en el bolsillo?—. Más de una cosa, en realidad.

—Después.

—Después podría ser demasiado tarde...

Le agarró la camisa y lo llevó hacia ella, y Raith se sintió indefenso como un muñeco de trapo en sus manos. Era mucho más fuerte de lo que había creído. O quizá él fuese mucho más débil.

—Ya he hablado bastante —susurró ella—. Ya he hecho lo apropiado bastante. Podríamos morir todos mañana. Ahora, ven conmigo.

Podrían morir todos el día siguiente. Si a Rakki le quedaba una última lección que enseñarle, sin duda era aquella. Y al fin y al cabo, los hombres pocas veces ganan las peleas que quieren perder. Así que Raith pasó los dedos por la

suave nube de su cabello, la besó, le mordió los labios, notó su lengua en la boca y ninguna otra cosa le pareció tan urgente como había creído. La madre Scaer, el Rompeespadas, Rin e incluso Rakki parecían tan distantes como el amanecer.

Ella apartó su manta contra la pared de una patada, tiró de él hasta el interior de la puerta y corrió el cerrojo.

RELIQUIAS

—Es aquí —dijo Skifr.

Llegaron a un amplio salón dominado por una elevada tribuna, y la poca luz que dejaba pasar la costra de polvo en las ventanas caía sobre sillas rotas, desperdigadas aquí y allá. Había una mesa curva encarada hacia la puerta, con algo encima que parecía una moneda gigantesca y bordeada de letras élficas. Al otro lado de la mesa había habido una pared de vidrio, pero estaba hecha añicos. Koll los trituró con las botas al acercarse a un arco que tenía una puerta caída y la otra sostenida a duras penas por goznes partidos. El salón que había al otro lado no tardó en quedar sumido en la tiniebla, con el goteo de agua en las sombras como único sonido.

—Nos vendría bien un poco de luz —farfulló.

—Cómo no.

Se oyó un chasquido y al instante la estancia entera se inundó de brillo. Hubo un siseo cuando el padre Yarvi desenfundó la curva espada que portaba y Koll se apretó contra la pared, palpando en busca de su daga.

Pero Skifr solo soltó una risita.

—Aquí no hay nada que combatir salvo a nosotros mismos, y en esa inacabable guerra no sirven de nada los filos.

—¿De dónde sale la luz? —preguntó Koll sin levantar la voz. Los tubos que había en el techo resplandecían demasiado para mirarlos, como si alguien hubiera atrapado fragmentos de la Madre Sol en frascos.

Skifr se encogió de hombros mientras pasaba a su lado y seguía adelante.

—Magia.

El techo se había derrumbado y había más tubos colgando de cordeles enmarañados, cuya luz se interrumpía con inquietantes sonidos para luego

relampaguear en los rostros tirantes de los dos clérigos que seguían cautelosos a Skifr. Había papeles esparcidos por todas partes, en montones medio caídos que llegaban a la altura del tobillo, empapados pero sin pudrir, repletos de palabras y palabras y más palabras.

—Los elfos creían que podían apresar el mundo en la escritura —dijo Skifr—. Que acumular el suficiente conocimiento los situaría por encima de la Diosa.

—Y mira los frutos de su arrogancia —murmuró la madre Scaer.

Pasaron por un cavernoso salón lleno de mesas, cada una de ellas con una extraña caja de vidrio y metal encima. Había cajones arrancados y armarios volcados, vomitando papel a espuertas por el suelo.

—Aquí ha habido ladrones —dijo Koll.

—Otros ladrones —matizó Scaer.

—No hay peligro tan temible en el mundo que alguien no lo afronte en busca de ganancias.

—Cuánta sabiduría en alguien tan joven —dijo Skifr—. Pero me da en la nariz que lo único que se llevaron estos ladrones fue su muerte. Por aquí.

Una escalera se hundía en el suelo, iluminada con luz roja, y del lejano fondo llegaba un zumbido. Cuando Koll se asomó sobre el pasamanos, sintió una fría ráfaga de aire en la cara y vio que aquella espiral cuadrada se precipitaba hasta una profundidad infinita.

—Hay que bajar mucho —croó.

—Pues más vale que empecemos —dijo el padre Yarvi, y comenzó a descender por los escalones de dos en dos, dejando que su mano tullida se deslizara por la barandilla.

No hablaron. Todos estaban demasiado henchidos de sus propios temores para dejar sitio a nadie más. Cuanto más descendían, más resonaban sus pesados pasos, más alto sonaba aquel extraño zumbido desde el interior de las paredes, desde la misma tierra, tanto que a Koll le traquetearon los dientes en la boca. Siguieron bajando y bajando, adentrándose en las mismas entrañas de Strokom, rebasando advertencias pintadas en la lisa piedra élfica con enormes y rojas letras

élficas. Koll no sabía leerlas, pero imaginó su significado.

«Volved. Renunciad a esta locura. Aún no es demasiado tarde.»

Si le preguntaran, no habría sabido decir cuánto tiempo estuvieron descendiendo, pero al final terminó la escalera, como debe hacerlo todo. Desde el pie se extendía otro pasadizo, tenebroso, gélido y yermo salvo por una flecha roja que señalaba hacia el otro extremo. Que los guió hasta una estrecha puerta de apagado metal en la pared del fondo, junto a la que había un tablero tachonado.

—¿Qué es este lugar? —preguntó entre dientes la madre Scaer.

La terrible solidez de aquella puerta tenía algo que llevó a la mente de Koll la de la tesorería de la reina Laithlin, tras la que se decía que guardaba su inacabable riqueza.

—Una cámara —murmuró.

—Una armería.

Y Skifr empezó a cantar. Al principio con voz suave y grave, en el idioma de los elfos, y luego más aguda y rápida, como había hecho en aquella loma sobre el Denegado cuando el Pueblo del Caballo se les echó al cuello. Los ojos del padre Yarvi tenían un brillo hambriento. La madre Scaer giró el cuello y escupió con desagrado. Entonces Skifr trazó un símbolo por encima del tablero con la mano izquierda mientras con la derecha empezaba a apretar los remaches, en una secuencia que ni los ojos aguzados de Koll pudieron seguir.

De pronto una joya verde que había sobre la puerta cobró un intenso brillo. Hubo un estruendo como de cerrojos descorriéndose. Koll dio un paso atrás y casi tropezó con la madre Scaer cuando la puerta se entornó hacia él con el mismo siseo de aire que al abrir un frasco sellado mucho tiempo atrás. Sonriendo burlona por encima del hombro, Skifr terminó de abrirla de un tirón.

Al otro lado había un nuevo corredor, pero este flanqueado de estanterías. A Koll le recordaron a las que había fabricado para guardar las lanzas en la ciudadela de Thorlby. En los estantes, reflejando amenazadoras la tenue luz, había reliquias élficas. Las había a docenas. A cientos. A cientos y cientos, a medida que nuevos fogonazos de luz caían sobre más y más estantes que se perdían en la distancia.

—Armas élficas —dijo Skifr—, como había prometido.

—Suficientes para equipar a todo un ejército —susurró el padre Yarvi.

—Sí. Fueron forjadas para una guerra contra la Diosa.

Al lado de aquel alarde de artesanía, los orgullosos esfuerzos de Koll y Rin parecían primitivas chapuzas. Cada arma idéntica a la contigua, hermosa en su pulcra sencillez. Cada arma tan perfecta como el día en que se creó, miles de años atrás.

Koll cruzó el umbral, contemplando la obra de los elfos con asombro, admiración y no poco miedo.

—¿Estas son tan poderosas como la que utilizaste en el Denegado?

Skifr dio un bufido.

—Al lado de estas, aquella es como la aguja de un niño al lado de la lanza de un héroe.

Sobre la estepa azotada por el viento, en un momento el arma de Skifr había destrozado y quemado a seis hombres y obligado a huir a unas cuantas docenas más.

—¿De qué serían capaces estas? —susurró Koll mientras, reacio y con toda delicadeza, tocaba aquellas superficies perfectas que parecían más criadas que forjadas, ni ásperas ni suaves, ni frías ni calientes.

—Con estas, unos pocos elegidos podrían aniquilar el ejército de la abuela Wexen —dijo Skifr—. Diez ejércitos como ese. Aquí hay hasta cosas que pueden hacer que ese báculo tuyo envíe la Muerte. —Lanzó una caja plana en dirección al padre Yarvi, que la apresó al vuelo: con un sonido como si estuviera llena de monedas.

—¿El báculo del clérigo de Gettlandia? —Koll miró sorprendido a Skifr—. ¿Es un arma?

—¡Ah, la ironía! —Skifr soltó una risita seca mientras sacaba una reliquia de la estantería—. Es curioso las cosas que pasan desapercibidas a los astuciosos bajo sus mismas narices.

—¿Ahora son peligrosas? —preguntó Koll, apartando la mano de golpe.

—Hay que prepararlas, pero puedo enseñaros los rituales como me los enseñaron a mí, como se los enseñaron a mi maestra. La tripulación del *Viento del Sur* podrá usarlas con un solo día de aprendizaje. Una espada cuesta años de dominar, y en esos años el aprendiz aprende a respetar el arma, a contenerse con ella, pero esto... —Skifr se apoyó el lado romo de la reliquia contra el hombro, cerró un ojo y miró a lo largo de ella, y Koll reparó en que las ranuras y los huecos eran asideros, esculpidos para que las manos encajaran con ellos como una espada en su vaina—. Si un hombre empuña esto, por débil que sea, al instante se transforma en un guerrero más grandioso que el rey Uthil, que Grom-gil-Gorm, que el propio Yilling el Radiante.

—Eso está a medio camino de ser un dios —murmuró la madre Scaer, negando amargamente con la cabeza—. Si los elfos no lograron controlar tamaño poder, ¿debería concederse a un hombre?

—Debemos tomarlo de todos modos. —El padre Yarvi levantó con cuidado una reliquia de su estante. Como si no tuviera intención de devolverla.

Skifr se apoyó el arma en la cadera ladeada.

—Del mismo modo que el nombre de la Diosa tiene siete letras, debemos llevarnos solo siete armas.

El padre Yarvi alzó la reliquia y apuntó con ella hacia las inacabables estanterías.

—Aquí no hay diosa que valga, ¿recuerdas? —Su mano deforme no encajaba tan bien con la empuñadura como la de Skifr, pero aun así sostuvo la vetusta arma con firmeza de hierro—. Nos llevaremos todas las que podamos.

EL ASESINO

El Padre Tierra tembló y Raith sintió una punzada de miedo, se levantó deprisa, tiró su cuenco y salpicó el patio de sopa.

Yilling el Radiante estaba hundiendo su mina.

Todos sabían que terminaría ocurriendo. Lo sabían desde que Rakki había quedado enterrado en la anterior excavación y los hombres del Alto Rey no se habían molestado en ocultar que iniciaban otra.

El rey Uthil se había ocupado de que los defensores estuvieran ocupados. Había ordenado levantar una segunda muralla en el interior de la fortaleza. Un muro de agusanadas vigas arrancadas a los bajos edificios, de planchas y mástiles procedentes de barcos desguazados, de listones cubiertos de percebes robados a los embarcaderos, de travesaños y ruedas de carreta y duelas de tonel y escudos de hombres muertos. Una medialuna que no superaba en mucho la altura de un hombre y se extendía de muralla élfica a muralla élfica, con un exiguo adarve para que los defensores pudieran resistir, y luchar, y morir. No era muro que pudiera contener a diez mil guerreros.

Pero sí mucho mejor que nada en caso de que la Torre de Gudrun cayera.

La mayoría de los mil defensores que aún podían correr lo estaban haciendo ya hacia la barrera de madera, tropezando entre ellos, derribándose, gritando todos a la vez, desenvainando a la carrera, y Raith se dejó llevar por la marea. Jenner el Azul le ofreció la mano y lo ayudó a izarse al adarve, y junto al parapeto notó que el suelo volvía a temblar, con más violencia que nunca.

Todo el mundo tenía la mirada fija en el espantajo que era la Torre de Gudrun y el enclenque tramo de muralla levantado por el hombre a su izquierda. Deseando que se mantuviera firme. Suplicando a los dioses que lo hicieran posible. Raith habría querido saber a qué dioses rezar, pero tuvo que conformarse con apretar el puño dolorido y no perder la esperanza. Salieron unos pájaros volando del tejado roto, pero nada más. Se extendió la quietud más tensa que Raith hubiera visto nunca.

—¡Ha resistido! —gritó alguien.

—¡Silencio! —rugió Gorm, sosteniendo en alto la espada que una vez había llevado Raith.

Como si se tratara de una señal, hubo un sonoro estallido y los hombres se encogieron mientras volaba polvo y saltaban cascotes de la fachada interior de la Torre de Gudrun. Una roca grande como la cabeza de un hombre rebotó por el patio y se estrelló contra el muro cerca de Raith.

Hubo un poderoso chirrido y la hiedra que cubría la torre pareció retorcerse entre grietas que se extendieron raudas por la piedra, lo que quedaba del tejado se inclinó y una bandada de pájaros huyó hacia el cielo.

—Dioses —susurró Raith, boquiabierto.

Con una lentitud espantosa, la torre entera empezó a replegarse sobre sí misma.

—¡Al suelo! —gritó Jenner el Azul, tirando de Raith hacia abajo junto a él.

Sonó como si el mundo entero se resquebrajara. Raith apretó los párpados y sintió las piedras que le caían en la espalda como granizo. Estaba preparado para morir. Solo habría deseado poder hacerlo al lado de Skara.

Abrió los ojos pero todo estaba turbio. Un barco en la niebla.

Algo le dio un golpecito y Raith lo apartó de un desmañado manotazo.

Vio la cara arrugada de Jenner el Azul, pálida y fantasmagórica, gritando algo que Raith no podía oír. Le pitaban los oídos.

Se levantó casi a tientas junto al parapeto y tosió mientras escrutaba la niebla creada por el hombre. Alcanzó a distinguir las nebulosas siluetas del torreón élfico a la izquierda y la muralla élfica a la derecha, pero entre ellas, donde se había alzado la Torre de Gudrun, solo quedaba un hueco inmenso. Un amontonamiento de peñascos quebrados y vigas partidas al fondo de una extensión de cascotes sueltos que llegaban hasta la pared de madera.

—Por lo menos ha caído hacia fuera —dijo, pero ni siquiera llegaba a oír su propia voz.

Cayó en que se había dejado el yelmo dorado que había cogido al capitán de aquel barco junto a la puerta de Skara, pero no era cuestión de volver a por él. Tendría que pedir con amabilidad que nadie le golpeara en la cabeza. Encontró la idea tan ridícula que estuvo a punto de reír.

Entonces vio las siluetas en la penumbra. Sombras de hombres. Los guerreros del Alto Rey, que trepaban sobre los escombros y por fin hacían brecha. Llegaban a docenas, con los colores de sus escudos reducidos a un gris polvoriento, con las espadas y las hachas apagadas en la tiniebla, con las bocas abiertas en silenciosos gritos de batalla. Llegaban a centenares.

Volaron flechas hacia la agitada masa de hombres, desde la medialuna de defensores y desde las altas murallas élficas. Les llovieron flechas desde todas las direcciones, y sobre los cascotes que intentaban superar no habrían podido formar una muralla de escudos ni aunque quisieran. Cayeron hombres en el patio, cayeron entre los escombros, se arrastraron, rodaron y se quedaron sentados con la mirada perdida. Raith vio a un guerrero viejo y corpulento avanzar a cuatro patas, con cinco o seis flechas alojadas en su malla. Vio a un pelirrojo que se había enganchado una bota entre dos rocas quitarse el casco y arrojarlo al suelo en un arrebato de frustración. Vio a un guerrero con aros dorados en los brazos renquear con la espada a modo de bastón.

Siguieron llegando, profiriendo gritos de batalla que el pitido en las orejas de Raith reducía a un mortecino parloteo, embistiendo el pie de la muralla. Siguieron llegando, mientras los hombres de arriba los atravesaban con lanzas, les arrojaban rocas, se inclinaban para cortarlos con hachas. Siguieron llegando, algunos a gatas y con los escudos en alto mientras otros escalaban los maderos de la muralla improvisada. Su valentía habría sido digna de admiración si no estuvieran todos decididos a que Raith muriera.

Cerró los ojos y se metió la vieja y mordisqueada cuña en la boca, pero esa vez no sintió que lo embargaba el júbilo de batalla. Raith siempre había tenido una sed de violencia que parecía imposible de satisfacer pero, aunque por lo visto al fin había bebido hasta hartarse, la Madre Guerra seguía llenándole la jarra. Pensó en Skara bajando la mirada. Pensó en su risa. Poder oírla de nuevo le pareció algo por lo que merecía la pena luchar. Se obligó a abrir los ojos.

Los guerreros del Alto Rey habían escalado el muro como una plaga de hormigas, y medio adarve ya bullía de hombres forcejeando. Uno de ellos tenía la espada en alto para descargar un tajo sobre Jenner, y Raith le dio un hachazo en la

sien que le abolló el yelmo y lo envió al suelo despatarrado. Una mano asió el parapeto y Raith la cortó por la mitad, golpeó a otro hombre en la boca con el brocal del escudo, lo empujó y vio cómo soltaba un puñal mientras caía del muro.

Jenner abrió mucho los ojos y Raith dio media vuelta para ver que se abalanzaba sobre él un robusto tierrabajeño, blandiendo una gran hacha a dos manos y con el sol de siete rayos de la Diosa Única rebotando en una correa que llevaba al cuello. A veces lo mejor que podía hacerse con el peligro era correr directo hacia él. Raith saltó hacia él y trabó el mango del hacha con el hombro, de forma que el filo solo le arañara la espalda antes de soltarse de las manos del tierrabajeño y caer repiqueteando al patio.

Se agarraron, se empujaron, se dieron manotazos y se escupieron uno al otro. Raith dejó caer su hacha y logró bajar el brazo quemado, palpando en busca del puño de su daga. El tierrabajeño le dio un cabezazo en la mandíbula y ganó espacio para echar atrás el brazo, preparando un puñetazo, pero también permitió que Raith desenfundara el puñal.

Quizá no hubiera júbilo en ello, pero tampoco pensaba dejarse matar.

Agachó la cabeza para que el puño del tierrabajeño le diera en la frente y no en la nariz, un truco que había aprendido peleando contra chicos mucho más grandes que él. Le saltó la cuña de la boca y se redobló el pitido en sus oídos, pero sintió cómo se partían los huesos de la mano del hombre. Raith lo apuñaló en el costado y su filo raspó la malla sin atravesarla, pero el impacto bastó para que el tierrabajeño se doblara por la cintura, resollando. Intentó aferrar el brazo de Raith con la mano rota, pero él se soltó y le clavó el cuchillo justo por debajo de la orejera del casco.

El tierrabajeño puso cara de sorpresa al ver que caía sangre en el símbolo sagrado de su pecho. Seguro que había estado convencido de seguir al dios correcto, al rey correcto, la causa correcta. Todo el mundo encuentra el modo de justificar el bando que elige, al fin y al cabo. Pero mientras retrocedía trastabillando y sosteniéndose el cuello, descubrió que no vencían los hombres más rectos, sino los que pegaban primero y lo hacían más fuerte.

Raith bajó al suelo, le enganchó las piernas y lo arrojó por encima del parapeto, donde se llevó por delante a otro hombre y terminaron los dos tendidos entre los cadáveres de abajo. Sin duda todos ellos también habían pensado que estaban en el bando correcto.

Raith se quedó quieto, tratando de recobrar el aliento. Vio a la madre Owd detrás del muro, llevándose a un herido a rastras. Vio a Jenner el Azul intentando desencajar su espada del pelo ensangrentado de un muerto. Vio a Grom-gil-Gorm enviando a un hombre por los aires con un barrido de su escudo. Habían rechazado a los guerreros del Alto Rey en el muro de madera, pero seguían entrando a raudales por la brecha.

Entonces Raith vio caer algo desde la muralla élfica y se encogió cuando llovió fuego líquido sobre los hombres apiñados en aquel estrecho espacio. Notó el calor que soltaba en la cara y recordó el que había desprendido bajo tierra. Ni siquiera el pitido le impedía oír los gritos.

Cayó otra vasija de barro, hubo otro fogonazo y las tropas del Alto Rey se vinieron abajo y huyeron. Nadie conservaba el valor para siempre, por muy recto que se creyera. Los gettlandeses estallaron en vítores, los vansterlandeses en abucheos y los trovenlandeses en aullidos, y corearon los nombres del rey Uthil, el rey Gorm y hasta la reina Skara para celebrar la victoria. Raith no abrió la boca. Sabía que el enemigo no tardaría en volver.

—¿Estás bien? —oyó que preguntaba Jenner el Azul.

—Sí —murmuró Raith, pero la verdad era que estaba harto de pelear y quería volver al lecho de Skara.

Había cadáveres por todas partes, y una peste a aceite y carne cocinada, y hombres heridos pidiendo a gritos una ayuda que no llegaba. En lugar de asentarse el polvo se elevó el humo, y de entre las sombras llegó una voz aguda.

—¡Menuda forma de empezar el día! ¡Hemos hecho que fluya la sangre, eso seguro!

Algo se dejó ver en la brecha. Era una puerta con una esquina astillada y los goznes aún colgando. Se oyeron tres golpes de nudillos en la madera y entonces Yilling el Radiante asomó el rostro por un lado.

—¿Puedo acercarme a hablar sin que me acribilléis a flechazos? —Puso aquella sonrisita fofa que tenía—. Daría para una pobre canción, al fin y al cabo.

—Pues creo que Skara la cantaría muy a gusto —murmuró Raith, y él mismo la habría tarareado sin demasiadas pegas.

Pero Gorm estaba más interesado que ellos en la gloria.

—¡Acércate, Yilling el Radiante! Te escucharemos.

—¡Sois muy gentiles! —El capitán del Alto Rey dejó caer su puerta al interior del montículo de mampostería humeante y saltó con agilidad tras ella, hasta aquella esquina manchada, ruinosa y cosida a flechazos del patio.

—¿Qué te trae por aquí? —exclamó Uthil—. ¿Quieres rendirte?

Hubo algunas risas, pero Yilling se limitó a sonreír, solo frente a un semicírculo de ceños. Decían que adoraba a la Muerte. Desde luego no parecía temer un encuentro con ella.

—Quiero lo mismo que quería la primera vez que hablamos. Combatir. —Yilling cogió su espada por la empuñadura y la desenfundó para rascarse delicadamente el labio superior con el pomo—. ¿Alguno de los dos reyes querrá probar su esgrima contra la mía?

Hubo una pausa, mientras se extendía un murmullo nervioso por el adarve del muro de madera. Uthil enarcó una ceja a Gorm bajo el pelo gris que el viento enviaba contra su cara llena de cicatrices, y Gorm le devolvió el gesto mientras daba vueltas y más vueltas a un pomo de su cadena. Entonces dio un exagerado bostezo e hizo ademán de apartar a Yilling el Radiante.

—Tengo mejores cosas que hacer. Mi zurullo mañanero no va a aparecer por sí mismo.

Yilling solo ensanchó la sonrisa.

—Tendremos que esperar para poner a prueba esa famosa profecía tuya. Al menos hasta que mis hombres tumben vuestra empalizada de una patada. ¿Qué hay de ti, Rey de Hierro? ¿Te gustan más los zurullos o los duelos?

Uthil miró a Yilling con el rostro grave durante un tenso y largo momento, suficiente para que los murmullos se convirtieran en ansioso parloteo. Un duelo entre dos guerreros tan afamados era algo que solo se veía una vez la vida. Pero el rey de Gettlandia no se dejaba meter prisa. Miró su espada, se lamió la yema del meñique y limpió con ternura una manchita minúscula de la hoja.

—Llevo tiempo sin ponerme a prueba —dijo Yilling—. Visité Thorlby con la

esperanza de batirme, pero allí solo había mujeres y niños para matar.

Entonces Uthil esbozó una sonrisa triste. Como si hubiera querido dar una respuesta distinta pero supiera que solo podía haber una.

—La joya que llevas en vez de pomo será un buen juguete para mi hijo. Me batiré contra ti.

Entregó su espada al maestro Hunnan, pasó una pierna algo envarada sobre el parapeto y se dejó caer resbalando al patio.

—¡La mejor noticia que me dan en todo el mes! —Yilling hizo una pequeña cabriola infantil—. ¿Quieres que luche con la mano derecha o con la izquierda?

—Con la que traiga tu muerte más deprisa —dijo Uthil, atrapando su hoja en el aire cuando la soltó Hunnan—. Tu ataque me ha interrumpido el desayuno y hay una salchicha a la que querría volver.

Yilling hizo revolotear la espada con la mano izquierda, tan hábil como buen sastre con su aguja.

—Los ancianos miran mucho lo de comer a su hora, tengo entendido.

Como si el duelo llevara años acordado, los dos célebres guerreros empezaron a moverse en círculos.

—Esto será digno de canciones —susurró Jenner.

Raith se frotó la mano dolorida.

—He perdido mucha afición a las canciones.

Yilling acometió con la velocidad de una serpiente, su espada hecha un borrón brillante. El brazo de Raith amagó los ademanes de cómo habría bloqueado y contraatacado. Y comprendió que ya estaría muerto.

Yilling el Radiante se retorció con velocidad sobrehumana y soltó un tajo bajo. Pero Uthil tampoco era manco. El acero raspó al detenerlo y Uthil evitó el filo sin esfuerzo y trazó un arco con el suyo. Se separaron con la misma rapidez con que se habían encontrado, Yilling extendiendo los brazos a los lados, Uthil con el rostro serio y la espada apuntando al suelo.

—Gane quien gane —dijo Raith con voz áspera, incapaz de apartar los ojos del duelo—, la guerra continúa.

—Sí —dijo Jenner, contrayéndose con los movimientos de los guerreros—. Ninguno de nosotros tiene otra elección.

Un nuevo intercambio de acero más veloz de lo que Raith podía seguir, estocada, estocada, tajo y bloqueo, y los dos hombres se alejaron girando, procurando no tropezar con los cadáveres, los cascotes, los restos esparcidos.

—¿Y todo esto, solo por la fama?

—Para algunos hombres no hay nada más valioso que la fama.

Lento silencio, lentos andares, lento merodeo, lentos círculos trazados en torno al adversario. Yilling luchaba bajo y fluía como la madre Mar en diferentes posturas, diferentes figuras, premiando cada acometida con risitas como si fuese un buen chiste que oía por primera vez. Uthil combatía erguido y sólido como el Padre Tierra, frunciendo el ceño como si rodeara un funeral. Se observaban el uno al otro, buscando el momento, tratando de adivinar qué haría el adversario, y el silencio se estiró hasta que parecía condenado a partirse. Entonces, sin previo aviso, los tañidos, el repicar y chirriar del acero con la Muerte acechando al hombro de los dos luchadores, aferrada al filo de las dos espadas, planteando y respondiendo la pregunta del acero antes de separarse veloces y volver al lento merodeo, los lentos círculos, el lento silencio.

—Es una auténtica lástima que deba perder uno de los dos. —Yilling esquivó un tajo alto y bizqueó un poco al ver pasar la punta de Uthil delante de la nariz—. Podría aprender mucho de ti.

—Me temo que solo tenemos tiempo para una lección. La muerte nos espera a todos.

Yilling embistió antes de que el rey terminara de hablar, pero Uthil se lo esperaba y desvió la acometida, dando un giro de muñeca para que su espada rastrillara la manga de la malla de Yilling y el dorso de su mano.

Yilling retrocedió de un salto y cayeron gotas de sangre a las piedras ya ensangrentadas del patio. Con una risita despreocupada, se lanzó la espada a la mano derecha.

—¡Sangra, so hijo de puta! —chilló alguien desde lo alto del torreón, y de pronto empezó a gritar todo el mundo, a ulular, a rugir sus insultos y su desafío. Olisqueaban la victoria. Olisqueaban la sangre.

Uthil pasó al ataque y el metal de su espada reflejó el sol aquí y allá en las mortíferas estocadas que ninguna cota de mallas habría podido detener. Yilling esquivó y rodó, haciendo chirriar el acero al apartar lo justo el filo de Uthil a un lado, retorciéndose para que silbara al rozarlo casi por el otro, retrocediendo como bien podía, desequilibrado.

Uthil se lanzó para dar el golpe final y su pie se torció sobre una piedra. Fue solo un levísimo traspié antes que su espada cayera siseando. Levísimo, pero suficiente para dar tiempo a Yilling de caer arrodillado e inclinarse a un lado, de forma que la hoja del rey le hizo un corte en la suave mejilla y tintineó contra las piedras del patio a su lado.

La espada de Yilling estaba atravesada en el cuerpo de Uthil, casi todo el filo asomando ensangrentado de su espalda.

Los vítores dejaron paso a un silencio atónito.

—Una piedra —gruñó Uthil, mirando ceñudo la empuñadura apretada contra su pecho—. Mala suertedearmas.

Y de repente flaqueó. Yilling el Radiante lo rodeó para detener su caída mientras liberaba la espada con una floritura.

—No —musitó Jenner, dando un manotazo al parapeto.

Por toda la medialuna de madera hubo reniegos, siseos y gemidos abatidos mientras Yilling el Radiante bajaba a Uthil al suelo polvoriento y le colocaba el brazo de forma que el Rey de Hierro de Gettlandia yaciera sosteniendo la espada contra su pecho y el acero fuese su respuesta en la muerte como había sido en vida.

—Una buena muerte —dijo Jenner el Azul entre dientes.

Raith arrojó su escudo contra el suelo del adarve.

—Una muerte y punto.

Mientras Yilling el Radiante limpiaba su espada la Madre Sol se impuso a las

nubes e hizo brillar el diamante de su pomo, la sangre de su cara. En aquel momento de verdad parecía el elegido de la Muerte, sonriendo entre una cosecha de cadáveres y con el cuerpo del rey Uthil a sus pies.

—¡Ya volveré a por los demás! —exclamó mientras daba media vuelta hacia la brecha.

Y así acabó la matanza de aquel día.

SUEÑOS

A Skara le gustaba compartir su lecho.

Teniendo en cuenta la importancia que le daba todo el mundo, no estaba segura de si disfrutaba mucho del apareamiento en sí. Le parecía un asunto pringoso, raro e incómodo, hasta un poco ridículo. La primera vez podría haberse echado a reír si él no se lo estuviera tomando tan en serio. Unas torpes sacudidas pegajosas, unos gemidos desgarbados, unos obtusos desplazamientos de piel sin gracia ni romanticismo y poco más. En sus sueños, los dos habían sabido a la perfección lo que debían hacer. En la realidad, apenas sabía ni lo que quería, ya no digamos lo que hacía él.

Pero le gustaba tener su cuerpo al lado después. Le gustaban la fuerza, la dureza y el calor que desprendía. Le gustaba cómo encajaba su pecho contra la ancha espalda de Raith, cómo se entrelazaban las piernas, cómo se hinchaban sus costillas contra ella al respirar. Le gustaba que se crispara y se estremeciera en sueños, como hacían los perros junto al hogar en el salón de su abuelo. Incluso le gustaba el hedor agridulce de su piel, que lo tenía todo en contra para ser agradable pero, por algún motivo, Skara nunca podía inhalar lo bastante hondo.

Le gustaba no estar sola.

Tocó el hombro de Raith y sintió el rugoso contorno de una cicatriz bajo la yema. La siguió hasta su punto de unión con otra, y con otra, y con otra más.

—Cuántas cicatrices —susurró.

—En Vansterlandia las llamamos «recompensas del guerrero» —oyó que respondía él. No se había dormido. La habría sorprendido que alguien pudiera dormir en el cabo de Bail. ¿Por qué pasar tu última noche durmiendo, a fin de cuentas?

—Parecen marcas de látigos.

Raith no respondió, y ella se preguntó si debería haberse callado. Ya no tenía

ni la más remota idea de las normas que se les aplicaban, pero estaba descubriendo que desnudar el cuerpo de alguien no facilitaba la tarea de desnudarle el corazón. La dificultaba más que nunca, si acaso.

Los hombros de Raith se encogieron.

—Antes de entrar al servicio de Gorm, era malo. Después no siempre era lo bastante malo.

—Lo siento —musitó ella.

Sentía que le hubieran dado latigazos. Sentía no saber qué decir al respecto. Eran tan diferentes en todo... No tenía sentido que pudieran encajar. Pero cuando le pasó el brazo por encima del costado y él entrelazó los dedos con los suyos, encajaron de maravilla. Quizá cualquier mano viva encajara cuando la Muerte tendía la suya.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó él.

—Cogernos de la mano.

—Esta noche sí, pero ¿qué hay de mañana?

—No creía que te preocupara mucho el mañana. Es una de las cosas que me gustan de ti.

—Antes el mañana se veía muy lejano. De repente lo tenemos encima.

Lo cierto era que Skara no tenía ni idea de lo que estaban haciendo entonces ni de lo que harían después. Había dedicado mucho tiempo a imaginar lo que sería tenerlo, pero ninguno a lo que podría hacer una vez sucediera esto. Era como aquella cajita de acertijo que había traído un emisario de Catalia como regalo para su abuelo. Skara había tardado cuatro días en abrirla y, al hacerlo, dentro había encontrado otra cajita.

A pesar del calor de Raith sintió un escalofrío, y le susurró en la oreja maltrecha:

—¿Crees que Yilling el Radiante vendrá esta noche?

—No tiene prisa. Supongo que esperará a que amanezca.

Recordó la sangre goteando de la punta de la espada de Yilling en la oscuridad y se apretó más contra la espalda de Raith.

—El rey Uthil está muerto —murmuró. Le había parecido un hombre forjado en hierro, indestructible. Pero lo había visto tendido, frío y blanquecino ante la Silla de Bail.

—La muerte nos espera a todos —dijo Raith—. Basta con un guijarro suelto para que ninguna habilidad, ningún renombre, ninguna fama, te pueda escudar de ella.

Skara lanzó un vistazo a la puerta cerrada, rodeada de la luz de la antorcha. Allí fuera tenía que ser fuerte. No podía mostrar temor ni vacilación. Pero nadie podía ser fuerte a todas horas.

—Estamos condenados —susurró.

Por fin se volvió hacia ella, pero en la penumbra el rostro de Raith apenas le reveló nada más de lo que lo había hecho su espalda. Solo estaba el leve brillo de sus ojos fijos en ella, los marcados rasgos de sus mejillas. No habló. No lo negó.

Skara dio un suspiro entrecortado.

—He dejado pasar la oportunidad de saltar desde la Torre de Gudrun.

—Ahora es mucho más baja que antes, eso desde luego.

Le tocó el pecho y pasó el dedo entre los pocos pelos blancos que había.

—Supongo que debería estar dispuesta a saltar desde alguna de las otras.

Él le cogió la mano con la suya vendada.

—A lo mejor Jenner el Azul puede sacarte de aquí. Como la otra vez.

—¿Para ser la que siempre huye? ¿Una reina sin país? ¿Un objeto de desprecio?

—No para mí. Creo que eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Por lo poco que le había contado, había tenido una vida horrorosa.

—¿Qué es lo segundo?

Captó un reflejo de su sonrisa.

—El conejo estofado, supongo.

—Adulador.

Su sonrisa perdió fuelle poco a poco.

—A lo mejor Jenner el Azul podría sacarnos a los dos.

—¿Gudrun y el mozo de cuadra criando cabras junto a un arroyo en las montañas?

Raith volvió a encogerse de hombros.

—Siempre me han gustado las cabras.

—Tenéis mucho en común. —Le cogió la mano, lo miró a los ojos e intentó hacerle entender—. Soy una reina, me sienta como tal o no. No puedo transformarme sin más en quien me apetezca. Tengo que gobernar. Tengo que defender Trovenlandia. La sangre de Bail fluye por mis venas.

—Eso dices siempre. —Raith le acarició la tenue cicatriz de la palma con su pulgar—. Me gustaría que permaneciera ahí.

—Y a mí. Pero mi padre murió defendiendo este lugar. —Separó la mano de la de él—. No voy a huir.

—Lo sé. Pero soñar es bonito. —Dio un gemido cansado mientras empezaba a incorporarse—. Tendría que irme.

Pero Skara lo atrapó, tiró de él, oyó que suspiraba y sintió cómo se evaporaba su resistencia. Le gustaba el poder que tenía sobre él. No era el poder de una reina, sino uno propio.

—¿No quieres quedarte? —le susurró al oído.

—No se me ocurre otra reina en cuyo lecho preferiría estar. —Giró el cuello para mirarla—. Bueno, Laithlin es una mujer pero que muy hermos... ¡Au!

Tiró de él hacia abajo por el hombro, le pasó la pierna sobre las caderas y se sentó a horcajadas en él. Lo besó, despacio mientras aún tuvieran tiempo, mientras aún tuvieran aliento, apartándose un poquito cada vez, sonriendo al notar cómo se tensaba para alcanzarla...

—¡Mi reina!

No podría haber saltado más deprisa de la cama ni aunque estuviera en llamas. Miró la puerta, que temblaba por los fuertes golpes.

—¿Qué ocurre? —preguntó en voz alta, enganchándose el codo en el camisón y casi rasgándolo con la prisa de ponérselo.

—¡Mi reina! —Era la voz de Jenner el Azul—. ¡Han avistado barcos!

—¿Dónde narices está Raith? —casi gritó Jenner mientras seguía por el paseo de la muralla élfica a Skara, encapuchada para protegerse de la llovizna.

«Escondido en mi cama» seguramente no fuera la mejor respuesta, pero un buen mentiroso entretejía tanta verdad como pudiera, y Skara estaba mejorando a diario en aquel arte.

—Estas últimas noches no las ha pasado siempre en mi puerta —dijo como de pasada—. Me parece que está buscando consuelo con una chica.

Jenner dio un gruñido.

—Supongo que no se lo reprocho.

—No. —Skara se apresuró a subir los peldaños hasta la cima del Torreón de las Olas—. Necesitamos todo el consuelo posible.

—Eran gettlandeses. —El maestro Hunnan estaba en el almenaje, mirando la noche con gravedad—. Seis barcos.

—¿Eran? —repitió Skara.

Se quedó a su lado y contempló la Madre Mar, procurando no pensar en la larga, larga caída hacia el oleaje. Muy lejos, al norte, vislumbró unas luces sobre el agua. Fueran quienes fuesen, tenían fanales encendidos, pero su luz ya se perdía en la oscuridad. Notó que se le hundían los hombros.

—Han intentado cruzar hasta la fortaleza, pero los han rechazado enseguida —dijo Hunnan con ronquera—. Ahora reman hacia el norte a toda velocidad, con una docena de naves del Alto Rey tras ellos como perros hostigando a un zorro.

La esperanza murió como las ascuas en el hielo, y Skara apoyó los puños en la almena y contempló preocupada el suave brillo de la luz de la luna en el oleaje.

—Barcos de la reina Laithlin, supongo. —Jenner el Azul se tiró de la barba, pensativo—. Pero si pretendían colarse entre el bloqueo, ¿por qué iban tan iluminados?

Skara entrevió una sombra que surcaba el agua oscura y de repente las ascuas de la esperanza refulgieron más que nunca.

—Porque solo eran un señuelo. ¡Ahí! —Pasó un brazo por los hombros de Jenner y señaló con el otro. Ya vislumbraba remos hundiéndose en el agua, un barco que avanzaba raudo y directo hacia el puerto.

—Creo que tiene palomas por bestias de proa —murmuró Hunnan.

—¡Es el *Viento del Sur*! —Skara abrazó con ímpetu a Jenner el Azul—. ¡Ordena que bajen las cadenas!

—¡Bajad las cadenas! —rugió el viejo marinero, abrazándola con la misma fuerza—. ¡El padre Yarvi ha vuelto!

CUARTA PARTE

JURAMENTO-SOL, JURAMENTO-LUNA

AMANECER

Los goznes chirriaron y apareció una rendija de luz entre los portones que se fue ensanchando. El amanecer cayó sobre los rostros endurecidos que había en el pasadizo de entrada. Sobre las cicatrices de Gorm. Sobre los carrillos curtidos de Rulf y Jenner. Sobre el rostro flaco y adusto del padre Yarvi. Se reflejó a los lados de los ojos de Skara, y se movieron los tendones de su cuello al tragar.

—Deberíais quedaros —dijo Raith, sabiendo que nunca lo aceptaría.

No lo aceptó.

—Si tenemos intención de capitular, debería estar presente.

Raith miró de reojo a la madre Scaer, encorvada en las sombras y sosteniendo algo abultado bajo el abrigo que dio un apagado brillo metálico cuando cambió el peso de pie.

—No tenemos intención de capitular —dijo.

—Pero debemos aparentar que sí. Y, además, no importa. —Skara cuadró los finos hombros bajo el peso de su camisa de mallas, entrecerrando los ojos para protegerlos del fulgor—. Tengo intención de mirar a Yilling el Radiante a la cara cuando muera.

Raith podría haberle dicho que no había secretos dignos de saber en el rostro de un moribundo, ni siquiera en el de un enemigo acérrimo. Solo dolor y miedo. Un anticipo del dolor y el miedo que sentiría cuando llegara su turno. Y el turno de todos llegaría bien pronto. Pero los que lo sabían no querían oírlo, y los que no eran conscientes de ello debían averiguarlo por sí mismos. De modo que Raith calló.

Los portones ya estaban abiertos del todo y más allá se extendía el terreno hollado por las botas, salpicado de escombros y herido por flechas, frío y árido salvo por el resplandor del rocío en la hierba. En la lejanía, apenas vislumbrados en el neblinoso amanecer, estaban los postes afilados que delimitaban el campamento

del Alto Rey.

Jenner el Azul carraspeó.

—¿Estamos seguros de este plan?

—Es un poco tarde para urdir otro —dijo Rulf.

—Nos hemos adentrado en el pantano hasta el cuello —renegó la madre Scaer entre dientes prietos, y giró la cabeza en círculo haciendo chascar los huesos del cuello—. La única salida es hacia delante.

—Estamos seguros.

El padre Yarvi no daba la menor señal de titubeo, y los repiqueteos de su báculo resonaron en las paredes de piedra élfica cuando empezó a cruzar el pasadizo de entrada. Desfilaban hacia la Última Puerta con la magia de los elfos como única esperanza de victoria. Estaban apostándolo todo a un último y disparatado lanzamiento de runas. Los dioses sabían que Raith nunca había rezado mucho, pero en aquel momento les envió una rápida plegaria.

—No os separéis —murmuró por encima del hombro.

Los ojos de Skara estaban fijos al frente.

—Sé dónde debo estar.

Al salir al amanecer, se desplegaron para formar una punta de flecha. El padre Yarvi encabezaba la marcha, con la frente bien alta. Raith, Jenner y Rulf se situaron a su izquierda, y Gorm, Soryorn y Hunnan a su derecha, los seis con los escudos más grandes que habían podido encontrar y deseando que fuesen mayores aún. Skara y la madre Scaer caminaban detrás. Dosduvoi iba el último, con la paloma de madera del *Viento del Sur* montada en un asta y sostenida en alto, señalando que llegaban en son de paz.

Aunque jamás hubiera habido nada más falso.

Koll estaba de pie encima de los portones, frunciendo el ceño al viento. Frunciéndolo a las diez siluetas diminutas que tan despacio cruzaban la tierra de nadie. Frunciéndolo a los pocos miembros de la tripulación del *Viento del Sur* que estaban repartidos por los adarves, aferrando las reliquias élficas que habían traído de Strokom. Frunciéndolo al ejército del Alto Rey, que rodeaba el cabo de Bail por completo, como las fauces de un lobo capaz de tragarse el mundo, a punto de cerrarse.

Por todas partes el amanecer se reflejaba en metal. La brisa mecía los estandartes de héroes, de los guerreros más renombrados de Yutmarca, Inglefold y las Tierras Bajas. De los shendos más feroces y los mercenarios más despiadados, atraídos desde todos los confines del mundo por la promesa del saqueo. Todo el poder inigualable del Alto Rey, reunido por la abuela Wexen en un solo lugar y para un solo propósito. La mayor hueste que se había congregado desde que los elfos declararon la guerra a la Diosa, decidida a destruir a Koll.

De acuerdo, no solo a él, pero si las cosas le salían mal al padre Yarvi, el futuro de su aprendiz no parecía demasiado esperanzador.

Koll reparó en que estaba aferrado con fuerza a las almenas y abrió las doloridas manos. No había tenido tanto miedo desde... desde la última vez que lo había tenido. Tampoco hacía tanto tiempo de eso, ahora que lo pensaba. Había estado Strokom, y antes de eso el príncipe Varoslaf, y antes la escalada de la muralla, no muy lejos de allí.

—Dioses —se dijo, viendo detenerse a las diez figuritas en una elevación del terreno para aguardar lo inevitable—. Tengo que aprender a ser valiente.

—O mejor aún —murmuró Skifr—, a evitar el peligro.

Koll bajó la mirada hacia la anciana, sentada con las piernas cruzadas y la cabeza apoyada en la fría piedra, y, como tenía echada la capucha de harapos, solo pudo verle la boca, torcida en una leve sonrisa.

—¿De verdad podemos derrotar a todos esos hombres? —preguntó con un susurro, tirando nervioso de una mano con la otra.

Skifr desplegó sus largas extremidades y se levantó, retirando la capucha.

—¿A todos esos? ¡Ja! —Se hurgó en la nariz con un largo dedo y arrojó el resultado con gesto experto hacia las tropas del Alto Rey—. Casi desearía que

fuesen más. —Extendió la otra mano y Koll, con la mayor de las cautelas por si pudiera estallar en llamas, como de hecho podía, le pasó el primer cilindro—. No existe fuerza de hombres que pueda resistir el poder de los elfos. —Skifr se dio un golpecito con el cilindro en la sien y luego lo insertó en la roma reliquia élfica que tenía, le dio un manotazo para que encajara con un chasquido y lo hizo rodar con un traqueteo tan rápido que era casi un zumbido, emborronando las letras élficas escritas en él—. Ahora lo verás.

—¿Quiero verlo?

—Todos lo verán, quieran o no. —Y Skifr apoyó una bota en la almena y un codo en la rodilla, de forma que el arma élfica apuntara hacia el cielo gris. Muy por encima de ellos, los pájaros volaban en pausados círculos, quizá sintiendo que se acercaba la hora de comer—. Alégrate, chico, si aún sabes. —Skifr inspiró profundamente por la nariz y dejó escapar el aire sonriendo—. Los augurios son propicios.

Y con tono suave y grave, en el idioma de los elfos, empezó a salmodiar.

Skara ya podía verlos, y el corazón se le aceleró todavía más. Un grupo de guerreros estaba disponiéndose en punta de flecha como ellos, destacándose de las filas del Alto Rey y cruzando el terreno abierto en su dirección. El tiempo transcurría despacio. Ardía en deseos de huir, de luchar, de chillar, de hacer cualquier cosa menos quedarse allí esperando.

No eran unos guerreros cualesquiera. Mostraban su renombre al mundo con los brillantes aros-moneda de sus brazos y dedos. Hacían alarde de sus victorias con el oro de sus empuñaduras, el ámbar de sus broqueles, los grabados de sus altos yelmos.

—Vienen arreglados, los cabrones —farfulló Raith entre labios apretados.

—Tienen más joyas entre todos que en una boda real —gruñó Jenner el Azul.

Todos sonreían. Igual que habían sonreído mientras mataban a quienes ella amaba. Igual que habían sonreído cuando incendiaron el salón, la ciudad, el país

en el que había crecido, y Skara sintió un doloroso retortijón en el estómago y las rozaduras del sudor bajo el peso de su malla.

—¿Cuántos son? —oyó que preguntaba Gorm en voz baja.

—Cuento veinticinco —dijo Rulf—, y una clériga.

—La madre Adwyn —escupió Scaer—, la recadera de la abuela Wexen.

En algún lugar tras ellos, imprecisos en la brisa, Skara oyó cánticos.

—Sean veinte o veinte mil —dijo el padre Yarvi, cambiando el agarre de su báculo élfico—, esto terminará del mismo modo.

Skara se preguntó cómo sería mientras observaba a Yilling el Radiante caminar despreocupado al frente de sus Compañeros.

Aparte del corte que le había hecho Uthil, tenía el mismo semblante que Skara recordaba de cuando mató a su abuelo. La misma sonrisa fofa que había compuesto cuando decapitó a la madre Kyre. Los mismos ojos muertos que habían mirado a los de Skara en la oscuridad del Bosque. Notó una arcada y apretó los puños, la mandíbula y el culo, mientras Yilling se detenía altivo a unos pasos del padre Yarvi.

—Qué pena —dijo—. Tenía ganas de entrar ahí dentro a buscaros.

—Te hemos ahorrado el esfuerzo —restalló Skara.

—No era esfuerzo, reina Skara. —Los ojos de Yilling clavados en los suyos le trabaron el aliento, y entonces vio cómo el hombre arrugaba la frente—. Un momento, ¿nos habíamos visto antes? —Dio un infantil saltito emocionado—. ¡Ahora te reconozco! ¡Eras aquella esclava en el salón del rey Fynn! —Se dio una gozosa palmada en el muslo—. ¡Esa noche sí que me engañaste!

—Y volveré a hacerlo —repuso ella.

—Me temo que ya pasó el momento. —Los ojos de Yilling la abandonaron—. ¿Has venido a combatirme, Rompeespadas, como hizo Uthil?

Gorm negó con la cabeza sin dejar de observar a los acompañantes de Uthil, con las manos flojas sobre puños de espada, mangos de hacha, astas de lanza,

amenazadores y confiados.

—Me temo que ya pasó el momento también —dijo.

—Lástima. Confiaba en poder enviar a la Muerte otro guerrero afamado y añadir tu canción a la mía para hacerla más grandiosa. —Yilling miró a la Madre Sol por encima del hombro y suspiró una voluta de niebla—. Quizá Espina Bathu se preste ahora a salir de entre las sombras. Mató a mi caballo favorito en una de sus incursiones, ¿sabéis? —Enarcó una ceja mirando al hombre que tenía al lado, un guerrero alto con un cuerno en el cinturón—. Qué poca consideración, ¿eh, Vorenhold?

Los dientes de Vorenhold aparecieron blancos entre su barba.

—Tiene reputación de poco considerada.

—Guerreros. —Yilling el Radiante infló sus suaves carrillos—. Siempre obsesionados con el renombre. Tú debes de ser el padre Yarvi.

—Lo es. —Adwyn tenía los labios manchados de violeta y torcidos de desprecio—. Y me sorprende verte aquí. Estaba convencida de que huirías reptando tan pronto como empezara la lucha.

El clérigo de Gettlandia se encogió de hombros.

—He reptado de vuelta.

La sangre aporreaba en el cráneo de Skara. La madre Scaer cambió de postura y algo se movió bajo su abrigo. Yilling el Radiante seguía sonriendo.

—Me alegro de conocerte al fin en persona. Eres muy joven para haber armado tanto jaleo.

—Lo mismo podría decirse de ti —replicó Yarvi. Los cánticos empezaban a sonar más altos. Uno de los Compañeros miraba preocupado hacia el matacán—. ¿Es cierto que, después de matar al rey Bratta, te hiciste una copa con su cráneo?

—Eso hice. —Yilling levantó los hombros, satisfecho—. Pero el vino se salía por los agujeros de la nariz.

—Ahí hay una lección que aprender —dijo Yarvi, y Skara vio que tenía

agarrado su báculo con tanta fuerza que los tendones se resaltaban en el pálido dorso de su mano—. Las cosas no siempre salen como queremos.

—Una lección que tú ya deberías haber aprendido —le espetó la madre Adwyn—. No hace mucho tiempo la abuela Wexen te dio otra oportunidad, pero le diste un cachete en la mano tendida. —Skara enseñó los dientes al oírlo. Ella no recordaba ninguna oportunidad, solo los cadáveres en el suelo del Bosque. Solo Yaletoft ardiendo en el negro horizonte—. Ya no te queda nada con lo que negociar. Todos seréis llevados con cadenas a Casa Skeken para enfrentaros al juicio de la Diosa Única.

—¡El juicio llegará! —Skara recordó a su abuelo cayendo en el hogar. La sangre goteando de la espada de Yilling el Radiante. Su corazón martilleaba tan fuerte que casi le estrangulaba la voz—. Pero no lo impartirá la Diosa Única. ¡Y no seremos nosotros los juzgados!

Las sonrisas de los Compañeros empezaban a marchitarse y sus manos se acercaban a sus armas. Yilling el Radiante se pasó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Es bonita, pero habla demasiado. —Y echó un vistazo a las murallas de la fortaleza, donde la extraña salmodia iba ganando demasiado volumen para pasarla por alto.

La madre Adwyn miraba enfurecida al padre Yarvi.

—¡Tú y la reina Laithlin estáis acusados de utilizar la magia élfica, y debéis responder por vuestros crímenes!

—Ah, ¿debo responder? —El padre Yarvi ladró una carcajada—. Permíteme mostrarte cómo es la magia élfica.

Alzó de repente su báculo, apoyado en la mano contrahecha, y señaló con la punta el pecho de Yilling el Radiante.

El campeón del Alto rey tenía una expresión entre perpleja y aburrida. Levantó la mano hacia el padre Yarvi, como para hacer a un lado la cháchara del clérigo.

—¡Saluda a tu señora! —chilló Skara.

Hubo una nítida explosión. Algo salió despedido de la punta del cayado de Yarvi. Los dedos de Yilling desaparecieron y su cara se salpicó de sangre.

Dio un ebrio paso atrás, torciendo el gesto. Se palpó el pecho con la mano destrozada. Skara vio que tenía un agujerito en su brillante cota de malla, que ya empezaba a oscurecerse por la sangre.

—Uh —gruñó, levantando las cejas de sorpresa, y se derrumbó hacia atrás.

Alguien dijo:

—Dioses.

Una espada siseó al salir de su vaina.

Un broquel reflejó el sol en los ojos de Skara.

La madre Scaer la apartó de un codazo al avanzar, sacando un hombro del abrigo.

Oyó un aleteo cuando un pájaro se arrojó al cielo desde algún lugar de la hierba.

Vorenhold levantó su lanza, con el caballete de la nariz arrugado de ira.

—Traidores hijos de...

La madre Scaer se situó entre Gorm y Soryorn, que alzaron los escudos. Los tendones de su brazo tatuado se flexionaron al apoyarse la gran reliquia élfica en el hombro.

—¡No! —chilló la madre Adwyn.

ACERO DE OTRA CLASE

Raith estaba levantando el brazo para detener aquella lanza dorada cuando el escudo del hombre que la blandía se hizo pedazos y el broquel de hierro cayó al suelo. El guerrero salió despedido hacia atrás como por el martillazo de un gigante, con su espléndida capa teñida de verde en llamas y su lanza rota dando vueltas contra el suelo.

Entonces llegó el trueno.

Fue un sonido como la Ruptura de la Diosa, un traqueteo de estallidos rápidos como los picotazos de un pájaro carpintero. El arma élfica de la madre Scaer se sacudió en sus manos como si estuviera viva, transmitiendo el temblor de su furia demente a todo el cuerpo de la clériga, convirtiendo su chillido en un áspero trino, escupiendo esquirlas de metal por arriba y fuego por la boca.

Ante los irritados ojos de Raith, los Compañeros de Yilling el Radiante, todos ellos guerreros de renombre, quedaron en un instante aplastados como escarabajos en un yunque, segados como maíz por la guadaña, reducidos a sangre, astillas y aros de malla que volaban por los aires, a armas torcidas y desmenuzadas que giraban y a miembros destrozados que saltaban de uno a otro como paja en un vendaval.

Raith no tuvo tiempo ni de abrir la boca, pasmado, antes de oír nuevos estallidos a su espalda, fuego arrojado desde las murallas de la fortaleza. Se encogió al ver un fogonazo en las filas del Alto Rey, una monstruosa eclosión de llamas que envió por los aires postes partidos y tierra y armaduras y hombres y fragmentos de hombres. El suelo se sacudió: hasta el mismo Padre Tierra tiritaba al ver liberado el poder de los elfos.

Su hacha se le antojó un juguetito inútil y Raith la soltó, asió el brazo de Skara y tiró de ella tras su escudo, mientras Jenner el Azul acoplaba el suyo a un lado y Rulf al otro para formar una endeble y pequeña muralla, tras la que se apiñaron empavorecidos mientras los clérigos enviaban a la Muerte por los campos en ruinas frente a la fortaleza del cabo de Bail.

Hubo un gran ruido sordo cuando el arma volvió a saltar entre las manos de Skifr, y una estela de niebla curvada surcó el aire hacia las filas del Alto Rey. Tocó tierra entre los caballos de un aprisco. Koll ahogó un grito al ver elevarse las garras del fuego y se tapó los oídos al sentir el temblor del inmenso estallido.

Unos caballos saltaron por los aires como los juguetes de un niño malcriado, otros se pusieron de manos o huyeron en desbandada, tirando de carretas en llamas. Koll dio una especie de gimoteo de terror y desesperación. No había sabido lo que harían aquellos ingenios élficos, pero nunca se había atrevido a imaginar que pudiera ser aquello.

Los dioses sabían que no tenía ninguna afición por el combate, pero sí comprendía por qué los escaldos cantaban sobre las batallas, sobre el enfrentamiento de guerrero contra guerrero, pericia contra pericia y valentía contra valentía. Allí no había pericia alguna, ni tampoco valentía. No existía nobleza en aquella destrucción ciega.

Pero Skifr no estaba interesada en la nobleza, sino solo en la venganza. Dio una palmada a un lado de su arma e hizo saltar el cilindro, que rebotó en el talud de la muralla y cayó al foso. Extendió una mano.

—Más.

Por todas partes las reliquias élficas repicaban, tartamudeaban, apuñalaban, aporreaban los oídos de Koll y le impedían pensar.

—Yo... —balbuceó—. Yo...

—Uf. —Skifr metió la mano en el saco de Koll y extrajo un nuevo cilindro—. ¡Una vez me dijiste que querías ver la magia! —Lo insertó en la ranura humeante donde había estado el primero.

—He cambiado de opinión.

¿No era lo que mejor se le daba, al fin y al cabo? Pero entre los chillidos de las armas, de los hombres y de las bestias, era imposible que alguien lo oyera, no digamos ya que le prestara la menor atención.

Parpadeó mirando sobre el parapeto, con la nariz casi tocando piedra, intentando hallar sentido en la confusión. Hacia el norte parecía que se estaba combatiendo. El acero relucía entre el humo a la deriva. Atisbos de hueso y piel cabeceando sobre un cordel en llamas.

Los ojos de Koll se ensancharon aún más.

—¡Los shendos se han vuelto contra el Alto Rey!

—Como el padre Yarvi les dijo que hicieran —repuso Skifr.

Koll se la quedó mirando.

—No me había dicho nada.

—Si a estas alturas aún no sabes que el padre Yarvi dice tan poco como puede, es que no tienes remedio.

Hacia el este, los hombres del Alto Rey intentaban formar una muralla de escudos. Koll vio un guerrero a la carga, espada en alto. Lo hacía con gran valor, pero cargaba contra una telaraña. Hubo un ruidoso traqueteo en el pequeño grupo de escudos que rodeaba la bestia de proa del *Viento del Sur* y el aspirante a héroe cayó mientras los escudos de la hilera volaban a su espalda como monedas lanzadas al aire.

—Con eso no basta —dijo Skifr, apretando la mejilla contra el arma élfica.

Koll quiso echarse a llorar mientras se metía los dedos en las orejas. Otro ruido sordo. Otra estela de niebla. Otro estallido que hizo temblar la tierra, otro gran agujero arrancado a la hilera. ¿Cuántos hombres habían muerto en un instante? ¿Cuántos calcinados como si nunca hubieran existido, cuántos hechos saltar a piezas como centellas revoloteando en la fragua de Rin?

Entraron en pánico, por supuesto. ¿Cómo podían combatir los hombres el poder que había roto a la Diosa? Las espadas y los arcos eran inútiles. La armadura y los escudos eran inútiles. La valentía y el renombre eran inútiles. El ejército invencible del Alto Rey anegó el camino y los campos en un enloquecido batiburrillo de hombres, que no se preocupaban de hacia dónde corrían siempre que fuese lejos del cabo de Bail, que pisotearon sus propios campamentos y se desprendieron de sus posesiones para retirarse en estampida, ahuyentados por los chillidos de los shendos y las despiadadas armas élficas, convertidos de hombres

con propósito a animales sin ninguno por el terror.

Con los ojos casi cerrados en el brumoso amanecer, Koll percibió más movimiento detrás de ellos, caballos que salían de entre los árboles cerca del pueblo abandonado.

—Jinetes —dijo, señalando.

Skifr bajó el arma élfica y soltó una carcajada.

—¡Ja! O mi ojo para los portentos anda muy errado o esa es mi mejor discípula en acción. Espina nunca ha sido de las que se pierden una pelea.

—No es una pelea —murmuró Koll—. Es una masacre.

—Espina tampoco ha sido nunca de las que se pierden una masacre.

Skifr se irguió y las quemaduras de su cuello se arrugaron cuando miró alrededor. Por todas partes la poderosa hueste de la abuela Wexen se disgregaba como un montón de hojas en un vendaval, y los jinetes de Espina galopaban entre ellos y los derribaban con reluciente acero, los pastoreaban hacia las ruinas ennegrecidas del pueblo y el camino que salía hacia el norte.

—Je. —Skifr sacó el cilindro de su arma élfica y se lo arrojó a Koll, que tuvo que hacer unos malabares con él antes de aferrarlo desesperado contra el pecho—. Parece que la victoria es nuestra.

Despacio, sin fuerza, reacia como una polilla al salir de su capullo, Skara apartó el brazo flácido de Raith y, apoyada en el borde de su escudo, se puso de pie con esfuerzo.

Todos los sonidos parecían raros. Chillidos, y gritos, y cantos de aves. Aquí y allá, el ladrido entrecortado de las armas élficas. Pero todo provenía de la lejanía, como si hubiera ocurrido en otro tiempo y en otro lugar.

La madre Scaer estaba de pie, frotándose el hombro magullado. Con una mueca de repugnancia, tiró al suelo su reliquia todavía humeante.

—¿Estáis herida, mi reina? —La voz de Jenner el Azul. A Skara le costó un momento comprender que se dirigía a ella. Se miró a sí misma como una boba. Tenía la camisa de malla toda arrugada e intentó alisarla, y luego limpiar el costado de barro.

—Sucia —farfulló, como si tuviera alguna importancia, con la lengua torpe en la boca seca mientras contemplaba incrédula el campo de batalla. Si es que podía llamarse batalla.

La hilera de postes afilados estaba deshecha y caída, llena de enormes socavones de tierra rota y armas rotas y cuerpos rotos que se amontonaban y humeaban. El ejército del Alto Rey, tan temible unos momentos antes, se había consumido como la niebla matutina ante la Madre Sol.

El padre Yarvi contemplaba los cuerpos destrozados de los Compañeros de Yilling, con su báculo élfico... no, con su arma élfica apoyada bajo un brazo. No arrugaba el ceño ni sonreía. No sollozaba ni reía. En su rostro reinaba una calma estudiada, como la de un artesano satisfecho con su trabajo de la mañana.

—Arriba, madre Adwyn —dijo.

Entre los cadáveres la clériga levantó la cabeza y Skara vio su cabello rojo pegado al cráneo con sangre coagulada.

—¿Qué has hecho? —La mujer miró a Yarvi presa de una laxa incredulidad, con surcos de lágrimas en su cara enfangada—. ¿Qué has hecho?

Yarvi le metió la mano contrahecha en el abrigo y la levantó del suelo.

—¡Exactamente lo que me acusaste de hacer! —bramó—. ¿Dónde tienes un tribunal para esto? ¿Dónde está tu jurado? ¿Quién va a juzgarme ahora?

Y agitó su báculo élfico, su arma élfica, delante de la cara de la clériga antes de arrojarla de nuevo entre los cuerpos para que se arrastrara.

Uno de ellos de algún modo había logrado levantarse y miraba a su alrededor parpadeando como si acabara de despertar de un sueño. Era Vorenhold, aunque Skara apenas lo reconoció. Su cota de malla estaba tan andrajosa como el abrigo de un pordiosero, de su escudo solo quedaban astillas en el borde doblado, la mitad de su cara, a la que faltaba la oreja, estaba ensangrentada y llena de arañazos y el brazo que había sostenido una lanza terminaba en el codo.

Sacó el cuerno que llevaba en el cinturón como pudo, lo alzó como si fuera a soplar y entonces vio que la boquilla estaba partida.

—¿Qué pasa? —balbuceó.

—Tu muerte.

Gorm le puso una mano en el hombro y lo obligó a arrodillarse con suavidad, y entonces hizo rodar su cabeza con un tajo de su espada.

—¿Dónde está Yilling? —preguntó Skara casi para sí misma, correteando hacia los cadáveres.

Dioses, le costaba distinguir unos de otros. Los hombres que tan orgullosos se habían alzado unos momentos, reducidos a despojos de carnicería. Quizá debería sentirse triunfante, pero lo único que sentía era pavor.

—Esto es el fin del mundo —susurró. O por lo menos, del mundo que había conocido. Lo que había sido fuerte ya no lo era. Lo que había sido innegable estaba amortajado con una neblina de duda.

—Cuidado, mi reina —dijo Raith en voz baja, pero si Skara apenas lo oyó, mucho menos entendió sus palabras.

Había visto el cuerpo de Yilling el Radiante, encajado entre los otros, con los brazos extendidos, una pierna doblada por debajo y la cota de malla empapada de oscura sangre.

Se acercó poco a poco. Vio la suave mejilla, el largo corte que le había hecho Uthil.

Más cerca, fascinada, temerosa. Vio la sonrisa fofa de sus labios regordetes, incluso en la muerte.

Se inclinó sobre él. Los mismos ojos inexpresivos que habían infestado sus sueños desde aquella noche en el Bosque. La noche en que había jurado vengarse.

¿Se había movido su mejilla?

Ahogó un grito cuando los ojos de Yilling buscaron los suyos, dio un gemido de sorpresa cuando su mano la asió por la malla y tiró de ella hacia abajo,

para acercarse al rostro la oreja de Skara. Para que escuchara su aliento rasposo. Pero no solo su aliento, sino también palabras. Y las palabras podían ser armas.

Tenía la mano en la empuñadura de su daga. Podría haberla desenfundado. Podría haberlo enviado al otro lado de la Última Puerta con solo girar la muñeca. No sería porque no lo hubiera soñado pocas veces. Pero entonces pensó en su abuelo. «Sé tan generosa con tus enemigos como con tus amigos. No por su bien, sino por el tuyo.»

Oyó gruñir a Raith, sintió que su sombra caía sobre ellos y extendió hacia atrás la mano abierta para detenerlo. La mano de Yilling cayó al suelo y Skara se apartó de él para verle la cara salpicada de manchas rojas.

Con debilidad, Yilling depositó algo en la palma de su mano. Era una bolsita de cuero llena de tiras de papel. Tiras como las que la madre Kyre desenrollaba de las patas de las águilas que le enviaba la abuela Wexen.

Se inclinó de nuevo sobre Yilling el Radiante, ya despojada de todo miedo y también de todo odio. Le cogió la mano y pasó la otra por detrás de su cabeza para incorporarlo con suavidad hacia ella.

—Dime el nombre —pidió con un susurro, y luego acercó la oreja a los labios del moribundo.

La acercó lo suficiente para oír su último aliento. Su última palabra.

LOS MUERTOS

Fue una ceremonia grandiosa.

Muchos gettlandeses poderosos que no habían ido a la guerra se enfurecerían al saber que el túmulo del rey Uthil se alzaría en el cabo de Bail, lo que les negaba la oportunidad de exhibir su importancia en un acontecimiento que perduraría largo tiempo en el recuerdo.

Pero la respuesta de la reina Laithlin, pronunciada entre dientes apretados, fue:

—Su furia es polvo para mí.

La muerte de su marido la había convertido en la reina regente, con el joven rey Druin pegado a sus faldas y un poder mayor que el que jamás había esgrimido. Espina Bathu se alzaba corpulenta y silenciosa junto a ella, con tanta ferocidad y venganza en la mirada que solo los más valientes osaban cruzarla un instante con ella. Cuando Laithlin hablaba, era como si sus órdenes ya estuvieran cumplidas.

Y, a fin de cuentas, no escaseaban las figuras de renombre en el funeral del Rey de Hierro.

Estaba la joven reina Skara de Trovenlandia, en tiempos una pobre refugiada pero ya famosa por su valor, su compasión y sobre todo por ser una mujer astuciosa. Su guardaespaldas de pelo blanco se alzaba grave y silencioso detrás de su silla.

Estaba su prometido, Grom-gil-Gorm, el Rompeespadas y el Hacehuérfanos, con su cadena de pomos más larga que nunca y su temida clériga, la madre Scaer, taciturna a su lado.

Estaba la infame hechicera Skifr, que había matado más guerreros en unos instantes que el rey Uthil en toda su larga y sangrienta vida, sentada en el suelo y arrebujada en su capa de harapos, leyendo los augurios en el polvo de entre sus piernas cruzadas.

Estaba Svidur, una suma sacerdotisa de los shendos, con una tablilla élfica verde sujeta al cuello con una tira de cuero. Resultó que el padre Yarvi le había implorado una vez el derecho de huésped junto a su fuego tras una tormenta, y más tarde la había convencido para entablar una alianza con la abuela Wexen que rompería cuando a él le conviniera.

Estaba el astucioso clérigo de Gettlandia en persona, por supuesto, el que había traído las armas élficas desde las prohibidas profundidades de Strokom y las había empleado para destruir el ejército del Alto Rey, cambiando el mar Quebrado para siempre.

Y estaba su aprendiz, Koll, que llevaba un abrigo demasiado fino para la época del año y pasaba frío y pena, sentado al viento húmedo con la sensación de que no pintaba nada allí.

El barco del rey era el mejor del concurrido puerto del cabo de Bail, con sus veinticuatro remos a cada costado. Un grupo de guerreros tuvo el honor de arrastrar la nave hasta el lugar que debía ocupar, y su quilla raspó los adoquines del patio de la fortaleza. Era el mismo barco en el que el rey Uthil había recorrido el mar Quebrado en su famosa incursión a las islas, el mismo que había regresado triunfante y perezoso a causa del peso de los esclavos y el pillaje.

Tendieron el cuerpo del rey en la cubierta, envuelto en el estandarte capturado de Yilling el Radiante, y colocaron ricas ofrendas en torno a su cadáver, dispuestas al modo en que Brinyolf, el tejedor de plegarias, consideraba que más complacerían a los dioses.

Rulf dejó una sola flecha junto al cuerpo, y a Koll le pareció que intentaba contener las lágrimas.

—De la nada a la nada —dijo con un hilo de voz.

El padre Yarvi apoyó su mano marchita en el brazo del viejo timonel.

—Pero menuda travesía entre una y la otra.

La reina Laithlin rodeó los hombros del rey caído con una capa de piel negra, le puso una mano en el pecho y se quedó un momento con la mirada baja y los dientes apretados hasta que Koll vio que el padre Yarvi se acercaba y murmuraba:

—¿Madre?

Laithlin se volvió sin pronunciar palabra y llevó a los congregados a sus sillas, mientras la brisa azotaba la hierba pisoteada sobre la que se había librado la batalla, o perpetrado la matanza.

Tres docenas de caballos capturados fueron conducidos hasta el barco, sus cascos repicando contra la madera, y los sacrificaron a todos para bañar la cubierta con su sangre. Los presentes convinieron en que la Muerte abriría la Última Puerta al rey Uthil con respeto.

—Los difuntos temblarán al saber de su llegada —murmuró el Rompeespadas. Se sorbió con fuerza la nariz y Koll distinguió las lágrimas en la barba entrecana de sus mejillas.

—¿Por qué lloráis? —preguntó Skara.

—El paso de un buen enemigo por la Última Puerta es tan triste como el paso de un buen amigo. Uthil fue ambas cosas para mí.

El padre Yarvi ayudó al joven rey Druin a bajar la antorcha a la yesca empapada de brea. Las llamas tardaron poco en conquistar el barco entero, arrancando un pesaroso gemido a los guerreros congregados en un gran semicírculo. Se contaron historias sobre la destreza de Uthil, se cantaron tristes canciones sobre su gran suertedearmas y se lamentó que el mundo nunca fuese a ver de nuevo una esgrima comparable con la suya.

El heredero del rey muerto, que no contaba ni tres años de edad, estaba sentado en una silla demasiado grande para él, con los pies colgando y la espada forjada por Rin, la que su padre siempre había llevado en brazos, desenvainada sobre las rodillas. Sonrió a los guerreros que desfilaban ante él para ofrecerle sus condolencias, su lealtad y los regalos funerarios recién robados a las tropas muertas del Alto Rey. Druin dijo «hola» a todo el mundo y comió pastelitos que le iba dando su madre hasta que tuvo manchas de miel alrededor de toda la boca.

El padre Yarvi lo miró de soslayo.

—Tiene solo dos años y ya se ocupa de esto con más elegancia que la que tuve yo.

—Quizá. —La reina Laithlin revolvió el pelo pajizo de Druin—. Se sienta

más recto, pero no ha pronunciado un juramento tan grandioso como el que hiciste tú.

—Ni falta que le hace. —Yarvi tensó la mandíbula mientras devolvía la vista al fuego—. El mío nos ata a todos.

Se quedaron sentados, fríos y silenciosos, hasta que el Padre Luna hizo acto de presencia y salieron sus hijas, las estrellas, mientras la luz del barco en llamas —y de las ofrendas en llamas y del rey en llamas— teñía de naranja el rostro del centenar de centenares de asistentes. Permanecieron allí hasta que concluyó la procesión de guerreros y el niño rey daba ya suaves ronquidos en brazos de la reina Skara. Permanecieron hasta que las llamas se hicieron rescoldos, la quilla se desmenuzó en ascuas y la primera mancha fangosa del amanecer ensució las nubes, relució en el mar revuelto e hizo piar a los pajaritos en la hierba.

La reina Skara se inclinó a un lado, posó con suavidad la mano sobre la de la reina Laithlin y Koll oyó que decía en voz baja:

—Lo siento.

—No lo sientas. Murió como querría haber muerto, con su acero en la mano. ¡El Rey de Hierro! Y sin embargo... tenía mucho más que hierro. Desearía... haber estado junto a él al final. —Laithlin recobró la compostura y sacó la mano de debajo de la de Skara para secarse los ojos—. Pero conozco el valor de las cosas, prima, y con deseos no se compra nada.

Entonces la reina regente dio una palmada y los esclavos de tintineantes cadenas se pusieron a excavar tierra y a arrojarla sobre la pira, todavía humeante, para levantar un gran túmulo que se alzaría orgulloso junto al del padre de la reina Skara, muerto en batalla, y junto al de su bisabuelo Horrenhod el Rojo, y junto a los de los reyes y reinas de Trovenlandia, descendientes del mismísimo Bail el Constructor, que se extendían hasta fundirse con la niebla de la historia.

Laithlin se levantó, se ajustó sobre el pecho la gran llave de la tesorería de Gettlandia y habló en un tono que no revelaba ni una brizna de vacilación o tristeza.

—Reunid a los hombres. Zarpamos hacia Casa Skeken.

Fuera, en el camino, los guerreros capturados del Alto Rey seguían amontonando a sus compañeros caídos en piras mucho menos grandiosas. Piras

para docenas de cuerpos y piras para centenares, que emborronaban de humo el cielo en leguas a la redonda.

Koll se había hecho clérigo para aprender, no para matar. Para cambiar el mundo, no para romperlo.

—¿Cuándo acabará esto? —murmuró para sí mismo.

—Cuando cumpla mi juramento. —Los ojos secos del padre Yarvi contemplaban la superficie gris de la Madre Mar—. Ni un momento antes.

Hasta que llegó al último escalón, Koll no había dejado de debatirse entre bajar y no bajar.

Oyó los golpes del martillo de Rin. Oyó el canturreo desafinado con que acompañaba el trabajo. Hubo un tiempo en que Koll se lo tomaba como una bienvenida cuando cruzaba su puerta. Una canción que era solo para él. Pero en aquel momento se sentía como un entrometido que fisgoneaba una conversación privada entre ella y su yunque.

Rin trabajaba con el rostro concentrado, un cálido destello amarillo en la cara, los labios apretados en una fina línea y su llave echada atrás sobre el hombro, tensando la cadena alrededor de su cuello sudado. Nunca hacía las cosas a medias. A Koll siempre le había encantado eso de ella.

—¿Ahora trabajas el oro? —preguntó.

Ella levantó la mirada y, cuando sus ojos se encontraron, parecieron robarle el aliento. Pensó en lo mucho que la había echado de menos. Lo mucho que quería abrazarla. Que ella lo abrazara a él. Siempre había pensado, odiando reconocérselo a sí mismo, que quizá no fuese demasiado hermosa. Que quizá alguna chica más guapa tropezaría y caería en sus brazos. Mirándola, no podía creer que alguna vez hubiese tenido esa impresión.

Dioses, qué tonto era.

—El rey Druin tiene la cabeza más pequeña que su padre. —Rin sostuvo con

las tenazas el Círculo Real, ya reducido, y volvió a dejarlo para seguir martilleando.

—Creía que solo te interesaba el acero. —Intentó cruzar la fragua con el mismo desenfado que antes, pero cada paso era un desafío angustioso—. Espadas para reyes y malla para reinas.

—Después de lo que hicieron esas armas élficas, me da en la nariz que las espadas y la malla podrían dejar de ser tan populares. Hay que cambiar. Aprovechar bien lo que te ofrece la vida. Afrontar el infortunio sonriendo, ¿eh? —Rin dio un bufido—. Es lo que habría dicho Brand.

Koll se encogió al oír el nombre. Al pensar que había decepcionado a Brand, que siempre lo había tratado como a un hermano.

—¿A qué has venido, Koll?

Tragó saliva. La gente siempre decía que tenía un don con las palabras, pero lo cierto era que solo lo tenía con las que no significaban nada. A la hora de decir lo que sentía de verdad, no tenía el menor talento. Se metió la mano en el bolsillo y sintió el fresco peso del brazalete élfico dorado que había cogido en Strokom. Una ofrenda de paz, si ella quería aceptarla.

—Supongo que he estado pensando... que quizá... —Carraspeó, con la lengua seca como el polvo mientras la miraba con aire culpable—. ¿Elegí mal? —Había pretendido reconocerlo con firmeza, hacerle una confesión sincera, pero salió como una aguda y miserable excusa barata.

Rin no pareció muy impresionada.

—¿Le has dicho al padre Yarvi que elegiste mal?

Koll hizo una mueca y se miró los pies, pero su calzado no tenía la respuesta. No suele tenerlas.

—Todavía no...

No habría encontrado el aliento para decir que lo haría, si Rin se lo hubiera pedido. No lo hizo.

—No te lo tomes como una ofensa, Koll. —La mueca se acentuó. La gente

solo decía esas cosas cuando su principal prioridad era ofender—. Pero me parece que, tomes la decisión que tomes, tardas poco en empezar a pensar que elegiste mal.

Le habría gustado decir que no era justo. Le habría gustado decir que estaba tan atrapado entre lo que quería el padre Yarvi, lo que quería Rin, lo que habría querido Brand y lo que habría querido su madre que prácticamente ya ni sabía lo que quería él.

Pero lo único que logró fue decir con voz rasposa:

—Sí. No estoy orgulloso de mí mismo.

—Yo tampoco. —Tiró el martillo al banco de trabajo y, cuando cruzaron la mirada, no parecía furiosa. Triste. Arrepentida, quizá. Koll empezaba a albergar esperanzas de que quizá significara que lo perdonara cuando Rin añadió—: Me he acostado con otro.

Le costó un momento comprenderlo, y entonces deseó no haberlo hecho. El puño le dolió al cerrarse con fuerza sobre el brazalete élfico del bolsillo.

—¿Te has...? ¿Con quién?

—¿Qué más da? No fue por él.

Se quedó plantado mirándola, colérico de repente. Se sentía invadido. Traicionado. Sabía que no tenía derecho a sentirse así, y saberlo solo lo empeoraba.

—¿Crees que quería saberlo?

Rin parpadeó, atrapada en algún punto entre la culpabilidad y la furia.

—Espero que odies saberlo.

—¿Por eso lo hiciste?

Venció la furia.

—¡Lo hice porque lo necesitaba, capullo egoísta! —gritó—. No todo gira alrededor de ti y de tus grandes talentos y de tus importantes decisiones y de tu brillante futuro, joder. —Le clavó un dedo en el pecho—. ¡Necesitaba algo y tú

elegiste no estar aquí! —Le dio la espalda—. No se quejará nadie si eliges no estar aquí de nuevo.

Sus martillazos lo persiguieron mientras subía los peldaños, de vuelta al patio del cabo de Bail, a la guerra y al humo de hombres muertos.

CAVANDO

A Raith le dolía la espalda, tenía el pecho cargado y sus dos manos, una rota mucho tiempo atrás y la otra quemada hacía poco, le escocían cada una a su manera mientras trabajaba. Ya había sacado fango como para diez tumbas y seguía sin encontrar ni rastro de Rakki, pero siguió cavando.

Siempre le había inquietado lo que podría hacer su hermano sin él, pero nunca había pensado qué haría él sin su hermano. Quizá en el fondo nunca hubiera sido el hermano fuerte.

Pala arriba, pala abajo, los tranquilos golpes de la plancha en el suelo y el constante amontonar de tierra a los dos lados. Le evitaba tener que pensar.

—¿Qué, buscando tesoros?

Había una mujer alta al borde de la zanja con la Madre Sol a su espalda, los brazos en jarras y el oro y la plata reluciendo en la mitad sin afeitar de su cabeza. La última persona con la que había esperado encontrarse allí fuera. Pero así son las esperanzas.

—Buscando el cuerpo de mi hermano.

—¿Y de qué vale eso ahora?

—Para mí sí que vale. —Tiró una palada de arena a sus botas, pero Espina Bathu no era de las que se rendían por un poco de suciedad.

—No lo encontrarás en la vida. Y si lo hicieras, ¿para qué?

—Para levantarle una pira como debe ser, quemarlo como debe ser y enterrarlo como debe ser.

—La reina Skara estaba pensando en enterrar a Yilling el Radiante como debe ser. Dice que hay que ser generoso con tus enemigos.

—¿Y?

—He doblado su espada por la mitad y la he enterrado. Su cadáver lo he descuartizado y lo he dejado para los cuervos. Me parece más generosidad de la que merece.

Raith tragó saliva.

—Procuro no pensar en lo que merecen los hombres.

—A los muertos ya no se les puede ayudar, chico. —Espina se cerró una fosa nasal con un dedo y expulsó moco a la excavación de Raith por la otra—. Lo único que puedes hacer es cobrarte su precio de los vivos. Por la mañana zarpo hacia Casa Skeken, a cobrarle el precio de mi marido al Alto Rey.

—¿Cuál será ese precio?

—¡Su cabeza, para empezar! —le rugió, salpicando saliva de sus labios torcidos.

Siendo sinceros, su ira le daba un poco de miedo. Siendo sinceros, lo emocionaba mucho.

Le recordó a su propia ira. Le recordó tiempos más sencillos, en los que sabía quién era. En los que sabía quiénes eran sus enemigos y no quería hacer otra cosa que matarlos.

—He pensado que a lo mejor quieres venirte conmigo —dijo Espina.

—Creía que no te caía muy bien.

—Pienso que eres un pequeño cabrón sanguinario. —Empujó una piedra con la punta del pie y la hizo rodar a la zanja—. Justo la clase de hombre que busco.

Raith se lamió los labios, sintiendo que el viejo fuego empezaba a revivir en él, como si Espina fuese la chispa del pedernal y él la yesca dispuesta.

Espina tenía razón. Rakki estaba muerto y no le ayudaría por mucho que cavara.

Clavó la pala con fuerza en la tierra.

—Voy contigo.

Skara estaba cambiada. O quizá había ido cambiando poco a poco y él no se había dado cuenta hasta aquel momento.

Había renunciado a la armadura y se parecía menos al gran mural de Ashenleer que se alzaba tras ella. Pero seguía llevando la larga daga en el cinturón, y el aro con la piedra roja que Bail el Constructor llevó una vez a la batalla. Conservaba la espada que le había forjado Rin, aunque, arrodillado junto a ella y sosteniéndola, había algún chico de los que habían huido de sus granjas quemadas en lugar de Raith.

Una reina sin lugar a dudas, y con sabios consejeros a su lado. Jenner el Azul no había renunciado a la postura encorvada del saqueador, pero se había recortado el pelo ralo y la barba, y les había añadido una piel bien trabajada y una cadena de oro. Owd había perdido peso y ganado dignidad desde sus tiempos como aprendiz de la madre Scaer, y miró a Raith con un gesto censor en su rostro aguzado mientras entraba reticente en la sala de audiencias, con su yelmo robado bajo el brazo.

Skara lo miró altiva, con la barbilla alzada y los hombros hacia atrás, de forma que su cuello parecía tener leguas de longitud. Parecía bastante cómoda en la gran silla de Bail, y tan arrogante como pudiera haberlo sido nunca Laithlin. ¿De verdad era la misma chica cuyo lecho había compartido unas pocas noches antes? ¿Cuyos dedos habían recorrido las cicatrices de su espalda? ¿Cuyos susurros le habían hecho cosquillas en la oreja? Viéndola, le parecía un sueño. Quizá lo fuese.

Esbozó una inclinación. Se sintió un poco tonto, pero ¿qué iba a hacer?

—Hum, esto... He pensado...

—«Mi reina» sería el tratamiento adecuado —dijo la madre Owd, y Skara no hizo ningún ademán de corregirla.

Raith hizo una mueca.

—Mi reina... Me han ofrecido un puesto en la tripulación de Espina Bathu.

Para encabezar el ataque a Casa Skeken.

—¿Y estás pensando en aceptarlo? —preguntó Jenner, con las pobladas cejas levantadas.

Raith forzó a sus ojos a encontrar los de Skara. Como si estuvieran los dos solos allí, hombre y mujer en lugar de asesino y reina.

—Si podéis dispensarme.

Quizá hubiera el más leve atisbo de dolor en sus facciones. Quizá solo quisiera verlo. En cualquier caso, el tono de Skara se mantuvo liso como el cristal.

—Eres súbdito de Vansterlandia. No me has hecho juramento alguno. Eres libre de marchar.

—Tengo que hacerlo —dijo Raith—. Por mi hermano.

Sintió un auténtico dolor en el pecho de tanto desear que respondiera: «No, quédate, te necesito, te amo».

Pero Skara se limitó a asentir.

—Entonces, te agradezco tu leal servicio. —Raith no pudo evitar que se le contrajera un pómulo. Leales servicios, eso era todo lo que le había prestado. Como un perro cualquiera—. Se te echará mucho de menos.

Buscó en su rostro el menor signo de que de verdad lo añoraría, pero solo encontró una máscara. Miró hacia atrás y vio esperando a un mensajero del príncipe de Kalyiv, con un sombrero de piel aferrado en sus manos ansiosas, impaciente por que le llegara el turno.

La madre Owd ya le fruncía el ceño en todo su esplendor.

—¿Alguna otra cosa? —dijo. Sin duda había adivinado al menos parte de lo ocurrido y se moría de ganas de verlo marchar. Raith no podía reprochárselo.

Se volvió con los hombros caídos. Se sentía como si se hubiera engañado por completo a sí mismo. Hubo un tiempo en que su único incentivo era la oportunidad de aporrear las cabezas de otros. Skara le había mostrado un atisbo de algo mejor, y acababa de trocarlo por una venganza que ni siquiera anhelaba.

Jenner el Azul le dio alcance en la puerta.

—Haz lo que tengas que hacer. Aquí siempre tendrás un sitio.

Raith no estaba tan convencido.

—Dime, abuelo, ¿haber cometido maldades... te vuelve un hombre malvado?

Jenner parpadeó.

—Ojalá tuviera las respuestas, muchacho. Lo único que sé es que el ayer no puede cambiarse. Solo puedes confiar en hacerlo mejor mañana.

—Sí, supongo que sí.

Raith quiso dar al viejo saqueador un abrazo de despedida, pero aquella cadena de oro lo hacía demasiado majestuoso. De modo que se conformó con una sonrisa incómoda mientras se miraba las botas, sucias de cavar, y se fue por donde había venido.

CABEZA Y CORAZÓN

El alba era fresca y clara, y el aliento de Skara, junto al de Laithlin, el de Druin y el de sus guardias y esclavos y sirvientes, se elevó poco a poco en una nube de vaho mientras miraban desde la rampa que llevaba al puerto.

Del rey Uthil solo quedaban cenizas y el rey Druin era demasiado pequeño para la tarea, de modo que correspondió al padre Yarvi comandar la flota que ajustaría cuentas con el Alto Rey en Casa Skeken. Hablar en nombre del Padre Paz no había impedido al joven clérigo de Gettlandia hacer el trabajo de la Madre Guerra aquella mañana, y mejor que cualquier guerrero.

La Madre Sol se mostró fulgurante sobre las altas murallas del cabo de Bail y arrancó largas sombras a docenas de bestias de proa, alineadas como las cabezas de los caballos en una exhibición. Los remeros estaban tranquilos y preparados. El padre Yarvi saludó con la mano a la reina Laithlin, sin sonreír, y luego ladró una orden brusca que se oyó en todo el puerto silencioso, y como si aquellos centenares de hombres tuvieran una sola mente y un solo cuerpo, los barcos empezaron a moverse.

—Parece que el padre Yarvi ha pasado a ser nuestro líder —dijo Skara.

—La guerra tiene un modo de revelar facetas de la gente. —El orgullo era patente en la voz de Laithlin mientras contemplaba la flota de Gettlandia haciéndose a la mar, en filas de a dos—. Algunos florecen y otros desfallecen. Pero siempre supe que había determinación en Yarvi. La tuya me ha sorprendido más.

—¿La mía?

—¿No resististe firme aquí frente a las innumerables tropas del Alto Rey? Has cambiado mucho, prima, desde que eras aquella chica que trajeron cansada y llorosa a mis aposentos.

—Todos hemos cambiado —murmuró Skara.

Vio a Espina Bathu de pie y ceñuda en la proa de su barco, con una bota en

la curva de la regala como si no viera el momento de llegar a Casa Skeken. El barco había pertenecido a uno de los Compañeros de Yilling el Radiante y tenía un carnero dorado por bestia de proa, pero Espina lo había chamuscado hasta volverlo negro para que casara con su negro ánimo y, para el bando del Alto Rey, con su negra reputación. Los ojos de Skara recorrieron la tripulación sentada en sus cofres de mar, todos hombres peligrosos entregados a la venganza, hasta encontrar una cabeza blanca que subía y bajaba con las brazadas. Se obligó a apartar la vista.

El día anterior, en el Salón de Bail, había querido pedirle que se quedara. Ordenarle que se quedara. Casi había abierto la boca para hacerlo, pero en el último instante había dejado que se marchara. Lo había obligado a que se fuera. Ni siquiera había sido capaz de decirle un adiós de verdad. No habría sido apropiado.

No estaba segura de que pudiera llamarlo amor. No se parecía en nada a las canciones de los escaldos. Pero fuera lo que fuese que sentía, era demasiado poderoso para correr el riesgo de tenerlo fuera de su puerta cada día, cada noche. De hacerlo, tendría que ser fuerte a cada instante, y tarde o temprano flaquearía. Así, solo había tenido que ser fuerte una vez.

Le había dolido apartarlo de su lado. Le había dolido más ver cuánto le dolía a él. Pero la madre Kyre siempre le había dicho que los dolores formaban parte de la vida. Lo único que se podía hacer era echártelos a la espalda y seguir adelante. Tenía que pensar en su tierra, y en su pueblo, y en su deber. Meterlo en su lecho había sido estúpido. Egoísta. Un error temerario, y no podía permitirse cometer otro.

Jenner el Azul saludó a Skara con la cabeza desde la toldilla del *Perro Negro*, y cuando ella levantó el brazo en respuesta se elevaron unos vítores entusiastas de las tripulaciones de Trovenlandia. Después de la victoria no había cesado el aluvión de hombres que llegaban al cabo de Bail para arrodillarse ante ella y jurarle lealtad, y aunque los barcos los hubiera tomado del Alto Rey, los guerreros eran suyos.

—Debes de tener ya veinte tripulaciones aclamándote —dijo Laithlin.

—Veintidós —repuso Skara mientras sus barcos seguían a los de Gettlandia fuera del puerto.

—No es una fuerza escasa.

—Cuando acudí a ti no tenía nada. Nunca olvidaré lo mucho que te debo. —

Con intención de hacer algún tipo de gesto, Skara llamó a su esclava—. Deberías recuperar la esclava que me prestaste...

—¿Estás descontenta con ella?

Skara vio el miedo en los ojos de la chica.

—No. No, es que...

—Quédatela. —Laithlin la alejó con un ademán—. Es un regalo, el primero de muchos. Pronto serás la Alta Reina y gobernarás todo el mar Quebrado, a fin de cuentas.

Skara se la quedó mirando.

—¿Cómo dices?

—Si los vientos nos son propicios, derribaremos a la abuela Wexen de su alta percha en la Torre de la Clerecía. Los sacerdotes de la Diosa Única serán devueltos al sur. El Alto Rey caerá. ¿No has dedicado ni un momento a pensar en quién va a sustituirlo?

—Estaba un poco entretenida sobreviviendo día a día.

Laithlin dio un bufido, como si no fuese motivo suficiente para hacer caso omiso a cómo giraban los engranajes del poder. Quizá no lo fuese.

—El Rompeespadas es el guerrero más célebre que sigue con vida. El único rey que nunca ha sufrido la derrota en batalla ni en duelo. —Señaló con la barbilla hacia los embarcaderos y Skara vio que su prometido empezaba a subir la larga rampa hacia ellas, espantando a los hombres de su camino como si fuesen palomas—. Grom-gil-Gorm será Alto Rey. Y tú serás su esposa.

Skara se llevó una mano al estómago revuelto.

—Casi no me encuentro ni preparada para ser reina de Trovenlandia.

—¿Y quién lo está? Yo fui reina a los quince años. Mi hijo es rey a los dos.

—Me duele —dijo Druin con voz de pito, arrancándose el Círculo Real de la cabeza.

—Ya siente su peso —musitó Laithlin, volviéndoselo a poner con delicadeza sobre el pelo rubio, aún escaso—. He enterrado a dos maridos. Los dos matrimonios empezaron siendo lo que era mejor para Gettlandia, pero me trajeron mis dos hijos. Y casi sin darte cuenta, puede desarrollarse el respeto. La atracción. Incluso el amor. —La voz de Laithlin pareció quebrarse de repente—. Casi... sin darte cuenta.

Skara no respondió. Ser Alta Reina, y llevar la llave de todo el mar Quebrado. No arrodillarse ante nadie, jamás. Que naciones enteras tomaran su ejemplo de ella. Una chica de dieciocho años recién cumplidos y que a duras penas lograba que la obedeciera su estómago. Trató de calmar sus entrañas revoltosas mientras el Rompeespadas se detenía ante ellas. Vomitar en las botas de su futuro marido no sería muy buen presagio.

—Reina Laithlin —dijo, con una envarada inclinación—. Reina Skara. Quería hablar un momento con vos antes de zarpar hacia Casa Skeken. Vamos a...

Hizo una mueca hacia los barcos que cabeceaban, los dedos de una mano jugueteando con los puños de las dagas que erizaban su cinturón.

—¿A casarnos? —terminó por él Skara.

Siempre había sabido que no podría elegir marido, pero de algún modo, siendo niña, había confiado en que le ofrecerían al príncipe perfecto y que su cabeza y su corazón llegarían a un gozoso acuerdo. Ahora entendía lo ilusa que había sido. Su cabeza sabía que Gorm era una buena elección. Su corazón tendría que salvar lo que pudiera.

—Disculpadme —dijo él— si las palabras de amante... me pesan en la lengua. Siempre he sido más bien un guerrero.

—No es ningún secreto. —Era curioso que el nerviosismo de Gorm la tranquilizara a ella—. No es una cadena de damiselas conquistadas la que lleváis al cuello.

—No, ni la que llevará mi esposa. —El Rompeespadas sostuvo en alto una cadena y el sol naciente relució en oro y plata, titiló en piedras pulidas—. Los pomos de Yilling el Radiante y sus Compañeros —dijo, mientras la colocaba sobre la cabeza de Skara—. Os habéis cobrado una afamada venganza por vuestro abuelo. —Depositó la cadena sobre la piel que llevaba en los hombros—. Merecéis lucirla con tanto orgullo como llevo yo la mía.

Skara bajó la mirada sorprendida a la joya que brillaba en el centro de la cadena, un diamante del tamaño de una bellota en una garra de oro. Lo conocía bien. Lo había visto cada noche en sus sueños. Había reflejado el fulgor del fuego en la empuñadura de la espada de Yilling el Radiante mientras mataba a la madre Kyre y al rey Fynn.

Tuvo un escalofrío de repulsión y quiso arrancarse la cadena y arrojarla al mar junto con los recuerdos de esa noche. Pero para bien o para mal formaban parte de ella, y no podía rechazar el regalo. Irguió la espalda, echó atrás los hombros y se preguntó si, después de todo, de verdad le desagradaba tanto el peso de la cadena sobre ellos.

A ella le murmuraba confianza. Había pasado por el fuego y, como el mejor acero, había salido más fuerte.

A otros les gritaba una amenaza. No importa tu renombre: como te enemistes con esta mujer, terminarás siendo un pedazo más de metal en su cadena.

—Un presente digno de una Alta Reina del mar Quebrado —dijo, apretándola contra el pecho.

—Deseaba tranquilizaros un poco, ya que... quizá no sea el hombre que habríais escogido. Quería deciros que pretendo ser un buen marido. Cederos los asuntos de la moneda y la llave. Daros hijos.

Skara tragó saliva al oírlo, pero eran frases apropiadas y la madre Kyre no se lo habría perdonado nunca si ella no respondía del mismo modo.

—En la misma medida pretendo yo ser buena esposa. Cederos los asuntos del arado y la espada. Daros hijas.

Los abruptos rasgos de Gorm se deformaron en una extraña sonrisa.

—Ojalá. —Miró al rey Druin, que lo observaba con la cabecita levantada desde muy abajo—. Gente pequeña a tus pies, a los que poder entregar el futuro. Parece un buen propósito.

Skara intentó que no se le notaran las dudas. Trató de componer una sonrisa triunfal y voluntariosa.

—Encontraremos la forma de llevarlo a cabo, cogidos de la mano. —Y

extendió la suya hacia él.

Pareció diminuta, blanca y suave en su inmensa zarpa llena de cicatrices. Parecía la mano de una niña, pero la suya era la presa más firme de las dos. La de él parecía temblar.

—No tengo la menor duda de que seréis tan buen marido como guerrero —dijo, poniendo su otra mano debajo de la de él para calmarla.

—Juntos seremos tan formidables como la Madre Mar y el Padre Tierra. —Recobró el ánimo al pasar a territorio más conocido—. ¡Y empezaré por traeros la cabeza del Alto Rey como regalo de bodas!

Skara hizo una mueca.

—Preferiría la paz.

—La paz llega cuando se ha acabado con todos los enemigos, mi reina.

Gorm separó la mano, volvió a inclinarse y marchó dando zancadas hacia su barco.

—Si esa cadena de su cuello debería haberle enseñado algo —murmuró Laithlin— es que siempre hay más enemigos.

EL CAMPO DE BATALLA
DEL CLÉRIGO

—Crees que te sobra el tiempo —dijo Skifr, mirando las llamas—. Que el futuro está lleno de recompensas a las que aspirar, de cosechas que recoger. Pero hazme caso, querido mío: cuando quieras darte cuenta, tu glorioso futuro se habrá convertido en una colección de batallitas desgastadas de tanto repetirlas y no quedará nada por delante más que el polvo.

Koll hinchó los carrillos. El fuego de la hoguera en la cara de Skifr le recordaba al fuego de la fragua en la de Rin y le llevaba a la mente su desgraciado último encuentro con ella. Las dos mujeres no podrían parecerse menos, pero cuando se está triste cualquier cosa invoca recuerdos tristes.

—¿Quieres una infusión? —aventuró, tratando sin éxito de sonar animado mientras sacaba el cazo del fuego—. Quizá no lo veas todo tan negro después de...

—¡Agarra la vida con las dos manos! —exclamó Skifr, provocando un respingo a Koll y casi que se volcara el cazo encima—. Regocíjate en lo que tienes. ¡El poder, la riqueza y el renombre no son más que fantasmas! Son como la brisa, imposible de retener. No hay ningún rumbo que lleve a la gloria. Todos los caminos terminan en la Última Puerta. Deléitate con las chispas que una persona hace saltar en otra. —Se arrebujó en su capa de harapos—. Son la única luz en la penumbra del tiempo.

Koll volvió a soltar el cazo, y la infusión se salió y siseó en las llamas.

—Tómate una taza, ¿eh? —dijo, y dejó a Skifr sola con su oscuridad para llevarse la suya propia fuera de la ruina, a la ladera de la colina desde la que se divisaba Casa Skeken, sede del Alto Rey.

La Torre de la Clerecía se alzaba en su centro, construida en perfectos cristal élfico y piedra élfica que se alzaban hasta una altura imponente, donde la Ruptura de la Diosa los había segado sin miramientos, y por encima se veía un recubrimiento de murallas, torrejones, cúpulas y tejados levantados por el hombre que tapaban la herida como una espantosa costra. Alrededor de las torres más altas

había motas oscuras volando en círculos. Palomas, quizá, como las que Koll había cuidado una vez, llevando los mensajes aterrorizados de clérigos remotos. O águilas que transportaban las últimas y desesperadas órdenes de la abuela Wexen.

El gran templo nuevo que estaba construyendo el Alto Rey en honor de la Diosa Única parecía achaparrado a la sombra de la torre élfica, feo y miserable para el abundante esfuerzo que se le había dedicado, aún cubierto de andamios tras diez años en construcción y con la mitad de las vigas a la vista como las costillas de un cadáver antiguo. El Alto Rey se había propuesto levantarlo para demostrar que el hombre también podía emprender grandes obras. Lo único que había demostrado era lo pobres que eran sus mejores intentos si se comparaban con las reliquias de los elfos.

Los tejados se extendían alrededor de la torre y el templo en todas las direcciones, formando un laberinto de calles estrechas entre edificios de piedra, de madera y de cañizo. Los rodeaban las famosas y extensas murallas élficas, que tenían partes maltrechas, apuntaladas por baluartes y coronadas por almenajes de factura humana, pero seguían siendo fuertes. Muy fuertes.

—Tenemos que entrar —estaba mascullando Espina, y su brazalete élfico tenía el brillo rojizo y apagado de un ascua mientras miraba la ciudad igual que un lobo observa un gallinero. A Koll no le habría extrañado verla salivar igual que un lobo, hambrienta de venganza.

—Sin duda —dijo la madre Scaer, con los ojos reducidos a sus habituales rendijas—. La cuestión es cómo.

—Todavía tenemos armas élficas. Yo digo que rompamos la cáscara de la abuela Wexen y la saquemos de entre los escombros.

—Incluso con armas élficas, nos llevará tiempo superar esas murallas —dijo el padre Yarvi—. ¿Quién sabe las jugarretas que podría tramar la abuela Wexen mientras tanto?

—Podríamos disparar flechas encendidas sobre el muro —propuso Rulf, dando unas palmaditas en su arco de cuerno negro—. Para eso nos basta con las armas de los hombres, y no tardaríamos en hacer buena lumbre.

—Esta va a ser mi ciudad —dijo el padre Yarvi—. No quiero verla arrasada por el fuego.

—¿Tu ciudad? —replicó despectiva la madre Scaer.

—Pues claro. —Yarvi apartó la mirada de Casa Skeken y la enfocó calmada en la clériga—. Seré abuelo de la Clerecía, al fin y al cabo.

Scaer soltó un bufido de incredulidad.

—Ah, ¿eso crees?

—Si Vansterlandia se queda con la silla del Alto Rey y Trovenlandia con la llave de la Alta Reina, lo justo es que Gettlandia tome la Torre de la Clerecía.

La madre Scaer juntó aún más los párpados, atrapada en el escabroso terreno que había entre la desconfianza, si Yarvi alcanzaba una posición elevada, y la ambición de ver entronado a Gorm.

—Deberíamos decidirlo con un cónclave formal.

—¿Deben dos personas sabias como nosotros discutir lo evidente? ¿Debemos celebrar un cónclave para establecer que la Madre Sol perseguirá al Padre Luna por los cielos?

—Solo los necios discuten por lo que no poseen —murmuró Koll. Tenía la sensación de ser el único clérigo presente que intentaba allanar el camino del Padre Paz, y eso que ni siquiera había pronunciado su juramento.

Rulf metió los pulgares en su desgastado cinto.

—Ellos pasaron semanas atascados ante nuestras murallas élficas. Ahora somos nosotros quienes estamos atascados ante las suyas.

—Yilling el Radiante cometió el error de intentar escalarlas o socavarlas —dijo Yarvi.

—¿Y qué debería haber hecho? —preguntó Espina con brusquedad.

Koll sabía la respuesta, aunque no le hiciera demasiada gracia.

—Abrirse paso hablando.

—Exacto. —El padre Yarvi recogió su báculo y empezó a descender por la

ladera—. Los guerreros pueden quedarse aquí. Ahora os halláis en el campo de batalla del clérigo.

—¡Me da igual siempre que aquí encuentre la venganza! —gritó Espina a su espalda.

Yarvi se volvió con los dientes desnudos.

—Ah, aquí habrá venganza para todos, Espina Bathu. Lo he jurado.

El camino que llevaba a las puertas de Casa Skeken estaba removido hasta darle la consistencia de un lodazal, salpicado de basura pisoteada, tiendas desgarradas, muebles rotos y animales muertos. Las posesiones de quienes habían llegado en tropel a Casa Skeken buscando la seguridad. O quizá las de quienes habían salido en tropel con el mismo objetivo. Un disparate, en cualquier caso. Cuando la Madre Guerra desplegaba sus alas, no había ningún lugar seguro.

A Koll le parecía que el nudo de su garganta se había vuelto de roca. Apenas había estado más asustado cuando atracaron en Strokom. Se descubría una y otra vez acercándose a Rulf y su escudo, encogiendo los hombros a medida que las murallas élficas ganaban altura y más altura ante ellos, con los largos estandartes del Alto Rey y su Diosa Única pendiendo mojados y lacios de las almenas.

—¿Tú no eras el que había escalado al interior del cabo de Bail en una noche de tormenta? —masculló el timonel por una comisura de los labios.

—Sí, y entonces también estaba aterrorizado, como corresponde.

—Los locos y los necios no sienten el miedo. Los héroes temen y se enfrentan al peligro de todos modos.

—¿Podría no ser ninguna de las tres cosas e irme a casa? —musitó Koll.

—Ya no hay vuelta atrás —dijo brusca la madre Scaer por encima del hombro, recolocando su reliquia élfica por debajo del abrigo.

—No temas, amigo. —Dosduvoi levantó un poco más el asta que llevaba,

coronada por la bestia de proa del *Viento del Sur*—. Tenemos la paloma de un clérigo para evitarnos las saetas.

—La talla no está nada mal —dijo Koll, encogiéndose al entrever movimiento en el almenaje—, pero la veo un poco pequeña para detener las flechas.

—El propósito de una paloma de clérigo —siseó el padre Yarvi hacia atrás— es impedir que las flechas lleguen a dispararse. Ahora, silencio.

—¡Alto ahí! —Al oír la orden vociferada, el grupo se detuvo—. ¡Os apuntan tres docenas de arcos!

El padre Yarvi infló el pecho como si lo ofreciera para albergar las flechas, aunque Koll reparó en que sujetaba con firmeza su báculo de metal élfico con la mano buena.

—¡Apartad las armas! —Su voz no podría haber sonado más firme si fuese él quien hablara desde la muralla—. ¡Somos clérigos y venimos a hablar en nombre del Padre Paz!

—¡Os acompañan hombres armados!

—Hablaremos en nombre de la Madre Guerra si es necesario, y con voz de trueno. —El padre Yarvi hizo un gesto hacia los hombres que se dispersaban por los campos enfangados que rodeaban la ciudad—. Los guerreros de Gettlandia y Trovenlandia rodean vuestras murallas. El Rompeespadas en persona se aproxima por mar. Y a nuestra espalda, en la colina, nos observa la hechicera Skifr, cuya magia destruyó el ejército del Alto Rey. Solo espera mi señal de que aceptaréis nuestras condiciones y os ganaréis la paz. —Yarvi dejó caer los brazos—. O de que no lo haréis y os ganaréis lo mismo que Yilling el Radiante.

Cuando volvió a llegar la voz, había perdido todo el tono desafiante.

—Eres el padre Yarvi.

—El mismo, y conmigo viene la madre Scaer de Vansterlandia.

—Yo soy Utnir. Me han elegido para hablar en nombre de las gentes de Casa Skeken.

—Saludos, Utnir. Confío en que entre los dos podamos salvar vidas. ¿Dónde está la abuela Wexen?

—Se ha encerrado en la Torre de la Clerecía.

—¿Y el Alto Rey?

—Nadie lo ha visto desde que llegó noticia de la derrota en el cabo de Bail.

—Toda victoria es la derrota de alguien —susurró Koll.

—Igual que todo héroe es el villano de alguien —dijo Rulf.

—¡Vuestros líderes os han abandonado! —exclamó la madre Scaer.

—Será mejor que también los abandonéis —dijo el padre Yarvi—, antes de que arrastren a toda Casa Skeken con ellos al otro lado de la Última Puerta.

Hubo otro silencio, quizá matizado por un murmullo entre las almenas, y una brisa fría batió los largos estandartes contra la piedra élfica.

—Se rumorea que os habéis aliado con los shendos —llegó la voz de Utnir.

—Y es cierto. Soy un viejo amigo de su suma sacerdotisa, Svidur. Si resistís, le entregaré la ciudad a ella y, cuando caiga, todos sus habitantes serán pasados a espada o esclavizados.

—¡Nosotros no intervinimos en la guerra! ¡No somos vuestros enemigos!

—Pues demostraos amigos nuestros e intervenid en la paz.

—Se dice que también tuviste buenas palabras para Yilling el Radiante. ¿Por qué deberíamos confiar en ti?

—Yilling el Radiante era un perro rabioso que adoraba a la Muerte. Asesinó al rey Fynn y a su clériga. Quemó a mujeres y niños en Thorlby. Su final no me trae lágrimas ni remordimientos. —El padre Yarvi alzó su mano contrahecha, su voz firme y su rostro sincero—. Pero soy clérigo y hago el trabajo del Padre Paz. Si deseáis seguir sus pasos, me encontraréis a vuestro lado. Abridnos las puertas y pronuncio un juramento-sol y un juramento-luna de que haré todo lo que pueda para salvaguardar las vidas y los bienes del pueblo de Casa Skeken.

Después de tanta sangre derramada, Koll se enorgulleció de ver a su maestro haciendo del puño mano abierta. Hubo más susurros en lo alto, pero al final Utnir pareció quedar convencido. O al menos convencido de no tener más opción.

—¡De acuerdo! ¡Entregaremos las llaves de la ciudad a tus hombres!

—¡La historia os lo agradecerá! —exclamó el padre Yarvi.

Koll se dio cuenta de que llevaba un rato conteniendo el aliento, y lo liberó en un poderoso suspiro. La madre Scaer hizo un sonido gutural y movió los hombros para cerrar su abrigo. Dosduvoi se inclinó hacia Koll, sonriente.

—Ya te he dicho que la paloma nos evitaría las saetas.

—Creo que hoy nuestro escudo han sido las palabras del padre Yarvi —respondió él.

El clérigo estaba haciendo corrillo con Rulf.

—Reúne a tus hombres de más confianza y que tomen el mando de las puertas.

—No me quedan muchos —dijo Rulf—. Algunos de los que venían con nosotros en el *Viento del Sur* han enfermado.

—¿Los que remaron a Strokom? —preguntó Koll con voz queda.

El padre Yarvi no le hizo caso.

—Llévate a los que tengas y desarma a los defensores. Quiero disciplina y que reciban un buen trato.

—Sí, padre Yarvi —dijo el viejo timonel, y dio media vuelta para indicar a los hombres que se acercaran con un gesto de una ancha mano.

—Y luego entrega la ciudad a los shendos.

Rulf lo miró de nuevo, con los ojos muy abiertos.

—¿Estás seguro?

—Exigen venganza por todas las incursiones del Alto Rey contra ellos. Prometí a Svidur que podrían saquear la ciudad en primer lugar. Pero deja que Espina Bathu y Grom-gil-Gorm se cobren también su parte. Ese es el mal menor.

—Has hecho un juramento —murmuró Koll, mientras Rulf se alejaba para dar las órdenes negando con su calva cabeza.

—He jurado hacer todo lo que pueda. No puedo hacer nada.

—Pero esta gente...

Yarvi asió la camisa de Koll con su mano deforme.

—¿Esta gente se quejó cuando incendiaron Yaletoft? —ladró—. ¿O Thorlby? ¿Cuando mataron al rey Fynn o a Brand? No. Jaleaban a Yilling el Radiante. Que paguen ahora el precio. —Soltó a Koll y le alisó la camisa—. Recuerda, el poder exige tener un hombro siempre en las sombras.

EL VASO COLMADO

Aunque el padre Yarvi hubiera ordenado que no ardiera nada, en alguna parte había fuego.

El humo era una tenue neblina que convertía en sucio ocaso el día en las calles de Casa Skeken. Raith tenía la garganta rasposa y le costaba respirar. En la lobreguez se movían siluetas. Corrían. Tal vez los saqueadores, tal vez los saqueados.

Era curioso lo rápidos y claros que afloraban los recuerdos con los olores. El hedor del incendio transportó a Raith de vuelta a aquel pueblo en la frontera entre Vansterlandia y Gettlandia. ¿Halleby, se llamaba? Bueno, ese que habían arrasado porque sí, donde había ahogado a un hombre en un abrevadero de cerdos. En el momento le había parecido buena idea. Después había alardeado de ello y Grom-gil-Gorm había reído con sus guerreros y lo había llamado pequeño cabrón sanguinario, sonriendo satisfecho de tener a un perro tan feroz en su jauría.

Pero en esa ocasión Raith tenía la boca amarga de miedo, el corazón palpitando en su dolorida cabeza y la mano pegajosa en el puño de su hacha. Saltó al oír un estrépito, seguido de un largo grito que parecía más animal que humano, y rodó para escrutar en la penumbra.

A lo mejor debería agradecer a la Madre Guerra estar en el bando ganador. Era lo que siempre recomendaba a su hermano cada vez que Rakki negaba con la cabeza sobre las cenizas, ¿verdad? Pero si había un bando que llevara razón en todo aquello, costaba imaginar en él a Espina Bathu y su banda de asesinos.

Espina había reunido una tripulación feroz, de ojos brillantes como los zorros y escurridizos como los lobos, dejados con su persona pero pródigos con sus armas, que estaban cuidadas y relucientes. La mayoría eran gettlandeses, pero Espina aceptaba a cualquiera con una cuenta que saldar y pocos miramientos respecto a cómo hacerlo. Raith ni siquiera sabía cómo se llamaban muchos de ellos. Ninguno significaba nada para los demás, ya que solo estaban unidos por el odio. Eran hombres que habían perdido familias y amigos. Hombres que se habían perdido a sí mismos y no les quedaba más que tomar de otros lo que les habían

arrebatado a ellos.

Algunos estaban sacando a gente de sus casas mientras otros revolvían el interior, partiendo cofres, rajando jergones y volcando muebles, en teoría para buscar tesoros escondidos pero en realidad solo por el placer de la destrucción. Las víctimas no oponían más resistencia que las ovejas llevadas al matadero. Antes a Raith le sorprendía que no lucharan. Le daba asco. Ahora lo entendía demasiado bien: tampoco a él le quedaban ganas de luchar.

Las personas no eran solo cobardes o héroes. Eran las dos cosas y ninguna, según estuviera la situación. Según quién tuvieran a su lado y quién enfrente. Según la vida que hubieran llevado. Según la muerte que vieran esperándolos.

Los habían arrodillado formando una hilera en la calle, unos pocos a la fuerza o a golpes. Pero la mayoría se había acercado por su cuenta al final de la hilera y se había arrodillado allí, dóciles. Algún bofetón o alguna patada cuando hacían falta para moverlos, pero por lo demás no había habido violencia. Un esclavo apaleado se vendía por menos que uno ileso, al fin y al cabo, y si no merecía la pena venderlos, ¿para qué dedicarles siquiera aquel escaso esfuerzo?

Raith cerró los ojos. Dioses, qué cansado estaba. Tanto que apenas lograba tenerse en pie. Pensó en el rostro de su hermano y en el de Skara, pero no conseguía visualizarlos con claridad. El único que lograba ver con detalle era el de aquella mujer, mirando su granja en llamas, gritando los nombres de sus hijos con una voz quebrada y enloquecida de dolor. Sintió que se le acumulaban las lágrimas bajo los párpados y abrió los ojos.

Un vansterlandés con un aro de plata en la nariz estaba arrastrando a una mujer cogida de la axila, riendo pero con risas que sonaban secas y forzadas, como si intentara convencerse a sí mismo de que aquello tenía algo de gracioso.

Espina Bathu no parecía muy dispuesta a reír. Los músculos se contraían en la mitad afeitada de su cabeza, las cicatrices se veían amoratadas en sus pálidas mejillas y los tendones se destacaban fríos y crueles en el brazo con que empuñaba su hacha.

—No merece la pena llevarnos a casi ninguno de estos —dijo un guerrero, un enorme gettlandés con la mandíbula torcida que estaba poniendo a un viejo de rodillas al final de la hilera.

—¿Qué hacemos con ellos, entonces? —preguntó otro.

La voz de Espina sonó llana y despreocupada.

—Yo diría que matarlos.

Una mujer empezó a rezar entre sollozos y alguien la hizo callar de un sopapo.

Ahí tenía su sueño. Saquear una gran ciudad. Reclamar todo lo que viera como propio. Pavonearse como el perro más grande de todos por calles que en tiempo de paz lo habrían despreciado. Ser el dirigente supremo solo porque tenía una espada y era lo bastante cabrón como para usarla.

Raith tenía los ojos húmedos. Sería por el humo, o quizá estaba llorando. Pensó en aquella granja ardiendo. Se sintió aplastado, tan enterrado como su hermano, y le faltó el aliento. Le parecía que todo lo digno de salvar en él había muerto con Rakki, o había quedado atrás con Skara.

Forcejeó con la correa de su yelmo, se lo quitó y lo arrojó al suelo con un golpe hueco. Vio cómo rodaba por el borde entre los adoquines. Se rascó con fuerza el pelo aplanado y apenas lo notó.

Miró de soslayo la hilera de personas arrodilladas en la calle. Vio que un chico apretaba el puño y lo llenaba con un puñado de tierra del albañal. Vio una lágrima colgando de la nariz de una mujer. Oyó que el viejo del final jadeaba temeroso.

Las botas de Espina crujieron mientras se acercaba al hombre.

Ella se lo tomó con calma. Quizá estuviera haciendo acopio de valor. O disfrutando del camino, tal vez. Dejó que el mango del hacha resbalara despacio por su mano hasta agarrarlo por el extremo que había pulido el tiempo.

El viejo se encogió al oír los pies de Espina tras él, hundiéndose en el suelo como los de un leñador frente al tajo.

Espina cuadró los hombros, carraspeó, giró la cabeza y escupió.

Levantó el hacha.

Y Raith dejó escapar el aire con un suspiro tembloroso, se interpuso entre Espina y el viejo y se encaró con ella.

No abrió la boca. No estaba seguro de que lograra articular una sola palabra, de lo irritada que tenía la garganta y lo fuerte que le latía el corazón. Se quedó allí plantado.

Silencio.

El guerrero de la mandíbula torcida dio un paso hacia él.

—Mueve ese culo, necio, antes de que...

Sin apartar la mirada de Raith, Espina levantó un largo dedo y dijo:

—Chist.

Solo se oyó eso, pero bastó para detener al hombre como si tuviera una pared delante. Espina clavó en Raith unos ojos hundidos en la sombra, de los que solo el borde reflejaba el furioso brillo rojo de aquel brazalete élfico suyo.

—Apártate —dijo.

—No puedo. —Raith se soltó el escudo del brazo y lo dejó caer. Soltó su hacha encima, con un repiqueteo—. Esto no es venganza. Es solo asesinato.

La mejilla cicatrizada de Espina se tensó y Raith distinguió la ira en su voz.

—No te lo volveré a decir, chico.

Raith separó los brazos con las palmas hacia ella. Sentía las lágrimas bajando por su cara, pero le dio igual.

—Si estás empeñada en matar, puedes empezar conmigo. Lo merezco más que ellos.

Cerró los ojos y esperó. No era tan imbécil como para creer que aquello compensaba ni la centésima parte de las cosas que había hecho. Era solo que ya no podía quedarse quieto y mirar.

Hubo un crujido y un dolor fulgurante en la cara.

Tropezó con algo y su cráneo dio contra una piedra.

El mundo se tambaleó. Notó un sabor salado.

Se quedó tendido un momento, preguntándose si estaría embadurnando la calle entera de sangre. Preguntándose si le importaba.

Pero todavía respiraba, aunque de una fosa nasal solo salieran ruidosas burbujas. Se llevó una mano torpe a la nariz. Parecía ser el doble de grande que antes. Rota sin duda, a juzgar por la sensación enfermiza que le producía el tocarla. Gruñó al rodar de lado y apoyarse en un codo.

Unas caras duras y llenas de cicatrices flotaban a su alrededor, mirando hacia abajo. El viejo seguía de rodillas, moviendo los labios en silenciosa plegaria. Espina seguía junto a él con el hacha en la mano y su brazalete élfico candente como una brasa al rojo. Por la mancha de sangre en su frente, Raith supuso que le había dado un cabezazo.

—Uf —resopló.

Le costó horrores ponerse a gatas, con sangre goteando de su nariz y cayéndole en las manos. Apoyó un pie, se tambaleó y tuvo que sacar un brazo para equilibrarse, pero no se cayó. Ya se le pasaba el mareo y, aunque fue con muchas dificultades, al final se levantó. Volvió al lugar que había ocupado entre Espina y el viejo.

—Aquí estamos. —Se lamió los dientes, escupió sangre y volvió a extender los brazos y a cerrar los ojos, meciéndose un poco a los lados.

—Me cago en la leche —oyó que siseaba Espina.

—¿Está loco? —dijo alguien.

—Mátalo y olvídate —gruñó el de la mandíbula torcida.

Otro silencio. Pareció durar una eternidad, y Raith contrajo el gesto y apretó los párpados aún más fuerte. Cada respiración temblorosa despertaba un extraño pitido en su nariz rota, pero no podía impedirlo.

Oyó un lento raspar y necesitó toda su fuerza de voluntad para entreabrir un ojo. Espina había deslizado su hacha por el aro del cinturón y estaba con los brazos en jarras. Raith se quedó parpadeando como un lelo.

Por lo visto, no había muerto.

—¿Qué hacemos? —preguntó impaciente el del aro en la nariz.

—Dejad que se vayan —dijo Espina.

—¿Y ya está? —El guerrero de la mandíbula torcida esparció saliva al escupir las palabras—. ¿Por qué han de poder irse? Ellos no dejaron marchar a mi mujer, ¿a que no?

Espina giró el cuello para mirarlo.

—Una sola palabra más y estarás tú arrodillado en la calle. Dejad que se vayan.

Levantó al viejo por el cuello de la camisa y lo arrojó tropezando hacia las casas.

Raith bajó los brazos despacio, con la cara convertida en una inmensa palpitación.

Notó que algo le salpicaba en la mejilla. Al mirar vio que el hombretón le había escupido.

—Pequeño hijo de puta, eres tú el que tendría que morir.

Raith asintió con una inclinación cansada de cabeza mientras se limpiaba la saliva.

—Sí, supongo. Pero no por esto.

LAS LÁGRIMAS DEL PADRE PAZ

El padre Yarvi encabezaba la marcha a zancadas y el golpeteo de su báculo élfico, el que había matado a Yilling el Radiante, resonaba por todo el vestíbulo. Caminaba tan deprisa que Koll tenía que dar algún paso al trote para mantener el ritmo, la capa de harapos de Skifr rozaba con el arma élfica que llevaba a un costado y las armas de Rulf y sus guerreros tabaleaban al seguirlos. La madre Adwyn cerraba el paso a trompicones, con su aleta de pelo rojo crecida y convertida en un revoltijo informe y una mano levantada, intentando separar la cuerda de su cuello irritado.

El vestíbulo tenía las paredes cubiertas de armas, dobladas y herrumbrosas. Eran las armas de los ejércitos derrotados por los Altos Reyes en los últimos siglos. Pero aquel día el Alto Rey no conocería la victoria. Desde el otro lado de las estrechas ventanas, Koll alcanzaba a oír el saqueo de Casa Skeken. Alcanzaba a oler los incendios. Alcanzaba a sentir el miedo, contagioso como la peste.

Agachó la cabeza, intentando no imaginar qué estaba ocurriendo allí fuera. Intentando no imaginar qué podría ocurrir allí dentro, cuando el padre Yarvi por fin se enfrentara a la abuela Wexen.

—¿Y si ha huido? —preguntó Skifr.

—Está aquí —dijo Yarvi—. La abuela Wexen no es de las que huyen.

Al fondo del vestíbulo había unas puertas altas de oscura madera, tallada con escenas de la vida de Bail el Constructor. Mostraban cómo conquistó Trovenlandia, cómo conquistó Yutmarca, cómo escaló una montaña de enemigos caídos para conquistar todo el mar Quebrado. En otro momento Koll habría podido admirar la artesanía, si no las conquistas, pero en aquel no había nadie con muchas ganas de apreciar las finas tallas.

Les cerraba el paso una docena de guardias, hombres en cotas de malla con ceños permanentes y lanzas en ristre.

—Apartaos —dijo el padre Yarvi mientras Rulf y sus guerreros se separaban

para ocupar toda la anchura del vestíbulo—. Díselo, madre Adwyn.

—¡Dejad que pasen, os lo ruego! —Adwyn habló como si las palabras le hicieran más daño que la cuerda, pero aun así habló—. La ciudad ha caído. ¡Toda sangre que se derrame ya es sangre desperdiciada!

Koll esperó que la escucharan. Pero ya sabía cómo eran las esperanzas.

—No puedo. —El capitán de los guardias, distinguido por su escudo tachonado en plata y pintado con el águila de la Primera Entre Clérigos, era un guerrero de no poco renombre—. La abuela Wexen ha ordenado que estas puertas permanezcan cerradas, y he pronunciado un juramento.

—Juramentos —murmuró Koll—. No dan más que problemas.

Skifr lo apartó de un codazo al pasar, llevándose su reliquia élfica al hombro.

—Incumple el juramento o conocerás a la Muerte —dijo.

—¡Por favor! —La madre Adwyn intentó arrojarse al suelo delante de Skifr, pero el guerrero que sostenía su cuerda tiró de ella hacia atrás.

El capitán alzó el escudo y los miró con orgullo por encima de él.

—¡No te temo, bruja! Soy...

El arma de Skifr ladró una sola vez, con un sonido atronador en aquel espacio angosto. Medio escudo del capitán desapareció, y su brazo saltó por el aire envuelto en llamas y derribó al hombre que tenía al lado. El capitán salió despedido hacia atrás, topó contra la puerta y cayó de cara al suelo. Dio un par de débiles pataditas con una pierna antes de quedarse quieto, y la sangre se extendió alrededor de su cadáver humeante y salpicó las finas tallas de la puerta. Un pequeño fragmento de metal cayó, rebotó y llegó tintineando a una esquina.

—¿Alguien más desea permanecer leal a la abuela Wexen? —preguntó Yarvi.

Como si lo hubieran acordado de antemano, los guardias dejaron caer sus armas.

—Diosa misericordiosa —suspiró la madre Adwyn mientras Rulf pasaba sin inmutarse sobre su líder caído, asía las manijas de hierro y tiraba de ellas sin efecto.

—Cerrada —gruñó.

Skifr volvió a alzar la punta de su reliquia élfica.

—Yo tengo la llave.

Rulf se lanzó al suelo. Koll se tapó las orejas con las manos mientras el arma escupía fuego y hacía saltar pedazos de las hermosas tallas donde se unían las dos puertas, entre una nube de astillas afiladas. Antes de que murieran los ecos, Skifr dio un paso adelante, levantó una bota y abrió las puertas destrozadas y temblorosas de una patada.

Incluso para alguien que había contemplado las maravillas de Strokom, la Cámara de los Susurros daba vértigo. Sus muros de piedra élfica y cristal élfico se acababan difuminando al mirar hacia arriba, y había una tribuna circular suspendida a cinco veces la altura de un hombre, otra a la misma distancia por encima y una tercera sobre ella. Todo estaba iluminado como por la mirada iracunda y parpadeante de un loco, pues en el centro del enorme espacio redondo ardía una enorme hoguera, una pira de libros, papeles y pergaminos tan alta como el túmulo de un rey, ardiendo con llamas tan intensas que secaron el sudor de la frente de Koll.

En lo alto estaban las estatuas de los seis altos dioses, con las llamas destellando en los granates que tenían por ojos, y por encima de ellas destacaba la nueva estatua de la Diosa Única, que no era hombre ni mujer, observando con insulsa indiferencia la destrucción. Otras figuras más pequeñas se destacaban contra el brillo de las llamas. Hermanas de la Clerecía de grises túnicas, algunas mirando horrorizadas hacia las puertas mientras otras seguían alimentando con frenesí el fuego y los papeles a medio quemar ascendían flotando a las alturas del espacio cavernoso para luego caer meciéndose como las hojas en otoño.

—¡Detenedlas! —chilló Yarvi con voz aguda, para hacerse oír entre el rugido de las llamas—. ¡Ponedles argollas! ¡Encadenadlas! ¡Después decidiremos a quién perdonar y a quién culpar!

Los guerreros de Rulf ya estaban entrando por las puertas, y sus mallas, sus hojas y sus ojos ansiosos relucían con los colores del fuego. Una chica de cabeza

afeitada pasó frente a ellos arrastrada por un guerrero, con sangre en los dientes apretados. Era una aprendiz como Koll, que solo hacía lo que le habían ordenado, y pensarlo le hizo rascarse las viejas rozaduras donde había llevado su propia argolla de esclavo, mucho tiempo antes.

Podría haber quien viera extraño que un hombre que había sufrido la esclavitud pudiera imponerla a otros con tan pocos miramientos, pero Koll no se sorprendió. Todos enseñaban las lecciones que habían aprendido, al fin y al cabo.

—¿Dónde está la abuela Wexen? —rugió Skifr, con saliva saltando entre sus labios quemados.

—¡Arriba! —sollozó una clériga mientras retrocedía asustada—. ¡En la segunda tribuna!

Ya no quedaba lealtad en Casa Skeken, solo fuego y caos.

Cruzaron la extensión de suelo hasta un pasadizo estrecho, rodeados de la ceniza que revoloteaba a su alrededor como nieve negra. Subieron por una escalera de caracol, más y más alto, despertando ecos al respirar y proyectando sombras que danzaban en las tinieblas. Dejaron atrás un rellano y giraron en el segundo, hacia la hiriente luz.

Había una anciana junto al parapeto de metal élfico. Vestía una túnica con cola, llevaba el pelo corto y canoso y tenía al lado una enorme pila de libros con gemas incrustadas en sus lomos grabados en oro. La mujer se llenó los brazos de libros y los arrojó por encima del parapeto: años de trabajo, décadas de lecciones, siglos de aprendizaje que serían pasto de las llamas. Pero así funcionaban las cosas cuando la Madre Guerra desplegaba sus alas. Destruía en un gozoso momento lo que su sollozante marido, el Padre Paz, había tardado generaciones enteras en tejer.

—¡Abuela Wexen! —gritó Yarvi.

La anciana se quedó petrificada con los hombros levantados, y luego se volvió despacio.

La mujer que había gobernado el mar Quebrado, decidido los destinos de incontables millares, acobardado a guerreros y utilizado a reyes como títeres no era en absoluto lo que Koll había esperado. No era una villana que riera a carcajadas. No era la personificación de una maldad sin límites. Koll vio solo un rostro

maternal, redondo y con profundas arrugas. Tenía un aire de sabiduría. Un aire amistoso. No llevaba chillones distintivos de su elevada posición, sino solo una fina cadena al cuello, entre cuyos eslabones había entrelazados papeles escritos. Mandatos, y sentencias, y deudas que saldar, y órdenes que obedecer.

La mujer sonrió. Costaba verla como una presa desesperada a la que por fin tenían acorralada. Más bien parecía una maestra cuyo descarriado discípulo por fin había respondido a su llamada.

—Padre Yarvi. —Tenía la voz grave, tranquila, medida—. Bienvenido a Casa Skeken.

—¿Quemando libros? —Yarvi se iba acercando muy poco a poco a su antigua superior—. Creía que un clérigo estaba obligado a preservar el conocimiento.

La abuela Wexen dio un suave chasquido con la lengua. La decepción de la ilustrada maestra por la estupidez del alumno impulsivo.

—Y que vengas tú a darme lecciones sobre qué debe hacer un clérigo... —Dejó caer una última brazada de libros de la tribuna—. No te beneficiarás de la sabiduría que he acumulado.

—No la necesito. —Sostuvo en alto su báculo élfico—. Tengo esto.

—Los elfos también lo tenían y mira cómo terminaron.

—He aprendido de su ejemplo. Por no mencionar el tuyo.

—Me temo que no has aprendido nada.

—Déjate de aprendizajes —gruñó Skifr—. Vas a sangrar por la sangre de mis hijos que derramaste y por la sangre de los hijos de mis hijos que derramaste. —Apuntó con su arma élfica—. Lo único que lamento es que nunca podrías sangrar lo suficiente.

La abuela Wexen no movió ni un músculo al ver el rostro de la Muerte.

—Te han embaucado si crees que la sangre de tus hijos está en mis manos, bruja. Supe que te habían visto en Kalyiv y me alegré de que hubieras abandonado el mar Quebrado, me quedé más que satisfecha de que no fueras a volver nunca.

—¡Estás hecha de mentiras, clériga! —rugió Skifr, con la frente arrugada brillando de sudor—. ¡Enviaste a ladrones y asesinos a perseguirme!

La abuela Wexen suspiró con tristeza.

—Dice la ladrona y asesina que lame los pies al príncipe de los mentirosos. —Su mirada pasó de Koll a Skifr y por último a Yarvi—. Desde el momento en que me besaste en la mejilla después de tu prueba, supe que eras una serpiente. Debería haberte aplastado entonces, pero opté por la clemencia.

—¿Clemencia? —Yarvi ladró una risotada—. Confiabas en que acabara mordiendo para ti, no en tu contra.

—Quizá. —La abuela Wexen miró con repugnancia el arma élfica que Skifr acunaba entre sus brazos—. Pero nunca soñé que llegaras a recurrir a esto. ¿Infringir las leyes más profundas de la Clerecía? ¿Poner en peligro el mundo por tus ambiciones?

—Ya conoces el dicho. Que el Padre Paz derrame lágrimas por los métodos; la Madre Guerra sonríe a los resultados.

—Conozco el dicho, pero es propio de las bocas de asesinos, no de clérigos. Eres el veneno.

—Dejemos de fingir que solo uno de nosotros vive en las sombras. —Los ojos del padre Yarvi titilaron con el fuego reflejado mientras seguía acercándose despacio—. Soy el veneno que tú mezclaste en tus propios ardides. Soy el veneno que tú preparaste al ordenar la muerte de mi padre y mi hermano. El veneno que nunca creíste que terminarías bebiendo.

Los hombros de la abuela Wexen se hundieron.

—Tengo mis arrepentimientos. Son todo lo que te deja el poder, al final. Pero la arrogancia de Laithlin nos habría arrastrado a todos al abrazo de la Madre Guerra tarde o temprano. Yo intentaba mantenernos apartados de las rocas. Intentaba escoger el mal menor y el bien mayor. Pero vosotros exigíais el caos. —La Primera Entre Clérigos arrancó un papel de la cadena que llevaba al cuello y lo lanzó hacia Yarvi para que cayera flotando entre ellos—. Yo te maldigo, traidor. —Levantó la mano y Koll vio que en la palma tenía tatuados círculos concéntricos de diminuta escritura—. Te maldigo en nombre de la Diosa Única y de los muchos. —Su voz resonó y resonó en la inmensidad de la Cámara de los Susurros—. ¡Que

todo lo que amas te traicione! ¡Que todo lo que hagas se pudra! ¡Que todo lo que construyas caiga!

El padre Yarvi respondió con un encogimiento de hombros.

—No hay nada que valga menos que las maldiciones de los derrotados. Si hubieras hollado los terrenos prohibidos de Strokom, lo entenderías. Todo cae.

Dio un repentino paso adelante y empujó a la abuela Wexen con la mano tullida.

La clériga puso los ojos como platos. Quizá por muy sabio que se fuese y por muy cerca que se tuviera la Última Puerta, cruzarla siempre era una sorpresa.

La abuela Wexen soltó un chillidito inarticulado al pasar por encima del parapeto. Hubo un choque retumbante y un largo chillido de horror.

Koll tragó saliva mientras se asomaba para mirar abajo. El fuego seguía ardiendo, enviando a las alturas nubes de humo y un titilante calor que era como un peso apretado en la cara. La todopoderosa Primera Entre Clérigos estaba tendida al borde de las llamas y su cuerpo retorcido parecía muy pequeño desde tan arriba. Todo caía. La madre Adwyn se arrodilló lentamente junto a ella, tapándose con una mano la boca manchada de violeta.

—He cumplido mi juramento. —El padre Yarvi miró con el ceño fruncido su mano contrahecha, como si no acabara de creer lo que acababa de hacer.

—Sí. —Skifr dejó caer su arma élfica, que tabaleó en el suelo de la tribuna—. Los dos nos hemos cobrado nuestra venganza. ¿Cómo te sientes?

—Esperaba más.

—La venganza es una forma de aferrarnos a lo que perdimos. —Skifr apoyó la espalda en la pared, resbaló por ella hasta sentarse y cruzó las piernas—. Una cuña en la Última Puerta, por cuyo resquicio aún llegamos a ver las caras de los muertos. Nos abalanzamos sobre ella con todo nuestro ser y quebrantamos cualquier norma para alcanzarla, pero al asirla descubrimos que no hay nada. Solo desconsuelo.

—Debemos encontrar algo nuevo a lo que aspirar. —El padre Yarvi apoyó la mano deforme en el parapeto y se inclinó hacia abajo—. ¡Madre Adwyn!

La clériga pelirroja se levantó despacio y miró hacia arriba, con lágrimas en las mejillas que reflejaban la luz del fuego.

—Envía águilas a los clérigos de Yutmarca y las Tierras Bajas —le ordenó Yarvi—. Envía águilas a los clérigos de Inglefold y las islas. Envía águilas a todo clérigo que haya hincado la rodilla ante la abuela Wexen.

La madre Adwyn bajó la mirada hacia el cadáver de su maestra, parpadeó y volvió a alzarla. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y, en opinión de Koll, se adaptó con bastante cintura a la nueva realidad. ¿Qué otra opción tenía? ¿Qué otra opción tenía ninguno de ellos?

—¿Con qué mensaje? —preguntó la clériga, con una pequeña inclinación envarada.

—Diles que ahora hincan la rodilla ante el abuelo Yarvi.

EL ASESINO

Los muertos estaban amontonados frente a las puertas. Sacerdotes de la Diosa Única, supuso Raith, por sus túnicas con el sol de siete rayos bordado, y todos con limpios y profundos tajos en las nucas. La sangre manaba de debajo de los cuerpos, manchando los peldaños de blanco mármol con franjas oscuras que la llovizna volvía rosadas.

Quizá hubieran esperado piedad. Era bien sabido que el Rompeespadas prefería tomar esclavos que dejar cadáveres. A fin de cuentas, ¿por qué matar lo que se puede vender? Pero por lo visto aquel día Gorm tenía el ánimo destructivo.

Raith se sorbió la nariz rota y aplastó astillas al entrar pisando unas puertas destrozadas al gran templo del Alto Rey.

Solo había medio tejado terminado. Se veían vigas desnudas contra el cielo blanco y la lluvia tamborileaba contra un mosaico también a medio acabar. Había bancos alargados, quizá para que los fieles se sentaran a rezar, pero allí dentro ya no había fieles, sino los guerreros de Vansterlandia bebiendo, riendo y destruyendo.

Uno estaba sentado en un banco, con las botas apoyadas en otro y envuelto en un tapiz dorado a modo de capa, con la cara echada hacia arriba, la boca abierta y la lengua fuera para atrapar la lluvia. Raith lo dejó atrás y pasó entre unas grandes columnas, altas y esbeltas como troncos de árbol, y empezó a dolerle el cuello de mirar la hermosa piedra labrada que sostenían.

Había un cuerpo tendido sobre un altar, en el centro de la inmensa estancia, envuelto en una túnica roja y dorada que caía por el suelo y asiendo una espada enjoyada con manos marchitas que eran poco más que zarpas blanquecinas. Soryorn estaba de pie a su lado, mirándolo con el rostro grave.

—Qué pequeño es —dijo el portaestandarte, que parecía haber perdido su estandarte en algún sitio—. Para ser un Alto Rey.

—¿Es este? —preguntó Raith en voz baja, mirando incrédulo aquella cara

enjuta—. ¿El más grande de todos los hombres, aquel que se sienta entre reyes y dioses? —Parecía más bien un viejo tratante de esclavos que el gobernante supremo del mar Quebrado.

—Lleva días muerto. —Soryorn arrancó la espada de las manos sin vida del Alto Rey y una de ellas se quedó colgando del borde del altar. Apoyó la hoja en el suelo y sacó un cincel para cortar el pomo enjoyado. Entonces se detuvo—. ¿Tienes un martillo?

—No tengo nada —dijo Raith, y era cierto.

Los altos muros del templo estaban pintados en rosa y azul y oro, representando escenas de mujeres aladas que Raith no llegaba ni a empezar a entender, trabajadas a lo largo de horas, días, semanas. Los guerreros de Gorm hacían puntería con sus hachas arrojadizas entre risitas, destrozando el yeso y esparciéndolo por todo el suelo. Eran hombres con los que Raith había reído tiempo atrás, mientras veían arder las granjas cerca de la frontera. En aquel momento apenas le dedicaron una fugaz mirada.

Al fondo del templo había un estrado de mármol y, sobre este, un gran bloque de piedra negra. Grom-gil-Gorm estaba junto a él, con los puños apoyados en la piedra, mirando con incomprensión una alta ventana llena de trocitos de cristal coloreado que componían una escena, la de una figura delante del sol que entregaba algo a un hombre barbudo.

—Es hermoso —musitó Raith, admirando el modo en que la Madre Sol iluminaba el cristal y bañaba de extraños colores el suelo, el bloque de piedra y las velas, la gran copa de oro y la jarra de vino que tenía encima.

Gorm lo miró de lado.

—Recuerdo un tiempo en que solo te resultaban hermosas la sangre y las entrañas.

Raith no podía negarlo.

—Supongo que la gente puede cambiar, mi rey.

—Pocas veces a mejor. ¿Qué te ha pasado en la cara?

—He dicho lo que no debía a una mujer.

—Su réplica ha sido impresionante.

—Sí. —Raith hizo una mueca al llevarse un dedo a la nariz palpitante—. Espina Bathu es una conversadora nata.

—¡Ja! No digas que no te advertí sobre ella.

—Me temo que soy dado a la temeridad, mi rey.

—La línea entre la temeridad y la locura es difícil de distinguir hasta para los sabios. —Gorm jugueteó distraído con uno de los pomos que llevaba al cuello y Raith se preguntó la espada de qué muerto había equilibrado—. He estado dándole vueltas y vueltas, pero no logro explicarme qué historia cuenta esta ventana.

—El Alto Rey recibiendo su silla de la Diosa Única esa, supongo.

—¡Eso es! —Gorm chasqueó los dedos—. Pero no es más que una bonita mentira. Conocí al hombre que talló esa silla y no era ningún dios, sino un esclavo de Sagenmarca al que le apestaba el aliento. Nunca creí que fuese una gran obra de ebanistería, y no he cambiado de opinión. Demasiado recargada. Haré que tallen una nueva, me parece.

Raith enarcó las cejas.

—¿Una nueva, mi rey?

—Pronto me sentaré en la Cámara de los Susurros como el Alto Rey que gobierna todo el mar Quebrado. —Gorm lo miró de reojo, con los labios torcidos en una sonrisita satisfecha—. No hay hombre favorecido con enemigos más grandiosos que los míos. Los tres hermanos, Uthrik, Odem y Uthil. La astuciosa reina Laithlin. Yilling el Radiante. La abuela Wexen. El mismísimo Alto Rey. Me he impuesto a todos ellos con mi fuerza, mi ingenio y mi suertedearmas. Con el favor de la Madre Guerra y las argucias del padre Yarvi.

—El gran guerrero es aquel que sigue respirando cuando los cuervos se dan el atracón. El gran rey es aquel que contempla cómo arden los cadáveres de sus enemigos. —Qué vacías sonaron a Raith sus propias palabras, pero Gorm sonrió al oírlas. A todo el mundo le gusta que le repitan sus propias lecciones.

—¡Sí, Raith, sí! Quizá tu hermano hablara más, pero tú siempre fuiste el más

listo. ¡El que de verdad entendía! Tú mismo lo dijiste, Skara será la envidia del mundo como reina, y se ocupará bien de mi tesorería, y me dará hijos fuertes, y pronunciará palabras agradables que me traigan amigos de todo el mar. Al final resulta que hiciste bien en no matarla.

Los nudillos de Raith ardieron cuando cerró el puño.

—¿Eso creéis, mi rey?

Su voz casi raspó hasta apagarse de tanto que lo enfermaban los celos y la injusticia, pero Gorm lo interpretó como lacrimosa gratitud.

—Eso creo, y... te perdono. —El Rompeespadas sonrió como si su perdón fuese el mejor don al que podía aspirar un hombre y, sin duda, mucho más de lo que Raith merecía—. A la madre Scaer le gusta que las cosas permanezcan constantes, pero yo quiero tener hombres alrededor, no esclavos dóciles. Un siervo leal de verdad a veces debe proteger a su amo de decisiones imprudentes.

—Los dioses en verdad os favorecen, mi rey, y os han dado más de lo que ningún hombre podría desear. —Más de lo que ningún hombre podría merecer y quien menos, el que tenía delante. Raith alzó la mirada hacia aquella cara sonriente, cicatrizada en cien combates, iluminada en los vistosos colores de la ventana. La cara de un hombre al que una vez admiró. La cara del hombre que había hecho de él lo que era.

Un asesino.

Levantó la copa dorada del altar.

—¡Dejadme que os sirva para brindar por vuestra victoria!

Inclinó la jarra hasta que la copa rebosó y el oscuro vino salpicó de gotas rojas como la sangre el estrado de mármol. Dio el sorbo que toma el copero para asegurar que el caldo no dañará unos labios mejores que los suyos.

Hubo un estrépito a sus espaldas, seguido de insultos a viva voz, y Gorm se volvió. Durante el tiempo suficiente para que Raith metiera dos dedos en su saquito y sintiera entre ellos el frío cristal.

El fibroso cadáver del Alto Rey había caído de su altar funerario y yacía despatarrado en el suelo mientras dos guerreros de Gorm se peleaban por su

mortaja carmesí y rasgaban la fina tela al tirar de ella como perros disputándose un hueso.

—Ahí tenemos una canción, me parece a mí —murmuró Gorm, su mirada fija en el cuerpo desnudo del hombre que había dominado todo el mar Quebrado, tirado de cualquier manera y sin la menor dignidad en su suelo inacabado—. Pero de este día se harán muchas canciones.

—Canciones sobre la caída de ciudades y la muerte de reyes —dijo Raith. Se arrodilló, ofreciendo la copa dorada a su amo, como antes hacía después de cada duelo y batalla. Después de cada victoria. Después de cada granja quemada. Después de cada mezquino asesinato—. ¡Un brindis por el nuevo Alto Rey! —exclamó—. ¡Bebido de la copa del viejo!

—Te he echado de menos, Raith. —Este sonrió mientras echaba mano a la copa, igual que había hecho Skara cuando le estaban probando la camisa de malla, pero en esa ocasión la mano de Raith conservó la firmeza—. He sido poco generoso, y salta a la vista lo que le ocurre a un rey poco generoso. Volverás a mí y llevarás de nuevo mi espada, y también mi copa.

Grom-gil-Gorm se llevó la copa a los labios.

Raith respiró hondo y dejó escapar el aire despacio.

—Es lo único que he querido siempre.

—Puaj. —El Rompeespadas arrugó la nariz—. Este vino tiene un sabor horrible.

—Todo tiene un sabor horrible aquí.

—Muy cierto. —Gorm miró con ojos entornados a Raith por encima de la copa mientras daba otro sorbo—. Has cambiado mucho. El tiempo que has pasado junto a mi futura reina te ha enseñado percepción y paciencia.

—La reina Skara me ha hecho ver las cosas de otro modo, mi rey. Debería decirle que me retiro de su servicio para volver al lugar que me corresponde. Sería lo apropiado.

—¿Lo apropiado? ¡Cualquiera diría que estás domesticado! —Gorm apuró la copa y la arrojó tintineante al altar, antes de limpiarse las gotas sueltas de la

barba—. Ve con la reina, pues. Ya debería haber desembarcado. Vamos a casarnos por la mañana, al fin y al cabo. Me parece que la entristecerá perder su perro favorito. —Y el Rompeespadas extendió un brazo para dar una brusca rascada a la cabeza de Raith—. Pero yo me alegraré de recuperar el mío.

Raith hizo una profunda inclinación.

—Ni la mitad de lo que se alegrará el perro, mi rey.

Y tras dar media vuelta, bajó del estrado con algo de sus viejos andares altaneros y saludó con la cabeza a Soryorn, que se cruzó con él llevando el pomo arrancado a la espada del Alto Rey.

—¿Queréis que incendiemos este lugar, mi rey? —oyó Raith que preguntaba el portaestandarte.

—¿Por qué quemar lo que se puede utilizar? —respondió Gorm—. Bastarán cuatro golpes de cincel para convertir estas miserables estatuas en la Madre Guerra, ¡y en menos que canta un gallo le habremos dedicado un poderoso templo! ¡Un regalo adecuado para aquella que ha entregado a su hijo favorito el mar Quebrado entero! ¡Una...!

Raith salió a la noche con una sonrisa en la boca. Por una vez no se arrepentía de nada.

EL DÍA MÁS FELIZ

Skara se miró al espejo.

Recordó haber hecho lo mismo cuando llegó a Thorlby, le parecía que cien años antes, después de huir de las ardientes ruinas del salón de su abuelo. Entonces le había costado reconocer a la chica de aspecto quebradizo que había en el cristal. No estaba muy segura de identificar mejor a la mujer de rostro aguzado que estaba viendo. Era una mujer de orgulloso desafío en la mirada, de gesto implacable en los labios y con una daga al cinto que parecía más que dispuesta a utilizar.

Skara giró el aro que Bail el Constructor llevó una vez a la batalla, con su brillante rubí. Recordó el día en que su abuelo se lo regaló y pensó en lo orgulloso que estaría si la viera ahora, imaginó la sonrisa en su rostro y entonces se encogió al visualizar su cuerpo derrumbándose sobre el gran hogar. Tuvo que tragarse la acostumbrada náusea, cerrar los ojos e intentar calmar su desbocado corazón.

Se había convencido a sí misma de que ver muerto a Yilling el Radiante la liberaría. Notó a su esclava disponiendo con delicadeza los pomos de la cadena que llevaba al cuello, de la cual pronto pendería la llave de la Alta Reina, y sintió su peso en los hombros desnudos, el peso de los actos realizados y las decisiones tomadas.

En lugar de disipar los espíritus de la madre Kyre y el rey Fynn, había añadido los de Yilling el Radiante y sus Compañeros. En lugar de liberarse del frío contacto de sus yemas entre las sombras del Bosque, se había visto encadenada con más firmeza por su puño, que aferraba la muerte en los campos del cabo de Bail.

La madre Owd había estado en lo cierto. Cuanto más deprisa se huía del pasado, antes te alcanzaba. Lo único que se podía hacer era volverse y afrontarlo. Aceptarlo. Tratar de aprovechar esa fuerza en el futuro.

Llamaron con insistencia a la puerta y Skara tomó una larga e intensa bocanada de aire antes de abrir los ojos.

—Adelante.

Jenner el Azul iba a ocupar el lugar de su padre en la ceremonia, como correspondía por ser lo más parecido a un familiar que conservaba. Sufrió una nueva arcada al ver la tela sagrada en su hombro. La que envolvería su mano y la de Gorm para unirlos hasta el día de sus muertes.

El viejo saqueador se acercó a ella hasta que sus rasgos se vieron el doble de curtidos en el espejo y negó despacio con la cabeza.

—Tenéis aspecto de Alta Reina. ¿Cómo os sentís?

—A punto de vomitar.

—Tengo entendido que es lo normal en una chica el día de su boda.

—¿Está todo dispuesto?

Si había confiado en que una gran inundación se hubiera llevado a los invitados mar adentro, se llevó una decepción.

—¡Nunca habréis visto nada igual! La reina Laithlin ha traído leguas de cortinajes con ella, y la Cámara de los Susurros está engalanada de flores otoñales y alfombrada de hojas otoñales. A la estatua de la Diosa Única le falta la cabeza y pronto le faltará el cuerpo, y los altos dioses volverán a estar al mando como les corresponde. Que digan lo que quieran del abuelo Yarvi, pero es un hombre expeditivo.

Skara infló los carrillos.

—Caramba, abuelo Yarvi ya.

—Muchos han trepado bastante estos días.

—Han trepado sobre una montaña de cadáveres. —Se ajustó la cadena de pomos en el cuello para que el diamante de Yilling el Radiante reluciera en su esternón—. Y nadie más alto que yo.

Jenner no le estaba haciendo caso.

—Ha venido gente de todo el mar Quebrado. De Gettlandia y Trovenlandia

y Vansterlandia. De Inglefold y las Tierras Bajas y las islas. Hay shendos y banyas y otros que los dioses sabrán de dónde han salido, porque yo no. Hasta he visto emisarios de Catalia, enviados a pedir audiencia al Alto Rey y que acaban de enterarse de que no es el mismo que cuando zarparon.

—¿Cómo están los ánimos?

—Muchas heridas siguen abiertas, y siempre hay quienes tienden hacia la amargura, pero a grandes rasgos la gente está contenta de que la Madre Guerra pliegue sus alas y el Padre Paz vuelva a sonreír. Hay muchos que desprecian a Gorm y muchos más que desconfían de Yarvi, pero el amor por vos lo compensa con creces.

—¿Por mí?

—¡Vuestra fama se ha extendido a los cuatro vientos! ¡La reina guerrera que luchó por su tierra cuando nadie más lo hacía! ¡La mujer que acabó con Yilling el Radiante pero le prestó auxilio en la muerte! Majestad y clemencia combinadas, he oído decir. La nueva Ashenleer.

Skara se miró los ojos en el espejo y parpadeó. No recordó auxilio alguno entre ella y Yilling. Solo aquel saquito de papeles. Soltó un eructo ácido, se apretó las tripas con una mano y se preguntó si Ashenleer también habría sufrido los miedos en el estómago.

—La verdad y las canciones rara vez se sientan juntos, ¿verdad? —murmuró.

—Ni siquiera en el mismo salón, pero a los escaldos no se les paga para cantar verdades. —Hubo un silencio y Jenner el Azul la miró desde debajo de sus cejas pobladas—. ¿Estáis segura de que queréis hacerlo?

Estaba cualquier cosa menos segura, pero lo último que necesitaba era sumar las dudas de Jenner a las propias.

—Cerré un acuerdo. No podría echarme atrás ni aunque quisiera.

—Pero ¿queréis? Quizá haya hombres peores que el Rompeespadas, pero creo que os conozco, mi reina. Si pudierais elegir a cualquiera, dudo que os decidierais por él como marido.

Skara tragó saliva. La chiquilla que había sido antes de que las llamas devoraran el salón de su abuelo quizá hubiera ansiado tomar una decisión distinta. La chiquilla que había apretado su cuerpo contra el de Raith en la oscuridad también. Pero ya no era una chiquilla.

Alzó la barbilla y miró a su consejero con los ojos entrecerrados. Aparentó estar segura.

—Entonces no me conoces tan bien como crees, Jenner el Azul. Grom-gil-Gorm será proclamado Alto Rey hoy mismo. Es el guerrero de mayor renombre en todo el mar Quebrado. Una alianza entre Vansterlandia y Trovenlandia nos hará fuertes a nosotros y a nuestro pueblo, ¡y nunca más llegarán hombres en plena noche trayendo el fuego a Yaletoft! —Se dio cuenta de que estaba gritando y bajó la voz. Acalló su corazón y habló desde la cabeza—. Gorm es el marido que elegiría. El marido que he elegido.

Jenner el Azul se miró las botas.

—No pretendía dudar de vos...

—Ya sé lo que pretendías. —Skara le apoyó una mano en el hombro con suavidad, y la mirada de Jenner ascendió un poco vidriosa hacia la suya—. Me apoyaste cuando nadie más lo hacía, y sé que todavía lo haces. Rezo porque lo hagas siempre. Pero este es mi deber y no voy a incumplirlo. —No podía, por mucho que doliera.

Jenner el Azul le dedicó aquella sonrisa desdentada que había llegado a amar y llenó su rostro curtido de felices arrugas.

—Entonces vamos a casaros.

Los dos se volvieron cuando la puerta se abrió de golpe. La madre Owd los miraba, con su nueva túnica, demasiado larga y un poco enredada con los pies, jadeante y con una pátina de sudor en su blanca frente. No hacía falta una mente muy aguda para saber que traía noticias de gran importancia.

—¡Venga, habla! —exclamó Skara, con la náusea ya haciéndole cosquillas al fondo de la garganta.

—Mi reina... —Los ojos de la madre siguieron redondos en su cara redonda al tragar saliva—. Grom-gil-Gorm ha muerto.

CAMBIAR EL MUNDO

—¡Sé que has sido tú! —rugió la madre Scaer, llenando la Cámara de los Suspiros hasta los bordes con su ira, despertando unos ecos tan salvajes que Koll escondió la cabeza entre los hombros—. O esa zorra tuya...

—Si te refieres a la reina Skara, ni es una zorra ni es mía. —La sonrisa del abuelo Yarvi era tan inmune a la furia de Scaer como la piedra élfica a las flechas—. Si me supieras responsable, presentarías pruebas, pero sé que no las tienes porque sé que no he tenido nada que ver con ello.

Scaer abrió la boca pero Yarvi le pisó las palabras.

—¡Hablamos de Grom-gil-Gorm, el Rompeespadas y el Hacehuérfanos! ¡Siempre estaba alardeando de que nadie tenía más enemigos que él! Cada pomo de esa cadena que llevaba era la cuenta de alguien, pendiente de saldar.

—Y al fin y al cabo... —Koll abrió los brazos e intentó parecer tan sincero como el que más—. A veces, la gente muere sin más.

La madre Scaer le dirigió su gélida mirada.

—¡Ah, morirán hombres por esto, eso te lo prometo!

Los guardias de Yarvi se removieron, descontentos, sus rostros ocultos por las viseras doradas de sus yelmos pero sus armas élficas bien a la vista. Los hombres que habían remado en la travesía del *Viento del Sur* a Strokom habían enfermado. Tres ya estaban muertos. Parecía que, sin las alubias de Skifr, las ruinas eran tan peligrosas como advertían las historias. Por el momento no se extraerían más reliquias de su interior, pero al abuelo Yarvi no le faltaban hombres ansiosos por empuñar las que ya tenía. A fin de cuentas, en el preciso instante en que las cogían, se volvían más fuertes que cualquier guerrero de cualquier canción.

—¿De verdad no tienes nada mejor que hacer, madre Scaer, que arrojar amenazas vacías sobre mi aprendiz? —Hizo un despreocupado encogimiento de hombros—. Gorm murió sin heredero. Vansterlandia podría precipitarse a la

confusión cuando todo guerrero compita para demostrar quién es el más fuerte. Debes mantener el orden y asegurarte de que emerja un nuevo rey sin demasiado derramamiento de sangre.

—Ah, encontraré a un nuevo rey, créeme. —Fulminó con la mirada a Yarvi y gruñó las palabras—. Y luego llegaré al fondo de este asunto y ajustaremos cuentas. —Señaló las estatuas de los dioses con un dedo que parecía una zarpa—. ¡Los dioses lo ven todo! ¡Su juicio siempre espera!

Yarvi arrugó el entrecejo.

—Hasta ahora nunca se han dado mucha prisa. Llega al fondo de lo que se te antoje, pero de momento no habrá Alto Rey. Lo único que nos trajo el último fue sangre, y el mar Quebrado necesita tiempo para sanar. —Se puso la mano deforme en el pecho, como a regañadientes—. Por ahora el poder lo ejercerá la Clerecía, y daremos una oportunidad al Padre Paz.

La madre Scaer siseó, disgustada.

—Ni siquiera la abuela Wexen tuvo nunca la osadía de elevarse tanto.

—Esto es por el bien mayor, no por el mío.

—¡Lo que dicen todos los tiranos!

—Si tanto desprecias mis métodos, ¿quizá querrías renunciar a esa arma élfica que llevas? ¿O no es tan malvada como temías al principio?

—A veces hay que combatir el mal con el mal. —Scaer miró hacia los guardias de Yarvi y movió la reliquia que llevaba bajo el abrigo—. Si una lección has enseñado al mundo, es esa.

El ceño de Yarvi se frunció más.

—Deberías mostrar el debido respeto, madre Scaer. Por la posición de Abuelo de la Clerecía, ya que no por el hombre que la ocupa.

—Aquí tienes todo el respeto que te tengo, de una sola vez. —Y escupió en el suelo a sus pies—. Tendrás noticias mías.

Y sus pasos resonaron en las alturas mientras abandonaba la Cámara de los

Suspiros.

—Qué pena. —Yarvi esparció la saliva con una bota, sin la menor inquietud—. Con lo buenos amigos que habíamos sido siempre. En fin. —Y se volvió hacia Koll con media sonrisa en la comisura de los labios—. Los enemigos son el precio del éxito, ¿eh?

—Eso dicen, padre Yarvi... —Koll se apresuró a corregirse—. Abuelo Yarvi, quiero decir.

—Exacto. Acompáñame.

Aunque la Madre Sol estaba alta y brillante en el cielo, aquella mañana había llovido y las piedras grises de Casa Skeken tenían charcos. Habían apagado todos los incendios, pero en el aire aún flotaba el matiz del fuego. Las muertes habían cesado, pero en la atmósfera aún había un deje de violencia. Los comerciantes anunciaban sus mercancías con voces apagadas, la gente caminaba con la mirada gacha. Hasta el lejano ladrido de un perro se las ingeniaba para sonar temeroso. La Madre Guerra quizá hubiera plegado sus alas, pero el Padre Paz estaba lejos de aposentarse en su telar.

Había una multitud de peticionarios congregada a la larga sombra de la Torre de la Clerecía. Personas venidas para suplicar la liberación de algún preso o la concesión de alguna indulgencia. Arrodillados en el húmedo suelo, se encogieron al paso implacable del abuelo Yarvi y luego le agradecieron a viva voz que hubiera salvado la ciudad de los shendos.

Ninguno de ellos mencionó que había sido él quien entregó la ciudad a los shendos en un principio. Al menos no estando él delante.

—Antes la gente te saludaba con la cabeza —dijo Koll entre dientes—, o se inclinaba si de verdad necesitaba algo de ti. Ahora se arrodillan.

—Lo apropiado es que se arrodillen ante el Abuelo de la Clerecía —murmuró él, reconociendo los ademanes más serviles con un dadivoso gesto de su mano contrahecha.

—Sí, pero ¿de verdad se arrodillan ante él o es ante las armas élficas que llevan sus guardias?

—Lo importante es que se arrodillen.

—¿El miedo y el respeto son lo mismo en verdad?

—Claro que no —respondió Yarvi, siguiendo adelante y dejando a más de sus guardias para que disolvieran la muchedumbre—. El respeto no tarda en llevárselo el viento si hay tormenta. El miedo tiene raíces mucho más profundas.

Entre las ruinas se veían cuadrillas de esclavos, esforzados bajo los dispuestos látigos de sus amos de cadena, trabajando para devolver a la ciudad el aspecto que había tenido antes del saqueo. Koll estaba seguro de que algunos de ellos habían gozado del favor de la abuela Wexen, y acababan de descubrir que cuanto más alto se trepaba, mayor era la caída.

Esto hizo que Koll se preguntara si de verdad habían cambiado tanto el mundo después de toda la sangre derramada. Quizá quienes llevaran las argollas fuesen otras personas, como también los que sostenían las cadenas, pero la vida seguía siendo la vida. Las mismas preguntas. Las mismas respuestas.

—No es normal que estés tan callado —dijo el abuelo Yarvi mientras caminaban hacia los muelles.

—A veces pones tanto esfuerzo en algo que, cuando lo alcanzas, apenas sabes qué hacer con ello.

—Al final, la victoria pocas veces da una gran sensación de victoria. —Yarvi miró de soslayo y pareció que, como de costumbre, pudiera ver los pensamientos de Koll—. ¿Es solo por eso?

—Hay algo que... bueno, a lo que no paro de dar vueltas. —En realidad casi no había pensado en otra cosa desde el día en que ocurrió.

—Nunca has sido de los que se reservan las preocupaciones.

Koll inclinó el cuello y sintió el reconfortante traqueteo de las pesas de mercader bajo la camisa.

—Mi madre siempre me decía que la sinceridad es el mejor escudo de un hombre.

—Buen consejo, como todos los que daba tu madre. Sé sincero, pues.

—La abuela Wexen... —Se rascó una uña—. Dijo que no había enviado a los

hombres que quemaron a la familia de Skifr.

Yarvi miró a Koll desde encima de la nariz. Parecía mirar desde muy alto, desde que se había convertido en Abuelo de la Clerecía.

—Mentira. Como la mentira de que había un traidor en nuestra alianza. La abuela Wexen sabía cómo sembrar la discordia entre sus enemigos. Ahora lo hace desde más allá de la Última Puerta.

—Quizá... —Koll apretó un dedo índice contra el otro hasta que emblanquecieron. Cada palabra le exigía esfuerzo—. Pregúntate a quién beneficia, me has dicho siempre.

El abuelo Yarvi se detuvo en seco y Koll oyó a los guardias dar el alto a su espalda. Vio sus sombras extendidas hacia él sobre los adoquines. Las sombras de las armas élficas que portaban.

—¿Y a quién beneficia?

—A ti —graznó Koll, sin levantar la mirada de los dedos, y se apresuró a añadir—: O más bien a nosotros. A Gettlandia. A todos. Si su familia no hubiera sido quemada, Skifr no habría venido al norte. Sin Skifr, no habría habido travesía a Strokom. Sin travesía a Strokom, no habría habido armas élficas. Sin armas élficas, no habría habido victoria en el cabo de Bail. Sin victoria en el cabo de Bail...

El peso de la mano mala del abuelo Yarvi sobre su hombro detuvo el parloteo de Koll.

—El futuro es un terreno sumido en la bruma. ¿De verdad me crees capaz de haber planeado todo eso?

—Podría ser...

—Entonces me halagas y me insultas a la vez. Suelo decir que el poder exige tener un hombro siempre en las sombras. Pero no los dos, Koll. Skifr era amiga nuestra. ¿De verdad crees que podría enviar a unos hombres a matarla? ¿A quemar a sus hijos?

Al mirar sus ojos claros, Koll se preguntó si habría algo que el Primero Entre Clérigos no sería capaz de hacer. Pero no tenía más pruebas que la madre Scaer, e incluso menos margen de acción que ella. Compuso una sonrisa rápida en los

labios y negó con la cabeza.

—Claro que no. Es solo... que me preocupaba, nada más.

El padre Yarvi se volvió.

—Bueno, no puedes preocuparte con tanta facilidad si has de ocupar mi lugar como clérigo de Gettlandia. —Lo arrojó como haría un adiestrador de perros con un hueso y, por supuesto, Koll se lanzó a por él como un anhelante cachorrito.

—¿Yo? —Trotó para alcanzar a Yarvi y su voz sonó aguda como la de una niña—. ¿Clérigo de Gettlandia?

—Tienes la misma edad que yo cuando tomé el báculo de la madre Gundring. Sé que no tienes mucha confianza en ti mismo, pero yo sí la tengo. Es el momento de que pases la prueba, hagas el juramento y seas un clérigo. Te sentarás junto a la Silla Negra y serás el padre Koll, y tu prerrogativa serán las plantas, los libros y las palabras suaves.

Todo lo que había deseado. Respeto, autoridad y una forma de aprovechar sus talentos. Padre Koll. El mejor hombre que pudiera ser. Entonces ¿por qué la idea lo llenaba de pavor?

Los muelles rebosaban de humanidad, de personas negociando, discutiendo y amenazándose en seis idiomas que Koll conocía y al menos otros seis que no, de barcos amontonándose en los embarcaderos, rozándose en sus idas y venidas entre golpes y enredos de remos.

Muchos abandonaban Casa Skeken por la niebla de desconfianza que había seguido a la muerte de Gorm. Los shendos ya se habían marchado con su botín, refunfuñando por haber obtenido solo parte de lo prometido. Los trovenlandeses volverían a sus tierras para reconstruir sus granjas rotas, sus pueblos rotos, su país roto. Sin la cadena del renombre de Gorm tras ellos, los vansterlandeses ya estaban dividiéndose en facciones y regresaban a toda prisa para defender lo que era suyo o emprender el robo de lo que no, antes de que el invierno atenazara el norte.

—Se va mucha gente —dijo Koll.

—Así es. —El abuelo Yarvi dio un suspiro satisfecho contemplando el ajetreo—. Pero también viene mucha.

Había avispadas mercaderes de Gettlandia, sirvientes de la Reina Dorada que habían llegado para acribillar con tasas a todo barco que cruzara los estrechos. Había fervientes tejedores de plegarias empeñados en expulsar a la Diosa Única y cantando loas a los muchos en cada esquina de Casa Skeken. Y cada día atracaban más guerreros sin tierra que se paseaban altivos, reclutados por el abuelo Yarvi en todos los confines del mar Quebrado, con el águila blanca de la Clerecía recién pintarrajeada en los escudos.

—Y traen muchas espadas —musitó Koll.

—Ya lo creo que sí. Debemos mantener al Padre Paz sonriente por un tiempo.

—¿Desde cuándo sonríe el Padre Paz a las espadas?

—Solo media guerra se libra con espadas, Koll, pero solo media paz se gana con arados. —Yarvi apoyó la mano marchita en el puño de la espada curva que seguía llevando al cinto—. Una hoja en las manos adecuadas puede ser una herramienta de rectitud.

Koll vio pasar un grupo de guerreros ceñudos, paseando sus armas con el mismo orgullo con que una recién casada podía llevar su llave.

—¿Quién decide cuáles son las manos adecuadas?

—Nosotros. Debemos hacerlo. El deber de los poderosos es apartar a un lado las ideas infantiles y escoger el mal menor. De otro modo, el mundo se precipitará al caos. No me digas que aún albergas dudas, Koll.

—¿Dudas? —Dioses, no albergaba otra cosa—. No, no, qué va. No. —Koll carraspeó—. Quizá. Sé lo mucho que te debo. Es solo que... no quiero decepcionarte.

—Te necesito a mi lado, Koll. Prometí a tu padre que te liberaría y lo hice. Prometí a tu madre que cuidaría de ti y lo he hecho. —Su voz ganó suavidad—. Yo también albergo dudas y tú... me ayudas a elegir lo correcto. —Transmitía una debilidad que Koll nunca había oído antes, ni había esperado oír nunca. Desesperación, casi—. Rulf ha vuelto a Thorlby con su esposa. Necesito a alguien en quien pueda confiar. Alguien que me recuerde que puedo hacer el bien. No solo el bien mayor, sino... el bien. Por favor. Ayúdame a vivir en la luz.

—Aún me queda tanto que aprender... —balbuceó Koll, pero por mucho que se retorciera no había forma de escapar.

—Aprenderás mientras haces. Igual que yo. Como debe hacer todo hombre. —Yarvi chasqueó los dedos—. Olvidémonos de la prueba.

Koll lo miró sin entender.

—¿Que nos olvidemos?

—Soy el Abuelo de la Clerecía, ¿quién me va a rechistar? Puedes pronunciar tu juramento ahora mismo. ¡Puedes arrodillarte aquí, Koll el tallador, y levantarte siendo el padre Koll, clérigo de Gettlandia!

Tal vez no se imaginara arrodillado en los muelles, pero Koll siempre había sabido que llegaría aquel momento. Había soñado con él, se había jactado de él, había aprendido de memoria las palabras.

Koll el tallador dobló las piernas poco a poco y se arrodilló, empapándose los pantalones. El abuelo Yarvi se alzaba sobre él, sonriendo. No había necesidad de mostrarse amenazador. Ya lo hacían por él los guardias sin rostro que seguían acechando a su espalda.

Koll solo tenía que pronunciar las palabras para ser un clérigo. No solo el hermano Koll, sino el padre Koll. Estaría al hombro de reyes y cambiaría el mundo. Sería el mejor hombre que podía ser, como su madre siempre había querido. Nunca más sería ajeno. Nunca más sería débil. No tendría esposa ni familia salvo la Clerecía. Abandonaría la luz y tendría un hombro siempre en las sombras. Uno como mínimo.

Lo único que tenía que hacer era pronunciar las palabras y levantarse.

UN SOLO VOTO

Había un patio abandonado en el centro de la casa que Skara había tomado para sí en la ciudad. Estaba invadido por los hierbajos y estrangulado de hiedra, pero en algún momento alguien debió de cuidarlo, porque seguían abriéndose flores tardías en aromática avalancha junto a la pared soleada.

Aunque las hojas ya caían y el año empezaba a refrescar, a Skara le gustaba sentarse en el banco de piedra salpicada de liquen que había en el patio. Le recordaba al jardín vallado de detrás del Bosque, donde la madre Kyre le había enseñado los nombres de las hierbas. Solo que allí no había hierbas. Y la madre Kyre estaba muerta.

—La atmósfera de Casa Skeken es...

—Venenosa —terminó la frase la madre Owd.

Como de costumbre, su clériga elegía la palabra acertada. Los ciudadanos estaban impregnados de rencillas y miedo. Los restos de la alianza estaban tirándose mordiscos al cuello. Había guerreros del abuelo Yarvi por todas partes, con la paloma del Padre Paz en las gonelas pero las herramientas de la Madre Guerra siempre cerca de sus dedos inquietos.

—Es el momento de zarpar hacia Trovenlandia —dijo Skara—. Tenemos mucho que hacer allí.

—Ya están disponiendo los barcos, mi reina —dijo Jenner el Azul—. Tenía pensado ofrecer un remo a Raith...

Skara levantó la mirada de golpe.

—¿Lo ha pedido?

—No es de los que piden. Pero he oído que no le fue muy bien con Espina Bathu, y tampoco es que pueda llevar ya la espada de Gorm...

—Raith tomó su decisión —lo interrumpió Skara, aunque con la voz

quebrada—. No puede venir con nosotros.

Jenner parpadeó.

—Pero... luchó por vos en los estrechos. Me salvó la vida en el cabo de Bail. Le dije que siempre tendríamos un sitio para él...

—No deberías habérselo dicho. No me corresponde a mí cumplir tus promesas.

Le hizo daño ver lo dolido que pareció al oírlo.

—Por supuesto, mi reina —farfulló, y se metió en la casa con paso envarado, dejando sola a Skara con su clériga.

Llegó una ráfaga de aire frío que levantó las hojas entre las viejas piedras. Un pájaro piaba desde algún lugar de la hiedra seca. La madre Owd carraspeó.

—Mi reina, debo preguntároslo. ¿Vuestra sangre llega con regularidad?

De pronto el corazón de Skara le saltó a la garganta, su rostro ardió y su mirada se precipitó al suelo.

—¿Mi reina?

—No.

—¿Y... sería posible que... por eso os mostréis reacia a que el portaespadas del rey Gorm ocupe uno de vuestros remos?

Quizá Jenner el Azul se hubiera quedado perplejo, pero a todas luces la madre Owd había adivinado la verdad. El problema de tener una consejera inteligente era que descubría tus mentiras con la misma facilidad que las de tus enemigos.

—Se llama Raith —susurró Skara—. Puedes llamarlo por su nombre, al menos.

—Aquel Que Germina La Simiente os ha bendecido —dijo con suavidad la clériga.

—Maldecido. —Aunque Skara sabía que no había nadie más que ella a quien culpar—. Cuando dudas si sobrevivirás al mañana, dedicas pocos pensamientos al pasado mañana.

—No se puede tomar siempre la opción más sensata, mi reina. ¿Qué queréis hacer?

Skara dejó caer la cabeza en las manos.

—Que los dioses me ayuden, no tengo ni idea.

La madre Owd se arrodilló delante de ella.

—Podríais tener el niño. Quizá hasta podríamos mantenerlo en secreto. Pero existen riesgos. Riesgos para vos y para vuestra posición.

Skara la miró a los ojos.

—¿O?

—O podemos hacer que regrese vuestra sangre. Hay maneras.

Skara notó la lengua pegajosa al hablar.

—¿Y conllevan riesgos?

—Algunos. —La madre Owd le devolvió la mirada sin expresión—. Pero los considero menores.

Skara se palpó la tripa. No la notaba distinta. No tenía más ganas de vomitar que las normales. No había señales de que allí creciera nada. Cuando imaginó que iba a desaparecer, solo tuvo una sensación de alivio y una brizna de enfermiza culpabilidad por no sentir nada más.

Pero estaba cogiendo práctica en almacenar los remordimientos.

—Quiero que desaparezca —susurró.

La madre Owd le cogió las manos con ternura.

—Cuando volvamos a Trovenlandia, haré los preparativos. No le deis ni una

vuelta más. Ya cargáis con bastante peso. Dejadme que este lo lleve yo.

Skara tuvo que tragarse las lágrimas. Se había enfrentado al desafío, a la ira, incluso a la muerte con los ojos secos, pero una pizca de amabilidad le daba ganas de llorar.

—Gracias —susurró.

—¡Qué escena tan emotiva!

La madre Owd se levantó deprisa y dio media vuelta mientras el abuelo Yarvi salía a su pequeño jardín.

Llevaba la misma túnica sin adornos de siempre. La misma espada rayada. Aún caminaba con el mismo báculo de metal élfico que antes, pero enviaba un mensaje muy distinto desde que había matado a Yilling el Radiante con él. Sin embargo, al cuello llevaba la cadena que había pertenecido a la abuela Wexen, ya con su propio revoltijo siseante de papeles enhebrados en los eslabones. Y le había cambiado la cara. En sus ojos había un brillo amargo que Skara no había visto antes. Quizá se había puesto una máscara implacable al mudarse a la Torre de la Clerecía. O quizá, al dejar de necesitarla, había dejado que cayera una máscara de suavidad.

Demasiado a menudo, tras derribar algo odioso, en lugar de hacerlo trizas y empezar de cero, la gente se apresuraba a ocupar su lugar.

—Hasta la piedrecita maltrecha que tengo por corazón se alegra de ver tanta intimidad entre gobernante y clériga. —Yarvi les dedicó una sonrisa que no tenía la menor calidez—. Sois una mujer que inspira lealtad, reina Skara.

—No tiene ninguna magia. —Se levantó, alisó con meticulosidad la parte delantera del vestido e hizo lo mismo con su rostro para no revelar nada, como le había enseñado a hacer la madre Kyre. Tenía la sensación de que necesitaría todas las lecciones de la madre Kyre y más durante los siguientes minutos—. Procuro tratar a la gente como me gustaría ser tratada. Los poderosos no pueden ser solo despiadados, abuelo Yarvi. También deben ser generosos. Deben atesorar algo de compasión.

El Primero Entre Clérigos sonrió como ante la inocencia de un niño.

—Unos sentimientos encantadores, mi reina. Tengo entendido que partiréis

pronto hacia Trovenlandia. Necesito hablar antes con vos.

—¿Para desearnos buena suertedeclima, muy honorable abuelo Yarvi? —La madre Owd se cruzó de brazos mientras hablaba—. ¿O por asuntos de estado?

—Por asuntos que deben tratarse en privado —respondió él—. Dejadnos.

La clériga lanzó de soslayo una mirada interrogativa, pero Skara respondió con un leve asentimiento de cabeza. Algunas cosas había que afrontarlas en solitario.

—Estaré aquí cerca —dijo la madre Owd mientras cruzaba la puerta—, por si me necesitáis para lo que sea.

—¡No hará falta! —Los ojos claros del Primero Entre Clérigos se posaron en Skara, fríos como la nieve recién caída. Tenía la mirada de quien sabe que ha ganado la partida incluso antes de jugarla—. ¿Cómo envenenasteis a Grom-gil-Gorm?

Skara levantó las cejas.

—¿Por qué iba a hacerlo? Me convenía mucho más a este lado de la Última Puerta. Quien más provecho sacó de su muerte fuisteis vos.

—No estoy detrás de todas las maquinaciones. Pero reconozco que el dado me ha sido favorable.

—Un hombre afortunado es más peligroso que uno astuto, ¿eh, abuelo Yarvi?

—¡Temblad, pues, si veis a los dos juntos! —Volvió a sonreír, pero tenía un matiz hambriento que le puso de punta todos los pelillos de la espalda—. Es cierto que las cosas han cambiado mucho desde nuestra última negociación, entre los túmulos del cabo de Bail. Ahora son mucho más... sencillas. Ya no es preciso que hablemos de alianzas, concesiones ni votos.

«Solo se puede conquistar los miedos afrontándolos —acostumbraba a decir su abuelo—. Si los rehúyes, te conquistan ellos a ti.» Skara intentó erguirse orgullosa, como había hecho él al enfrentarse a su muerte.

—Tanto Uthil como Gorm están al otro lado de la Última Puerta —dijo—.

Ahora hay un solo voto, y es el...

—¡Mío! —ladró Yarvi, con los ojos muy abiertos—. No sabéis lo refrescante que es hablar con alguien que sabe ver el fondo del asunto, de modo que no os insultaré dando rodeos. Contraeréis matrimonio con el rey Druin.

Skara estaba preparada para muchas cosas, pero no logró ahogar un respingo al oír aquello.

—El rey Druin tiene tres años.

—Por eso lo encontraréis un marido mucho menos exigente de lo que lo habría sido el Rompeespadas. El mundo ha cambiado, mi reina. Y ahora me da la sensación de que Trovenlandia... —Yarvi levantó la mano contrahecha y le dio vueltas en el aire—. Sirve de bien poco. —De algún modo logró dar un nítido chasquido con aquel muñón de dedo—. De ahora en adelante formará parte de Gettlandia, aunque creo que lo mejor sería que mi madre siguiera llevando la llave de la tesorería.

—¿Y yo? —Skara luchó por mantener firme la voz pese al martilleo de su corazón.

—Mi reina, vos estáis preciosa llevéis lo que llevéis.

El abuelo Yarvi se volvió hacia la puerta.

—No.

Le costó creer lo absolutamente convencida que sonaba. La había inundado una extraña calma. Quizá la misma que sentía Bail el Constructor antes de entrar en combate. No sería una guerrera, pero aquel era su campo de batalla y estaba dispuesta a luchar.

—¿No? —El padre Yarvi se dio la vuelta hacia ella mientras se desvanecía su sonrisa—. He venido a explicaros cómo serán las cosas, no a pediros opinión, pero quizá había sobreestimado vuestra...

—No —repitió ella. Las palabras serían sus armas—. Mi padre murió por Trovenlandia. Mi abuelo murió por Trovenlandia. Yo he renunciado a todo para luchar por Trovenlandia. Mientras viva, no la veré despedazada como una presa en fauces de lobos.

El Primero Entre Clérigos anduvo hacia ella, con el flaco rostro tirante de ira.

—¡No pretendas desafiarme, flacucha vomitona! —bramó, dándose golpes en el pecho con la mano tullida—. ¡No tienes ni idea de lo que he sacrificado, de lo que he sufrido! ¡No llegas ni a imaginar los fuegos en los que me he forjado! No tienes el oro, ni los hombres, ni las espadas...

—Solo media guerra se libra con espadas. —La madre Kyre siempre le había dicho que las sonrisas no cuestan nada, de modo que Skara le dedicó la más dulce que fue capaz mientras sacaba el papelito de detrás de su espalda, doblado entre dos dedos, y se lo tendía al clérigo—. Un regalo para vos, abuelo Yarvi —dijo—. De Yilling el Radiante.

Quizá no hubiera hombre más astucioso en el mar Quebrado que él, pero Skara había aprendido a interpretar las expresiones, captó la contracción en la comisura de un ojo y supo que con su último susurro en el campo de batalla ante el cabo de Bail, Yilling le había dicho la verdad.

—Me declaro culpable de ser una flacucha vomitona —dijo mientras Yarvi le arrancaba el papel de los dedos—. Me han dicho que guardo el miedo en el estómago. Pero yo también me he templado estos últimos meses. ¿Reconocéis la letra?

Él levantó la mirada, con la mandíbula apretada.

—Ya suponía que sí. Diría que la madre Kyre mostró gran previsión al enseñarme a leer.

Volvió a contraer el rostro al oírlo.

—No es nada apropiado extender el secreto de las letras fuera de la Clerecía.

—Ah, la madre Kyre podía ser muy poco apropiada si estaba en juego el futuro de Trovenlandia. —Añadió un poco de hierro a la voz. Tenía que demostrar fuerza—. Y yo también puedo.

El padre Yarvi arrugó el papel en un puño que temblaba, pero Skara solo ensanchó la sonrisa.

—Quedaos con ese, por supuesto —dijo—. Yilling el Radiante me entregó un saquito lleno. Hay siete personas en las que confío repartidas por toda

Trovenlandia, cada cual con uno como el que tenéis. Nunca sabréis quiénes son. Nunca sabréis dónde están. Pero si yo sufro algún accidente, si una noche tropiezo y caigo por la Última Puerta como el que iba a ser mi marido, se enviarán mensajes, y se repetirá la historia por todas las costas del mar Quebrado... —Se inclinó hacia él y musitó las palabras—. La historia de que el padre Yarvi era el traidor que había en nuestra alianza.

—Nadie la creerá —repuso él, pero había perdido todo el color en la cara.

—Un mensaje acabará llegando al maestro Hunnan y los guerreros de Gettlandia, contándoles que fuisteis vos quien traicionó a su amado rey Uthil.

—No tengo miedo a Hunnan —dijo, pero le temblaba la mano en el báculo.

—Un mensaje acabará llegando a vuestra madre, la Reina Dorada de Gettlandia, contándole que su propio hijo vendió su ciudad al enemigo.

—Mi madre nunca se volvería contra mí —dijo él, pero le titilaban los ojos.

—Un mensaje acabará llegando a Espina Bathu, cuyo marido Brand murió en la incursión que vos tramasteis. —La voz de Skara era fría, lenta e implacable como la marea—. Pero quizá sea más indulgente de lo que parece. Vos la conocéis mucho mejor que yo.

Del mismo modo que un palo se dobla y se dobla hasta que se parte de repente, el abuelo Yarvi dio una especie de respingo y pareció perder de sopetón toda la fuerza en las piernas. Trastabilló hacia atrás, topó con el banco de piedra y cayó con pesadez en él, soltando el báculo élfico de su mano buena para poder sostenerse y dejando que rebotara por el suelo. Se quedó sentado, con los ojos brillantes y muy abiertos, clavados en Skara. Clavados detrás de ella, como si solo pudiera contemplar fantasmas que estaban mucho más allá.

—Creía... que podría manejar a Yilling el Radiante —susurró—. Creía que podía darle pequeños secretos como cebo y clavarle el anzuelo con una gran mentira. Pero fue él quien me enganchó a mí en los estrechos. —Cayó una lágrima de uno de sus ojos anegados y dejó una franja en su mejilla laxa.

»La alianza se tambaleaba. La determinación del rey Uthil se esfumaba. Mi madre empezaba a ver provecho en la paz. No podía confiar en Gorm y Scaer. —Hizo un puño retorcido de su mano izquierda—. Pero había pronunciado un juramento. Un juramento-sol y un juramento-luna de vengarme de los asesinos de

mi padre. No podía haber paz. —Parpadeó como alelado, con la cara blanquecina ya inundada de lágrimas, y Skara reparó, quizá por primera vez, en lo joven que era. Solo unos años mayor que ella.

»De modo que dije a Yilling el Radiante que atacara Thorlby —susurró—. Provoqué una afrenta de la que no podía haber vuelta atrás. Le dije cuándo y cómo. No pretendía que muriera Brand. Los dioses saben que no era mi intención, pero... —Tragó, y se le hizo un nudo en la garganta, y se encorvó y agachó la cabeza como si el peso de sus actos lo aplastara—. Cien decisiones tomadas, y en cada una el bien mayor, el mal menor. Mil pasos dados y todos ellos necesarios. —Miró el bastón élfico en el suelo y torció el gesto, asqueado—. ¿Cómo han podido guiarme hasta aquí?

Skara no sintió odio por él, sino solo pena. Ella misma estaba hasta el cuello de remordimientos, por lo que sabía que no podía castigarlo más de lo que él lo haría a sí mismo. No podía castigarlo en absoluto. Lo necesitaba demasiado.

Se arrodilló frente a él, con un tintineo de la cadena de pomos contra su pecho, y cogió su cara surcada de lágrimas con las dos manos. Ahora debía mostrar su compasión. Su generosidad. Su piedad.

—Escúchame. —Y le sacudió la cabeza para que sus ojos nublados encontraran los de ella—. No hay nada perdido. Nada destruido. Lo entiendo. Conozco el peso del poder y no te juzgo. Pero debemos estar juntos en esto.

—¿Cómo un esclavo encadenado a su ama? —farfulló él.

—Como dos aliados con obligaciones mutuas. —Le apartó las lágrimas con las yemas de los pulgares. Era el momento de mostrar su astucia y cerrar un acuerdo del que hasta la mismísima Reina Dorada habría estado orgullosa—. Seré reina de Trovenlandia no solo de nombre, sino de hecho. No hincaré la rodilla ante nadie y tendré el pleno apoyo de la Clerecía. Tomaré mis propias decisiones para mi propio pueblo. Elegiré a mi propio marido cuando lo considere oportuno. Los estrechos pertenecen en la misma medida a Trovenlandia que a Yutmarca. La mitad de las tasas que está cobrando tu madre a los barcos que cruzan irá a mi tesorería.

—Es imposible que la...

Skara volvió a sacudirle la cabeza, esta vez con fuerza.

—La palabra adecuada puede cercenar cualquier soga de imposibles, ya lo sabes. Trovenlandia ha sufrido lo peor de tu guerra. Necesito oro para reconstruir lo que incendió Yilling el Radiante. Plata para comprar mis propios guerreros y mis propios aliados. Y tú serás Abuelo de la Clerecía y tus secretos estarán tan a salvo en mis manos como en las tuyas. —Se agachó, recogió su báculo del suelo y se lo tendió—. Eres clérigo, pero has hecho el trabajo de la Madre Guerra. Ya ha habido bastante sangre. Alguien tiene que hacer el trabajo del Padre Paz.

Yarvi dobló los dedos en torno al metal élfico, con una mueca despectiva en los labios.

—Y así danzaremos hacia tu brillante futuro cogidos de la mano, y entre los dos mantendremos el equilibrio del mar Quebrado.

—También podríamos destruirnos mutuamente, pero ¿para qué? Si la abuela Wexen me ha enseñado una lección, es que eres un enemigo peligrosísimo. Preferiría con mucho ser amiga tuya. —Skara se levantó y miró hacia abajo—. Podrías necesitar una amiga. Sé que a mí me hará falta uno.

Los ojos claros del Primero Entre Clérigos estaban secos de nuevo.

—Tampoco puede decirse que tenga mucha elección, ¿verdad?

—No sabes lo refrescante que es hablar con alguien que sabe ver el fondo del asunto. —Se quitó las últimas hojas que le quedaban en el vestido, pensando en lo orgulloso que habría estado su abuelo—. Hay un solo voto, abuelo Yarvi. Y es el mío.

BROTES NUEVOS

Raith oyó una carcajada. La enorme y salvaje risotada de Skara, y solo el sonido ya le despertó una sonrisa.

Vigilaba desde el portal goteante y la vio caminar, con su elegante capa aleteando y la capucha puesta para protegerse de la llovizna, acompañada por la madre Owd y rodeada de un séquito de guardias y esclavos propio de la reina que era. Raith esperó a que lo adelantaran antes de salir, echándose hacia atrás el pelo mojado.

—Mi reina. —Había querido sonar desenfadado, pero le salió un balido menesteroso.

La cabeza de Skara se volvió al instante y Raith sintió la misma conmoción ahogada que la primera vez que le había visto la cara, solo que más intensa que nunca y teñida enseguida de amargura. La reina no sonrió encantada al reconocerlo, ni siquiera lo miró afligida por el remordimiento: solo mostró una mueca de dolor. Como si Raith le recordara algo que preferiría con mucho olvidar.

—Un momento —dijo a la madre Owd, que miraba a Raith como si fuese un túmulo lleno de víctimas de la peste. La reina se separó de sus siervos y miró a los dos lados de la calle mojada—. No puedo hablar así contigo.

—Quizá más tarde...

—No. Nunca. —Una vez le había dicho que las palabras podían cortar más hondo que las hojas y él se había reído, pero aquel «nunca» fue como una puñalada—. Lo siento, Raith. No puedo tenerte cerca.

Se sintió como si le hubieran rajado la tripa y estuviera esparciendo sangre por toda la calle.

—No sería apropiado, ¿eh? —consiguió graznar.

—¡Al cuerno lo apropiado! —siseó ella—. No sería correcto, ni para mi tierra

ni para mi pueblo.

La voz de Raith fue un susurro desesperado.

—¿Y qué hay de ti?

Skara hizo una mueca. Tristeza. O quizá culpabilidad.

—Para mí tampoco. —Se acercó a él, mirándolo desde debajo de las cejas, pero sus palabras tuvieron la dureza del hierro y, por mucho que Raith anhelara engañarse, no dejaron lugar a dudas—. Será mejor que consideremos el tiempo que pasamos juntos un sueño. Un sueño agradable. Pero es hora de despertar.

Raith habría querido darle una réplica ingeniosa. Algo noble, algo malicioso, cualquier cosa. Pero su campo de batalla nunca habían sido las palabras. No tenía ni la menor idea de cómo apiñar todo lo que sentía en una frase o dos. De modo que, en un impotente silencio, la vio dar media vuelta. En un impotente silencio la vio marcharse. Volver con sus esclavos, sus guardias y su reprobadora clériga.

Por fin comprendía cómo eran las cosas. Debería haberlo sabido desde el principio. Skara había aceptado su calor con mucho gusto en invierno, pero había llegado el verano y se lo había quitado de encima como un abrigo viejo. Y no se lo podía reprochar. Ella era una reina, a fin de cuentas, y él, un asesino. Aquello no beneficiaba a nadie más que él. Se habría sentido afortunado de haber tenido lo que tuvo, si no lo hubiera dejado tan dolido, tan en carne viva y sin saber cómo iba a poder superarlo jamás.

Quizá debería haber montado una escenita vengativa. Quizá debería haberse marchado él dándose aires, como si tuviera a cien mujeres mejores suplicando sus atenciones. Pero la triste realidad era que la amaba demasiado para hacer ninguna de las dos cosas. La amaba demasiado para hacer cualquier cosa aparte de quedarse allí de pie, acariciándose la mano dolorida y la nariz rota y mirándola con la avidez de un perro al que han dejado fuera de casa, a la fría intemperie. Deseando que se detuviera. Deseando que cambiara de opinión. Deseando que al menos mirara hacia atrás.

Pero no lo hizo.

—¿Qué pasó entre vosotros dos? —Raith se giró y encontró a Jenner el Azul a su lado—. Y no me digas que nada, muchacho.

—Nada, abuelo. —Raith intentó sonreír, pero no era capaz—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por darme la oportunidad de mejorar. Es más de lo que merecía, supongo.

Y se encorvó y echó a andar bajo la lluvia.

Raith estaba en el portal opuesto a la fragua, contemplando la luz que dejaban salir los postigos, escuchando la música del yunque que sonaba en el interior y preguntándose si era Rin la que blandía el martillo.

Parecía que, fuera donde fuese, le costaba poco hacerse un hueco. Pero, claro, era una presencia bienvenida. Era alguien que sabía lo que quería y estaba dispuesta a trabajar para conseguirlo. Que creaba objetos de la nada y reparaba los que se rompían. Era justo lo que no era Raith.

Sabía que no tenía derecho a pedirle nada, pero él la había consolado después de que muriera su hermano. Y los dioses sabían que él necesitaba algo de consuelo. No sabía dónde más buscarlo.

Abatido, se sorbió la nariz, se limpió moco líquido del labio con el brazo vendado y cruzó la calle hacia la puerta. Levantó el puño para llamar.

—¿Qué te trae por aquí?

Era el chico del clérigo, Koll, y traía una sonrisa torcida al salir paseando de la luz menguante. Una sonrisa torcida que, durante un extraño instante, recordó a Raith la que solía poner su hermano. Koll seguía mostrando un ademán inquieto, pero también se le notaba una calma, como si fuese un hombre que había hecho las paces consigo mismo. Ojalá Raith supiera la forma de conseguirlo.

Pensó deprisa.

—Bueno... estaba pensando en hacerme con una espada nueva. Aquí es donde trabaja ahora esa espadera, ¿verdad?

—Se llama Rin, y sí, aquí es donde trabaja. —Koll acercó una oreja a la puerta y sonrió como si llegara una dulce canción desde el otro lado—. Nadie hace mejores espadas que Rin. Nadie en todo el mundo.

—¿Y a qué vienes tú? —preguntó Raith—. Nunca me pareciste muy aficionado a las espadas.

—No. —La sonrisa de Koll se ensanchó más, si es que era posible—. Vengo a preguntarle si quiere casarse conmigo.

Las cejas de Raith saltaron disparadas al oírlo.

—¿Cómo?

—Debí hacerlo hace mucho tiempo, pero nunca se me han dado muy bien las decisiones. Tomé muchas equivocadas. Vacilé mucho. He sido un egoísta, y un débil. Como no quería hacer daño a nadie, acabé haciéndoselo a todo el mundo. —Respiró hondo—. Pero la muerte nos espera a todos. La vida consiste en aprovechar bien lo que te encuentras en el camino. Si un hombre no está satisfecho con lo que tiene... bueno, muy posiblemente tampoco se quedará satisfecho con lo que no tiene.

—Sabias palabras, diría yo.

—Sí que lo son. Así que he venido a suplicarle que me perdone, de rodillas si es necesario, y conociéndola supongo que lo será. Luego le pediré que lleve mi llave, y de verdad de la buena que espero que me diga que sí.

—Creía que ibas a entrar en la Clerecía.

Koll estiró el cuello y se rascó la nuca con brío.

—Durante mucho tiempo yo también, pero supongo que un hombre puede cambiar el mundo de muchas formas distintas. Mi madre me dijo... que fuese el mejor hombre que pudiera ser. —De pronto se le empañaron los ojos y rió, y tiró de una correa que llevaba al cuello y algo chasqueó bajo su camisa—. Lástima que haya tardado tanto en entender a qué se refería. Pero al final lo he hecho. Espero que no sea demasiado tarde. ¿Entras, entonces?

Raith hizo una mueca mirando la ventana y carraspeó.

—No. —Hubo un tiempo en que solo sentía desprecio por aquel chico. En aquel momento descubrió que lo envidiaba—. Supongo que tu encargo tiene preferencia.

—No irás a darme otro cabezazo, ¿verdad?

Raith señaló su nariz rota.

—Los cabezazos me hacen muchísima menos ilusión que antes. Te deseo la mejor de las suertes. —Dio una palmada en el hombro de Koll al pasar—. Ya volveré mañana.

Pero sabía que no volvería.

La tarde tocaba a su fin y las sombras del muelle iban alargándose a medida que la Madre Sol descendía sobre Casa Skeken. La última luz destelló en el cristal de la mano abierta de Raith, en la ampolla que le había dado la madre Scaer, ya vacía. Decían los presagios que ningún hombre podía matar a Grom-gil-Gorm, pero unas gotas en una copa de vino lo habían logrado. Koll estaba en lo cierto: la muerte los esperaba a todos.

Raith respiró hondo, cerró el puño y sintió el viejo dolor recorriendo sus nudillos rotos. Cualquiera habría pensado que el dolor menguaría con el tiempo, pero cuanto más lo sentía más le dolía. Jenner también había estado en lo cierto: nada llegaba a curarse del todo.

Había sido portaespadas de un rey y guardaespaldas de una reina, había sido el primer guerrero en lanzarse a la batalla y remero en la tripulación de una heroína. Pero ya no estaba seguro de lo que era. Ni siquiera estaba seguro de lo que quería ser.

Lo único que sabía hacer era luchar. Había creído que la Madre Guerra le concedería la gloria, un brillante montón de aros-moneda y la hermandad de la muralla de escudos. Pero lo que había hecho era llevarse a su hermano y no concederle más que heridas. Se apretó las costillas doloridas, se rascó las vendas sucias del brazo quemado, arrugó la nariz rota y sintió el dolor embotado que se extendía por todo su rostro. Eso era lo que se conseguía luchando, si no la muerte.

Hambre, dolor, soledad y una pila de remordimientos que llegaba hasta la cabeza.

—No ha salido bien, ¿eh?

Espina Bathu estaba de pie a su lado, mirándolo hacia abajo con los brazos en jarras, recortada en negro contra el glorioso naranja de la Madre Sol a sus espaldas.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó él.

—Sea lo que sea, no pareces un hombre al que le hayan salido bien las cosas.

Raith dio un suspiro que le salió desde las entrañas.

—¿Has venido a burlarte de mí o a matarme? Sea lo que sea, no me quedan fuerzas para impedírtelo.

—En realidad, a ninguna de las dos cosas. —Espina se sentó despacio y dejó colgar sus largas piernas del embarcadero junto a las de él. Se quedó un rato en silencio, con gesto pensativo en su cara llena de cicatrices. Se levantó una brisa y Raith observó un par de hojas secas que se persiguieron muelle abajo. Al final Espina volvió a hablar—: La vida no es fácil para los que son como tú y yo, ¿verdad?

—No lo parece, no.

—Los que somos favoritos de la Madre Guerra... —Dejó escapar la mirada al centelleo del horizonte—. No sabemos qué hacer cuando llega el turno del Padre Paz. Los que no hemos hecho otra cosa que pelear, si se nos terminan los enemigos...

—Peleamos contra nosotros mismos —dijo Raith.

—La reina Laithlin me ha ofrecido mi antiguo puesto como su Escudo Elegido.

—Me alegro por ti.

—No puedo aceptarlo.

—¿No?

—Si me quedo por aquí, nunca veré nada más que lo que he perdido. —Se quedó mirando la nada, con una triste media sonrisa en los labios—. Brand no habría querido que lo añorara. Ese chico no sabía lo que eran los celos. Habría querido que salieran brotes nuevos de las cenizas. —Dio una palmada a las piedras en las que estaba sentada—. Resulta que el padre Yarvi me ha dado el *Viento del Sur*.

—Menudo regalo.

—No creo que él vaya a navegar mucho durante un tiempo. He pensado en llevarlo de vuelta por el Divino y el Denegado, hasta la Primera Ciudad y quizá más allá. Si zarpo un día de estos, creo que puedo ganar la carrera al hielo. Así que estoy reuniendo una tripulación. Tengo a mi viejo amigo Fror de timonel, a mi viejo amigo Dosduvoi de sobrecargo y a mi vieja amiga Skifr de oficial de derrota.

—Sin duda estás bendecida con muchos amigos para lo poco amistosa que eres. —Raith contempló el brillo dorado en el agua cuando la Madre Sol se puso detrás de ellos—. Te alejarás remando y dejarás tus penas aquí en el muelle, ¿eh? Te deseo suerte.

—No creo mucho en la suerte. —Espina se sorbió la nariz con parsimonia y escupió en el agua. Pero no se marchó—. El otro día aprendí algo valioso.

—¿Que mi nariz se rompe con la misma facilidad que cualquier otra?

—Que soy alguien que a veces necesita que le digan que no. —Lo miró de reojo—. Es decir, que soy alguien que necesita tener a alguien cerca con las agallas de decirme que no. Y de esos no hay muchos.

Raith levantó las cejas.

—Y ahora muchos menos que antes.

—Podría venirme bien un pequeño cabrón sanguinario, y tengo un remo de popa libre. —Espina Bathu se levantó y le ofreció la mano—. ¿Te vienes?

Raith la miró parpadeando.

—¿Quieres que me una a la tripulación de alguien a quien he odiado siempre, que casi me mató hace un par de días, para navegar a medio mundo de distancia de todo lo que he conocido y querido, con solo la promesa de trabajo

duro y mal tiempo?

—Sí, exacto. —Sonrió—. ¿Por qué, estás alejándote de ofertas mucho mejores?

Raith abrió el puño y miró la ampolla vacía. Entonces giró la mano y la dejó caer al agua.

—La verdad es que no.

Asió la mano de Espina y dejó que lo levantara.

EL ALZAMIENTO

—¡Ahí! —exclamó Koll, lanzando la mano abierta hacia el boyero para que detuviese a la docena de esforzados bueyes, con un tirón y un crujido de la gran cadena. Hubo un chirrido y luego un poderoso impacto cuando las bases de la inmensa viga frontal cayeron en sus cuencas de piedra labrada.

—¡Clavadla! —gritó Rin, y cuadrillas de carpinteros que habían sido guerreros poco tiempo atrás y granjeros antes que eso empezaron a meter estacas en el suelo a martillazos, tensando una red de sogas que impedirían que la gran cercha cayera.

Skara miró hacia arriba, con dolor en el cuello de lo alta que estaba la viga frontal. Se alzaba sobre los peldaños destrozados, hechos de mármol de distintos colores, donde la madre Kyre recibía a los visitantes de Yaletoft. En el lugar exacto donde se había alzado el gran gablete de su abuelo, el que Skara había visto caer la noche en que llegó Yilling el Radiante. ¿Era posible que solo hubieran transcurrido unos meses? Le parecían un centenar de años, o más. Le parecía que había sido otra chica la que había visto cómo ocurría en un mundo distinto, y Skara solo había oído contar la historia.

Jenner el Azul sonrió enseñando los huecos de sus dientes al mirar hacia arriba.

—Está justo donde estaba en el viejo salón.

—Pero más alta, más ancha y mucho más elegante —dijo Skara. Las dos vigas y los dos postes estaban tallados a partir de troncos de pino rectos como una lanza, bajados a flote desde las altas colinas de Trovenlandia, donde crecían los árboles más viejos y más altos, para luego descortezarlos y tallarlos en hermosas formas—. Es un muy buen trabajo. —Skara puso una mano enguantada en el hombro de Rin—. Juro que no podría haber encontrado mejores herrera y ebanista en todo el mar Quebrado.

Rin sonrió por encima del hombro.

—Lo sabe todo el mundo, mi reina. Tenéis suerte de que estuviéramos hartos de hacer espadas.

—¿Y además son modestos? —murmuró la madre Owd.

Rin se alisó el mandil.

—La modestia es para quienes no tienen nada de qué alardear.

—¡Mantenedlos ahí! —gritó Koll a los boyeros, antes de asir la larga cadena que enlazaba su yugo con la misma cima de la viga frontal, meterse debajo y entrelazar las piernas a su alrededor.

Rin echó a andar hacia él.

—¿Dónde crees que vas, idiota?

—¡Arriba! —respondió él, y empezó a trepar cadena arriba con las piernas cruzadas por encima, ágil e intrépido como una ardilla.

No tardó en mecerse en la brisa, ya muy arriba. Rin se agarró la cabeza con las dos manos, dejando escapar el pelo entre los dedos con un traqueteo de las dos llaves que llevaba en el pecho.

—¡Baja de ahí antes de que te mates!

—¡Esta cadena es excelente! —gritó Koll mientras ascendía más y más—. ¡Deberías estar orgullosa!

—¡Me cago en la leche! —le chilló Rin, casi dando saltitos mientras agitaba el puño, y entonces lanzó una mirada implorante a Skara—. ¿Podéis ordenarle que baje, mi reina?

—Podría. —Skara lo vio izándose en el punto más alto de la viga frontal, donde se unían los dos enormes troncos, y recordó las palabras que le había dicho la madre Kyre justo en aquel lugar—. Pero el secreto para mantener la autoridad es solo dar órdenes que sepas que van a obedecerse.

—¡Las juntas están todas bien! —Koll dio unas palmaditas felices al punto de unión entre las dos vigas—. ¡Todos tus clavos nuevos han aguantado, Rin!

—¡Te voy a clavar los pies al suelo cuando bajes, joder!

—Entonces ¿cómo tallaré las vigas del techo? —replicó él, pasando los dedos por la madera clara—. ¿Qué se os antoja, mi reina? ¿Dragones?

—¡Perros negros! —exclamó ella, apoyando una mano en el hombro de Jenner el Azul—. ¡Como la desgastada bestia de proa del barco que se me llevó sana y salva, atravesó conmigo una tormenta y me trajo de vuelta a casa!

Jenner el Azul puso su mano sobre la de ella y le dio una palmadita, mientras un grupo de tejedores de plegarias se congregaba al pie de la cercha y empezaba a salmodiar súplicas a Aquella Que Moldea la Madera, Aquel Que Cobija y Aquella Que Eleva Las Piedras para que aquel salón nunca cayera.

Koll agarró una de las cuerdas que colgaban y descendió por ella.

—¡Perros negros, pues!

—¿Por qué no me casé con un granjero, joder? —musitó Rin, rascándose el cuero cabelludo.

Koll se dejó caer las últimas brazadas y volvió hacia ellos sin prisa.

—¿Porque no encontraste a ninguno dispuesto?

—¿Cuántas como esa nos harán falta? —preguntó la madre Owd, mirando la alta cercha con los ojos entrecerrados.

—Quince para el esqueleto —respondió Koll, levantando la mirada y esbozando los maderos en el aire con movimientos erráticos de sus dedos.

Los dioses sabrían cómo lo logró, pero pudo transmitir una idea de cómo sería el edificio completo, de las inmensas vigas del techo, del extenso espacio que cubrirían, y Skara se descubrió sonriendo al imaginar la cálida penumbra de su interior, el eco de las voces de los escaldos, el aceite en el pelo de las mujeres y las pulidas hebillas en las capas de los hombres reflejando la luz del gran hogar central, como habían hecho en tiempos de su abuelo.

La madre Owd dio un suave silbido al comparar todo aquello con el vacío que tenían encima.

—Podemos estar aquí un buen rato.

—El Bosque tardó veintiocho años en construirse —dijo Skara.

—Yo espero terminar un pelín antes, mi reina. —Koll dio un humeante suspiro al mirar con orgullo el trabajo que ya estaba hecho—. Pero nada que valga la pena levantar se construye deprisa.

—La Madre Guerra golpea rauda como el relámpago —dijo la madre Owd—. El Padre Paz crece como un plantón y requiere los mismo cuidados.

—Yaletoft crece más bien como las setas. —Jenner el Azul miró hacia abajo de los peldaños, en dirección a la ciudad—. Te despiertas una mañana después de que llueva y ahí están.

Era cierto. La nueva ciudad estaba brotando de las cenizas de la vieja y ya se veían los armazones de elegantes casas nuevas asomando a lo largo de las amplias y rectas calles que la madre Owd había trazado entre el solar del salón y el mar, se oían las sierras y los martillos y los gritos de los peones en una constante retahíla desde el alba hasta el ocaso.

Llegaba más gente en tropel cada día. Algunos eran antiguos habitantes de Yaletoft que habían huido de las llamas, pero también había gettlandeses, yutmarkanos, inglingos y tierrabajeños. Gente procedente de todo el mar Quebrado que había perdido su vida anterior en la guerra. Gente que buscaba empezar de cero y había oído que la reina Skara ofrecía buena plata a cambio de un buen trabajo.

—Algunas cosas que quemó Yilling el Radiante nunca podrán reemplazarse —musitó la madre Owd.

—Entonces debemos recordarlas con cariño y desear nuevas glorias. Es duro perder algo. —Skara se volvió hacia la alta viga frontal—. Pero trae consigo la ocasión de hacer algo mejor.

Koll estaba explicando sus planes con aspavientos mientras Rin lo miraba, con los brazos cruzados y una escéptica ceja levantada.

—Espero tener cinco de ellas levantadas y unidas entre sí antes de que llegue el invierno. Las demás tendrán que esperar a la primavera. Pero antes tendré que subir a las colinas y elegir los árboles, claro. —Se rascó la nuca con

inocencia, acercándose a ella—. Quizá mi esposa quiera acompañarme y darme calor cuando lleguen las nevadas.

—¡Ahí arriba las nevadas llegan a la altura de tres hombres! Estaremos atrapados hasta la primavera.

—Exacto —dijo él, pasando un dedo bajo el brazalete élfico que Rin llevaba en la muñeca y descruzándole los brazos.

—Estás loco.

—Solo intento ser el mejor hombre que pueda ser. —Levantó la cadena de Rin y se metió dentro con destreza, de forma que rodeara sus dos cuellos—. Solo intento vivir en la luz.

Ella rió mientras él la abrazaba con fuerza, pasando el peso de un pie al otro. No tardaron en besarse sin la menor vergüenza, con los ojos cerrados, la mano de él enredada en el pelo de ella, la de ella bajo su barbilla, los dos moviendo las mandíbulas. Ya no era solo verlo, sino que el sonido de los besos se oía desde varios pasos de distancia, y algunos de los peones que esperaban soltaron las herramientas y se marcharon, meneando las cabezas.

La madre Owd puso los ojos en blanco.

—Es la única pega que tienen esta herrera y este carpintero.

—Todos tenemos nuestras cosas.

Skara se alegraba por ellos, pero mirarlos le daba pena por sí misma. Se volvió y contempló el mar, y se sorprendió pensando en Raith.

A aquellas alturas, si el *Viento del Sur* se había mantenido por delante del hielo en el Divino, ya estaría remando por el largo río Denegado. Esperó que fuese feliz, aunque siempre le había parecido una persona a quien la felicidad llegaba con dificultades. Eso siempre lo habían tenido en común, aunque fuese casi lo único. Pensó en su cara, en las profundas arrugas de su frente y sus labios apretados, como solía tenerlos. Pensó en su calor cuando estaba tendido junto a ella. Se preguntó si él pensaba en ella alguna vez. Se preguntó si...

—Ha llegado un águila del abuelo Yarvi —dijo la madre Owd.

Skara volvió en sí. No podía perder tiempo en ensoñaciones.

—¿Buenas noticias?

—Los vansterlandeses tienen un nuevo rey. La madre Scaer organizó un torneo y este hombre derribó a todos los guerreros que le pusieron delante. Se llama Yurn-gil-Ram.

Jenner se rascó el pelo ralo.

—El nombre no me dice nada.

—Es un caudillo del lejano norte, donde la nieve nunca se derrite, y lo llaman el Ariete porque derriba a los hombres con la cabeza.

Skara hinchó los mofletes.

—Encantador.

—Se ha declarado el más grandioso guerrero que haya visto nunca el mar Quebrado y está dispuesto a matar a cualquiera que ose desafiarlo.

—Tengo dieciocho años y ya he oído bravatas de guerreros para toda una vida.

—Dicen que mezcla sangre en su cerveza y se está haciendo una cadena con los huesos de los dedos de sus enemigos.

Jenner el Azul guiñó el ojo a Skara.

—Parece muy buen partido, mi reina.

Ella dio un bufido.

—Envíale un pájaro diciendo que Jenner el Azul accede encantado a llevar su llave.

—El matrimonio es la última de sus preocupaciones —dijo la madre Owd, cruzándose de brazos—. El abuelo Yarvi teme que ya esté planeando incursiones más allá de la frontera con Gettlandia.

Jenner meneó la cabeza, contrariado.

—¿Es posible que los vansterlandeses ya vuelvan a estar sedientos de batalla? ¿No tienen miedo de la magia élfica?

—Del mismo modo que un arco solo tiene las flechas que tiene —dijo Owd—, parece que esas armas élficas solo pueden enviar la Muerte un número determinado de veces. Y con la bruja Skifr desaparecida en el sur, Strokom vuelve a ser territorio prohibido.

Jenner el Azul hundió su rostro curtido en las manos encallecidas y gimió.

—Parece que el mundo no ha cambiado tanto como creíamos.

—En las cenizas de cada guerra arraigan las semillas de la siguiente —murmuró Skara. Notó que los viejos nervios le burbujeaban en la garganta, se apretó la tripa con una mano e intentó obligarlos a descender tragando—. Envía un ave a la madre Scaer con nuestra enhorabuena y otra a la reina Laithlin con nuestra solidaridad.

—¿Y luego? —preguntó la hermana Owd.

—Observa con atención, habla en tono comedido, sonríe con dulzura, rodéate de amigos, ruega con fervor al Padre Paz que haya calma y ten las espadas a mano.

—Órdenes adecuadas para cualquier situación.

—Quizá deberíamos reconstruir también las murallas del cabo de Bail —dijo Jenner—, y más resistentes que nunca.

—¡Mi reina! —Un chico llegó corriendo desde el puerto, chapoteando en el fango a medio congelar—. ¡Llegan barcos! ¡Sus velas lucen el caballo blanco de Kalyiv!

—Emisarios del príncipe Varoslaf —dijo Jenner—. ¿Queréis recibirlos en los muelles?

Skara meditó el mensaje que enviaría con ello.

—No debemos parecer demasiado ansiosos. Colocad una silla aquí, bajo la

viga. Lo apropiado sería que vinieran ellos a mí.

La madre Owd sonrió.

—Y siempre debemos considerar lo que es apropiado.

—Así es. Y luego, si es necesario, pasarlo por alto.

—Os tallaré una mejor, mi reina. —Koll dio unos golpes con el puño en una de las bastas butacas donde se sentaban los carpinteros a comer—. Pero de momento esta tendrá que servir. —Y quitó un poco de polvo del asiento con el dorso de la mano.

Era un trasto sencillo y viejo, un poco desvencijado y con partes de la madera ennegrecidas por el fuego.

—No es la silla la que hace a la reina —dijo la madre Owd—, sino la reina la que hace a la silla.

—Debió de sobrevivir a la noche en que llegó Yilling el Radiante —dijo Jenner el Azul.

—Sí. —Skara sonrió al acariciar el brazo de la butaca—. Pero lo mismo hizo Trovenlandia. Y yo.

Se sentó de cara al mar, con la madre Owd a su izquierda y Jenner el Azul a su derecha. Pecho arriba, hombros abajo, barbilla levantada, como le había enseñado la madre Kyre. Era curioso lo natural que le salía aquello que una vez le había resultado tan incómodo.

—Advierte a los emisarios que en mi salón todavía hay algo de corriente —dijo Skara—, pero diles que la reina de Trovenlandia los recibirá.

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, a cuatro personas sin las cuales...

A Bren Abercrombie, que se fatigó los ojos leyéndola.

A Nick Abercrombie, que se fatigó los oídos oyendo hablar de ella.

A Rob Abercrombie, que se fatigó los dedos pasando sus páginas.

A Lou Abercrombie, que se fatigó los brazos sosteniéndome.

Y también, dado que nadie vive en una cueva y yo el que menos, mi más sincero agradecimiento...

Por plantar la semilla de esta idea: Nick Lake.

Por asegurarse de que el brote se hiciera árbol: Robert Kirby.

Por procurar que el árbol diera frutos dorados: Jane Johnson.

Y también, dado que la metáfora de la fruta está agotada, gracias a todos los que me han ayudado a crear, colocar, publicar, publicitar, ilustrar, traducir y, sobre todo, vender mis libros dondequiera que estén por todo el mundo, pero en particular a Natasha Bardon, Emma Coode, Ben North, Jamie Frost, Tricia Narwani, Jonathan Lyons y Ginger Clark.

A los ilustradores y diseñadores que, de algún modo, se imponen al desafío imposible de hacerme quedar elegante: Nicolette y Terence Caven, Mike Bryan y

Dominic Forbes.

Por su inagotable entusiasmo y su apoyo, haga sol o nieve: Gillian Redfearn.

Y a todos los escritores con los que me he cruzado en internet, en el bar y a veces hasta en la página impresa, que me han proporcionado ayuda, consejo, risas y multitud de ideas dignas de robar.

Ya sabéis quiénes sois.

«Solo pueden conquistarse los miedos afrontándolos. Si los rehúyes, te conquistan ellos a ti.»

La princesa Skara ha sido testigo de cómo todo lo que amaba se convertía en sangre y cenizas. Al ser la única superviviente de su derrotada dinastía, deberá vencer la aflicción y el terror, afilar la mente y luchar por Throvenlandia como reina. El padre Yarvi ha recorrido un largo camino y ha pasado de esclavo tullido a poderoso clérigo. Ha conseguido que sus antiguos enemigos se vuelvan sus aliados y ha logrado la paz, aunque inestable. Pero ahora la abuela Wexen ha levantado el mayor ejército que se ha visto desde que los elfos se enfrentaron a Dios.

Todos se preparan para la batalla que se está gestando, incluido Raith, el portador de espada de Grom-gil-Gorm. Para él, la presencia de Skara es un bálsamo para cualquier herida. Y Skara, a su vez, detecta sorprendida que la sonrisa de Raith es como una llama capaz de caldear la noche más gélida. Algunos han nacido para luchar, quizá para morir. Otros prefieren vivir en la luz. Pero cuando la Madre Guerra extiende sus alas, amenaza con sumir todo el mar Quebrado en la oscuridad más profunda.

Joe Abercrombie (Lancaster, 1974) es considerado por muchos expertos del género como la joven promesa de la literatura fantástica británica e internacional. En 2006 debutó con *La voz de las espadas*, galardonada con el premio John W. Campbell Memorial al mejor escritor novel. Fue el inicio de la trilogía «La primera ley», que completó con *Antes de que los cuelguen* y *El último argumento de los reyes*. También es autor de las novelas *La mejor venganza*, *Los héroes* y *Tierras Rojas*.

Media guerra cierra la trilogía «El mar Quebrado», que arrancó con *Medio rey* (Fantascy, mayo de 2015) y siguió con *Medio mundo* (Fantascy, septiembre de 2015). Ambas novelas se colocaron en el top ten de *The Sunday Times* cuando se publicaron en inglés. Si bien Abercrombie ya llevaba vendidos más de dos millones de ejemplares de sus libros en todo el mundo, traducidos a veintiséis idiomas, con esta nueva saga ha afianzado su éxito entre la crítica y los lectores, y se ha confirmado como un autor de best sellers para todos los públicos.

En la actualidad vive en Bath con su mujer y sus tres hijos, y se dedica exclusivamente a escribir sobre mundos imaginarios.

Título original: *Half a War*

Edición en formato digital: enero de 2016

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez

Ilustración de portada: Composición digital a partir de imágenes de © Thinkstock

ISBN: 978-84-15831-89-1

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com